



DIME *que me*
QUIERES

No siempre consigues lo que quieres

CORINNE MICHAELS

TERCICELO

Dime que me quieres

Corinne Michaels

Traducción de
Traducción de Ana Isabel Domínguez Palomo
y María del Mar Rodríguez Barrena



DIME QUE ME QUIERES

Vi Keeland

POR LA ACLAMADA AUTORA CORINNE MICHAELS, BEST SELLER EN EE. UU.,
UNA NOVELA SEXY, EMOTIVA, INOLVIDABLE

No hay forma de que me enamore de Wyatt Hennington. Ya puede ir por el mundo con su acento sureño, su sonrisa irresistible y esos gestos ensimismados. Y si bien cometí el error de acostarme con él no una, sino dos veces, no soy tan estúpida como para hacer una tercera ronda. Juro volver a Filadelfia y olvidarlo.

Es más fácil decirlo que hacerlo, pero el médico me ha dado una noticia y debo poner mi vida en espera mientras regreso a Bell Buckle. Serán solo tres meses, y si no podemos hacer que esto funcione, me voy. Solo así sabré realmente si me ama o si todos mis temores eran reales.

ACERCA DE LA AUTORA

Corinne Michaels, autora best seller en EE.UU., ha publicado diez novelas románticas que se han convertido en auténticos fenómenos de venta en su país, con más de un millón de ejemplares vendidos. Felizmente casada y madre dos hijos, Corinne está trabajando en su próxima novela. Terciopebo también publicó la novela anterior de la serie, Dime que te quedarás.

www.corinnemichaels.com

Facebook: CorinneMichaels.

ACERCA DE SU OBRA ANTERIOR

«Dime que te quedarás es una historia de superación personal, de segundas oportunidades, de perdones y lo siento, de recuperar nuestras raíces y no cerrarnos al amor por miedo a equivocarnos. Monstruos contra los que luchar y salir victoriosos, una historia llena de dolor, incredulidad y sentimiento de pérdida y traición. Puedes quedarte o no... pero el destino es caprichoso y hace que los caminos se vuelvan a cruzar siempre. Si os gustan las historias con romanticismo y drama a partes iguales, esta es vuestra novela. Sin duda recomiendo su lectura y es una de mis novelas preferidas de este año.»

ISA JARAMILLO, EN AMAZON.COM

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

Epígrafe

1

2

3. Wyatt

4. Angie

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14. Wyatt

15. Angie

16

17

18

19

20. Wyatt

21

22. Angie

23

24

25

26. Wyatt

27. Angie

28

29

30. Wyatt

31. Angie

Epílogo

Carta al lector

Agradecimientos

Créditos

A los creadores de Netflix.
Os culpo por esos días tan poco productivos
cuando se acerca la fecha de entrega.
Deberíamos cortar, pero me veo incapaz
de hacerlo. De nada.

Salta y descubrirás cómo extender las alas mientras caes.

RAY BRADBURY

—¿Cuánto hace que te sientes así, Angie?

«Lo bastante como para haber acabado en esta consulta.»

Odio a los médicos. Motivarme para ir a ver a uno de ellos es como conseguir que el Congreso apruebe una ley. Soy cabezona, pero el motivo más importante es... que estoy asustada. Mis dos primas lucharon contra el cáncer nada más cumplir los treinta y mi madre sobrevivió a un cáncer de ovarios. Cada vez que me toca la revisión, acabo convencida de que la siguiente seré yo.

Es ridículo e irracional, pero es un miedo genuino. Recuerdo el infierno que pasaron todas ellas.

—No sé. Unos meses... —Pillé un resfriado bien gordo hace dos meses, después de hacerle una visita a mi cuñada, Presley. Su ahora prometido me pidió que fuera cuando decidió proponerle matrimonio. Y fui pese al odio que le tengo a volar. Sé que para ella significaba mucho y también para mis sobrinos, que son la leche. Claro que tampoco es que necesite una excusa para ir a verlos. Cayden y Logan son lo más parecido a un par de hijos para mí. Los he malcriado de mala manera y verlos tan poco no me gusta nada.

Pero mi hermano hizo de eso mi realidad cuando decidió dejar este mundo hace dos años.

—¿Qué otros síntomas tienes? —me pregunta el doctor, un señor mayor.

Me coloco sobre un hombro la larga coleta rubia y empiezo a jugar con ella mientras repaso mentalmente la lista de mis dolencias. Este hombre no necesita saber que Presley me amenazó con matarme si no me hacía una revisión médica, así que eso no lo comento. Nada de lo que me pasa tiene mucha importancia, pero al final está afectando mi día a día. Esta semana ha sido la peor de todas. Pasé de vomitar a sentirme a las puertas de la muerte. Y ya no aguanto más.

—Te sacaremos sangre, nos quedaremos con una muestra de orina y ya veremos qué dicen los resultados. Mientras tanto, voy a examinarte.

El examen acaba pronto, pero como soy muy sensible, me paso unos cuantos minutos sopesando si debo darle una patada mientras me toquetea por todos lados, rezongando entre dientes. Me repatea que los médicos hagan eso. Cállate o dime qué pasa. Cuando acaba de examinarme, entra la enfermera para sacarme la sangre.

Genial.

Otro de mis grandes miedos.

—Hola, Angie. —La enfermera sonrío—. Soy Nicole y voy a sacarte sangre. Le devuelvo la sonrisa y asiento con la cabeza.

—Si mal no recuerdo, eres la dueña de For Cup's Cake, ¿verdad? —me pregunta.

—Sí. —No puedo contener la sonrisa. Me encanta mi pastelería, especializada en cupcakes, que últimamente va fenomenal. Hace unos seis meses, una de las cadenas locales de televisión descubrió mi pastelería e hicieron un especial, y desde entonces mi mundo ha cambiado. Tengo una nueva socia que me está ayudando a poner en marcha los cambios necesarios y planeamos abrir un segundo local. Jamás había pensado que pudiéramos llegar a este punto.

A Presley y a mí se nos ocurrió abrir la pastelería, pensando que tal vez así ella tendría algo con lo que entretenerse mientras Todd trabajaba a todas horas como inversor. Nos pareció divertido. Y lo fue. Hasta que el suicidio de Todd destruyó todo lo que habíamos construido. La pastelería solo llevaba abierta cuatro meses, no generaba beneficios, y Presley lo perdió todo.

Le compré su parte del negocio, aunque en realidad carecía de valor, y ella se mudó a Tennessee.

—Me encanta —dice Nicole—. A mi talla no le gusta tanto, pero todo está riquísimo. Y es distinto. ¿Cómo es posible que te mantengas tan delgada?

Resoplo.

—Me gustaría que vieras lo que pesaba antes de abrir la pastelería. He engordado bastantes kilos. No puedo evitar probar todo lo que hacemos.

—No te culpo, la verdad. —Guarda silencio mientras llena los tubos.

Ah. Ni siquiera he notado el pinchazo.

—Nuestra repostera es la leche. Y no nos dice ni a mi socia Erin ni a mí qué sabores ha preparado para el día siguiente. Antes me desquiciaba. Ahora me

parece divertido. Cuando llegamos al trabajo, ya ha redecorado la pizarra del menú con los cupcakes del día.

Hablamos un poco más antes de que Nicole me ponga un apósito en el brazo y se marche.

Cojo el móvil y le envío un mensaje de texto a Presley.

YO: Odio al médico.

PRESLEY: Pareces una niña pequeña. Seguro que solo necesitas un antibiótico porque te negaste a ir hace un mes. No todo se soluciona con ibuprofeno.

YO: Lo que tú digas. Pero recuerda que mi madre empezó así. Pensábamos que solo estaba deprimida y resulta que era un cáncer.

Suspiro y lucho contra las lágrimas. En aquella época yo tenía quince años y recuerdo cuando ella volvía de las sesiones de quimioterapia. Llegaba con náuseas, cansada y llena de veneno hasta las cejas. Cuando nos miraba a mis hermanos o a mí, lo hacía con una expresión concreta. Solo era un momento, pero dejaba claro el motivo por el que seguía luchando. Hasta que su lucha acabó. Después, ya no volví a percibir aquel afecto.

No quiero ser como ella. Yo no tengo nada por lo que luchar.

PRESLEY: Da igual lo que te diga el médico, siempre estaré a tu lado.

YO: ¿En el quinto pino de Tennessee?

PRESLEY: Tengo una habitación libre.

YO: ¡Antes muerta!

Ni de coña pienso irme a Tennessee. Tendrá que drogarme si pretende que viva allí. Quiero mucho a Presley, pero aquello no es para mí. Es un lugar muy bonito y las casas son preciosas. El motivo principal de que no quiera mudarme es que no hay Starbucks. Y el secundario, que también es igual de importante, se llama Wyatt Hennington. Ese acento sureño, ese culo irresistible y esos ojos de color miel me transforman en una niñata de dieciséis años. Está claro que carezco de autocontrol en lo referente a él. Lo que mi mejor amiga no sabe es que no solo acabé en su cama una vez. No, fui tan tonta que repetí la experiencia y al final todo resultó muy incómodo.

PRESLEY: Te apuesto lo que quieras a que Wyatt te dejará usar su habitación.

Pongo los ojos en blanco. Parece una celestina intentando casarme como sea.

YO: No. He vuelto con Nate.

PRESLEY: ¿Desde cuándo?

¡Aaah! Pues desde esta mañana, cuando me llamó y me invitó a cenar. A lo mejor así deja de insistir con lo de Wyatt.

YO: Desde hace poco. ¿Quién sabe? A lo mejor esta vez sale bien.

PRESLEY: Sí, claro. Porque la última vez salió estupendamente. No es tu tipo.

YO: Es un buen tío. Frecuentamos los mismos ambientes y no nos gusta comer solos.

PRESLEY: ¡Venga ya! Si ni siquiera te gusta.

Es verdad. No me gusta lo bastante como para casarme con él, y es malísimo en la cama, de ahí que no vayamos a repetir esa experiencia jamás. Pero es cariñoso, le gustan los mismos restaurantes que a mí y nos llevamos bien. Es cardiólogo en el Hospital Infantil y tiene unos horarios terribles. Así que nos vemos muy poco.

Y eso nos va genial.

PRESLEY: Para que luego digan que el romanticismo ha muerto. ¿Te estás acostando con él?

YO: No. Estoy probando esto del celibato.

PRESLEY: Me meo. No hay otro como Wyatt, ¿verdad?

YO: Ya le gustaría a él. Estuvo bien, pero no genial.

Anda que no tengo cuento. No es que estuviera bien. Fue el polvo más increíble de mi vida. De esos que te dejan tocada para los restos. Porque no habrá ningún otro hombre capaz de hacerle a mi cuerpo lo que le hizo Wyatt. Fue como si yo fuera su instrumento particular. Cada caricia, cada beso, cada lametón de esa gloriosa lengua solo tenía el fin de satisfacerme. No sé cómo logré salir andando de allí. Puso mi mundo patas arriba y se fue antes de que yo me despertara.

No todos tenemos una historia de amor épica como la de Presley. Estoy segura de que mi cuñada se enamoró de Zachary Hennington cuando todavía estaba en el vientre de su madre. Solo eran unos niños cuando decidieron que habían encontrado a su media naranja, se comprometieron antes de empezar la

universidad y, después, cortaron porque a Zach le ofrecieron la oportunidad de dedicarse al béisbol profesional. Firmó el contrato y dejó atrás a Pres sin más. Entonces fue cuando ella conoció a mi hermano. Todd la quiso desde la primera vez que la vio. Yo lo amenacé con desheredarlo como no diera el paso. No estaba dispuesta a perder a mi mejor amiga solo porque mi hermano metiera la pata. Al final, acabaron casados y con gemelos, independientemente de mis amenazas, que en mi opinión fueron muy convincentes.

Y luego Todd lo destrozó todo.

Todavía no lo he perdonado por haberse suicidado, y me odio por eso, pero por culpa de lo que hizo tengo un vacío en el corazón que jamás se llenará. Era mi mejor amigo y se fue sin dejar respuestas.

Mi móvil vibra unos segundos después.

PRESLEY: Lo siento, tenía que ayudar a Zach. Te quiero, Ang. Y todo saldrá bien. Llámame en cuanto acabes.

YO: Yo te quiero más. Te llamaré para darte la mala noticia.

PRESLEY: Lo que te gusta exagerar.

Suelto una risilla y oigo que llaman a la puerta.

—Muy bien, Angie. El análisis rápido indica que tienes el hierro un poco bajo, algo fácil de solucionar. El nivel de glucosa está bien, y tenemos que esperar para saber el resto de los resultados. Sin embargo, ese no es el motivo de que hayas estado sintiéndote tan mal. —Me mira, y me quedo paralizada.

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas, porque sé lo que va a decirme.

—¿Ha encontrado algo en el análisis de sangre o es otra cosa? —Se me tensa el cuerpo entero mientras trato de controlar el miedo que me ahoga—. ¿Algo malo?

El médico se acerca con una sonrisa afable.

—Angie, relájate.

—Por favor —le suplico—. ¡Dígamelo, por favor!

—Estás embarazada.

Me quedo boquiabierta mientras trato de asimilar lo que acaba de decir.

—¿Cómo?

—Que estás embarazada —me repite.

No.

No, no y no. No. Me niego. No puedo estar embarazada. Solo he mantenido relaciones sexuales con una persona en los últimos seis meses. Por Dios.

Niego con la cabeza en un intento por desoír las palabras.

—¡Pero me ha bajado la regla! —grito al final—. ¡El mes pasado! No puedo estar embarazada. ¡Hace meses que no mantengo relaciones sexuales! El resultado de la prueba es un error. Se ha confundido usted.

Si hay alguien en este mundo a quien no se le debería permitir tener hijos... es a mí. He matado plantas y peces, mi gato huyó y nunca he sentido eso del reloj biológico.

El médico me pone una mano en un brazo.

—No es extraño tener el periodo durante un mes o dos. Pero lo he comprobado dos veces. Estás embarazada. Felicidades. —Me da unas palmaditas en una pierna y se marcha.

¡Dios mío!

Ni siquiera sé qué pensar. No puedo estar embarazada. A ver, que sí, que, por poder, puedo, pero que no quiero. Ni de coña.

A mis treinta y pico no puedo estar embarazada. Eso no formaba parte del plan.

PRESLEY: Que no se te olvide llamarme cuando sepas algo.

Miro de reojo el móvil e intento buscar algo que decir. Supongo que es mejor dar la noticia en persona y, además, tengo que decírselo a Wyatt. Qué putada. Tecleo un mensaje para Presley con dedos temblorosos.

Yo: Parece que al final me voy a Bell Buckle. Es posible que acabe durmiendo en tu habitación libre.

—Señoras y señores, el capitán ha encendido la luz para que se abrochen los cinturones. Vamos a cruzar una zona de turbulencias. Por favor, vuelvan a sus asientos y no se desabrochen los cinturones.

Me ciño tanto el cinturón que estoy segura de que me voy a desmayar, pero luego me lo aflojo un poco por temor a hacerle daño al bebé. Detesto volar. Detesto estar suspendida en el aire porque salta a la vista que no es el estado natural de los seres humanos. Estoy metida en un aparato mortal.

«Tranquilízate, Angie. Puedes hacerlo. No es más aterrador que descubrir hace dos días que está embarazada.»

—¿Estás bien, guapa? —me pregunta un hombre muy amable, con un sombrero de vaquero sobre las rodillas.

Asiento con la cabeza porque no me sale la voz. Tengo la garganta seca y estoy segura de que ahora mismo estoy tan blanca como Casper.

—No pareces estarlo. —Se le nota más el acento por la preocupación—. No te me irás a desmayar, ¿verdad?

—No. —Esbozo una sonrisa forzada—. Es que tengo muchas cosas en la cabeza.

El eufemismo del siglo. Tras salir de la consulta del médico, me hice tres pruebas de embarazo, porque de verdad creía que el médico se equivocaba. No lo hacía. Así que procedí a comerme un kilo de helado Breyers. Claro que esto también explica que la semana anterior me echara a llorar mientras veía *Algo pasa con Mary*. No entendía qué me había alterado tanto, pero allí estaba... llorando a moco tendido. Con razón, soy una bomba hormonal.

En la vida he tenido tanto miedo como ahora mismo. No sé cómo voy a hacerlo. No sé cómo voy a hacer nada de lo que tengo que hacer. Primero, tengo que decírselo a Wyatt, que es el motivo del viaje. ¿Lo suelto sin más? ¿Le doy una gorra con la palabra «Papá» escrita en el frontal? A lo mejor debería decirle «Oye, colega... vamos a tener un hijo y los dos tenemos casi

cuarenta años, así que ve preparando el andador para cuando se gradúe en el instituto». Claro que él no habla así ni mucho menos, pero da igual. No sé cómo va a reaccionar, pero el quid de la cuestión es que... vamos a tener un hijo, lo que hace que me vengan ganas de llorar.

Después, tengo que averiguar cómo me las voy a apañar para ser madre soltera. Nunca he agradecido tanto contar con Erin. En cuanto le conté lo del bebé, me dijo de inmediato que me tomara unos días y que lo organizara todo para venir a Tennessee. A lo mejor no va a ser tan malo.

—Te entiendo —me dice el guapo desconocido—. ¿Vas a ver a la familia?

—Sí. Voy a ver a mi cuñada y a mis sobrinos. —«Y al padre de mi hijo.»—. Viven en un pueblecito perdido de Tennessee —le digo.

—Hay muchos así. —Se echa a reír—. ¿Eres de Filadelfia o estás de paso?

—No, vivo allí. Desde hace casi veinte años.

—Yo pasé una semana allí, es un sitio interesante. Siempre he vivido en el sur. No viajo mucho, pero mi hermano consiguió trabajo en la ciudad, así que lo ayudé con la mudanza. —El corazón se me tranquiliza mientras me cuenta su historia—. Desde luego que no se parece en nada a Nashville, te lo aseguro.

Suelto una risilla.

—Seguro que no. Pero tenemos Starbucks.

Seguimos hablando y, al cabo de poco tiempo, el avión aterriza sin problemas. Ahora es cuando empieza lo gordo. Tendré que desembarcar y enfrentarme cara a cara con mi hermana y mejor amiga. Tendré que admitir lo que pasa y el motivo de que haya venido. Dejará de ser mi secreto.

Será la verdad.

Todo comienza ahora.

—Gracias por ayudarme a mantener la calma —le digo al guapo vaquero.

—No todos los días puedo salvar a una mujer guapa.

Cuando se abre la puerta del avión, coge su bolsa del compartimento superior y me doy cuenta de algo.

—Por cierto —le digo cuando empieza a alejarse—, no me has dicho cómo te llamas.

Sonríe y se toca el ala del sombrero con una mano.

—Me llamo Wyatt.

Cómo no.

Desembarco y me dirijo a la recepción de equipaje. Necesito que Presley me diga que todo va a salir bien, porque me estoy comiendo el tarro.

Con cada año que pasa, el deseo de tener familia propia va disminuyendo. Los hombres con los que he salido parecen estupendos a simple vista, pero al final no son lo que necesito. Son egoístas, narcisistas, y nunca he llegado a tener una relación estable. Hubo un chico poco después de salir de la universidad, pero llevábamos seis meses saliendo cuando le oí decir que se estaba tirando a otra, así que le di la patada. Después de eso, me he ceñido al sexo sin ataduras.

He vivido estos treinta y seis años encantada con ser la amiga soltera que nunca se casa, la eterna dama de honor, nunca la novia. Me va bien. Me gusta saber que puedo ir donde quiera cuando quiera. Pero, ahora, mis días de estar libre y sin ataduras han llegado a su fin.

Todo por un alocado maratón de sexo.

—¡Ang! —oigo que grita mi mejor amiga mientras corre hacia mí—. ¡Siento llegar tarde!

Se me llenan los ojos de lágrimas nada más oír su voz, y en cuanto sus brazos me rodean, se me escapa un sollozo. El contacto desata el aluvión de emociones que había conseguido contener mientras volvía a casa del médico, hacía el equipaje sin pensar y luego embarcaba. Ahora, sin embargo, soy incapaz de reprimirme.

—¿Angie? ¿Qué pasa? —Se aparta y me mira a los ojos.

Veo el miedo reflejado en su mirada, pero no se acerca ni de lejos a lo que yo siento ahora mismo. Cuesta horrores decirlo, y sé que seguramente esté pensando en algo mucho peor que un bebé.

—Es que... es que... ¡me alegro mucho de verte! —No hay motivos para no decírselo. Pero el caso es que todavía no estoy preparada.

Suelta una carcajada entrecortada.

—¡Yo también me alegro de verte! —Sus inquisitivos ojos me atraviesan mientras me recorren la cara—. ¿Seguro que eso es todo? A ver, que me encanta verte toda emocionada por estar conmigo, pero tienes cara de que pasa algo malo. ¿Qué te dijo el médico?

—No es cáncer.

Relaja los hombros por el alivio.

—Gracias a Dios. Me preocupé muchísimo cuando solo me dijiste que tenías que venir de visita. ¿Te dijo si es algo grave?

Seguramente haya vuelto loco a Zach, porque está muy alterada, pero no quería decírselo de esa forma. Sigo sin querer decírselo. Quiero que me

apoye, por eso he venido, pero no sé si debería decírselo primero a Wyatt.

—El médico dijo que necesitaba un descanso. Por estrés y tal. —Agito una mano para quitarle hierro al asunto.

Aprieta los labios y pone los brazos en jarras.

—No me lo trago.

—Pues vale. No creo que seas la más indicada para hablarme de guardar secretos.

Levanto una ceja. Sabe muy bien a qué me refiero. Presley ha vivido gran parte del tiempo agobiada por lo que ha tenido que sufrir sola. Cuando mi hermano se suicidó, solo cuatro personas sabíamos la causa de su muerte. Se esforzó mucho por proteger a sus hijos. Al hacerlo, no contó con nadie para aliviar su carga... hasta que Zach volvió a entrar en escena.

E incluso cuando él reapareció, no le contó toda la verdad. Los secretos que había estado guardando estuvieron a punto de destruirle la vida.

Es un golpe bajo, pero espero que me proporcione el tiempo necesario para reunir el valor y contarle la verdad de que su mejor amigo, y futuro cuñado, me ha dejado embarazada.

Soy un puto desastre.

Pres coge mi bolsa en silencio.

—Lo siento —me disculpo, sintiéndome fatal—. No lo he dicho en serio. Es que estoy de un humor de perros.

—Lo sé. Y soy la primera en decirte que los secretos hacen daño. —Me coge del brazo y me mira con preocupación—. Te quiero y me tienes preocupada. Sé que pasa algo. Algo que quieres decirme, porque, de lo contrario, no estarías aquí. Puedes venderle la moto del estrés a cualquiera que no te conozca desde hace casi veinte años. Así que prueba de nuevo.

La madre que la parió.

—Dame unas cuantas horas.

—¿Qué te parece si vamos a un Starbucks antes de volver a Bell Buckle?

—Oye, parece que me conocieras y todo. —Sonrío. Es lo mejor de nuestra amistad, que sabemos cuándo dejar correr un tema y que compartimos un amor profundo por el café.

Vamos a por las bebidas. Yo pido un descafeinado por lo bajinis, una blasfemia en toda regla, y emprendemos el viaje hacia Bell Buckle. Empezamos a hablar y me cuenta todo lo relacionado con la boda. Es increíble todo lo que ha hecho en unos pocos meses. No debería sorprenderme, teniendo

en cuenta que hizo lo mismo con la pastelería. Un día era una idea y, al siguiente, estábamos firmando un contrato de alquiler. Presley es lista y trabajadora, y tiene el corazón más grande del mundo.

Cuando llegamos a las afueras del pueblo, me tenso. Lo atravesamos y me pregunto cuándo veré a Wyatt. Es algo que va a pasar, pero no estoy preparada para enfrentarme a él.

Tengo que diseñar un plan, de modo que, cuando lo vea, tenga respuestas. ¿Quiero hacerlo totalmente sola? Mis padres y mi hermano viven en Florida (sitio del que pienso mantenerme bien lejos), Presley vive aquí en Tennessee y el padre del bebé... No cuento con nadie en Media, más allá de las personas que trabajan para mí. Tener un bebé ya es bastante duro para las parejas casadas, pero ser madre soltera sin una red de apoyo... será casi imposible.

Una noche increíble me ha cambiado la vida por completo.

—¿Angie? —me llama Presley, obligándome a apartar la vista de la ventanilla.

—¿Qué?

—Te he preguntado si te apetecía salir esta noche con Grace y con Emily. Les encantará verte.

Suspiro al darme cuenta de que no puedo salir de fiesta y beber.

—No sé. La verdad es que no me apetece nada. Y estoy cansadísima. — Estoy cansada a todas horas.

Presley me mira con evidente confusión.

—Mmm... Te conozco desde hace una eternidad y nunca has pasado de una noche loca. ¿Sigues mal? Pareces estar bien.

El impulso de soltarlo todo sale a la superficie. Se me llenan los ojos de lágrimas cuando vuelvo la cara hacia la ventanilla para no enfrentar su mirada. Todo va a cambiar. Toda mi vida se ha ido a la mierda.

—No. A ver, que estoy bien. Estaré bien. Preferiría quedarme en casa. Tal vez mañana...

Admitir este detallito va a cambiar toda la conversación. Presley es una madre estupenda y sé que lo verá como algo fantástico.

A ver, que me encantan los niños, pero nunca me he imaginado como madre. Estoy feliz con mi coqueto apartamento en el centro de Filadelfia, con la pastelería y con mi patética vida amorosa. Esas cosas me hacen ser... yo.

Y, en este momento, me golpea la realidad. Nadie va a querer salir conmigo.

Voy a ser la madre soltera que todo el mundo compadece.

Voy a estar sola.

Me tapo la boca con una mano mientras me echo a llorar.

—Angie. —Presley aparca el coche cuando entramos en el camino de tierra que da acceso a su casa—. Angie, mírame.

Niego con la cabeza.

—Estoy bien. No pasa nada.

—¿Qué te ha dicho el médico?

Su voz destila amor y compasión. Algo en mi interior me dice que se huele lo que me pasa.

Me abrazo el abdomen antes de mirarla.

—Estoy embarazada. Estoy...

—¡Me cago en la leche! ¿Estás embarazada? —Se lleva una mano a los labios.

—Eso parece.

Solo atino a imaginarme las cosas que le pasan por la cabeza. Empiezo a jadear cuando pienso en el follón en el que estoy metida. Ya me he metido en líos antes, pero este se lleva la palma. Voy a tener algo que me necesita para sobrevivir. Ni de coña voy a poder hacerlo. Si casi no consigo organizar mi vida, ¿cómo voy a organizar la de otro ser vivo?

—¡Ay, Dios! ¡No puedo hacerlo!

Presley me abraza mientras lloro.

—Todo va a salir bien.

—No. —Me aparto—. No es verdad. ¡No puedo tener un bebé! Si ni siquiera soy capaz de cuidar una planta. Estoy sola allí. ¿Cómo voy a hacerlo?

—Puedes hacerlo porque eres fuerte y cariñosa. ¿De cuánto estás?

La miro a los ojos y casi me atraganto con las siguientes palabras:

—De dos meses.

—Eso quiere decir... —Veo cómo hace los cálculos mentalmente—. ¡Ay! ¡Ay, Dios mío! ¡Estuviste aquí hace dos meses! ¡Cuando Zach me propuso matrimonio!

—Ajá. —Mi voz destila desesperación.

—¿Wyatt?

—Sí. El cabrón de Wyatt. ¿Por qué soy tan tonta? ¿Por qué, de todas las personas de este puto mundo, ha tenido que ser él? El tío que se ha pasado toda la vida llorando por ti. El tío que me dejó en mitad de la noche para que

me fuera de su casa sola. A ver, ¿no podía haber sido uno de Filadelfia para que mi vida no se fuera a la mierda?

Su sonrisa se ensancha y veo un brillo tierno en sus ojos.

—Sé que ahora mismo estás que no sabes qué hacer. No te culpo, pero todo va a salir bien. Ya lo verás, todo va a salir bien. ¡Vas a tener un bebé! Y a lo mejor hay un motivo por el que te dejó aquella noche... una noche de la que, por cierto, no me has hablado.

¿Se tiene que fijar en ese detalle?

—¿Cómo? ¿Cómo va a salir bien?

—No forma parte de tu plan, eso es verdad. Pero Wyatt será un padre increíble.

Niego con la cabeza.

—Ni siquiera sé qué voy a hacer. A lo mejor no se lo digo. A lo mejor no me lo quedo o ni siquiera lo tengo.

Me conoce lo bastante como para no replicar. Puede que no esté contenta con la noticia, pero sé que me lo voy a quedar. Presley también lo sabe. Es que es demasiado. Demasiadas cosas en las que pensar. Decírselo a Presley ha sido la parte fácil, lo difícil será decírselo a Wyatt. Tiene derecho a saberlo, pero es lo último que me apetece decirle. Porque vendrá seguido de un montón de preguntas y de problemas. De cosas que todavía no he decidido.

—Es decisión tuya, cariño. Solo puedo decirte que no es propio de ti.

Gimo.

—Te odio.

—Y yo te odio más.

—¡Es culpa tuya que haya pasado todo esto! —Agito las manos en el aire.

Presley pone los ojos como platos.

—¿Culpa mía?

—Sí —le aseguro al tiempo que la señalo con un dedo—. Si no me hubieras obligado a venir de visita, no me habría acostado con él. Si no te hubieras enamorado de nuevo de Zach, ahora mismo yo no estaría aquí.

—En fin, ya que estamos atribuyendo culpas... Si no hubieras ido a la universidad en Maine y no hubieras sido mi compañera de habitación, no habría conocido a Todd. Si no hubiera conocido a Todd, no me habría casado ni habría estado viviendo en Pensilvania. Si nada de eso hubiera pasado, no habría vuelto a Bell Buckle. Así que ¿de quién es la culpa en realidad?

—Repito que te odio.

Se echa a reír y pone de nuevo el coche en marcha.

—Yo también te quiero.

Llegamos a la casa y los niños ya nos están esperando, dando saltos y saludando con la mano. La tristeza y el miedo que he sentido hace nada se disuelven cuando salgo corriendo del coche.

—¡Cay! ¡Logan!

—¡Tita!

Los abrazo y les doy un achuchón enorme. Son unos niños estupendos. Han pasado un infierno, pero siguen sonriendo. Y en gran parte se debe a las familias de Presley y de Zach, que supongo que incluye a Wyatt.

—¡Ah, mis niños! ¿Qué tal el cole? —les pregunto, a sabiendas de los gruñidos que voy a recibir en respuesta.

—Es genial. ¡Logan tiene novia! —suelta Cayden, muy ufano.

—¿En serio?

—¡De eso nada! —Logan le da un puñetazo a Cayden. Suelto una risilla y me siento mucho mejor al instante.

—Angie —me saluda Zach con una sonrisa, desde su lugar en el porche—. Me alegro mucho de que hayas venido. Pres necesita que alguien la frene con todo esto de la boda.

Hay veces en las que echo muchísimo de menos a mi hermano, y esta es una de ellas. No estaría abrazando a este hombre ahora mismo. Estaría acurrucada en el sofá, no embarazada, con mi cuñada y mi hermano. Nos beberíamos unas copas de vino y hablaríamos de los niños y de que tengo que dejar de vivir como una universitaria. Todd mascullaría que nadie es lo bastante bueno para mí, pero, acto seguido, diría que moriré sola si no encuentro a alguien medio decente. Habríamos acabado riendo y yo me habría quedado dormida en el sofá. Iría a por donuts por la mañana, comentaría con Todd las noticias del día y, luego, volvería a casa. Ojalá lo estuviera abrazando a él en este momento.

—Estás genial. —Me sonrío.

Me siento fatal.

—Gracias. ¡La casa está estupenda!

—Somos muy felices —dice Presley al tiempo que rodea la cintura de Zach con un brazo.

La última vez que estuve aquí, estaban levantando las paredes y la casa era un hervidero de albañiles. Pero es preciosa. La casa es enorme y tiene vistas al lago que hay en la propiedad de Zach. El enorme porche que rodea toda la

estructura, con mecedoras de madera de estilo Adirondack, ofrece la panorámica perfecta. Es de nueva planta, pero la han construido de forma que parezca que este es su sitio. Absorbo todos los detalles y me alegro por mi amiga. Pese a todo lo que estoy pasando, Presley se merece una vida con todo lo que desee.

—Es perfecta. Yo...

—Vaya, vaya. —Es una voz que reconocería en cualquier parte—. Pero si es la chica de ciudad.

Me cago en la puta.

Me doy la vuelta y me topo con la sonrisa deslumbrante, los ojos de color miel y el pelo castaño con los que he estado soñando. Wyatt Hennington está delante de mí con unos vaqueros ceñidos y una camiseta negra, y me mira con expresión apasionada. Todo mi interior se tensa, en especial las entrañas. Dios, está para comérselo. Contengo las ganas de abalanzarme sobre él y entierro los recuerdos de lo bien que besa. Un escalofrío me recorre la columna cuando rememoro aquella noche. ¿Por qué reacciona mi cuerpo de esta forma al verlo?

Extiende el brazo y me roza la mejilla con los dedos, una caricia muy liviana. La piel me arde cuando se acerca a mis labios. Me quedo de pie inmóvil, como una estatua, mirándolo. No debería ser capaz de dejarme sin palabras, pero lo consigue.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunto con un deje decepcionado.

Wyatt Hennington me mantiene cautiva mientras acorta la distancia que nos separa.

—Estás preciosa, Angel. —La forma en la que sus ojos relampaguean al decirlo hace que el corazón me dé un vuelco.

—¿Qué tal si entramos? —Presley me salva, y suelto un suspiro aliviado.

—Genial.

—Vamos, tita, vamos, ¡te voy a enseñar mi nueva habitación! —dice Cayden, que se da media vuelta y entra corriendo en la casa, dejando a Logan atrás, para que lo siga.

Vale, la cosa no está saliendo como la había planeado, claro que nada parece salir según mis planes. Puedo soportar entrar en la casa, comer y esperar a que se vaya. Después ya me entrará la neura. Todavía cuento con un poco más de tiempo, el que necesito para seguir guardándome el secreto. Un plan. Necesito un plan.

—Bueno, pues vamos dentro —dice Presley, con un deje guasón en la voz más que evidente.

—Ahora entramos nosotros —replica Wyatt, y veo con asombro cómo Presley y Zach entran, cerrando la puerta a su espalda.

Me quedo boquiabierta. No puedo estar a solas con él. No estoy preparada para contarle nada. Aunque ese sea el dichoso motivo de que esté aquí. Pero todavía no.

—Creo que debería entrar... —Echo a andar.

Wyatt me agarra de un brazo, deteniéndome.

—Habla conmigo un momento.

Me doy la vuelta, le miro los dedos y luego lo miro a los ojos.

—No hay nada que decir.

—¿Cómo estás, Angel?

—Estoy de maravilla. Gracias por preguntar. Ahora voy a entrar. —Hago ademán de moverme de nuevo, pero me sujeta con fuerza.

Me resulta inconcebible que no se haya casado a estas alturas. A juzgar por todo lo que me cuenta Presley, es un tío genial. Es amable, fiel, considerado y es evidente que está cañón, pero se niega a comprometerse en serio. A veces, me pregunto si en gran parte se debe a que estuvo enamorado de mi cuñada. Se ha pasado toda la vida queriéndola y viendo cómo ella quería a su hermano.

Presley y yo hemos hablado largo y tendido del tema. A Presley se le rompió el corazón cuando él le confesó, hace muchos años, lo que sentía. Eran buenos amigos desde pequeños, y siguen siéndolo, pero ella nunca le correspondió. Wyatt es el hombre que devolvió a Zach a sus brazos. La quería tanto que la dejó marchar.

—No seas así. —Me acaricia la muñeca con el pulgar.

No puedo creer que esté pasando esto ahora mismo. Creía que tendría un día o dos antes de verlo. Salta a la vista que no va a ser así. Casi no he sido capaz de contárselo a Presley, y ahora tengo que averiguar cómo contárselo a él. Mi vida es una mierda.

—Solo quiero entrar, Wyatt. Tengo que hablar con Presley. —La última frase es más una súplica. Si consigo alejarme de él, podré pensar con claridad. Solo voy a estar aquí unos días. Supuse que hablaríamos unos cinco minutos antes de irme y que, luego, podría marcharme tan tranquila.

—Pues yo creo que deberíamos hablar de la última vez que estuviste aquí.
—Su voz se vuelve muy grave y ronca.

—No sé para qué vamos a hacerlo. —Liberó la mano.

Me muerdo la lengua para no soltarle que, la última vez que estuve aquí, nuestra «conversación» cambió nuestras vidas.

—Yo creo que hay un motivo.

—¿De qué quieres hablar, Wyatt?

—Podríamos saltarnos la conversación. Seguro que a Presley y a Zach no les importará tener la casa para ellos solos. —Me vuelve a coger de la muñeca y me acerca a él—. Y puedes intentar engatusarme de nuevo. Solo que, esta vez, no opondré tanta resistencia.

Cabrón.

—Creo que te confundes. —Yo no lo busqué, fue él—. Me deseaste desde que me viste. Me comías con los ojos cada vez que me agachaba, era superior a tus fuerzas, ¿verdad? —Empiezan a saltar chispas entre nosotros—. Me deseabas, Wyatt Hennington. Fuiste tú el que hizo el pino con las orejas para engatusarme. Yo había venido por mi amiga y tú te propusiste llevarme a la cama.

Nuestros labios están a pocos centímetros. Sería muy fácil besarlo. El deseo que sentimos los dos eclipsa la rabia o la frustración que subyace bajo la superficie. Todo lo que nos rodea se reduce a esto. Inhalo su aroma. Su cuerpo irradia calor. Un cuerpo que sé que es puro músculo y casi perfecto.

«Bésame, Wyatt.»

No. No quiero que lo haga. Son las putas hormonas las que están hablando.

—Ni siquiera me conoces —replica Wyatt, y nuestras narices casi se rozan—. No tienes ni idea de lo que estaba haciendo.

—Sé lo que no estabas haciendo —contraataco—. No estabas siendo un caballero.

Esboza una sonrisilla torcida.

—Si no me falla la memoria, no te gustan los caballeros.

—¡A lo mejor me gustan después!

Tiene razón. Me gustó muchísimo que no fuera un caballero mientras estábamos en la cama. Lo que no me gustó fue despertarme y ver que se había largado, como si esperase que yo me fuera, tal como lo haría una puta. La idea me hace pensar un segundo. No sé... a lo mejor lo era. Me rendí sin apenas oponer resistencia. Supongo que el dicho de «Para qué comprar la vaca cuando tienes la leche gratis» es cierto. Pero eso no implica que no esté cabreada.

—Menuda cara tienes. —Me libero de un tirón.

—¿Por qué narices estás tan cabreada?

Este tío está flipado.

—¡Te fuiste! ¡Me desperté y no estabas por ninguna parte! —No puedo creerlo—. Te esperé media hora. Luego me quedó claro que te fuiste para que yo me largara. Así que lo hice. Para que luego digan del encanto sureño...

—Mujeres. Sois las criaturas más complicadas de la Tierra. —Wyatt se acerca de nuevo y me coge de la cintura.

—¡Pues vosotros tampoco sois moco de pavo! Has ido detrás de mí durante casi dos años, diciéndome lo fantástica que fue la última vez y todo lo que quieres hacerme, pero cuando lo consigues, te das el piro. —Deja la mano donde la tenía, aunque intento soltarme, de modo que continúo—. Y para rematar, ni te molestaste en llamarme ni nada después. Pero nada de nada. —Entrecierro los ojos, porque estoy muy cabreada—. Y no será porque no podías conseguir mi número, Wyatt Hennington. Es que yo no valía la pena el esfuerzo.

—Cariño. —Se inclina hacia delante.

—No me llames «cariño».

—Preciosa. —Sonríe—. Trabajo. Todos los días de la semana.

Y eso ¿en qué me afecta?

—Lo que tú digas. —Cruzo los brazos por delante del pecho a la espera de que termine. No sé qué tiene que ver que trabaje para los padres de Presley con el hecho de que se fuera.

Wyatt pasa de mi réplica y continúa:

—Verás, por aquí a los caballos les importa una mierda si es domingo. Tienen que comer. Y dado que trabajo para los Townsend, tengo que asegurarme de que el rancho está bien atendido. No te dejé ni quería que te fueras, pero no pensaba despertarte a las cinco de la mañana... a menos que fuera para otro asalto.

Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que estuviera trabajando. Supuse que había terminado conmigo, pero, al parecer, me equivoqué, algo que me irrita. No sé por qué. Claro que tampoco importa, porque eso ya no es lo que me preocupa.

—¿Qué leches quiere decir eso? —pregunto, con la vista clavada en el cielo.

Wyatt me toca la mejilla.

—Quiere decir que no quería dejarte, Angie Benson. Quiere decir que me gustaba tenerte junto a mí. Quiere decir que, la próxima vez que te tenga en mi cama, con esa melena rubia en mi almohada, deberías quedarte ahí. Quiere decir que quería que te quedaras.

La conexión entre los dos es tan fuerte que me aterra. Casi no conozco a este tío. Vive en Tennessee y monta un dichoso caballo. Es todo lo contrario a mí, en todos los sentidos. Sin embargo, el deseo de besarlo es enorme. Me recuerdo que él no sabe que, por culpa de aquella noche en cuestión, nuestras vidas quedarán ligadas para siempre. Hemos creado una vida y ahora las nuestras han cambiado.

—Di algo —me invita.

Digo lo único que importa a estas alturas:

—Estoy embarazada.

Wyatt

«¿Que está qué?»

—Lo siento. —Niego con la cabeza—. ¿Que estás qué?

—Que voy a tener un hijo tuyo.

¿Por qué lo dice como si acabaran de atropellarle al perro?

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura. ¡Por eso estoy aquí! Felicidades, papá —contesta, pero soy incapaz de oír lo que dice.

Está embarazada.

Voy a tener un hijo.

Repaso lo que sucedió aquella noche para ver cómo narices ha podido pasar esto, pero usamos la cabeza. No pasó nada que yo recuerde. Los condones estaban bien. Sí, lo hicimos unas cuantas veces, pero ni siquiera iba borracho.

Esto es un error. Siempre tengo cuidado. Joder, siempre tengo mucho cuidado. No puede ser mío.

—Cariño —digo una vez que llego a esa conclusión. Sus ojos se clavan en los míos—. Siento mucho que estés pasando por esto. —Separa los labios para tomar una bocanada de aire—. Pero no es mío. Me siento fatal y eso, pero es imposible que sea mío.

—¿Qué coño estás diciendo? —replica Angie a voz en grito—. ¿Que no es tuyo? —Levanta aún más la voz—. ¡No me he acostado con nadie más! Estoy de nueve semanas. Haz las cuentas, genio.

Observo cómo golpea el suelo con la punta del pie repetidamente mientras espera.

—Usamos preservativo.

Casi veo el humo que le sale por las orejas.

—¡Noticias de última hora: no funcionó!

—¿Estás completamente segura? —pregunto de nuevo—. A ver, que si estás segura al cien por cien.

—Sí, Wyatt. Estoy completamente embarazada. —Suspira y luego añade—: Es tuyo. —Como si quiera especificar una vez más que voy a ser padre.

—Mierda.

Es posible, y dudo mucho que haya hecho un viaje tan largo para engañarme. En el fondo, no le gusto demasiado y tampoco me cree una buena persona. Si está de nueve semanas, la fecha coincide con su estancia aquí. También debo suponer que la que pronto será mi cuñada lo sabe, y ella no me mentiría... sobre este tema.

—Eso digo yo. Así que, en fin... vamos a tener un niño. Tú eres el padre. —Sus ojos me atraviesan—. ¿Qué hacemos?

—Vale. —Empiezo a pasear de un lado para otro mientras mi mente asimila por fin la idea de que el niño es mío—. Estás embarazada, ¿verdad? A ver, que no es lo más oportuno, pero tampoco es que sea el fin del mundo. Lo superaremos.

—¿Lo superaremos? ¿Cómo que lo superaremos? —Se le llenan los ojos de lágrimas—. Esto no se puede superar, Wyatt.

La necesidad de arreglar esto se apodera de mí. Soy un hombre. Un hombre capaz de solucionar problemas. Así que eso es lo que voy a hacer.

—Te lo explico. Te mudarás a Bell Buckle. Nos casaremos. Ampliaré mi casa y, una vez que esté todo listo, nos instalaremos en ella. Siempre puedes trabajar con mi hermano. Y, después, reclamaré mi posición como propietario para que podamos...

—¡Eh! ¡Para el carro, colega! —grita Angie—. ¿Te has vuelto loco? ¿Casarnos? ¿Que me mude? No. ¡Ni hablar! —Niega con la cabeza y empieza a jadear.

Me acerco a ella para cogerla por los hombros.

—Tranquila. Respira. —Toma varias bocanadas de aire mientras la guío hasta los escalones—. Siéntate. Necesitas tranquilizarte.

Angie me mira y lo veo todo. Sus miedos son evidentes en esos oscuros ojos azules. Pienso de repente en lo guapa que es, y me espanta no poder controlar esa reacción. La deseé nada más verla. Una locura, porque siempre me han atraído las morenas de ojos verdes. No hace falta pensar mucho para entenderlo. Pero Angie es distinta.

Su actitud la hace más irresistible. Estuvimos juntos una noche y supe que tenía que repetirlo. Cuando volvió hace unos meses para celebrar el compromiso de Zach y Presley, descubrí que estaba disponible para repetir la experiencia. El sexo fue explosivo, pero hubo algo más... Me sentí atraído por ella como no lo he estado por nadie.

Prendió un fuego en mi interior que acabó chamuscándome. Pero, claro, tampoco es que yo tenga la culpa. Tiene razón al decir que no la he llamado, pero ella tampoco se ha puesto en contacto conmigo. Salí para encargarme de las tareas del rancho y, al volver, se había ido. Presley me dijo que regresó a su casa en el primer vuelo que encontró y ese fue el final de nuestra aventura. Cuando Zach me comentó que Angie pensaba venir, supuse que tendríamos que aclarar un poco las cosas, de ahí que esté aquí ahora mismo. Pero no tenía ni idea de que estaba embarazada.

—No voy a casarme contigo. —Su beligerancia me conmueve.

—Ya cambiarás de opinión.

—Tampoco pienso mudarme aquí. —Cruza los brazos sobre el pecho.

Y un cuerno que no.

—Ya lo veremos.

—No es una broma. Estoy embarazada, pero eso no significa que...

—Significa muchas cosas —la interrumpo mientras le cojo una mano—. Para mí lo es todo. No estoy de acuerdo en que críes sola a nuestro hijo en Pensilvania. Y eso significa que las cosas han cambiado por completo.

Angie suspira y aparta su mano de la mía.

—Hace un momento no creías que fuese tuyo y ¿ahora quieres casarte conmigo?

—Angie, no pretendía hacerte daño. Pero apareces de repente, después de pasar meses sin saber de ti, diciendo que estás embarazada. No sé muy bien qué esperas.

Se pone de pie y suelta un gemido antes de mirarme de nuevo.

—No espero nada.

—Bueno, pues ten claro que soy un hombre que se hace cargo de sus responsabilidades, y eso significa que vamos a casarnos, que te vas a mudar y que voy a cuidarte.

—¡Estás loco! —Se lleva las manos a la cabeza—. Puede que las cosas funcionen así en Bell Buckle, pero ese rollo no me va. No voy a casarme contigo solo porque estoy embarazada. No somos adolescentes que todavía no

han salido del instituto. No necesito que nadie me cuide —añade, haciendo un gesto con los dedos para entrecomillar la palabra—. Lo último que deberíamos hacer es casarnos por obligación. Ni es justo para nosotros ni lo es para el niño. Estaré bien por mi cuenta.

¿Qué leches les pasa a las mujeres? ¿Son todas tan cerradas de mollera? O a lo mejor solo lo son las mujeres con las que me relaciono.

—Vamos a dejar una cosa clara. —Me muevo de manera que quedamos cara a cara—. No estás sola. Vamos a tener un niño —digo al tiempo que muevo una mano para señalarla a ella y después señalarme a mí—. Tú y yo. No lo vas a tener tú sola.

—Te lo agradezco. De verdad que sí. Pero casi no sé nada de ti, salvo que has estado enamorado de mi mejor amiga desde que eras un crío y que eres muy bueno en la cama.

No se me escapa la expresión dolida que acompaña a la primera parte de la frase. No se equivoca.

—Hace casi dos años que nos conocemos. Sabes muchas más cosas de mí además de eso.

Mierda. Es cierto que ha pasado todo ese tiempo. Y lo hemos pasado discutiendo, pinchándonos o follando.

—Vale.

—Y sabes muchas más cosas de mí además de esas chorradas que acabas de soltar —la desafío—. He pasado gran parte de mi vida enamorado de Presley, pero siempre he tenido muy claro que jamás sería mía. Sabes que haría lo que fuera por cualquiera de ellos. Me has visto con Cayden y Logan.

—Lo sé. —Por fin me mira a los ojos—. Sé que eres un buen tío, pero en el fondo no te conozco.

—De la misma manera que yo tampoco te conozco a ti, aunque sé que te gusta muchísimo que te haga eso con los dientes en...

Me da un guantazo en un brazo.

—Cierra el pico.

—Solo estoy diciendo que tenemos muchas cosas que aprender el uno del otro. Pero ya que vamos a pasar el resto de la vida criando a un niño, creo que deberíamos estar juntos el tiempo que falta hasta que llegue, ¿no te parece? — Es una pregunta, pero la verdad es que pienso estar cerca de este niño.

No pienso permitir que mi hijo crezca sin un padre. Quiero enseñarle a cazar, a trabajar en el campo, a montar a caballo y a hacer un montón de cosas

masculinas. Si es una niña, será una princesa y me aseguraré de enseñarle que los niños son malísimos. Me merezco esta oportunidad. No voy a permitir que se lleve a nuestro hijo a Pensilvania, donde no podré formar parte de su vida. No es justo y no va a suceder... lo quiera ella o no.

Angie

—No creo que sea tan mala idea que te mudes aquí —me dice Presley mientras se afana en la cocina. Wyatt y Zach se fueron para encargarse de algo en el rancho, de modo que, dado que estamos solas, Pres intenta aprovechar la oportunidad para venderme todas las ideas que se le han ocurrido en las últimas horas.

—¿Es que no me conoces? ¿Te parezco la clase de mujer capaz de despertarse en un rancho? No me gusta el ganado. No me gusta la suciedad. ¡Me moriré aquí porque un coyote me comerá viva! Soy una chica de ciudad. Soy incapaz de aguantar la idea de no poder ir de compras, de no tener un montón de restaurantes a mano y en general... de vivir aquí.

Siempre he vivido en la ciudad. No se me ocurre una sola cosa que me disguste del modo de vida que llevo. Tengo todo lo que podría desear.

—Nos tendrías a nosotros —replica, sin levantar la vista.

—Aaah, no, no me vengas con esas. —Me doy cuenta de lo que se trae entre manos. Pres no quería irse de Pensilvania, pero no tenía más alternativa. Yo sí las tengo. No tengo que vivir aquí. Puedo permitirme una vida bastante cómoda yo solita. ¿Es una putada? Ajá. Pero me las puedo apañar. Mudarme aquí sería mucho más traumático que tener un hijo en Filadelfia—. No puedes usar esta situación para conseguir lo que quieres.

Levanta la vista al tiempo que suelta el cuchillo en la encimera.

—No estoy usando nada. Mira —dice, y su mirada se suaviza—, estás allí sola. Tus padres se han ido. Tus hermanos se han ido. Yo me he ido. Quiero conocer a mi sobrino o sobrina. Aquí hay muchas cosas que podrían facilitarte la vida, Ang. Tendrías ayuda en todo momento. Creo que estás siendo terca.

—¡De eso nada! —Bueno, un poco sí. Sé que, en parte, tiene razón, pero es como si lo estuviera perdiendo todo—. No puedo mudarme aquí. No puedo renunciar a todo solo porque Wyatt vive aquí y yo allí. ¿Qué pasa con la pastelería? ¿Qué pasa con mi vida, Pres? Tengo la sensación de que se me ha jodido, haga lo que haga.

—Tienes a Erin en la pastelería. Es más que capaz de encargarse de todo durante una temporada. Por eso precisamente la contrataste —me recuerda Presley—. Y en cuanto a tu vida... Cariño, va a girar en torno al bebé. Ya lo verás. Es el trabajo más gratificante que tendrás jamás.

Gimo.

—No estoy preparada para esto. No quería niños. A ver, que en teoría sí los quería, pero conforme han ido pasando los años, más me hacía a la idea de no tenerlos. Ahora voy a tener un bebé con un hombre que vive a cuatro estados de distancia. Es una mierda. No es lo ideal ni mucho menos.

Presley no lo entiende. No espero que lo haga. No sé qué es lo correcto en esta situación. Solo sé que estoy embarazada y que las cosas van a cambiar radicalmente después de que la habichuela aparezca.

Presley hace una pausa y, después, se le ilumina la cara.

—¿Y si te quedas hasta que nazca el bebé? ¿O hasta la boda, para ver qué tal te sientes?

—Necesito una copa —mascullo—. ¡Pero no puedo tomármela! Y odio estar embarazada.

Se echa a reír y sigue cocinando.

—No te haces una idea, guapa.

—Cierra la boca.

—Lo que tú quieras. —Presley sonrío y se pone manos a la obra.

Nos sentamos, sumidas en un silencio cómodo. Me doy unos minutos para tranquilizarme y empiezo una lista de cosas a favor y de cosas en contra. No puedo creer que me lo esté pensando siquiera. Me encanta Bell Buckle... en teoría. Es tranquilo, lleno de historia y de casas preciosas. Hay tanta historia que ni siquiera tengo que salir a buscarla. Pero no es mi hogar, y en Filadelfia encuentro historia de sobra. Aquí, no puedo pedir comida china en cualquier esquina ni comerme un sándwich de carne y queso de Gino's. Tendré que cocinar. Mudarme aquí también implica perder la pastelería. Implica abandonar lo único que he hecho yo sola.

Dios, menuda mierda. Ya estoy que solo pienso en comida.

Los puntos a favor son las personas, claro. Presley, Cayden, Logan y el resto de su familia, y Zach, Wyatt y su familia. Estarán aquí para ayudar con el bebé, y ya me han aceptado en su seno. Es un pro muy gordo. No tendré eso en Filadelfia. El repartidor de comida china no vendrá a cuidar del bebé para que yo pueda ducharme. Me estremezco. Eso sería asqueroso y me daría mucho miedo. Además, da igual que tenga todos los sándwiches del mundo, porque no me ofrecerán un hombro sobre el que llorar. Tampoco puedo pasar por alto que, cuando estoy en Filadelfia, echo de menos a Presley y a los niños. Mentiría si dijera que no deseo que vivamos todos en el mismo sitio de nuevo.

—Pres —susurro—, tengo miedo.

Cuando levanto la vista de la encimera, donde la tenía clavada, veo que ella ya está apoyada en el borde, observándome. Conozco esa mirada. La he visto infinidad de veces. Está buscando la forma de apartarme del abismo.

—Lo sé. Yo también lo tendría. Es mucho para ti, y no puedo ofrecerte respuestas, pero sí puedo decirte que te quiere mucha gente. Que tendrás a muchas personas dispuestas a ayudarte.

—¿Dónde viviría?

Abre la boca y la cierra antes de soltar un suspiro pesaroso.

—Sabes que puedes vivir aquí, ¿no?

—No podría hacerlo. —Niego con la cabeza.

Va a casarse dentro de seis meses. Lo último que quiero es alterar la nueva vida que va a iniciar con Zach. No tengo la menor duda de que me recibirían con los brazos abiertos. Pero no solo tengo que pensar en ellos, sino también en mí. Acabaría matándola. La quiero mucho, pero vivir con ella no es bonito como antes. Quiero poder quitarme los zapatos de un puntapié y comer helado directamente de la tarrina. A Presley le gustan los zapatos alineados junto a la puerta y cree que los cuencos existen por algo. Somos distintas. Yo soy más alocada. Ella es más ordenada.

Necesito vivir sola.

—¿Por qué no? —Le comunico con la mirada todo lo que he estado pensando y ella se echa a reír. Sabe que si no la mato yo antes, me matará ella a mí—. Pues la única alternativa viable es Wyatt.

Suspiro. La leche que le dieron a Wyatt.

—¿Sabes que se puso muy macho diciendo que teníamos que casarnos?

—No me sorprende. Y no tiene nada que ver con hacerse el macho, sino con ser sureño.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que quiere cuidarte. Es un buen hombre, Ang. Siempre se ocupará de sus responsabilidades. Lo educaron de esa forma, y su madre lo educó bien. Puede que se comporte como un crío casi todo el tiempo, pero hará lo correcto para ti y para el bebé.

—Ahí está el problema. No quiero ser su obra de caridad. No tiene por qué renunciar a todo solo porque nos hemos acostado. Puede seguir ejerciendo de padre de nuestro hijo sin que yo me tenga que mudar aquí. Nunca lo mantendría apartado del bebé.

Asiente con la cabeza.

—No creo que nadie esté pensando eso, pero ¿te acuerdas de cuando los niños eran pequeños?

—Ajá... —No sé adónde quiere ir a parar.

—Pasan muchas cosas cuando son pequeños. La primera sonrisa. La primera vez que gatean o que dan sus primeros pasos. Son un montón de detalles que solo pasan por primera vez... una sola vez.

No puedo llevarle la contraria.

—Pero quitando eso, no estoy segura de que deba desbaratar mi vida entera.

—¿No crees que estaría bien tener ayuda con un bebé? Será un buen padre, y quiere estar ahí.

—Sé que será un buen padre, Pres. Lo he visto con Cayden y con Logan.

Es una certeza que tengo. Wyatt dejó claro que estaría ahí para el bebé. Quiere estar presente, y yo nunca lo alejaría de su hijo, pero no voy a casarme con él. Está loco de remate si cree que voy a hacerlo solo porque él considere que es «lo correcto». Si alguna vez decido casarme con alguien, que seguramente no se dará el caso, será por la razón adecuada.

—Todo se arreglará —me dice Presley, convencida—. Lo sé.

—¡Uf! —Entierro la cabeza en las manos—. ¡Todo se ha ido a la mierda!

—A lo mejor por fin todo está donde debería estar.

Dado que no tengo muy claras las reglas que hay que seguir con respecto al embarazo y el café, me preparo una taza de té, salgo al porche y me siento en una de las mecedoras. Como todos los demás siguen dormidos, la casa está en silencio y el cielo, justo antes de amanecer, ofrece mucha paz. Bebo un sorbo, hago una mueca y anoto mentalmente que debo preguntarle al médico por la

cantidad de café que puedo tomar. A saber en la bruja que me voy a convertir si no puedo beber café, pero no quiero hacer nada que perjudique al bebé hasta que no lo sepa.

Me quedo sentada, con la vista clavada en las suaves colinas que tengo delante. Sujeto la taza con una mano mientras el vapor asciende, y luego veo la figurita de jardín que le regalé a Presley cuando compró la casa en Media. Dos niñas sentadas en un columpio, abrazadas la una a la otra, como si fueran lo único que necesitaran. Después de la universidad, quería asegurarme de que siempre me tendría cerca (claro que tampoco estuve lejos nunca), pero pensar en lo que me ha traído a esta nueva vida... Se me escapa una sonrisa.

La vida de Presley no ha sido fácil los últimos años por culpa de mi hermano. Lo tenía todo. Un marido, niños, un negocio floreciente y la felicidad... Y luego lo perdió todo. Se desintegró. No, explotó en mil pedazos. El suicidio de mi hermano ya fue bastante malo, pero luego perderla a ella en el día a día fue demoledor para mí. Sin embargo, Presley no se derrumbó.

No tiró la toalla.

Resurgió de sus cenizas, y aunque no fue un camino de rosas, lo recorrió sabiendo estar. Sé que algunos no lo ven así, pero la conozco de toda la vida. La he visto débil. La he visto desolada, y también la he visto valiente por sus hijos.

Es lo que puedo decir sin temor a equivocarme, que siempre pondrá a sus hijos primero. Son su prioridad, y tal vez yo no tomaría algunas de las decisiones que ha tomado ella, pero lo ha hecho movida por el amor. Necesito encontrar esa parte de mí.

Tengo que ser valiente para así encarar esta nueva vida y ser esa mujer que cuida de su hijo. ¿Quién sabe? Quizá se convierta en lo mejor que me ha pasado. No lo he planeado, pero, de todas formas, voy a ser madre. Este bebé me necesita y sé que, una vez que lo tenga conmigo, querré con locura a la habichuela.

—No va a ser fácil —digo al tiempo que me froto el abdomen—. No sé cómo hacer nada de esto. Así que te aviso desde ya: puede que se me dé fatal eso de ser madre. Supongo que deberías saber que es posible que me falte ese gen. Tu tía Presley es una máquina en el tema. Yo seguramente voy a estar hecha un lío una temporadita, pero te prometo que intentaré mejorar con todas mis fuerzas. —Le susurro las palabras al diminuto bebé que crece en mi interior.

Y lo intentaré.

Porque eso es lo que hacen las madres.

Me mezo en el asiento, con la vista clavada en el lago.

—Y así empieza...

—¿Qué empieza? —pregunta una voz ronca, que me sobresalta.

La taza de té se me cae hacia delante, rebotando en el suelo, y yo suelto un grito.

—¡Joder! —Fulmino a Wyatt con la mirada mientras sube los escalones—. ¡Wyatt! Me has dado un susto de muerte.

—Esperaba encontrarte despierta —dice al tiempo que se inclina hacia delante y recoge la taza. Clava los ojos en los míos, y tengo que recordarme que debo respirar. Está para comérselo con una vieja gorra de la universidad de Tennessee y los vaqueros azul oscuro, que se ciñen a sus piernas y resaltan ese culo perfecto. La camiseta gris con el logo de Hennington Horse Farm, que es evidente que le encanta y que le sienta como un guante, me permite examinar todos y cada uno de los músculos de su torso. Todo él me hace la boca agua. Es atractivo sin pretenderlo siquiera. Nada de lo que lleva puesto impresionaría a nadie. Es que él impresiona sin más—. ¿Estás bien? —me pregunta, porque no le he dicho nada.

—Estoy bien. Intentando que se me baje el corazón de la garganta, nada más. —«Y la libido.»

Se sienta en la mecedora que tengo al lado.

—No pretendía asustarte. He supuesto que habías oído mi camioneta.

—Supongo que estaba ensimismada.

—¿Has pensado en el tema? —Su voz transmite cierta vacilación.

—No he pensado en otra cosa, Wyatt.

Levanta una mano y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Me roza la mejilla con un dedo, y suspiro. Como una idiota integral. Wyatt sonrío al oírme y me pone la mano en la mejilla.

—Yo también. No dejo de pensar en el tema o en lo que vas a hacer. Tenemos que hablar. Tenemos que encontrar una solución.

—Lo estoy intentando.

Wyatt aparta la mano.

—Te repito que no estás sola. Estás embarazada de mi hijo. Quiero ayudarte.

Tiene razón. Es su hijo, y ya sé lo que él quiere. No me ha preguntado ni una

sola vez lo que yo quiero.

—No pienso impedirte que lo veas. No soy así.

—Lo sé. —Aprieta los labios—. Dime lo que estás pensando. A lo mejor puedo tranquilizarte.

Ojalá fuera tan sencillo. No puedo decir nada que vaya a tranquilizarlo. De hecho... lo más probable es que yo me tire de los pelos.

—¿Lo que estoy pensando? ¿Seguro?

Se echa hacia atrás en la mecedora y apoya un tobillo en la rodilla contraria antes de esbozar una sonrisa amable.

—Soy todo oídos, cariño.

—Vale, tú lo has querido. —Me aseguro de que la advertencia queda bien clara—. Estoy acojonada. Vamos a tener un bebé y ni siquiera estamos juntos. Mis opciones son: estar sola en Filadelfia y criar al niño allí o mudarme aquí. Ninguna de las dos opciones me gusta. Tengo la sensación de que alguien me ha robado la vida y luego me siento fatal por ser una bruja egoísta al pensar algo así. —Suelto las palabras tal cual me pasan por la cabeza—. Lo odio. Odio estar embarazada de un hombre al que ni siquiera le gusto, ya no te digo que me quiera. Debería ser un momento maravilloso en mi vida, pero no lo es. Me siento estafada. No he podido hacer pis en un cacharrito y ocultárselo a mi marido para luego darle una sorpresa al decirle que vamos a tener un bebé. —Las lágrimas caen por mis mejillas mientras dejo que salga todo lo que llevo dentro, y Wyatt no me suelta la mano en ningún momento—. Nunca he pensado mucho en tener hijos, pero cuando lo hacía, suponía que sería con mi marido. En cambio, ¡aquí estamos! ¡No es justo! No lo es. Ojalá no hubiera pasado. Ojalá no me hubiera ido contigo a tu casa. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y borrarlo todo.

Nada más pronunciar las últimas palabras, me arrepiento.

Ha sido cruel, y también es mentira.

No me arrepiento de haber estado con él. Tenía toda la intención de repetir la experiencia cuando me subí al avión hace dos meses. Y quiero al bebé. Cierto que no ha venido de la forma en la que esperaba, pero un ser humano crece en mi interior y voy a quererlo, ya empiezo a verlo de otra manera. Solo necesito algo más de tiempo.

La cara de Wyatt no deja entrever nada. Me mira con expresión tierna, sin rastro de prejuicios.

—Lo siento —me dice con tanta pena que se me parte el corazón—. Sé que

no soy el hombre al que elegirías, pero te aseguro que no todo lo que piensas es verdad. Y siento que creas que esto te ha arrebatado la vida.

—No. —Le cojo la mano—. Lo siento, no debería haber dicho todo eso. No te lo mereces. A ti también te han estafado. Lo hicimos juntos, y estoy siendo egoísta.

Se le escapa una carcajada seca.

—No eres egoísta. Anoche le dije a Trent unas cuantas chorradas similares. Quería casarme y tener hijos con una mujer que supiera lo genial que soy.

Me echo a reír.

—Lo digo en serio. —Se levanta y me mira con muchísima seriedad—. Soy el soltero más cotizado de Bell Buckle.

—Tampoco es que haya tanto donde elegir.

—Te vas a convertir en una mujer muy odiada. No sabes la cantidad de chicas que me quieren.

—Tu humildad no conoce límites. Me han contado todos los detalles de tus hazañas sexuales.

Se echa a reír.

—Tú has participado en una de esas hazañas, cariño.

Pongo los ojos en blanco. Es verdad. Lo he hecho.

—Quiero que, al menos, seamos buenos amigos. Ya sabes, conocer a la otra persona. Por el bien del bebé.

Wyatt sonrío y me tiende una mano.

—Acompáñame a dar un paseo.

Acepto la mano que me ofrece y dejo que me ayude a levantarme.

—Vale.

Echamos a andar y él se coloca mi mano en el brazo. Es un gesto tierno, y una parte de mí se derrite. A lo mejor no es lo que quería, pero esto, ahora mismo, es bonito. Wyatt no habla, pero me doy cuenta de que se tensa un poco. Como si se estuviera preparando para algo, como si intentara reunir el valor necesario.

—Quiero que pienses bien lo de mudarte aquí mientras estás embarazada —me dice después de internarnos entre los árboles por un sendero de tierra—. A ver, sé lo que sientes. Sé que tienes la sensación de que lo vas a perder todo, pero ¿y si pasa algo y estás allí sola? ¿Y si necesitas ayuda? Tardaría mucho en llegar.

Me va a poner las cosas muy difíciles para poder negarme.

—No soy una damisela en apuros.

—No. —Se detiene—. No lo eres. No creo que lo hayas sido en la vida, pero eres la madre de mi hijo. Es mi obligación cuidarte y, te lo creas o no, te tengo afecto, te lo tenía antes incluso de saber que estabas embarazada.

Me quedo sin habla. Lo que ha dicho seguramente sea lo más perfecto que podría decir.

—Eso significa mucho para mí. Gracias, pero ¿qué puedo hacer aquí?

—Lo que te apetezca. No somos un pueblucho. No tienes que trabajar si no quieres, y puedes aprovechar el tiempo para disfrutar. Joder, escribe un libro. Podrías abrir una pastelería en el pueblo. Puedes hacer lo que te dé la gana. Solo te pido un poco de tiempo.

La pastelería es lo que sigue frenándome. Estoy segura de que Erin podría hacerse cargo en mi nombre. Desde que pusimos a la gerente al día, tampoco tengo mucho que hacer. Iba a empezar a concentrarme en abrir otro local.

Es una locura.

Tengo que pensar en muchas cosas. Pero ahora mismo solo soy capaz de imaginarme cómo se sentiría Wyatt si me pasara algo, o le pasara algo al bebé, mientras estoy en Pensilvania. No sé si eso basta para obligarme a aceptarlo, pero es algo a tener en cuenta.

No puedo creer que esté sopesando la idea.

—¿Y si al final resulta que nos odiamos? ¿Y si solo fue una noche de sexo increíble? ¿Qué hacemos entonces?

Wyatt me coge la cara entre las manos.

—¿Y si no nos odiamos? O si lo hacemos, ¿qué es lo peor que podría pasar? Estarás cerca de Presley y de tus sobrinos. ¿Y si te das cuenta de que soy el mejor tío del mundo y no puedes vivir sin mí? ¿No crees que averiguarlo nos lo debemos, y también se lo debemos al bebé? Dale una oportunidad a lo nuestro.

—¿Qué significa eso? ¿Ese «a lo nuestro»? —le pregunto.

Me sujeta los hombros mientras me impide moverme. Lo único que he sentido por él es una intensa atracción física. Era la forma de terminar con una larga sequía. Me fue muy fácil acostarme con él, porque estaba aquí y yo en Filadelfia. Además, no había lazos emocionales para ninguno de los dos. Sabíamos a lo que íbamos, y por mí, perfecto.

—Lo nuestro. —Las palabras de Wyatt me resuenan en la cabeza—. Una oportunidad real para lo nuestro. Quiere decir que nos conozcamos o algo.

Seguirás embarazada de mi hijo. Yo te invitaré a salir y te demostraré que no soy el capullo que te han dicho que soy. Me he pasado la noche en vela pensando en el tema. Quiero que te mudes aquí y que veamos si funciona...

Niego con la cabeza porque se ha vuelto loco, pero también tengo dudas.

—Yo... —Dejo la frase en el aire.

Estoy confundida. La imagen que me pinta es atractiva. Sé que, en el fondo, es un buen tío. De no serlo, Presley no hablaría tan bien de él. Los niños lo adoran y no dejan de hablar del tío Wyatt. Pero hay un montón de incógnitas.

¿Y si tiene razón? Pero ¿y si se equivoca?

—Ibas a decir... —me anima.

—¡No... no lo sé! —replico—. Es demasiado. —Me aparto de él, necesito la distancia para respirar. Cuando lo tengo tan cerca, me confunde los sentidos. Quiero decirle que sí, aunque seguramente sea lo último que haga. Le doy la espalda y clavo la vista en los árboles, pero luego siento su calor corporal cuando se me acerca.

—Es mucho, pero lo estoy intentando. —Su voz grave resuena en mi interior—. Dame hasta que nazca el niño. Al menos, quiero ver nacer a mi primogénito.

Lo está intentando, y yo también debería hacerlo.

—Te daré tres meses. —Me doy la vuelta para mirarlo—. Es lo máximo que te puedo prometer, pero estaré aquí los próximos meses y lo solucionaremos todo.

—¿Tres meses? —repite Wyatt, que se cruza de brazos y me mira fijamente.

—Ahora mismo, no puedo estar más tiempo aquí.

—No me gusta —admite él antes de bajar los brazos y mirarme con expresión tristonosa—. Pero por algo se empieza.

—Wyatt... —le digo, a modo de advertencia.

Levanta una mano.

—No digas nada, preciosa. Tenemos tres meses para hablar. Ahora tienes que volver a casa y hacer el equipaje. Nos vemos pronto. —Inclina la cabeza hacia mí—. Muy pronto.

Es oficial... he perdido la cabeza por completo.

Tres semanas después

—*H*e dejado hueco para tus cosas en el armario —me dice Wyatt mientras saca el equipaje de mi coche.

Voy a vivir aquí.

En su casa.

Mientras esté embarazada.

—Gracias —replico e intento pensar con claridad. He accedido a hacer esto, pero no puedo evitar sentirme obligada. Claro que soy yo la que está forzando las cosas.

Después de marcharme de Bell Buckle con un plan, empecé a centrarme. Sabía que el objetivo era hacer el equipaje para unos cuantos meses, ayudar a Erin a organizarse y encontrar a alguien que le echara un ojo a mi apartamento. Presley, que se alegró muchísimo al saber que iba a prolongar mi estancia en Bell Buckle, me recomendó que fuera una de nuestras reposteras quien se quedara a vivir en mi apartamento durante este tiempo, ya que la chica todavía vive con sus padres. La idea la entusiasmó y, después de dejar eso solucionado, los planes se centraron en hacer la dichosa mudanza a Tennessee, o más bien en organizar la larga visita.

Durante este tiempo, Wyatt me ha llamado al menos una vez por semana, seguramente para asegurarse de que no me echaba atrás, y yo hacía todo lo posible por parecer ilusionada. Me dijo que había hecho algunas mejoras en la casa, y que estaba deseando que me instalara. Las llamadas no pasaban nunca del cuarto de hora, pero me daba la impresión de que hablábamos mucho durante esos ratos. Me parecía emocionado de verdad, y no dejaba de repetir que tenía muchas ganas de que estuviéramos juntos, algo que me tenía hecha un lío.

—Creo que esto es lo último —dice mientras deja la maleta sobre la cama.

Asiento con la cabeza, incapaz de hablar. Tengo las hormonas revolucionadas y, cuando menos me lo espero, me echo a llorar por cualquier cosa. He tenido que hacer varias paradas durante el viaje, porque no podía más. Y no es que esté triste. Lo que estoy es agobiada. Voy a vivir con el padre de mi hijo y no tengo trabajo. Soy un desastre con patas.

Recorro con la mirada el pequeño pero acogedor dormitorio. La casa de Wyatt es sencilla, pero funcional. Las paredes no están decoradas y todo lo que hay tiene un propósito. Está limpia y es cómoda. Su dormitorio está pintado de un neutro tono beis, el cobertor es azul y hay un montón de cuadrantes. La verdad, hay tantos que cubren casi por completo la cama. Lo único destacable es el enorme televisor instalado en la pared.

El resto de la casa es igual. Es evidente que lleva una vida de soltero. Se nota que los muebles están usados, tal vez se los hayan dado la familia y los amigos que hayan redecorado sus casas, pero todas las piezas están bien cuidadas. Me enseñó la casa nada más llegar y, aunque parece pequeña, hay mucho espacio.

La estancia que más me emociona es el cuarto de baño. Tiene la bañera con patas más alucinante que he visto en la vida y una ducha donde podrían entrar perfectamente cuatro personas. Cuenta con una columna de hidromasaje y un par de rociadores de efecto lluvia. Una maravilla.

Después de colocar el resto de mis cosas, me vuelvo y veo a Wyatt apoyado en la puerta.

—Bueno —digo, y se me quiebra un poco la voz—, ¿cuál es el plan?

—Pues el plan es conocernos. —Se acerca a mí y se sienta en la cama con una sonrisa.

Me río.

—Mientras convivimos.

—Es como lo de las citas rápidas —replica Wyatt—. Aprovecharemos el tiempo que tenemos y ya veremos dónde acabamos.

—Bueno, por lo menos vamos a evitar la incomodidad de después del polvo, porque ya hemos pasado por eso. Ah, y la conversación de: «¿Qué pasa si me quedo embarazada?».

Nos echamos a reír. Me coge una mano y me da un tirón para que me siente a su lado en la cama.

—No sé exactamente qué debemos hacer, pero ya nos las apañaremos. Iremos día a día.

Al menos, está tan perdido como yo.

—Creo que necesitamos reglas.

Levanta las cejas.

—¿Reglas?

—Sí. Reglas —repito con firmeza—. Yo tengo reglas.

—Por supuesto. —Hace un gesto con la mano para que siga.

Allá vamos. Estoy segura de que esto no va a gustarle, pero es lo que hay.

—Nada de sexo entre nosotros ni con otros. Nada de salir con otras personas. Tampoco podemos irnos a la cama enfadados. Y no vamos a usar al bebé como excusa para conseguir lo que queramos. Nada de roncar ni de comer de mi plato. Ni se te ocurra tocarme el café por las mañanas si quieres seguir conservando las manos... Esas son mis reglas.

La última es la más importante. Pero las demás también lo son.

Wyatt me mira con una expresión cómica.

—¿Nada de sexo? ¿No crees que ese barco zarpó hace mucho?

—Bueno, pues acabó hundándose. Además, creo que será beneficioso que nos pasemos estos meses sin complicar más las cosas. Así que nada de sexo.

Su sonrisa se ensancha.

—¿Y si al pasar tanto tiempo conmigo, no puedes resistirte y te abalanzas sobre mí?

—Eso no va a pasar —le contesto.

Si vamos a intentarlo, tenemos que hacerlo bien. El sexo es lo que nos ha metido en este embrollo, y no estoy dispuesta a empeorar las cosas. Ya sé que entre nosotros saltan chispas sexualmente hablando. Ahora tenemos que averiguar si hay opción de que lo demás funcione o si es la situación la que nos obliga a planteárnoslo.

Se pone de pie y se despereza mientras se mueve hacia delante y hacia atrás. Se le levanta la camiseta, lo que deja a la vista esa tableta de chocolate tan morena. Trago saliva, incapaz de apartar la vista de él.

—Creo que los próximos meses van a ser interesantes —murmura mientras se cruza de brazos, coge el borde de la camiseta para quitársela y la arroja a un rincón—. Voy a meterme en la ducha.

Se me hace la boca agua al verle el torso. Cada centímetro de su cuerpo es puro músculo, no tiene ni un gramo de grasa. Es ridículo. ¿Quién narices tiene este cuerpazo en la vida real? No es normal.

Aprieto un puño y desvío la vista. Como siga mirándolo, querré tocarlo.

Como lo toque, acabaré desnuda. Y eso es malo.

—Que te diviertas. —Me coloco un mechón de pelo detrás de una oreja.

—¿Angie?

—¿Qué? —mantengo la vista baja y finjo que hay algo interesantísimo en el suelo, delante de mí.

—¿Estás bien? —pregunta con tono ufano, lo que rompe mi concentración y aparto la mirada del suelo.

—Perfectamente. —Lo miro a los ojos y saco mi vena impertinente. Si soy capaz de mantenerme enfadada o decidida, a lo mejor todo sale bien—. Embarazada, pero perfectamente.

Suelta una risilla.

—Perfecto. —Sigue mirándome mientras se desabrocha la bragueta—. No me gustaría que te sintieras incómoda.

Qué imbécil.

—Pues no.

Se me cae el alma a los pies cuando se baja los pantalones.

—Me alegro. —Wyatt sabe muy bien lo que está haciendo.

Me clavo las uñas en la palma de la mano hasta que me hago daño. Después, me pongo de pie sin mirarlo siquiera y salgo del dormitorio dando un portazo. El cabrón se ríe.

Van a ser tres meses muy largos.

Echo a andar hasta el salón y me siento en el sofá. Cojo el libro que he traído y empiezo a leer sobre los horrores del embarazo. Nadie habla de estas cosas. No hablan de las alegrías de las hemorroides ni de las pérdidas de orina. Solo hablan del bebé y de lo que se siente cuando te da patadas. Estoy segura de que Presley no me dijo que los pezones cambiaban de color. Cada capítulo me descubre una espeluznante novedad sobre los cambios que va a sufrir mi cuerpo.

¿Por qué narices tenemos que pasar las mujeres por esta mierda? Qué gilipollas fue Eva al no poder dejar la manzana quietecita. Ella tiene la culpa. Y mi cuñada, por no decirme todo lo que iba a pasarme. De haber sabido que iba a sufrir pérdidas de orina, me habría sometido a una extirpación de útero.

Wyatt sale del dormitorio, ya vestido con sus habituales vaqueros y una camiseta de manga corta, así que cierro el libro y me quedo sentada sin acabar de creerlo.

«¿De verdad les pasa eso a algunas mujeres durante el parto?», me pregunto.

—¿Qué es eso? —me pregunta mientras me mira, preocupado.

—¿Esto? —Levanto el libro—. Una puta novela de terror. El problema es que no es ficción. Nooo, esto es la realidad. —Lo tiro al suelo.

Él se agacha para recogerlo, lee el título y se ríe entre dientes.

—Presley puede ser tu guía personal del embarazo. No necesitas leer esto.

Me levanto y me acerco a él hasta que nuestros pies están a punto de rozarse.

—¡Tú tienes la culpa! —exclamo, señalándole el pecho con un dedo.

—Estoy seguro de que tú participaste activamente.

«Eso no tiene nada que ver.»

—¡Voy a tener hemorroides! ¡Y acabaré con las tetas caídas! —Sus ojos descienden hasta mi pecho y se detienen sobre él—. Arriba esos ojos, idiota.

—Has dicho «tetas». —Y se encoge de hombros.

Gimo, y Wyatt me sujeta las caderas para acercarme a él. Se me acelera la respiración en cuanto nuestros cuerpos se rozan.

—Deja de asustarte. Eres preciosa y lo seguirás siendo después de dar a luz.

Lucho contra las lágrimas. Le coloco las manos en los brazos y apoyo la cabeza en su torso.

—Pero es que todo esto es muy fuerte.

—Sí que lo es —conviene él—. Pero relájate un poco, Angel. Cuando tengas a nuestro hijo en brazos, no vas a pensar en tetas caídas ni en todo lo demás.

El corazón me da un vuelco al oírle decir eso. Recuerdo lo que sentí cuando cogí en brazos por primera vez a Cayden y a Logan, y ni siquiera eran míos. No puedo ni imaginarme qué sentiré cuando tenga en brazos a mi propio hijo.

—Es posible.

Ríe entre dientes y me acaricia la espalda al tiempo que me abraza con más fuerza.

—Verás como sí. Casi nunca me equivoco.

Resoplo mientras niego con la cabeza.

—Estás loco.

—A lo mejor, pero se me ha ocurrido una cosa. Vamos a comer algo y a salir a dar una vuelta. Es tu primera noche en Bell Buckle y esta va ser nuestra primera cita.

Niego con la cabeza y suelto un suspiro.

—¿Una cita?

—Ajá. —Me aleja un poco de él y me regala una sonrisa que me pone a cien —. Vamos a salir como si hubiéramos quedado en plan formal. Así que arréglate.

Este es el trato. He venido para quedar con él y poder conocernos. Pero tengo que andarme con ojo. No voy a quedarme más de tres meses, así que no merece la pena dejar que mi corazón acabe enredado con el suyo.

Tengo que protegerme. Porque Wyatt es un tío gracioso, atractivo y listo, y sería muy fácil enamorarse de él. Acostarme con él la primera vez fue una decisión muy sencilla. Y, después, me pareció casi imposible mantener las distancias. La verdad es... que me gusta. Es buena gente.

Algo que no me conviene.

Lo miro con disimulo, con los párpados entornados.

—No hace falta que me lleves a ningún sitio.

Wyatt me levanta la barbilla con un dedo y me observa con atención.

—No es que haga falta, es que me apetece hacerlo.

—Ah —replico mientras clavo la vista en sus labios.

—Angie —dice en voz baja.

—¿Qué?

—¿Hay alguna regla sobre los besos?

No entiendo bien qué me está preguntando. Algo sobre reglas y labios rozándose; pero, cuando me toca, siempre acabo haciendo alguna estupidez.

—Los besos están bien.

No dice ni una sola palabra más. Sus labios rozan los míos y mi cerebro deja de funcionar. Me aferro a su camiseta para acercarlo más a mí mientras sus brazos me estrechan. Besarlo es una experiencia que involucra a todo mi cuerpo. Lo siento desde la cabeza hasta los dedos de los pies. Lo único que quiero es besarlo eternamente. Me acaricia con la lengua, y gimo. Sus besos son algo extraordinario. Como los besos con los que sueñan las niñas, que hacen que todo lo demás desaparezca.

Lo recuerdo perfectamente.

Nuestras lenguas se mueven en armonía, y sus manos me colocan justo donde desea tenerme. Me da igual. No se me ocurriría alejarme de él cuando me está besando. Sus labios son firmes y su lengua explora el interior de mi boca. Pierdo la noción del tiempo mientras me besa como si fuera su razón para vivir. Ahora mismo, me tiene a su merced por completo, y eso no es bueno, pero carezco de voluntad para detenerlo.

Se aleja de mí demasiado pronto.

—Los besos están bien. Pero besarte a ti es cojonudo.

Soy tonta. Mis reglas son ridículas. Los besos van a llevarnos en un abrir y cerrar de ojos a otra cosa distinta. Tengo que ponerle fin a esto por más ganas que tenga de seguir besándolo.

—Ajá. —Me alejo un par de pasos mientras intento recuperar el aliento—. Pues los besos forman parte de mis reglas desde ahora mismo. Nada de besos. Besarse está prohibido. —Tengo que recalcarlo para que sepa que hablo en serio.

Los ojos de Wyatt relampaguean mientras me mira. Se acerca a mí con actitud decidida.

—¿Eso crees? —Se acerca, y su voz se vuelve más grave y sensual mientras su mirada se suaviza—. Dormirás todas las noches en mi cama. ¿Crees que serás capaz de dejar quietecitas la boca y las manos?

—Ajá.

Sonríe y asiente con la cabeza.

—Sí tú lo dices... me encantan los desafíos.

Me acerco para susurrarle al oído:

—Soy capaz de controlarme.

Wyatt suelta un gemido que le sale del pecho al tiempo que me coge por los hombros.

—Ya lo veremos. —Me suelta y me da un golpecito en la nariz con un dedo.

—Yo quiero un Jack Daniel's con cola y ella... —Wyatt se interrumpe.

—Un Sprite.

El camarero asiente con la cabeza y nos sentamos a la barra. Para nuestra primera cita, me lleva, embarazada como estoy, al bar. Porque es muy romántico y, además, ¿por qué no restregarme un poquito más que no puedo beber alcohol?

Un hacha, vamos. Insuperable.

La última vez que estuve aquí, acabé acompañándolo a su casa y... en fin... nos llevamos el regalito.

Echo un vistazo a mi alrededor mientras esperamos que el camarero vuelva con las bebidas. La pista de baile está llena. Hay gente bailando fuera de ella, mientras que otros bailan en línea en el centro. Muchas chicas en la periferia, observando, a la espera de que un tío pase a su lado. Me echo a reír cuando todas se atusan el pelo y se yerguen un poco, de modo que el pronunciado canalillo queda más a la vista. Me pregunto cuántas de ellas se han acostado con Wyatt.

Después de lo que me dijo Presley, supongo que todas.

Tiene fama de ir de cama en cama, algo que nunca me ha preocupado antes. A ver, yo tampoco soy un angelito, pero no puedo negar el aguijonazo de celos que siento ahora mismo. Es una locura, claro que le echo la culpa a las hormonas. Me hago el propósito de cambiar las sábanas de su cama y, tal vez, de quemar el colchón. No quiero ni imaginarme las cosas que han pasado en su casa. Joder, sé lo que hicimos nosotros, y si eso lo multiplicamos por un número indefinido de veces...

¡Puaj! Qué asco.

—¿Estás bien? —me pregunta al tiempo que me pasa un brazo por encima de los hombros.

—Ajá. Solo estaba echando un vistazo.

Desvía la mirada hacia el lugar donde miro y se tensa. Es un gesto sutil, pero lo percibo.

—Sé qué te han contado muchas cosas.

—No hace falta que...

—Claro que sí. Voy a decirlo una sola vez. —Las mira y, luego, me mira a mí—. No voy a mentirte en la vida. Si me preguntas algo, te diré todo lo que quieras saber. Y una cosa más: nadie ha pasado la noche en mi cama. Nunca he llevado a casa a ninguna de ellas. Jamás.

Pongo los ojos como platos al oír la confesión. Me quedo de piedra. No me debe nada, pero me ha ofrecido más con esa revelación de lo que seguramente piensa. Ha confirmado lo que me preocupaba, pero ha calmado mis temores en la misma frase. También me ha desconcertado un poco más. ¿Por qué yo? ¿Por qué nunca ha llevado a una mujer a su casa? Joder, ¿por qué yo?

—¡Angie! —grita Presley, lo que me impide hacerle ninguna de las preguntas que me rondan la cabeza—. ¡Has venido!

—Pues sí. —Intento sonreír, pero no me sale. Sigo estupefacta, mientras Wyatt me mira fijamente.

—Quita esa cara. —Me regaña Presley antes de darme un abrazo—. Se te va a quedar así para siempre.

Estoy segura de que cree que mi falta de entusiasmo se debe a que estoy aquí, pero es porque empiezan a calarme las palabras de Wyatt. Aparto la vista de él mientras intento asimilarlas. ¿Eso quiere decir que aquella vez fue algo más que sexo? Es una locura, porque no me conoce. Hemos pasado muy poco tiempo juntos y, ese tiempo, lo pasamos en la cama.

¿Podría ser algo más?

Miro a Wyatt mientras él echa a andar hasta el otro extremo de la barra, donde está Zach.

—Lo siento, es que estoy...

—¿Acostumbrándote a todo esto? —termina Pres por mí.

—Es una forma de decirlo. Desde luego, ya no estoy en Filadelfia.

La cara de Presley me dice que lo entiende a la perfección.

—Ojalá pudiera decir algo que no fuera «lo siento». Sé que echas de menos tu casa.

Grace, su mejor amiga del instituto, se acerca y me abraza.

—Ya conseguiremos engatusarte. Además, nos encantan los bebés.

El comentario me sobresalta.

—¿Lo sabe todo el mundo? —pregunto con un jadeo al tiempo que echo un vistazo por el local y veo a varias personas intentando observarme con disimulo.

Presley aprieta los labios y, luego, se encoge de hombros, confirmándome que la respuesta es que sí.

—No hay secretos en los pueblos pequeños.

Genial. Ahora no solo soy la nueva, sino que también soy la nueva a la que Wyatt ha dejado preñada. Adiós a lo de pasar desapercibida los siguientes meses.

Grace me coge de la mano.

—No te preocupes por nadie de aquí, cariño. Todas están celosas. Los hermanos Hennington se cotizan muy caros.

—Y tienen los egos en consonancia, por cierto —bromea Presley.

—En fin, las dos habéis caído ante sus encantos. —Me cruzo de brazos y espero a que lo nieguen. Presley se va a casar con uno, y no es un secreto que Grace está enamorada de Trent Hennington desde niña.

—No pienso negar nada, pero tú tampoco eres la más indicada para hablar. —Presley esboza una sonrisilla torcida.

Grace parece perder algo de chispa. Y me siento fatal. Trent y Grace salieron una temporada, pero luego él se comportó como un capullo. Trent se niega a comprometerse con ella, de modo que le da esperanzas y luego le da la patada cuando se harta. Presley ha hecho todo lo que ha podido para que Grace se olvide de él, pero su corazón es incapaz de hacerlo.

Y me da mucha pena. Por tener que verlo todos los días y saber que siempre estará ahí. Me dijo que quiere olvidarse de él, pero que no sabe cómo.

—Lo siento. —Le toco el brazo—. Es evidente que he dejado que Wyatt me posea.

Se echa a reír.

—Ya lo creo que te ha poseído. Unas cuantas veces.

—Ajá, y por eso he ganado el premio que había detrás de la puerta número dos.

Nos echamos a reír hasta que siento una mano en la base de la espalda.

—Señoras... —Wyatt ladea la cabeza—. Sé que queréis poner os al día, pero mi cita y yo tenemos que bailar.

—Ah, no te preocupes por nosotras. —Pres sonrío y mira hacia la mesa del rincón, donde Zach está sentado solo—. Parece que tu hermano se aburre. Será

mejor que me vaya con él.

Se me acerca y me levanta del taburete.

—Vamos a bailar.

—Vale.

Wyatt me lleva a la pista de baile, sin apartar la mano de la base de mi espalda hasta que estamos en el centro.

No me sorprende que sepa bailar. Un hombre no se mueve en la cama de esa manera si no tiene sentido del ritmo. Me guía con soltura. Teniendo en cuenta que no tengo la menor idea de cómo se baila esto, es increíble lo bien que me lleva. Mis pies lo siguen, casi como si no tuvieran alternativa. Su sonrisa es permanente, como la mía.

La música cambia, pero se amolda al nuevo ritmo sin esfuerzo. Me lo estoy pasando genial. ¿Quién me iba a decir que me iba a gustar? Wyatt me hace dar algunas vueltas más que al principio, así que tengo que ser una buena alumna.

Cuando la canción da paso a una balada, alguien me da unos toquitos en el hombro.

—¿Te importa si interrumpo?

Me vuelvo y veo a una rubia más maquillada que una puerta. La ropa parece una segunda piel y bien podría llevar las tetas fuera. No creo ni que lleve sujetador. Me mira con desdén.

—Todavía no he bailado, Wyatt.

—Claro. —Hago ademán de apartarme, pero Wyatt me abraza con más fuerza.

No aparta los ojos de mí.

—No, gracias, Charlotte.

—Pero...

—No. —La voz de Wyatt es firme, no deja lugar a la discusión, y ni siquiera se digna mirarla.

Me desliza una mano por la cintura y me insta a girar para apartarme de ella.

Creo que es algo que añadir a mi lista de cosas a favor.

—Podrías haber bailado con ella.

Miro a Charlotte, que me está fulminando con la mirada. Es evidente que no voy a hacer amigas en su club de fans. Qué más da.

Pone los ojos en blanco.

—No quiero bailar con ella. Estamos en mitad de una cita y solo te vas a quedar tres meses. No tengo mucho tiempo para conquistarte.

—¿Conquistarme?

«En fin, esto puede ponerse interesante.»

—Deja que te pregunte algo —me dice al tiempo que suspira—. ¿Por qué crees que estaba en casa de Zach el día que apareciste por allí, hace unas cuantas semanas?

¿Qué leches tiene que ver eso con el hecho de que quiera conquistarme?

—¿Porque te llevas bien con tu hermano?

—O tal vez porque me enteré de que ibas a venir y quería verte...

No se me había pasado por la cabeza. Ni una sola vez. Supuse que estaba de visita en casa de Zach y de Presley.

—¿Por qué? ¿Por qué ibas a querer verme?

—Porque me gustas. No eres como las otras mujeres con las que he estado. Eres lista y graciosa, y sabes que eres guapa. Así que me enteré de que ibas a venir y pasé por allí para verte. —Wyatt no parece ni tímido ni avergonzado en lo más mínimo. Dice lo que piensa sin más. Sin chorradas.

Es una novedad, y no sé muy bien qué hacer con eso. Nunca he lidiado con un hombre como él. No porque a los hombres que conozco les cueste decir lo que piensan, sino porque sus pensamientos suelen centrarse en la pizza, la cerveza o las mamadas. No se sinceran con sus sentimientos.

Wyatt, en cambio, lo suelta todo, algo que me acelera el corazón y también la respiración, y me pone a cien.

—Es... —No encuentro las palabras adecuadas—. No es lo que me esperaba.

—¿Por qué? Porque nos acostamos dos veces, Angel. No suelo ir a por una repetición si la primera vez no fue excepcional.

—Fue sexo.

—Y estuvo genial.

Me pongo colorada y suelto una risilla tonta.

—Cierto.

Y bien sabe Dios que es verdad. Nunca me he corrido tantas veces. La química entre nosotros fue explosiva y nos sincronizamos a la perfección. Creo que por eso me cabreeé tanto al despertarme y ver que no estaba. No entendía qué había pasado o qué había malinterpretado yo. Cuando tienes una sesión de sexo brutal, no esperas ese despertar. Sentí algo muy adentro aquella noche. Algo que me asustaba, pero que también me daba esperanzas.

Fue muy raro y muy íntimo. Por eso no le dije ni pío a Presley. El hecho de

que fuera incapaz de encontrarle sentido siquiera me obligó a callármelo. Ella nunca comprendería que una experiencia física me provocara una reacción tan emocional. Además, Wyatt es famoso por sus hazañas sexuales. Al igual que yo. Intentar echarnos el lazo a alguno de los dos es un error. Me lleva a plantearme qué estamos haciendo ahora mismo.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

—Nos parecemos mucho. —Hago una pausa mientras él me hace girar unas cuantas veces antes de continuar—. Tanto que da miedo. Ninguno de los dos es famoso por mantener relaciones largas. Sin embargo, estamos a punto de lanzarnos de cabeza al criar a un bebé juntos. ¿Estamos haciendo lo correcto o vamos a complicarlo todo?

Wyatt tensa la mano que tiene en la base de mi espalda.

—No voy a decir que es por el bebé. En fin, no del todo. Crecí con los mejores padres del mundo. Mi padre quiere a mi madre más que a nada en la vida. Ella es todo su mundo. Nos dieron a mis hermanos y a mí una vida increíble. Disfrutamos de mañanas de Navidad, de cenas de domingo y de todo con lo que pueda soñar un niño. Mi padre nos enseñó que la madre de tus hijos es la persona más especial del mundo. No sé si somos adecuados el uno para el otro. No sé si esto acabará conmigo viéndote como un grano en el culo al que odio o como la mujer que quiero que me espere en casa. —Su mirada me atrapa y espero a que continúe. Estamos parados en mitad de la pista de baile, perdidos el uno en el otro mientras las demás parejas se mueven a nuestro alrededor—. Pero sí tengo una cosa clara, cariño. No pienso rendirme hasta averiguarlo. Sentí algo por ti cuando estuvimos juntos. Tal vez, solo tal vez, este bebé será lo que nos despierte a ambos. A lo mejor se supone que tenemos que hacerlo juntos.

Se me llenan los ojos de lágrimas y le cojo la cara entre las manos.

—A lo mejor eso es lo más tierno que he oído en la vida.

—¿A lo mejor te estás replanteando la regla de nada de besos?

Me echo a reír y niego con la cabeza.

—A lo mejor.

A lo mejor me lo estoy replanteando todo.

—Vale —me digo, mirándome al espejo—. Puedes hacerlo. Si no tocas, todo irá bien.

La noche ha ido genial. Wyatt me ha hecho sentir que no existía nadie más. Ha estado pendiente de mí en todo momento. Hemos bailado casi todo el tiempo, pero también me ha obligado a sentarme y a descansar.

Zach, Trent y Wyatt se sentaron a la mesa contigua a la que ocupábamos Grace, Presley y yo, pero Wyatt colocó la silla de tal manera que casi parecía que estábamos sentados a la misma mesa. Ha sido un gesto muy tierno por su parte que quisiera estar cerca, pero que, al mismo tiempo, no le importase que estuviera con las chicas durante nuestra cita.

Nos fuimos hace quince minutos, porque era tarde y también porque estoy agotada. Ahora, estoy de pie en el dichoso cuarto de baño en que el quiero quedarme a vivir, comiéndome el tarro.

Vamos a dormir en la misma cama.

Que sí, que podría decirse que ya lo hemos hecho, pero ahora él es mi... No sé... ¿Mi novio? Estamos saliendo. Estamos saliendo en exclusiva. También comprende que haya prohibido los besos y el sexo.

Soy tonta.

Es hora de comportarme como la adulta que soy y de meterme en la cama con el buenorro que sé muy bien que es un máquina en la cama.

Ajá.

—¿Vas a salir? —me pregunta cuando pongo la mano sobre el pomo de la puerta.

Allá vamos... o no.

Veo cómo Wyatt recorre con la mirada la ropa que llevo puesta. Le brillan los ojos cuando repara en mis pantalones minúsculos y en la camiseta que no deja nada a la imaginación. No la he escogido porque quisiera dificultarnos las cosas a los dos. Es que es lo que suelo ponerme para dormir, en el caso de que me ponga algo. Normalmente, en algún momento de la noche, aparto la sábana porque me estoy asando, razón por la que duermo desnuda la mayor parte del tiempo. Supuse que eso acabaría mal, así que escogí la menor cantidad de ropa posible.

Es evidente que ha sido una mala idea.

Carraspea.

—Yo... estás... —Cierra los ojos y suelta el aire—. A lo mejor deberías comprarte unos pantalones largos. Y una sudadera.

Niego con la cabeza y aparto la ropa de cama.

—Te advierto de que me muevo mucho mientras duermo. Las veces que nos

hemos acostado no hemos dormido mucho, pero que sepas que me entra calor y acabo apartándolo todo. Además, no me gusta que me toquen. Ah, y según mi ex, doy patadas y rodillazos.

—Genial. —Se echa a reír—. ¿Debería ponerme una coquilla?

—A lo mejor. —Me acuesto con una sonrisa de oreja a oreja—. Pero teniendo en cuenta que me dejaste embarazada, me parece justo que consiga darte un buen rodillazo.

Se tumba de costado, de modo que nos miramos a la cara.

—¿Quieres hacerme daño?

—No vas a poder divertirte ni la mitad que yo durante los siguientes seis meses.

—Mañana cumples las doce semanas, ¿no? —me pregunta.

—Ajá. Paso del primer trimestre.

Es una locura que tenga a esta personita creciendo dentro de mí. Me explicaron que las doce primeras semanas eran esenciales. Debía asegurarme de tomar vitaminas y también tenía que llamar si tenía algún problema.

Presley me pasó los datos del único ginecólogo en 30 kilómetros a la redonda. Al parecer, ayudó a nacer a Wyatt, así que tiene que ser un vejestorio, aunque lo averiguaré dentro de dos días, cuando lo conozca. Según parece, a Wyatt le encanta el doctor Borek. Me dijo que es el mejor médico de la zona, ya me enteraré. Va a ser muy gracioso.

Wyatt levanta una mano y me aparta un mechón de pelo de la cara.

—Sé que ninguno de los dos había planeado esto, pero quiero que tengas claro que siempre estaré ahí para los dos, aunque las cosas entre nosotros no salgan bien.

Entrelazo nuestros dedos y dejo nuestras manos unidas entre los dos.

—Te prometo que no seré una de esas mujeres que mantienen a su hijo separado del padre. Crecí con unos padres que no se parecen en nada a los tuyos. No siempre fueron malos. Cuando éramos muy pequeños, mi madre era genial. Preparábamos galletas, hacíamos manualidades y ella siempre estaba contenta. Mi padre trabajaba mucho, pero volvía a casa sonriendo y jugaba a las muñecas conmigo. Después, a mi madre le diagnosticaron cáncer y todo cambió.

—Lo siento. —Wyatt me mira con expresión tierna y sincera.

—No tienes por qué sentirlo. —Nunca he entendido por qué lo sentía la gente. Ni que le hubieran provocado el cáncer a mi madre y luego me hubieran

arrancado de su vida—. Mi madre tomó una decisión. En vez de considerar que tenía una segunda oportunidad en la vida para disfrutarla al máximo, nos abandonó a todos. Era como si su vida pudiera acabar de un momento a otro y, en vez de abrazarnos con fuerza, nos apartó de su lado.

Wyatt me da un apretón en la mano.

—Sigue siendo una putada.

Suelto una carcajada seca.

—Pues sí, y ahora no se porta mucho mejor. Cuando Todd murió, me dio de lado por completo. Pero se ha aferrado a mi hermano Josh, porque es el hijo pródigo.

—No sabía que tenías otro hermano.

—Josh es... —Dejo la frase en el aire, porque no sé cómo explicarlo—. Es difícil.

Wyatt sonríe.

—Tengo uno de esos.

—Ojalá Josh se pareciera más a Trent. Por más difícil que este parezca, es distinto.

—No es igual. Josh es el tío más estirado que he conocido en la vida. Ganó una pasta gansa a los veintipocos y dejó que se le subiera a la cabeza. Es tacaño, egoísta y pretencioso. Y se lo hace saber a todo el mundo. Es un capullo pomposo con el que no me apetece relacionarme. Ya me imagino lo que dirá cuando se entere de que estoy embarazada.

Wyatt tensa el cuerpo y se le endurece la expresión.

—No tiene derecho a decir nada.

—Cierto. —Cierro los ojos—. Pero lo dirá de todas formas.

Dirá algo que no será nada bueno. Estoy segura de que acabaremos gritándonos. Me llamará «puta», o cualquier otro insulto, y luego meterá alguna cuña sobre Todd. Cuando Todd murió, ni asistió al funeral. Se quedó en Florida, en todo su esplendor. No quisiera Dios que mostrara su apoyo a Presley, a nuestros padres o a mí. Fue mucho más fácil decir que Todd había tomado una decisión y que no iba a poner patas arriba su vida por él. ¿He dicho ya que es un capullo?

Nunca me decepcionó tanto como en aquel momento.

—No —replica Wyatt con una voz que no deja lugar a dudas—. No dirá nada.

Es muy tierno que ya demuestre cierto afán protector. Es monísimo cuando

saca el macho alfa que lleva dentro.

—No pasa nada. He aprendido a pasar de todo lo que suelta por la boca.

—Cuéntame más de tus padres —me pide.

Nos relajamos y empiezo a hablarle de mi madre y de lo que pasó con los tratamientos. Hablamos del hecho de que lleve meses sin hablar con ella y de que no me haya dado cuenta hasta ahora. Es triste que quisiera llamarla a ella en primer lugar, pero he acabado por aceptar la clase de relación de la que ella es capaz. Tal vez no sea la madre que me gustaría tener, pero no puedo cambiarla. No puedo obligar a alguien a quererme como quiero que lo hagan. La cosa no funciona así.

El tiempo pasa y Wyatt y yo seguimos charlando. A veces, hablamos de nuestros amigos, otras de nuestras familias. Se me empiezan a cerrar los ojos y me esfuerzo por mantenerlos abiertos.

—Duérmete. —Me pone la mano libre en la mejilla.

—No —digo, aunque estoy bostezando e intento luchar contra el agotamiento que se apodera de mí.

Se incorpora un poco, me besa en la frente y se vuelve a tumbar.

—Buenas noches, Angie.

—Buenas noches, Wyatt.

Me acaricia con la mano libre, descendiendo por mi cuerpo, y abro los ojos de golpe. No aparta los ojos castaños de los míos y nuestros dedos siguen entrelazados. Su mano se detiene en mi abdomen.

—Buenas noches, bebé.

Coloco una mano sobre la suya.

—Buenas noches, bebé.

Nos sonreímos, y cierra esos preciosos ojos.

*L*os siguientes doce días pasan sin contratiempos. El médico es mayor, pero es un encanto. Me hizo reflexionar sobre un montón de cosas y me dio consejos sobre cómo enfrentarme a los síntomas que seguramente voy a tener. En resumidas cuentas, Wyatt tenía razón. Es un médico estupendo, pero no pienso decírselo. Les dimos la noticia a sus padres la semana pasada, algo que me tenía de los nervios, pero no tardé en descubrir que no había motivos para preocuparse. Eso sí, sigo sin llamar a los míos.

Wyatt trabaja, vuelve a casa, se ducha y cenamos. Normalmente, se queda dormido muchísimo antes de que yo me haya preparado para acostarme, pero es normal porque se levanta antes de que amanezca.

Me ha dado carta blanca para decorar la casa como me apetezca. Así que me paso horas mirando en Internet y es posible que me haya gastado más de lo que debería para una estancia de tan solo tres meses, pero por lo menos sé que la casa estará preciosa cuando nazca el bebé.

Me dejo caer en el sillón con un suspiro. Estoy cansadísima. A todas horas, vamos. Solo quiero dormir y seguir durmiendo. ¿Quién iba a pensar que gestar a un niño sería tan agotador? Yo por lo menos no. De todas formas, estoy segura de que el libro de los horrores de los que nadie habla sí que advierte de este detallito.

—Toc, toc —oigo que dice alguien desde la puerta.

Me pongo de pie y veo que la madre de Wyatt asoma la cabeza.

—¡Señora Hennington! Entre, por favor. —Sonrío, contenta porque la visita evitará que compre algo más.

—¡Hola, preciosa! Me apetecía venir para ver cómo te encuentras. —Me sonrío con cariño—. Además, te he traído una tarta.

Debe de ser la mujer más cariñosa del mundo, y su encanto sureño es contagioso. Ya la había visto en un par de ocasiones antes de que me tocara el gordo de la lotería y es evidente de quién han heredado el carácter bondadoso

sus hijos. Macie Hennington les ha enseñado a sus hijos lo que son el honor y el respeto.

—Pues aquí ando.

—Te encantará vivir aquí, estoy segura.

Ni de coña. Sigo sin tener acceso a un caramel macchiato ni a los cupcakes. Además, echo de menos mi pastelería, lo que significa que mi malhumor aumenta por días. Pero en vez de decirle eso, decido sonreír. Si hay alguien a quien quiero caerle bien... es a ella. Se lleva muy bien con sus hijos y es la abuela que deseo para el mío. La que horneará galletas, le enseñará a coser y envolverá a sus nietos con amor. A diferencia de mi madre, que solo podría enseñarle a mi hijo a pasar olímpicamente de la gente.

—Ah, hay que ver lo mucho que has mejorado esta casa. —Echa un vistazo a su alrededor—. El dormitorio de Wyatt siempre ha parecido el de una residencia de estudiantes, con las paredes blancas y esos carteles tan horrorosos. —Agita una mano—. Pero tu toque femenino ha hecho maravillas.

—Gracias. —Sonrío.

—Estoy deseando ver lo que haces con la habitación infantil. —La emoción ilumina su mirada—. Lo siento, cariño. Es que estoy muy contenta. Sé que es poco convencional y eso, pero este va a ser mi primer nieto. Después de echarle la bronca a Wyatt por haber cometido este descuido, no puedo evitar... alegrarme. Espero que lo entiendas.

—Me alegra que se emocionen. —Alguno de nuestros padres debe hacerlo—. No estaba segura de que les gustara.

La señora Hennington se ríe y me da unas palmaditas en una pierna.

—Cielo, Wyatt es un hombre hecho y derecho, y le he repetido hasta la saciedad a ese muchacho cómo debe tratar a las mujeres. Pero de todas las chicas entre las que podría elegir como madre de mi primer nieto, me alegra que seas tú. Eres lista, fuerte y guapa, además de buena persona.

—No sé qué decir.

Ella se encoge de hombros.

—Tú dime que no vas a romperle el corazón y que vas a cuidar bien a ese bebé que llevas dentro. —Me mira la barriga.

—Eso haré —le prometo.

—Bien. Y, ahora, cuéntame qué has estado haciendo. —Me coge de la mano mientras nos ponemos al día.

Le cuento cómo ocupo mis aburridos y monótonos días. Todos los días voy a

casa de los Townsend, almuerzo con Presley o con Wyatt si tiene tiempo, paso un rato con los niños y, después, vuelvo a casa antes de que Wyatt lo haga. Es divertido, pero necesito un propósito. No soporto esta sensación de inutilidad. No soy de esas mujeres a las que les gusta quedarse en casa. Siempre estoy ocupada y si tengo hueco, busco un nuevo proyecto con el que llenarlo. Cuando el diablo está aburrido y tal...

Se emociona al saber que Erin y yo estamos buscando el lugar apropiado para abrir una segunda pastelería. No le digo lo ocupadísimas que estamos ni lo preocupada que me tiene la idea de abrir antes de que desaparezca la fama que hemos conseguido. Ahora mismo estamos muy solicitadas y For Cup's Cake es capaz de cubrir toda la demanda que se ha generado. Pero yo no estoy allí y no puedo ayudar a Erin.

Tengo que hacer algo. Decorar la casa de soltero de Wyatt no es tan interesante como parece, aunque haya insistido en ser él quien pague todos los gastos. Cualquiera pensaría que me divertiría gastando su dinero... pero no.

—¿Qué te pasa? —me pregunta la señora Hennington.

Debato conmigo misma si se lo digo o no, pero su forma de mirarme deja claro que está preocupada.

—Me aburro. En mi casa trabajo mucho todos los días y estar aquí sin hacer nada me desquicia un poco.

—Ay, cielo, lo entiendo. Yo he trabajado para Rhett desde que compramos el rancho. Una cosa era ser madre y cuidar de tres niños, pero necesitaba tener algo propio. Cuando entraba en el despacho, era como volver a vivir otra vez.

—Exacto. —Me ha entendido perfectamente, algo que me alegra. Presley cree que estoy loca por sentirme así. Ella dejó de trabajar y cuidó a los gemelos hasta que fueron al colegio, e incluso después siguió teniendo las tardes libres y no volvió realmente a trabajar hasta que abrimos la pastelería. Se contentaba con ser esposa y madre. Yo me habría mordido no solo las uñas, sino los brazos hasta los codos.

La señora Hennington asiente con la cabeza.

—¿Has ido al pueblo?

—¿Para que todo el mundo me mire?

La veo echar la cabeza hacia atrás.

—No me digas que esas muchachas se han puesto bordes contigo.

—No, no. —Intento quitarle hierro al asunto con una carcajada, pero ella no parece creerme—. Es que tengo la impresión de que todos me miran.

—No les hagas caso —me ordena. Guarda silencio un momento y, después, se le iluminan de nuevo los ojos—. ¿Has pensado en trabajar en la pastelería del pueblo? ¡Estoy segura de que les encantará contar contigo!

Es una buena idea. Tal vez pueda aprender un par de cosas. Mi negocio lleva abierto muy poco tiempo en comparación con la pastelería del pueblo, y hay muchas cosas que puedo aprender sobre la gestión del negocio. A veces, la clave del éxito está en cómo capeas los temporales y no en el dinero que ganas. Pienso lo mismo en muchos ámbitos. Cuando algo es fácil, considero que no merece la pena. Valoro mucho más las cosas por las que tengo que luchar. Claro que tampoco tengo pensado quedarme aquí mucho tiempo, así que es irrelevante.

—No lo sé. No me gustaría crearles un problema cuando me vaya.

Chasquea la lengua y me da unas palmadas en la pierna.

—No te preocupes por eso. Llamaré a Becca ahora mismo. Lleva buscando a alguien desde que Charlotte se fue. Sobre todo, con la feria de la semana próxima. Estoy segura de que le parecerás un regalo caído del cielo.

Charlotte. La de las tetas grandes y la sonrisa falsa. Después de que Wyatt pasara de ella, me convertí en el objetivo de todo su odio. Me dio un empujón una vez, un detalle que no le pasó desapercibido a mi mejor amiga. Presley se fue directa a por ella y le cantó las cuarenta. La vi asentir vehementemente con la cabeza mientras escuchaba lo que le decía. Me imagino lo que fue, aunque eso no evitó que siguiera mirándome con cara de mala leche y que me pusiera verde.

—Creo que conozco a Charlotte. Wyatt y ella... se llevaban bien.

La señora Hennington no pierde comba. Me mira de forma penetrante y tuerce el gesto.

—Lo siento, preciosa. —Se mueve, un poco incómoda—. Supongo que todos mis hijos tienen sus encantos. Zack era la estrella del béisbol, pero todo el mundo sabía que Presley lo había conquistado. Trent... —pone los ojos en blanco—. Ese muchacho es un desastre. Tenía a todas las chicas detrás de él, pero solo le preocupaban sus amigos. Y en cuanto empezó a ejercer de sheriff, perdí la batalla. Eso sí, ¿Wyatt? Siempre ha sido especial —lo dice con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Especial?

Asiente con la cabeza.

—Wyatt tiene una forma de pensar diferente. Es amable y fiel, y siempre

antepone las necesidades de los demás a las suyas. Estoy al tanto de sus historias, en serio, no soy ciega. Ha cometido sus locuras de juventud, pero en el fondo solo estaba buscando a alguien. Y todas las chicas soñaban con ser la elegida. Charlotte es así. Quería que le hiciera caso, pero cuando actúas como un pendón desorejado, los hombres no te respetan. Esas mujeres querían lo que tú tienes, e intentarán hacerte daño, Angie. No lo permitas. Wyatt es de esos hombres que cuando entregan su amor, lo hacen para siempre. Jamás te traicionará ni te abandonará. Es algo muy especial permitirle la entrada en tu vida a alguien así.

Percibo la adoración con la que habla. El orgullo que desprende cada sílaba es inconfundible y me resulta familiar. Me recuerda la forma en la que Presley habla de él. Siempre elogia su fidelidad y su capacidad de sacrificio por los demás. Cómo renunció a su felicidad por ella. O que el único gesto egoísta que ha hecho en la vida fue irse de Hennington Horse Farm cuando Zach asumió las riendas del rancho.

En aquel entonces, Zach estaba saliendo con esa imbécil de Felicia, que le hizo la vida imposible a Wyatt. Sus constantes críticas y sus jueguitos acabaron cansándolo. Le dijo a Zach que se librara de ella, pero él se negó. Así que Wyatt empezó a trabajar para la familia de Presley.

—Señora Hennington, Wyatt es un buen hombre. Lo sé y me alegro de que si esto tenía que pasarme... me haya pasado con él. Mi hijo será afortunado.

Y lo digo de verdad. Si Wyatt Hennington es la mitad de bueno de lo que aseguran que es, nuestro hijo va a tener un padre que te cagas.

Su mirada se suaviza un poco más.

—Tú también lo eres, Angie. He visto cómo te cuida. Y ahora cuéntame de qué sabores hacéis los cupcakes en el norte.

La cabeza empieza a darme vueltas a medida que la esperanza se enraíza. Ya solo me queda ver si crece.

—Hola, chica de ciudad. —Wyatt entra por la puerta con una sonrisa.

—Al final tendré que buscarte un apodo.

Algo que deteste. Pichacorta o algo que mine su masculinidad. Sé perfectamente que en ese aspecto no tiene el menor defecto, pero tengo que encontrar algo que lo cabree.

—Estoy deseando oírlo, cariño —me dice al tiempo que me da un guantazo en el culo.

Ha seguido mis reglas a rajatabla. Ni siquiera ha intentado meterme mano por las noches, que era lo que más me preocupaba.

Sin embargo, cada noche que pasa me resulta más difícil. Ahora duermo con el torso desnudo. Y no es solo su piel desnuda lo que me está afectando, es también su olor. Cierro los ojos y su colonia, mezclada con el olor a limpio que emana, me abrumba. Recuerdo el sabor de su sudor mientras besaba su cuerpo la última vez que lo hicimos. Todavía siento el roce áspero de sus manos sobre la piel. Cada vez que me tumbo a su lado, me cuesta la misma vida no toquetearlo. Además, todas las mañanas nos despertamos de la misma manera: abrazados y con una erección matinal.

Al final, me rendiré.

Y será muy pronto.

—¿Has tenido un buen día? —me pregunta mientras me besa en la sien.

Me encanta que lo haga. Veo a un hombre al que quiero gustarle y quiero que él me conozca como nadie se ha preocupado por conocerme hasta ahora. Me da miedo que acabe haciéndome daño, algo que es probable. Sería imposible recuperarme después de eso. Veo en sus ojos que acabaría conquistándome el corazón y el alma. Si le entrego ambas cosas, serán tuyas para siempre. Su madre me lo ha confirmado hoy mismo.

Se acuclilla ante mí y me pone las manos en el abdomen. Todavía no tengo barriga. Si alguien no sabe que estoy embarazada, mirándome no va a enterarse. Pero nosotros lo sabemos, y Wyatt me hace saber todas las noches con algún pequeño gesto que está pensando en el bebé. A veces, es una simple caricia; otras veces, una mirada. La otra noche, se dio media vuelta y me colocó la mano en el abdomen. Me quedé paralizada, incapaz de moverme, sintiendo todas las emociones posibles a la vez. No era la primera vez que lo hacía, la verdad, pero en esa ocasión fue un gesto inconsciente y protector. Como si fuera lo más natural del mundo hacerlo. Asegurarse de que el bebé y yo estábamos bien.

Al final, puse una mano sobre la suya y me dormí.

—¿Nena? —pregunta, y me está hablando a mí, no al bebé.

Niego con la cabeza.

—Pues no. He tenido un día muy ocupado.

Esboza una lenta sonrisa.

—¿Ah, sí? Estoy deseando que me lo cuentes. Voy a darme una ducha. Ven y hablamos mientras si quieres. —Mueve las cejas y me echo a reír.

—No te rindes.

—Me gusta minimizar los riesgos.

Se da media vuelta y se aleja hacia el cuarto de baño. Oigo correr el agua de la ducha y espero un minuto. La verdad es que quiero hablar con él. Me encanta cuando llega a casa y pasamos un rato juntos hablando de lo que ha hecho durante la jornada porque, la verdad, mis días son aburridos.

—¿Wyatt? —lo llamo desde la puerta.

—¡Pasa!

Esto es una mala idea.

—Será mejor que estés en la ducha —digo mientras abro la puerta. Por suerte, o por desgracia, lo está, y echo a andar hacia la otra punta del cuarto de baño para no verlo a través de la mampara—. Hoy ha venido tu madre.

Abre la puerta y se asoma. Vuelvo la cabeza al instante.

—¿Ah, sí?

—Ajá.

—¿Y qué tenía que decir mi madre?

Seguro que está preocupado. Decido ser un pelín traviesa.

—Me lo ha contado todo sobre ti. Me ha prevenido sobre muchas cosas.

El sonido del agua sobre su cuerpo no ayuda en absoluto a que mi imaginación se calme. Está ahí dentro. Desnudo. Y yo estoy aquí fuera, porque soy tonta. No, tonta no. Soy precavida y lista.

Lo dejaré así.

Me acerco a la encimera del lavabo y me siento encima.

—¿Ah, sí?

—¿Estás preocupado?

—No. Soy su preferido. Nunca me traicionaría.

—Por lo menos podrías seguirme el rollo.

Oigo que abre la puerta, que coge la toalla y, después se ríe entre dientes. Clavo la vista en el suelo justo cuando sus pies aparecen delante de mí. Por Dios, hasta los pies los tiene bonitos. Ni siquiera sabía que era posible encontrar eróticos unos pies, pero los de Wyatt lo son. Mis ojos recorren su cuerpo, cubierto solo por una toalla, mientras levanto la vista.

—Preferiría enrollarme de otra manera. —Hace ademán de quitarse la toalla que lleva en torno a la cintura.

Me llevo una mano a la cara para asegurarme de no ver nada.

—¡Vístete!

—Puedes mirar —me invita.

Niego con la cabeza. Está demasiado cerca. Huelo su olor, limpio y almizcleño. El vapor del agua de la ducha nos rodea y mis hormonas se revolucionan.

—Ya te he visto desnudo y no es nada del otro mundo.

Se acerca hasta colocarse entre mis piernas.

—Creo que estás mintiendo, chica de ciudad. Creo que ahora mismo quieres mirar.

Abro los ojos de repente y lo miro, enfadada.

—Ya estoy mirando —digo con voz furiosa—. No veo nada con lo que quiera jugar. —Le doy un leve empujón y me bajo de un salto de la encimera. Hace demasiado calor aquí dentro.

—¿Ah, no? —Wyatt se acerca, me coge una muñeca y me coloca la mano sobre su pecho. El calor de la ducha y el roce de su piel me provocan una descarga. Dios. No puedo respirar. Siento los latidos de su corazón en la mano mientras sus labios me rozan una mejilla—. ¿Tienes frío? —me pregunta, a sabiendas de que es imposible. Ya podían irse a la mierda los escalofríos que me están delatando ahora mismo.

—No —contesto como si fuera una plegaria. Hasta ahora lo he hecho bien. He conseguido mantener las manos lejos de él por las noches, no besarle y cumplir las reglas.

—Solo estaba asegurándome de que no lo tuvieras. —Se encoge de hombros, como si tal cosa, mientras que yo estoy a punto de estallar por la tensión sexual.

—Gilipollas.

—Son tus reglas, cariño.

Resoplo y cruzo los brazos.

—Lo que tú digas.

—Oye, mi madre ha estado muy ocupada hoy. Me ha llamado y me ha dicho que necesitan que les echemos una mano durante la cena.

—Vale —digo, preocupada.

—Ha dicho que será mejor que vayamos. —Me da un beso en la cabeza y se aleja.

No sé para qué nos necesita, pero a lo mejor ha hecho más tartas.

—¿Tu padre también estará?

—No. —Asoma la cabeza—. Está en Nashville. Pronto lo conocerás.

—¿Cuándo nos vamos?

—En cuanto te arregles. Ang, sabes que debería conocer a tus padres. Más o menos estamos juntos.

Suelto un suspiro y me alejo hacia el dormitorio.

—Voy a demorarlo todo lo posible.

Aunque le he hablado de mis padres, no he profundizado mucho. Soy la más pequeña de la familia y la más problemática sin duda alguna. Colmé la paciencia de mi madre, por lo menos hasta que enfermó, y después me convertí en su cuidadora. Mi padre trabajaba mucho y mis hermanos estaban en la universidad o demasiado ocupados cuando venían a casa, pero yo siempre estuve disponible. Me senté con ella en el hospital durante las sesiones de quimioterapia. Le sujetaba los hombros cuando vomitaba y me afeité la cabeza cuando perdió el pelo.

Cualquiera pensaría que eso crea un vínculo irrompible, pero no es así. Tan pronto como entró en remisión, prácticamente borró de su mente todo el tiempo que pasamos juntas. Fue como si los momentos que compartimos desaparecieran con el cáncer. Desde entonces, he estado sola. No quiero que me estropee esto.

Sé muy bien lo que pensará sobre mi embarazo. Y sobre Wyatt. Mi madre espera cierto tipo de hombre. Sería incapaz de encontrar lo que ella valora en uno que se parte los cuernos trabajando en un rancho. Cuando Todd llevó a casa a Presley, se dijeron cosas muy feas sobre el entorno en el que creció. Cosas que sé que a mi hermano no le sentaron bien. Y aunque Todd y Josh siempre han sido capaces de morderse la lengua, yo no puedo. Como diga algo feo de Wyatt, perderé los papeles. Así que no quiero involucrarla en mi vida ahora mismo. Antes necesito organizar muchas otras cosas.

Salgo del dormitorio sintiéndome inquieta.

—Estoy lista.

Wyatt sonrío y me ofrece un brazo.

—Estás guapa.

—Tú tampoco estás mal. —Entrelazo mi brazo con el suyo.

—Ya te he dicho que soy un buen partido.

Pongo los ojos en blanco mientras le doy un guantazo en un hombro.

—Y un idiota.

Enfilamos el sendero que nos llevará a casa de sus padres. No está lejos y el ejercicio me vendrá bien. Mientras recorremos el corto trayecto, le cuento lo que su madre me ha dicho. Él me habla del día de locos que han tenido en el rancho y me dice que no veía la hora de volver a casa. Me sonrío con cariño, de oreja a oreja. Nos reímos por las travesuras que han hecho hoy Cayden y Logan, y me dice que Trent y él les están enseñando cosas que hacerle a Zach. Su última lección ha estado dedicada al arte del papel higiénico.

Hombres...

Una vez que estamos cerca, veo que la señora Hennington ya está esperándonos en el amplio porche que rodea la casa.

—Hola, señora Hennington —la saludo con una sonrisa.

—Ah, ni hablar. Llámame Macie, preciosa, y tutéame.

—Macie —dice Wyatt, que está detrás de mí—, me muero de hambre.

—Wyatt Earnest Hennington —lo regaña ella—. O me llamas mamá, o te vas a enterar de lo que es bueno. Dale un beso a tu madre, anda —añade al tiempo que le ofrece una mejilla.

Wyatt la abraza y la besa.

—Lo siento, mamá.

—No le pases ni una —me dice ella.

Me río entre dientes.

—No lo haré.

—Lo digo en serio —insiste—. Como les des la mano a estos hombres, te toman el brazo entero. Y si esa criatura que llevas dentro es un niño, que el Señor nos coja confesados.

Me quedo blanca. Macie se vuelve hacia la puerta y yo me quedo donde estoy, pasmada. Ni siquiera he pensado en el sexo del bebé. A ver, que he supuesto que era una niña porque... yo lo soy. Pero ¿un niño? No sé qué hacer con un niño. A una niña le puedo enseñar cosas, pero a los niños les gustan la tierra y los bichos. No estoy hecha para ser madre de un niño.

Mucho menos si se parece a Wyatt. Porque estos hombres son hombres. Cazan, pescan, montan a caballo y hasta es posible que monten toros. Menudo marrón se me viene encima.

—Está de broma —me dice Wyatt al oído—. Mis hermanos y yo fuimos unos angelitos.

Macie se ríe y se da media vuelta para mirarnos.

—Más bien demonios.

—Y ella lo oía todo. —Wyatt me echa un brazo por los hombros y la mira con una sonrisa—. ¿A que sí?

Su madre le devuelve la sonrisa.

—Cuando tienes niños, descubres rápido a qué tienes que prestarle atención. Y si no se oye nada... sabes que no están haciendo nada bueno.

Es increíble. Quiero ser como ella. Salta a la vista que quiere mucho a sus hijos y que es recíproco. Wyatt, Trent y Zach se han quedado cerca de ella. Y tienen motivos para hacerlo. De la misma manera que en mi caso y en el de mis hermanos hemos salido huyendo de mi madre.

Wyatt y yo entramos en la casa, y alucino nada más hacerlo. Parece sacada de un número de *Southern Living*. Los tapices de las paredes son de suaves tonos beis, con bonitos diseños. El suelo es de madera de caoba. La entrada ya es magnífica, con una doble escalera que se une en el centro. El vestíbulo está lleno de fotos familiares. A la derecha, hay un salón formal que parece intacto, y a la izquierda, un comedor. Según avanzamos, dejamos atrás un aseo y un estudio.

Al entrar en la cocina, que ocupa toda la parte posterior de la casa, los olores son abrumadores. Los aromas que capto hacen que me sienta como en casa. La tarta que está en el horno es la culpable del delicioso olor a comida. Me relajo al instante.

—Vaya, vaya. Si son Wyatt y Angie. —Una mujer entrada en años se levanta de la silla que ocupaba.

—Señora Rooney —dice Wyatt antes de mirar a su madre—. No sabía que estaba usted aquí.

—Pues claro que sí, cariño —replica ella al tiempo que le da unas palmaditas en la cara—. Quería asegurarme de que Angie sabe lo felices que somos todas. —Su cara me resulta conocida, pero no acabo de recordar dónde la he visto antes.

—¿Todas? —repite Wyatt con una nota alarmada en la voz.

—Estamos todas, cielo. —Dos mujeres más entran del porche trasero.

Madre mía.

Ahora las recuerdo.

Las cuatro mujeres que se reunieron en casa de Presley y me cebaron con sus dulces cuando se desató el infierno. Presley me lo contó todo sobre las señoras del pueblo. Las cuatro son amigas desde la infancia y lo saben todo. Y

también hacen los dulces más espectaculares. Una sola porción de una de sus tartas es garantía de un orgasmo.

—¡Señora Townsend! —Me acerco a ella y la abrazo.

—Angelina Benson, me alegro de volver a verte. —Me devuelve el abrazo—. Estás divina.

Es una de esas madres que me encantaría haber tenido.

Nos reunimos en torno a la mesa mientras Macie, la señora Rooney, la señora Kannan y la señora Townsend hablan del bebé y de las ganas que tienen de que haya una boda. Wyatt se ríe y niega con la cabeza cada vez que intento corregirlas.

—Tienes que dejarles claro que no vamos a casarnos —le susurro al oído.

—Hazme caso, es mejor que no lo hagamos. Lo mejor es dejarlas que piensen lo que quieran. Si las corriges, te convertirán en su rehén. Considéralo mi manera de salvarte.

Lo miro echando chispas por los ojos, pero él se ríe.

—Estás monísima cuando te enfadas.

Tuerzo el gesto.

Él se inclina y me da un beso en la sien.

Las conversaciones cesan de repente a nuestro alrededor. Echo un vistazo y todas nos están mirando, encantadas.

Miro a Wyatt, a la espera de alguna explicación, pero él se limita a mirarme en silencio. Y, entonces, veo algo en sus ojos. Está ahí, pero protegido. Esa certeza me provoca un nudo en el estómago mientras me pregunto si son imaginaciones mías. ¿Es posible que ambos empecemos a sentir algo más?

No quiero que se enamore de mí.

No quiero desearlo.

Quiero que seamos amigos.

No quiero enamorarme de él.

Pero es muy probable que no pueda impedirlo.

Macie carraspea y nos saca del trance.

—Angie, ¿has pensando en lo que estuvimos hablando?

¿De qué estuvimos hablando? Rememoro las conversaciones que hemos mantenido y al final caigo en la cuenta.

La pastelería.

—Es que no creo que esté bien —digo mientras niego con la cabeza—. Me sentiré fatal cuando tenga que regresar a Filadelfia.

—Estoy segura de que a Becca le vendría muy bien un poco de ayuda —insiste Macie, que me ofrece un trozo de tarta—. Con eso de que va corta de personal, está un poco agobiada. Aunque solo sea mientras estés aquí.

Quiero ayudar. Sería genial tener algo que hacer en la pastelería, pero no estoy segura de que sea lo correcto. ¿Por qué echar raíces cuando no tengo pensado dejar que ese árbol crezca? Mi mente no para de repasar los pros y los contras, y la posibilidad de que le esté dando falsas esperanzas a Wyatt si acepto la sugerencia de Macie.

—Oh, me encantaría tener un poco de ayuda —tercia la señora Kannan con una sonrisa—. Sobre todo, con la feria y las bodas que tenemos por delante.

—Señora Kannan, de verdad que no estoy segura de poder prestarle mucha ayuda. Cuando haya cogido el ritmo del negocio, habrá llegado el momento de irme. No estaría bien.

La señora Kannan y Macie intercambian una mirada. No sé a qué conclusión habrán llegado, pero espero que sea a la de abandonar el tema.

—Lo entiendo, pero espero que cambies de opinión.

Crisis superada.

Hablamos un poco más y Wyatt se sienta a mi lado con una sonrisa. Parece tranquilo, como si todo estuviera saliendo según lo planeado. Eso hace que me pregunte si esconderá un as bajo la manga. Las dos primeras semanas han sido sencillas hasta ahora. Nos hemos reído, hemos salido infinidad de veces, hemos compartido un beso alucinante y nos llevamos fenomenal. Si las cosas siguen así, dentro de unos meses me costará mucho convencerme para regresar a Filadelfia.

Y eso no puede ser.

Wyatt me coge de la mano mientras volvemos andando a casa, y yo se lo permito. Me parece un gesto natural, algo que me provoca una sensación muy incómoda en el pecho. No debería ser tan fácil como me está resultando. Nunca me han gustado los hombres muy tocones, y eso hace que me pregunte por qué casi lo anhelo con Wyatt.

¿Lo hago porque es muy cariñoso? ¿Lo hago porque es lo que se supone que tiene que pasar? No tengo respuesta, y Presley no me sirve de ayuda. Se limita a sonreír cuando le explico lo que siento. No tiene sentido que me guste tanto después de tan poco tiempo.

Seguimos por el camino y admiro la propiedad que tienen los Hennington. Todos viven en el mismo rancho, pero no están unos encima de otros. Sus padres viven en lo que Wyatt llama la «casa principal». Yo digo que es una puñetera mansión. Trent, Wyatt y Zach tienen todos casa dentro de la finca, pero la de Zach ya no está habitada porque Presley y él han construido su nuevo hogar.

—Oye —le digo al tiempo que me paro en seco—, ¿por qué estoy en tu casa cuando la de Zach está vacía?

—Porque ese no es tu sitio. —Wyatt se planta delante de mí y me suelto de su mano.

Lo que dice no tiene sentido. Quiere que esté aquí, pero al menos podría haberme dado un espacio propio. Ahora mismo estoy un poco cabreada con él... y con Presley. Ninguno de los dos pensó en que, a lo mejor, iba a necesitar cierta distancia.

—¿Por qué? ¿Por qué hacer algo así?

—¿A qué viene esto? Porque no dijiste nada cuando lo organizamos todo. ¿Por qué te has cabreado tanto ahora?

—No lo sé, pero estoy cabreada. —Seguramente porque no se me había ocurrido antes, aunque eso no importa, joder—. No me has ofrecido una

alternativa en ningún momento. Dijiste que me mudaría aquí y que viviría contigo. Lo decidiste por mí. Podría conocerte muy bien, aun viviendo al otro lado del camino.

—No —sentencia Wyatt.

—¿No?

—No. Te ibas a quedar conmigo sí o sí. No se dijo nada porque nunca fue una posibilidad.

Me quedo boquiabierta.

—¿Por qué no?

—Porque estás embarazada y me diste un tiempo limitado. Estás donde necesito que estés.

Una vez más, me deja sin habla. ¿Donde él necesita que yo esté? ¿Qué quiere decir con eso? Empiezo a recordar algunos de los comentarios que me ha hecho e intento averiguar si tenían un significado oculto. Wyatt no protestó después de que se le pasara la impresión. Se puso en «modo macho» y quiso arreglar la situación. Lo achaqué a que es un buen hombre y quería cuidarme, pero me pregunto si hay algo más detrás.

—¿Eso es lo único que soy? —le pregunto—. ¿Soy la mujer a la que dejaste embarazada y a la que hay que cuidar? ¿Por eso te pusiste en plan general y me dijiste que íbamos a casarnos? —Lo acribillo con las preguntas.

—¡No! —Da un paso hacia mí—. Puede que, cuando me dijiste que estabas embarazada, mi cabeza fuera por ahí. Pero, joder, Ang, no somos niños, y esto no es algo nuevo entre los dos. No comprendo por qué no entiendes que no eres una obligación para mí. Me gustas. Me gusta estar contigo. No te ofrecí la casa de Zach porque quería tenerte cerca. Quería ver si éramos algo más hace dos años, pero como ninguno pensaba mudarse, lo dejé estar. ¿Por qué no bajas la guardia?

Porque hace tiempo, cuando creía en los cuentos de hadas, fui la niña que quería casarse y tener hijos. Creía que iba a suceder, pero nunca me parecía un buen momento. Ningún hombre parecía merecer que perdiera el tiempo con él. Jamás se me apareció un príncipe azul, y aprendí por las malas que muchos hombres iban a tratarme fatal, así que abandoné ese sueño ridículo y me dediqué a vivir en la realidad. Construí mi puñetero castillo con unos muros altísimos. Era una fortaleza, lo bastante resistente como para asegurarme de que nunca me hicieran daño. Ahora mismo, Wyatt me está disparando con su

cañón en busca de formas para romper mis defensas. Está encontrando las grietas de los cimientos, y tengo que detenerlo.

Esa niña no puede salir a la luz.

Esa niña es idiota.

A esa niña le partirán el corazón, porque este hombre solo la quiere porque está embarazada.

—Porque... —dejo la frase en el aire—. Eres... Menudo... ¡Uf! ¡Ni siquiera sé lo que digo!

Wyatt se me acerca todavía más, y tengo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. El sol se pone a mi espalda y le ilumina la cara, y su mirada me... me deja sin aliento. Es como si yo fuera el centro de su universo. Me recuerda a la forma en la que Zach mira a Presley.

—Estoy haciendo lo correcto. Puedes llamarme como te dé la gana. Pero estás embarazada de mí, y eso significa que voy a cuidarte.

—Soy más que capaz de cuidarme solita. Llevo sola mucho tiempo y me ha ido muy bien.

—También significa que tu sitio está a mi lado —continúa como si yo no hubiera abierto la boca—. Empiezo a cansarme de tener que repetírtelo. Te he dejado bien claro que estoy dispuesto a hacer lo que sea para que esto funcione. Estás tan empeñada en hacerlo todo sola que no ves nada más. Si te hubiera dado espacio, habrías cimentado tu creencia de que deberías mantenerte alejada. Puedes hacerlo sola, ya lo sé. Pero ¿por qué querías hacerlo sola? ¿Por qué tienes esa obsesión por estar sola? ¿Por qué no te das cuenta de que hay muchas personas que quieren formar parte de tu vida?

—¡Porque nunca dura! —le grito, y luego me tapo la boca con una mano. Se me escapa una lágrima junto con la verdad.

Y es que es así.

En el fondo de mi corazón, sé la respuesta. Es la clase de hombre que quiero que me quiera. Es fuerte, atractivo, atento y muchísimas cosas más. Wyatt tiene un montón de capas, y quiero descubrirlas una a una. Por eso no dejé de inventarme excusas para estar cerca de él cuando venía de visita. Por eso me lancé de cabeza cuando me surgió la oportunidad de acostarme con él. Porque Wyatt me hace sentir viva. Ha escarbado hasta llegar a partes de mí que mantenía sepultadas bajo el sarcasmo y el descaro, hasta llegar a la niña que quiere a un hombre que la quiera.

Claro que los cuentos de hadas no se hacen realidad.

La gente muere.

Y yo estoy destinada a que me olviden.

Wyatt me enjuga la lágrima con el pulgar.

—Has pasado por muchas cosas, pero no has llegado a lidiar con ellas, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—No, no lo entiendes, Wyatt. Soy feliz. De verdad que soy feliz sola. Me gusta mi vida, mi trabajo y mi apartamento, y ahora todo está cambiando. ¡He dejado las cosas de la misma manera porque así están bien! —Se me escapa otra lágrima—. No quiero que me gustes. Pero estás consiguiendo que sea imposible no hacerlo. Vas a darte cuenta de que soy peor que un dolor de muelas. Soy cabezota, y no pienso renunciar a mi vida por un hombre. No puedo. Porque cuando te des cuenta de que no merezco la pena... te irás.

—No voy a dejarte. No voy a dejar a mi hijo. Vas a tener que acostumbrarte a ese hecho.

—Eso no lo sabes. Es imposible que sepas algo así.

Me pega a su torso y me abraza con fuerza. Me aferro a su camiseta para pegarme a él. Quiero creer que lo dice en serio. Pero nunca he conocido a un tío que se haya quedado conmigo. Tengo muchos cambios de humor y más ahora con un bebé revolucionándome las hormonas. Hay mujeres como Presley que tienen historias de amor épicas, y luego están las que son como yo. No soy de esas mujeres de las que los hombres se enamoran. Soy de esas mujeres a las que se tiran y después pasan página. Hasta el momento, no me importaba. Incluso me gustaba.

Wyatt suelta un hondo suspiro.

—Te lo demostraré.

Ojalá lo consiga, porque me vendría de perlas encontrarme con un príncipe azul en vez de con la ristra de ranas que he estado besando.

Recorremos la distancia que queda hasta la casa sin más sobresaltos. Sopeso todo lo que ha dicho e intento clasificar sus palabras.

Los motivos por los que debería seguir protegiéndome.

Todos los pros por los que creo que Wyatt es genial, lo que hace que la columna donde anoto los puntos a favor empiece a quedar saturada.

Mi mundo está patas arriba, así que es normal que no ande muy fina. Normalmente, a estas alturas, habría descubierto cientos de motivos por los que él sería el último hombre sobre la faz de la Tierra con quien querría estar.

No suelo tardar tanto. Descubro cosas que me irritan muy deprisa, pero esa lista es... minúscula.

Cierto que es demasiado tierno, que no sabe cocinar y que parece tener problemas para bajar la tapa del inodoro, pero ya está. Me gusta mucho estar con él y, durante el día, ideo formas para poder verlo.

Los dos parecemos ensimismados mientras vamos de un lado para otro en la casa. Me cambio de ropa, él guarda algunas cosas y los dos nos metemos en la cama.

—¿Wyatt?

—Dime...

—Si no fuera por el bebé, ¿me seguirías queriendo?

Se queda inmóvil, y luego percibo que se mueve con rapidez. Enciende la luz y me lo encuentro fulminándome con la mirada.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Es que tengo unas cuantas dudas —admito—. Por eso me freno. Una de ellas es lo que sientes por Presley, por el bebé y por mi sitio en toda esta situación.

Es una duda sincera, pero no sé por qué la he expuesto. Wyatt y yo nos hemos pasado las dos últimas semanas sincerándonos el uno con el otro, conociéndonos y hablando de casi todo. Mis sentimientos se hacen más fuertes cada día que pasa, pero la preocupación de que dichos sentimientos se deban al bebé no me abandona.

—No sé lo que sentiría. Me gustas desde hace mucho, pero llevábamos vidas distintas, Ang. Lo que sí sé es que vamos a tener un bebé y que me preocupo por ti. No creo que haya forma humana de aclarar esa duda.

Sé lo que quiere decir, pero si no hubiera bebé, ¿estaríamos manteniendo esta conversación? La respuesta es no. El bebé es el motivo de que esté aquí. El bebé es el motivo de que todo esto esté sucediendo. Tal vez Wyatt y yo nos habríamos liado cada vez que viniera de visita. A lo mejor habríamos compartido unas cuantas noches de sexo, pero yo habría vuelto a Filadelfia.

Él se habría quedado aquí... donde está su sitio.

—Deja que te haga una pregunta —dice Wyatt—. ¿Por qué accediste a venir?

—Porque me lo pediste.

—No. —Se sienta en la cama—. Eso es una chorrada.

—No, es la respuesta.

Suelta una carcajada sarcástica.

—¿Por qué accediste?

—¡Te lo acabo de decir! —Empiezo a sentirme frustrada.

—¿Lo hiciste porque querías comprobar qué había entre nosotros? ¿Lo hiciste porque querías conocerme mejor? ¿Por qué, Angie? ¿Por qué viniste? ¿Por qué renunciaste a tres meses de tu vida?

El nudo que siento en el estómago crece sin parar.

—¡Porque sí! —Me incorporo, presa de la rabia y de la confusión. ¿Por qué me presiona tanto?

Wyatt no ceja en su empeño.

—¿Qué esperabas conseguir? ¿Por qué cambiar toda tu vida y venir aquí? Al igual que tú, yo también tengo miedo. Intento convencerte de que no estoy jugando contigo. Te estoy ofreciendo lo mejor de mí, pero tú no te abres.

—Tengo miedo.

—Yo también, nena. Vivo con el miedo de saber que harás las maletas y te irás con mi bebé dentro de pocos meses. Conseguiré que entiendas que lo que estás dispuesta a dejar pasar es mucho más que lo que tienes en Filadelfia. Estoy esforzándome al máximo para asegurarme de que me conoces de verdad. No sé si estaríamos haciendo esto si no estuvieras embarazada. Joder, sé que no lo estaríamos haciendo. —Suelta una carcajada carente de humor—. Los dos somos unos gilipollas cabezotas y llevamos años jugando a lo mismo. Y ya no tenemos tantos años por delante. Nos estamos quedando sin tiempo.

—¡Precisamente! ¡Sin el bebé, no tendríamos una relación! Joder, a eso me refiero.

Es lo que hace que no me abra a él. Ninguno de los dos se mudaría por el otro. No por los sentimientos que teníamos. Wyatt y yo somos explosivos en la cama, pero salvo por eso, no hablamos mucho.

—Sigues sin contestarme. Si no pensabas darle una oportunidad a esto, ¿para qué venir?

No puedo ofrecerle una respuesta, de modo que le contesto con lo único que soy capaz de decir y espero que capte el mensaje tras las palabras.

—No tienes ni idea de lo que significa crecer creyendo que eres despreciable. Eso me impidió dejar que los demás se me acercaran. Siempre ha sido más fácil no permitir que la gente me decepcionara. He mantenido a salvo mi corazón. Así que, cuando te presiono, lo hago porque tengo miedo. Si te dejo entrar totalmente en mi vida, ¡no me dejarás marchar!

Wyatt se acuesta y se pone de costado, y yo lo imito para mirarlo de frente.

—Tienes intención de volver a casa, ¿verdad?

—La tenía.

—¿Y ahora?

Ahora, el control se me escapa de las manos. Se me escapa un poquito más cada día.

—No lo sé. Lo único que sé es que vamos a tener este bebé. Vamos a ser padres, y no sé lo que siento con respecto a nosotros dos.

Sonríe.

—Vale, eso lo puedo aceptar. Voy a esforzarme todavía más.

—No me cabe la menor duda.

Las excusas que tenía acerca de por qué esta relación no iba a funcionar empiezan a desaparecer.

Y aquí estoy, enamorándome de él. Hasta las trancas. No confío en mí misma. Nunca he estado enamorada, y él solo ha querido a Presley. ¿Y si nada de esto es real?

Otro día de ver series de televisión y de cotillear en Facebook. Durante la última semana, he empezado a sentirme más inquieta de la cuenta. Wyatt debe de estar harto de mí. Voy al rancho todos los días e intento hacerme un hueco. Presley se ha portado muy bien conmigo y yo he hecho la mitad de su trabajo para matar el aburrimiento. He aprendido mucho sobre ganado, aunque tampoco es que eso vaya a ayudarme cuando vuelva a Pensilvania, pero qué más da.

Hoy está resultando un día duro. Estoy deprimida y añoro mi hogar. Echo de menos la pastelería, a mis amigos (que tampoco tengo tantos) y la ciudad. Me encantaría pasear por el barrio histórico de Old City, entrar en algunas tiendas y después preguntarle a alguien si le apetece ver algún partido de los Phillies. En cambio, aquí estoy sentada, doblando la ropa limpia y esperando a que la vida vuelva a ser divertida. Wyatt suele estar ya en casa a esta hora, pero me dijo que llegaría tarde porque tenía que ayudar a Cooper. Como el hermano de Presley es el dueño del rancho Townsend, tampoco es que Wyatt pueda negarse.

El móvil suena y veo un número que no reconozco.

—¿Diga? —contesto.

—¿Angie?

—Sí —respondo con un titubeo.

—Ah, gracias a Dios —dice la voz con un evidente alivio—. Soy la señora Kannan, preciosa.

—Ah, hola —la saludo, sorprendida—. ¿Va todo bien?

Una pausa.

—No del todo. —Tose—. Verás... —Le da un ataque de tos—. Estoy fatal y tengo que preparar los cupcakes para la feria de mañana. —Empieza a toser de nuevo y a respirar con dificultad. Carraspea y sigue hablando—: No puedo trabajar y esos cupcakes no van a hacerse solos.

Ya veo por dónde va.

—No soy una buena repostera. Presley lo haría mucho mejor que yo —le sugiero.

Presley pasaba mucho tiempo horneando en la pastelería y ella era quien poseía el verdadero talento. Yo la ayudaba un poco, pero casi siempre me ocupaba de atender a la clientela y de llevar la gestión del negocio.

—Se lo he preguntado, pero está ayudando a su madre con las tartas. Estoy desesperada. —Consigue pronunciar la última palabra antes de echar un pulmón por la boca.

Si le digo que no, quedaré fatal.

—Claro, por supuesto —me apresuro a decir—. Sí. Ayudaré en todo lo que pueda.

—Muchas gracias, preciosa. —Mmm... parece muy recuperada—. Quiero decir que... —Empieza a toser otra vez—. Vas a salvar a una señora mayor de un gran bochorno. Todos los años preparo cupcakes para la feria y ya van muchos, muchos años.

Me río por lo bajo.

—Será un placer ayudarla, señora Kannan. ¿Tengo que ir a su casa para recoger las llaves?

—No, no, preciosa —me responde de inmediato—. Wyatt sabe cómo entrar. No quiero que acabes pillando lo que yo tengo. Adiós.

Corta la llamada y me quedo mirando el móvil. Acaban de metérmela. Pero doblada.

Le envío un mensaje a Wyatt contándole lo de la llamada y le digo que necesito que me lleve a la pastelería para ayudar. Media hora después, aparece por la puerta con la cara llena de polvo.

—Hola.

—Gracias por volver a casa. Presley me ha llamado para decirme que tengo que preparar unos mil cupcakes para mañana.

Wyatt sonríe.

—Nuestra feria no es moco de pavo.

—Eso parece.

Entra en el dormitorio y sale unos minutos después, tapado solo con una toalla.

—Voy a ducharme y luego te llevo a la pastelería.

Estoy a punto de protestar, pero cierra la puerta antes de que pueda abrir la

boca siquiera. Me pregunto por qué no me ha invitado a ir a la feria. Pensaba que querría ir. ¿O es de esas cosas que no le gustan? Me resulta un poco raro.

Una vez que se ducha y se viste, vamos hasta la pequeña pastelería situada en mitad de la calle principal, que está monísima. El escaparate está adornado con la bandera en forma de media escarapela. En la calle hay tenderetes y atracciones de feria para los más pequeños. Como no me traiga mañana, lo mato.

—Qué cuqui todo —murmuro mientras entramos en la pastelería.

—Es todo un acontecimiento.

—¿Tenías pensado llevarme mañana a la feria?

Me mira sin sacar la llave de la cerradura.

—Suponía que no iba a gustarte.

—¿Por qué? —le pregunto, sorprendida—. ¿Por qué has supuesto eso?

—No sabía si obligarte a asistir a un evento importante en el pueblo me haría ganar puntos. No sé si debo invitarte a ir a este tipo de cosas o si es mejor alejarte de ellas.

El comentario me hierde. Supongo que, en realidad, no quiero integrarme en la vida del pueblo. No he querido consolidar mi lugar aquí. Y es lógico que él lo vea de esta manera. A veces, me odio a mí misma.

—Lo siento. Me encantaría ir a la feria mañana. —Le coloco una mano en un hombro—. Si quieres llevarme.

Él sonrío.

—Cariño, si vas a venir de todas maneras.

—¿Cómo?

—Has accedido a hornear los cupcakes, pero también tendrás que venderlos. Que sepas que estas mujeres no van a dejar que te escaquees.

Jadeo.

—¡Lo sabías!

—Por supuesto que lo sabía. Esas mujeres llevan manejando mis hilos desde que llevaba pañales. Sabían que no ibas a negarte. Han encontrado un punto débil y has caído con todo el equipo.

Menudas víboras. ¡Lo sabía! Claro que no habría podido negarme ni aun sabiendo que la señora Kannan me estaba contando una trola. Presley siempre ha dicho que son unas entrometidas, pero hasta ahora pensaba que exageraba.

Acaban de demostrarme que no lo hacía.

Entramos en la pastelería y viajamos al pasado. Aquí todo es antiguo, pero

está muy bien cuidado, todo está mimado. Brilla como los chorros del oro, pero no es un lugar aséptico. El local está decorado con tonos rojos, azules y blancos. Decoración estadounidense en todo su esplendor. En un rincón, hay cinco mesas con manteles. El expositor de cristal está lleno con distintas tartas y utensilios de repostería. La pared está pintada con pintura de pizarra, y en ella está escrita la carta de dulces con los respectivos precios.

—Bueno —digo, al tiempo que miro a Wyatt—. Voy a estar a aquí un buen rato, así que si quieres, te llamo cuando acabe.

Hornear mil cupcakes va a llevarme toda la noche.

—No voy a irme. Soy tu ayudante —anuncia.

—No.

—Ajá.

—Wyatt, no tengo tiempo para enseñarte lo que tienes que hacer —replico, en un intento por explicárselo—. Tengo que trabajar rápido.

Él se ríe entre dientes.

—En ese caso, mejor te pones manos a la obra, chica de ciudad.

Empiezo a familiarizarme con la pastelería. Tampoco es que tenga claro dónde está todo en For Cup's Cake, pero esto me parece una locura. Con la ayuda de Wyatt, consigo encontrar todos los ingredientes y empiezo a organizarme.

Dios, espero no meter la pata.

—Vale. —Suspiro mientras pienso cuál es la manera más eficiente de hacerlo. Hay dos hornos de convección, uno al lado del otro, con capacidad para hornear tandas numerosas—. Puedo hacerlo.

—No lo he dudado en ningún momento —me anima Wyatt—. ¿Qué quieres que haga?

Se coloca junto a la mesa de acero inoxidable a la espera de mis instrucciones. Le digo unas cuantas cosas que puede hacer para ayudar. Son tareas aburridas y repetitivas, pero se me da fatal pesar y medir los ingredientes, así que espero que a Wyatt se le dé mejor que a mí.

Crecí aprendiendo a cocinar con un poco de esto y una pizca de aquello. Cuando Presley me introdujo en el mundo de la repostería en la universidad, lo que salía de mis manos no era comestible.

Estaba todo malísimo.

Después de que Presley me enseñara que la repostería no consistía en poner un poco de esto y un poco de aquello, mejoré... o, a lo mejor, es que ya me

había acostumbrado a probar cosas incomedibles.

Wyatt y yo trabajamos juntos y nos reímos mientras organizamos los ingredientes. Él hace la masa, y yo me encargo de la cobertura. Al cabo de poco rato, estamos metiendo y sacando bandejas de los hornos como si fuéramos un par de máquinas bien engrasadas. A lo mejor hasta lo conseguimos.

Estoy con la última tanda, concentrada mientras decoro una hilera de cupcakes, cuando Wyatt me distrae.

—No creo que tengamos que ser tan sucios.

Echo un vistazo por la cocina, que está hecha un desastre total.

—¡Desde luego que no! Mi repostera me mataría si viera esto. —Me doy media vuelta para coger la siguiente tanda que tengo que decorar, pero descubro que tengo a Wyatt detrás—. ¡Mierda! —grito y casi se me cae la bandeja.

Él se ríe.

—Has estado cerca de tirarla.

Wyatt se acerca y me descubro atrapada entre la fría mesa de acero inoxidable y su duro cuerpo.

—Cerca estás tú.

—Estar cerca no siempre es malo —replica, y su expresión se suaviza.

No. Desde luego que no lo es.

Me quita la bandeja de las manos y la deja sobre la mesa, tras lo cual coge uno de los cupcakes ya decorados. Observo el brillo travieso que ilumina sus ojos mientras lo levanta entre nosotros.

—Pruébalo —me dice mientras me lo acerca a los labios.

No voy a mentir, huele de maravilla y me muero por probarlos. Así que ni me lo pienso antes de inclinarme hacia delante para lamer la cobertura. Cierro los ojos y se me escapa un murmullo de aprobación.

Wyatt me sujeta con más fuerza por la espalda.

—No hagas esos ruidos, nena.

Mis ojos enfrentan su mirada ardiente. Cuando me mira así, quiero olvidar todas las reglas. Está buenísimo. Me está mirando como si quisiera que yo fuera el cupcake y desde luego que quiero que me lama.

—¿Por qué no? —Ladeo la cabeza y me lamo los labios. Estoy inmersa en un juego peligroso y él será el ganador. No me ha presionado, y eso es bueno,

porque sería incapaz de resistirme. Wyatt es todo fuego, y si se parece en algo a lo que hicimos en el pasado, recibiré gustosa las quemaduras.

—Conozco las reglas —me recuerda—. No te besaré hasta que estés segura. Pero la paciencia tiene un límite.

Le paso los dedos por el torso.

—¿Ah, sí?

—Te estoy abrazando, estás más sexy que nunca y lo único que quiero es hacer que te sientas bien.

Me cago en la puta. Como siga así, me derrite.

¿A quién estoy engañando? Ya me ha derretido. Quiero seguir con este juego. Quiero que me gane.

—¿Y si declaramos un alto el fuego? —sugiero.

La sonrisa traviesa que asoma a sus labios me provoca un escalofrío en la espalda. Esto va a ser bueno. Va a ser genial.

—¿Se me permitirá hacer esto? —me pregunta mientras me roza los labios con los suyos.

—Mmm —murmuro sin alejarme, y él se retira.

—¿Y esto? —Sus manos me cubren los pechos y echo la cabeza hacia atrás—. ¿Te gusta cuando te toco así?

—Sí —susurro.

—¿Y si hago eso y esto?

Espero para ver que va a hacerme, pero no pasa nada. Abro los ojos y lo miro mientras me entierra los dedos de la otra mano en el pelo. Acerca mi cara a la suya, pero yo soy más rápida. Sus labios me rozan y los separa. Siento la caricia de su lengua contra la mía y pierdo la razón al instante. Ahora mismo, podría pedirme que me desnudara para follarme en la mesa y se lo permitiría.

Esto no es un alto el fuego. Esto es una rendición.

Estoy agitando la bandera blanca.

Nuestras lenguas bailan mientras me acaricia los pechos. Me separa las piernas con una rodilla, y el deseo de frotarme contra su muslo es tan fuerte que sucumbo a él. Empiezo a moverme, pero él me inmoviliza contra la mesa. Estoy atrapada, aunque no me gustaría estar en ningún otro lugar.

Al cabo de un momento, me levanta del suelo y me sienta en la mesa. Oigo el estrépito de los cuencos al caerse al suelo, pero me da igual. Mientras sus labios sigan sobre los míos, como si el local acaba ardiendo.

Aparta la mano de mis pechos y traza un rumbo descendente.

—Necesito más —le suplico—. Por favor.

—Esta noche será lo que tú quieras —me dice—. Quiero que disfrutes.

Me besa de nuevo hasta dejarme sin aliento. No sé por qué se me está yendo tanto la pinza. Ya nos hemos acostado. Aunque lo que sí quiero es hacer las cosas bien. Pero eso no significa que tengamos que luchar contra la atracción que sentimos. Al menos, eso es lo que me digo ahora mismo.

—Wyatt. —Le entierro los dedos en el pelo mientras sus labios me acarician la garganta.

—Eso es, nena. Disfruta de lo que te estoy haciendo —me anima.

Y eso hago, disfrutarlo al máximo. Gracias al aumento del torrente sanguíneo y al atractivo sexual de Wyatt, estoy disfrutando muchísimo. Ha sido difícil no permitirle que me tocara todas las noches... Y ahora me alegro de haber superado ese problema.

Me quita la camiseta y, después, hace lo mismo con el sujetador.

Nuestros labios se encuentran y nos entregamos a los besos. Me acaricia un pezón con el pulgar y el índice de una mano antes de ponerle fin al beso para trazar un sendero ardiente con la lengua desde el cuello hasta la areola.

—Sí —jadeo—. Sí —repito mientras me lame el endurecido pezón.

No me hace esperar. Empieza a chupármelo al instante y me retuerzo sobre la mesa. No sabía que tenía los pechos tan sensibles, pero todo me parece más intenso.

Me lame, me chupa y me muerde el pezón al tiempo que me acaricia entre los muslos con la otra mano. La presión que siento sobre el clítoris es insoportable.

—Por favor, no me hagas suplicarte —digo con la voz rebotante de deseo.

—Jamás —replica. Introduce los dedos por la cinturilla de los pantalones cortos mientras yo me levanto lo justo para que me los baje.

Siento el frío metal en el culo cuando me siento, pero estoy demasiado excitada como para quejarme. Una vez que me los quita, me descubro totalmente desnuda, aunque él sigue vestido. Extiendo un brazo para quitarle la camiseta, pero él me lo impide.

—Tú. Tú eres quien va a disfrutar. —Me acaricia una mejilla—. Hasta ahora he sido bueno, pero no podré controlarme si me tocas. Querré que vayamos hasta el final.

—¿Y eso es malo? —le pregunto. Ahora mismo, yo también quiero ir hasta

el final.

Se ríe entre dientes.

—Esta noche no, nena. —Me besa—. Esta noche quiero que te corras. —Pronuncia la última palabra mientras me acaricia el clítoris—. Quiero ver el deseo en tus ojos. —Separo los labios y descubro, de repente, que me cuesta respirar—. Tú decides, nena. ¿El dedo o la boca?

Me cago en la puta.

—Quiero que me beses en la boca —me apresuro a contestar. Quiero devolverle los besos. Me encanta cómo besa. Exigiendo y entregándose a la vez. Porque se entrega en la misma medida que exige. Podría pasarme todo el día besándolo, tan contenta.

Tan pronto como contesto, me mete un dedo.

—¡Wyatt! —exclamo al tiempo que echo la cabeza hacia atrás. Atrapa un pezón entre los labios mientras me penetra con el dedo y me acaricia el clítoris con el pulgar, trazando pequeños círculos. El orgasmo es tan inminente que me resulta enloquecedor, pero él se muestra implacable y no me da tregua.

El ritmo de sus caricias es constante.

—Nena, estás buenísima. ¿Quieres que te lo coma? —me pregunta, dejando la decisión en mis manos—. O puedo hacer esto... —Coge un poco de cobertura de un cuenco y me la extiende sobre el pecho.

Lo miro mientras lame la cobertura en mi piel, gimiendo a medida que avanza y lame hasta la última gota. Sus caricias se hacen más insistentes, y todo me parece demasiado. El frío de la mesa, sus gemidos de placer, las caricias de sus dedos, el calor de su lengua y el olor dulzón de la cobertura mezclado con el suyo.

Tengo sobrecarga sensorial.

Me dejo llevar y me concentro únicamente en el placer.

—Ahora eres mucho más dulce —dice, y me pasa la lengua por la piel—. Podría pasarme toda la noche haciendo esto. Sintiendo tu cuerpo contra el mío, escuchando tus gemidos, oliendo el deseo que te provoco. Vas a acabar conmigo, nena.

—Sí. —Cierro los ojos con fuerza.

—¿Te gusta? —Me penetra con el dedo hasta el fondo—. ¿Quieres más?

—¡Sí! —exclamo.

Lo quiero todo. Lo quiero a él. Quiero perderme con él, pero Wyatt se está conteniendo.

Me introduce otro dedo más y sigue moviéndolos mientras me chupa un pezón. Lo chupa y lo muerde, aumentando el placer que siento.

—¡Voy a correrme! —grito mientras él me acaricia el clítoris cada vez más rápido.

—Córrete, Angie. Déjame darte placer.

—¡Wyatt! —grito, abrumada por el orgasmo. Me besa en la boca, tragándose mis gritos, y le devuelvo los besos con frenesí.

Sus dedos exprimen el clímax al máximo, y los besos se vuelven lentos y perezosos.

Le echo los brazos al cuello y nuestras frentes se apoyan entre sí.

—Ha sido...

Se ríe entre dientes.

—¿Lo que deseabas desde hace tiempo?

Sonríó mientras me besa de nuevo.

—Deberíamos limpiar —me dice—. Tenemos que dormir un rato y tú deberías vestirme antes de que empiece la segunda ronda.

Arqueo una ceja al pensar que a lo mejor no es tan mala idea.

Wyatt niega con la cabeza.

—No te preocupes, Angel. Planeo hacerlo muy pronto. Tan pronto como te des cuenta de lo mucho que me deseas.

Y hace el gesto más erótico que he visto en la vida. Mete el dedo en el cuenco de la cobertura y se lo chupa.

—Mmm —murmura con una sonrisa—. Angie y cobertura. He descubierto mis dos sabores preferidos.

Ajá. Es posible que acabe corriéndome otra vez.

Me ayuda a vestirme, algo que me resulta enternecedor, pero decepcionante a la vez. Me percató del bulto que tiene bajo los pantalones y me siento mal.

—Puedo ayudarte con eso —me ofrezco.

Wyatt mira hacia abajo y se pone serio.

—Cuando lo repitamos, será porque tú sientas algo más aparte de lo estupendo que es el sexo. Los dos estaremos involucrados, construyendo una relación. Te deseo. —Me besa otra vez—. Te deseo por encima de cualquier otra cosa. Pero no lo haré si mantienes las distancias, o si te sientes culpable porque acabo de provocarte el mejor orgasmo de tu vida.

—Mmm —murmuro y me río—. Te veo un poco subidito, ¿no?

—Y más que va a subir, ya lo verás.

—Ay, Dios.

—No, me llamo Wyatt.

Suelto una carcajada.

—Modesto baja, que sube Wyatt.

Me besa la nariz y me da un guantazo en el culo.

—No te lo discuto, pero tenemos que trabajar.

Echamos un vistazo a nuestro alrededor. La masa está por los suelos, la cobertura ya no podemos usarla y todo está hecho un desastre.

—Espero que al menos sean comestibles.

—Ang, eres la dueña de una pastelería. Estoy seguro de que están buenísimos. —Se acerca a mí con un cupcake en la mano—. Pruébalo.

—¿Por qué no lo pruebas tú primero? —Pestañeo con rapidez.

—Eso no sería muy caballeroso por mi parte —replica él, exagerando su acento sureño. Debo dejar claro que me encanta. Es sensual y distinto. Lo mismo que cuando a las norteamericanas se nos caen las bragas cuando oímos a un británico o a un australiano. El acento sureño tiene algo que me trastorna.

Wyatt me ofrece de nuevo el cupcake.

No sé si estará bueno. Supongo que debería ser él quien hiciera el sacrificio por el equipo; pero bajo la mirada, me fijo de nuevo en su prominente erección, y caigo en la cuenta de que ya se ha sacrificado. Probar el cupcake es lo menos que puedo hacer.

Le doy un mordisco.

—¡Joder! —exclamo—. ¡Está que te cagas! ¡Está buenísimo!

—Pues claro.

—No. —Me alejo de él—. No se me da bien hacer esto. No soy repostera ni mucho menos. Sé que parece una locura, porque soy la dueña de una pastelería, pero siempre he dejado que fueran Presley o las demás reposteras quienes se encargaran de los cupcakes. Pero estos... ¡están buenísimos, Wyatt!

Esto me ha alegrado el día. He horneado unos cupcakes de escándalo. He hecho la receta de nuestros cupcakes más famosos y no he metido la pata. No sé si los demás están malos, pero esta tanda está tan buena que voy a fingir que las demás también lo están.

Empiezo a bailar para celebrarlo, pero él me atrapa entre sus brazos y me pega a su torso.

—Estoy orgulloso de ti. Es un detallazo lo que has hecho por la amiga de mi madre.

Le echo los brazos al cuello mientras él me levanta del suelo.

—Me alegro de haberlo hecho. Es una mujer muy simpática, aunque me la haya metido doblada —le suelto—. Me lo he pasado muy bien contigo.

—Yo también. —Me mira a los labios y se me acelera el corazón.

Trabajar con Wyatt esta noche ha desprendido otra de las capas de la armadura que me protege de él. Bueno, eso y el momento erótico. A lo mejor sí que hay algo entre nosotros.

A lo mejor él es mucho más.

—*N*o quiero levantarme. —Me doy la vuelta cuando Wyatt me da un toquecito.

—Qué pena.

¿No se da cuenta de que estoy agotada?

—Embarazada. Necesito dormir.

—O te levantas tú solita o te meto en la ducha con la ropa puesta. —No se atrevería—. O te la quito antes si lo prefieres.

Pongo los ojos como platos y lo fulmino con la mirada.

—Te odio.

Me mira con una sonrisilla ufana.

—Creo que te gusto. Mucho más de lo que quieres admitir.

Lo miro con cara de mala leche, pero él se limita a dar una palmada en el colchón y a levantarse de un salto.

—¿Por qué estás tan contento esta mañana?

Me mira como si hubiera dicho algo raro.

—Angie, me levanto antes del amanecer todos los días para ir a trabajar. Esto es levantarme tarde para mí.

Miro el reloj y jadeo.

—Joder, ¿son las cinco de la mañana? —grito—. ¿Estás de coña? ¿A qué hora empieza la feria?

—Creía que eras la dueña de una pastelería.

—Y lo soy.

—¿Y a qué horas entras a trabajar? ¿No tienes el horario de un pastelero?

Me tumbo de espaldas y me cubro la cara con la almohada.

—Pues no. Para eso tengo a las reposteras.

Se echa a reír y me quita la almohada.

—En fin, nena. Hoy eres tú la repostera.

Ayer, me pareció que la artimaña para conseguir que hiciera esto fue graciosa y muy enternecedora. Hoy, en la oscuridad de la madrugada, ya no me hace tanta gracia. Ahora quiero hacerle daño a alguien. Pero puedo aguantar el día de hoy. Además, la feria tiene pinta de ser la bomba. Me encantan los mercadillos y las ferias. Siempre se puede encontrar algo para restaurar o una pieza única de artesanía. A saber la de objetos artesanales que va a haber.

—Primero el café —digo al tiempo que echo los pies al suelo.

Me emocioné muchísimo al enterarme de que podía tomarme una taza de café al día. Le expliqué al médico que me esforzaría por limitarlo. Pasé de tomarme cuatro tazas al día a tomarme una. Al principio, tenía unos dolores de cabeza espantosos, pero ahora son más llevaderos.

—Métete en la ducha primero, luego vendrá el café y la comida.

Me quejo, pero lo obedezco.

La ducha me sienta muy bien, y anoche estábamos demasiado cansados para que nos importase si estábamos sucios o no. Tengo masa bajo las uñas y hay que lavar las sábanas sí o sí. Solo Dios sabe la cantidad de harina que seguía teniendo Wyatt encima cuando nos metimos en la cama.

Una vez que preparamos todos los cupcakes y que hicimos una tanda nueva de cobertura, tuvimos que limpiar la cocina. Tengo que decir que no hay nada más erótico que ver a Wyatt en el suelo, restregando para limpiar la guarrada que montamos. Fue muy tierno al decirme que pusiera los pies en alto y descansara un rato. Intenté negarme, pero hizo una mueca demasiado mona como para desobedecerla. De modo que me senté, me comí otro cupcake y descubrí que no solo el primero sabía bien. Los *red velvet* con cobertura de queso crema son mis preferidos, y también la única receta que me sé de memoria. Por suerte, la señora Kannan había planeado hacer algo parecido, de modo que tenía todos los ingredientes a mano.

Salgo de la ducha y me pongo unos pantalones cortos holgados y una camiseta. Va a hacer calor fuera y quiero estar cómoda. Además, Wyatt lleva unos pantalones cortos de deporte y una camiseta blanca, así que no creo que tenga que acicalarme mucho.

—¿Listo? —le pregunto al tiempo que cojo mis zapatillas deportivas.

—Ajá. —Se acerca a mí, me da un vaso para llevar y me besa en la frente.

—¿A qué viene eso? —le pregunto.

—Esto significa mucho para mí. Me alegro de que ayudaras a una anciana necesitada y muy enferma.

Me echo a reír.

—Di mejor que se hacía la enferma.

Ladea la cabeza.

—Espera que la creas. Esas mujeres son expertas en manejar los hilos. Así que, por tu propio bien, mejor le sigues el juego.

—Entendido.

Bebo un sorbo, ya que necesito el chute de cafeína, y me quedo de piedra.

—¡Wyatt! —exclamo antes de beber un buen sorbo—. ¡Es un caramel machiatto!

Dios mío de mi vida. Me ha preparado mi bebida favorita. He estado buceando en Pinterest en busca de una buena receta que lo imite desde que Presley me dijo que era una locura plantarme tres pueblos más allá por una bebida. ¿Cómo la ha encontrado antes que yo? ¿Me importa? Pues no.

—Pres dijo que era lo que te gustaba. Espero que sepa como querías. Como si estuvieras en casa.

Le pongo la tapa a mi paraíso en taza y corro hacia él. Le rodeo la cintura con los brazos y Wyatt suelta una carcajada antes de abrazarme con fuerza.

—Gracias —le digo con sinceridad—. Gracias por hacer algo así. Es un gesto precioso y sí que sabe como si estuviera en casa.

Sabe incluso mejor, porque él me lo ha preparado. Son esas cosillas que hace sin darse cuenta siquiera. Como mandarme mensajes de texto durante el día, preocuparse por mis pies, tocarme el abdomen... y es... en fin, es perfecto. Estoy acostumbrada a hombres que se pasan con tal de demostrar que son geniales. Sin embargo, Wyatt no lo hace. Es así sin más. Dios, menudo lío tengo.

Llegamos a la pastelería y el pueblo ya es un hervidero de actividad. Todo el mundo está sentado a sus mesas, correteando y charlando con los demás.

—¡Hola! —Presley se acerca con Zach.

—Hola, chicos. —Sonrío y los abrazo.

Presley mira el expositor con los cupcakes y sonrío.

—¿Lista para el día de hoy?

—Estamos listos —contesta Wyatt al tiempo que saca otra bandeja con cupcakes.

—Vaya, vaya, pero si es Betty Crocker... ¿o eres Duncan Hines? —se burla Zach de su hermano, comparándolo con pesos pesados de la repostería industrial.

—Mira quién fue a hablar —resopla Wyatt—. Te he visto hacer cosas mucho más humillantes por Presley que unos cupcakes.

Zach pone los ojos en blanco.

—Parece que no soy el único por aquí al que tienen cogido por los huevos.

—No vais a cambiar en la vida —los regaña Presley—. Sois como niños pequeños.

Me recuerdan a cómo se comportaban mis hermanos antes de que Josh se convirtiera en un capullo.

Wyatt me pasa un brazo por encima de los hombros.

—Tranquila, Pres. Estoy acostumbrado a verlo llorar como una nenaza. Solo está cabreado porque Trent lo desplumó la otra noche jugando al póquer.

A Presley le cambia la cara.

—No me dijiste que estabas jugando al póquer con Trent. Me dijiste que ibas a ayudar a tus hermanos.

Zach le hace una peineta a Wyatt.

—Gracias, gilipollas. —Se vuelve hacia Presley—. Y estuve ayudando a mis hermanos, preciosa. Los ayudé a desplumarme.

—¡Siempre te despluman! Por eso me dijiste que no volverías a jugar con ellos.

Ay, mierda. Está metido en un lío. Ya he visto a Presley cuando se pone así. Me apoyo en Wyatt y sonrío. Va a ser la leche de gracioso.

—No seas muy dura con él, Pres —intercede Wyatt—. Ganó un par de manos. Además, Trent nos llamó para que moviéramos unas cosas de mi madre. Cuando terminamos, nos engatusó para que jugáramos una partida. Ya sabes que los Hennington somos incapaces de resistirnos a una competición.

—Eso, Pres —conviene Zach—. Se suponía que iba a ser sin pasta.

Presley fulmina a Wyatt con la mirada y luego resopla.

—Ya pagarás de otras formas, vaquero. De muchas otras formas.

—Me muero por hacerlo.

—Voy a vomitar —digo al tiempo que niego con la cabeza.

Presley me mira, se da cuenta de que no voy en serio y se echa a reír.

—Será mejor que volvamos a nuestra caseta antes de que envíen una partida de búsqueda a por nosotros.

—¡Pasadlo bien! —les digo, fingiendo entusiasmo.

Wyatt y yo seguimos colocando las cosas en la caseta lo mejor que podemos. No tengo ni idea de cómo suele organizarlo todo la señora Kannan,

de modo que me lo invento sobre la marcha. Por supuesto, Wyatt no lo recuerda, así que hace todo lo que le digo. Es un sistema imperfecto, pero funciona de momento.

Una hora después, las calles están abarrotadas. La gente ha venido desde todas partes. Todo el mundo es amable, incluso agradable, y es... surrealista. Desde luego, no se parece en nada a Filadelfia.

Nos movemos por el tenderete, vendiendo cupcakes mientras Wyatt coquetea con las mujeres, que proceden a comprar más. Es desternillante ver cómo se desviven por él, y tengo que admitir que está para comérselo.

—¡Angie! ¡Me has salvado la vida! —La señora Kannan se acerca a la carrera, y queda bien claro que no se encuentra mal.

—Señora Kannan, tiene usted muy buena cara.

Se echa a reír.

—Seguro que ha sido uno de esos virus de doce horas o algo por el estilo. Es gracioso lo rápido que se me ha pasado con un poco de descanso. De verdad que me has salvado, cariño.

Niego con la cabeza y sonrío.

—Me alegra haber podido ayudar.

—¿Por qué no dejas que me encargue yo a partir de ahora? Seguro que estás agotada. Recuerdo muy bien la sensación de cuando estuve embarazada. ¡Era capaz de dormir durante varios días seguidos!

—No me importa. —Y es verdad. Está siendo muy entretenido. He conocido a casi toda la población de Bell Buckle y los alrededores. Todos me han dicho las ganas que tenían de conocerme y me han hablado bien de Wyatt.

—Insisto. —Nos empuja a Wyatt y a mí—. Venga, marchaos. ¿Sabes qué, Wyatt? Tu madre necesitaba ayuda en su caseta. Creo que Trent ya se ha hartado.

A Wyatt casi se le salen los ojos de las órbitas.

—Dudo mucho que me quiera allí.

—¿Sabes qué? —La señora Kannan se da unos golpecitos en el labio—. Me acabo de acordar de que ha dicho que te necesita.

Me echo a reír. Es la hora de la venganza.

—Wyatt. —Le toco el brazo—. No vas a negarle la ayuda a tu madre cuando te necesita, ¿verdad? No sería propio de tu caballerosidad sureña, ¿no crees?

Se pasa la lengua por los dientes y luego la chasquea.

—Eso crees, ¿eh?

Me encojo de hombros.

—¿Qué haría Martha Stewart?

—Muy bien, chica de ciudad. Vamos a ayudar a mi madre dado que estás de tan buen humor.

Nos abrimos paso entre la multitud y lo obligo a pararse cada pocos tenderetes para ver lo que venden. Hay uno, a la derecha, que tiene herraduras colgadas de la parte delantera. Hay diferentes placas con nombres pintados, algunos proyectos de costura, pero lo que más me gusta son las herraduras. A todas les pueden grabar el nombre que quieras. Toco el frío metal y acaricio el nombre de una de exposición.

—¿Podemos comprar una? —le pregunto a Wyatt.

Parece sorprendido.

—Claro, pero ¿para qué?

—Bueno, se me había ocurrido que el grabado podía poner «Hennington». Y luego, aquí en un lado —digo, señalando la parte izquierda—, podemos poner la fecha de su concepción y, al otro lado, la fecha de su nacimiento.

La sonrisa que me regala ilumina el cielo. Después de pasar las últimas veinticuatro horas con él, quiero hacer algo especial. Ha preparado cupcakes, me ha provocado un orgasmo explosivo, me ha hecho café y también ha hecho un montón de cosas más en muy poco tiempo. Puede que sea insignificante para algunos, pero para mí lo significa todo. Nadie piensa en mí de esa manera. Nunca antes un hombre había renunciado a su tiempo ni se había esforzado sin un motivo oculto.

En cambio, Wyatt sí, y lo hace sin intenciones egoístas. Entrega partes de sí mismo de forma voluntaria porque tiene mucho que ofrecer. No tiene que ocultar partes de su corazón como yo. Es así.

—Me parece una idea genial. Podemos colgarlo sobre el dintel de la puerta de su dormitorio cuando lo montemos. —Me besa la mejilla—. Me encanta.

—Me alegra que te haga feliz.

Me mira a los ojos antes de apartar la vista.

—Que estés aquí me hace feliz.

—Anoche me lo pasé muy bien. Fue muy divertido.

—Yo también. —Mueve las cejas con gesto sugerente.

—¡No me refiero a eso! —le aclaro.

Wyatt se echa a reír.

—Lo sé, nena. Yo también me lo pasé muy bien contigo. Fue divertido

trabajar codo con codo.

—Bien. Fuiste una gran ayuda. No podría haberlo hecho sin ti.

No recuerdo habérselo dicho anoche, pero merece saberlo.

Hacemos el pedido y nos dicen que nos lo enviarán por correo dentro de unos días.

Saludo a Presley y a Zach con la mano al pasar por delante de la caseta de los Townsend. Ella murmura: «Ayúdame». Niego con la cabeza y seguimos camino hasta llegar a la zona de las atracciones.

Hay un pequeño estanque con cañas de pescar para coger las ranas y una caseta con latas que derribar lanzando pelotas.

—Detesto ese juego —digo al pasar por delante.

—Yo también. —Wyatt se echa a reír—. El idiota de mi hermano siempre lo escogía.

—¿Por qué leches ibas a enfrentarte al lanzador estrella del equipo de béisbol en una competición de lanzamientos? —le pregunto. Me parece una idiotez.

—Nos lo jugábamos a piedra, papel o tijera y quien ganaba escogía. Zach siempre ganaba, de modo que Trent y yo siempre perdíamos —me explica Wyatt.

Presley me había advertido acerca de los tres. Me explicó que por más que se pincharan, tenían una relación muy estrecha. Se tomaban muy en serio eso de ser hermanos. Si uno llamaba, los demás respondían. Me dijo que siempre había sido así y que, al salir con Wyatt, eso lanzaba el mensaje cristalino de que cualquiera que se metiera conmigo tendría que enfrentarse a todos los Hennington. Es como una especie de mafia sureña.

—¡Wyatt! ¡Angie! —exclama Macie con los brazos abiertos—. ¡Por fin estáis aquí!

—Lo siento, mamá.

—No lo sientas. Trent está cansado y, a estas alturas, empezamos a perder dinero. —Se echa a reír—. Voy a tener que empezar a pagarle a la gente para que lo bese.

¿Besar? Echo un vistazo a mi alrededor y veo a Trent sentado en un tenderete decorado con un montón de labios y un cartel que pone: «A dólar el beso».

Mmm... No sé muy bien qué me parece el asunto.

Lo cojo del brazo.

—No me dijiste que era un tenderete de besos. —Hablo en voz baja, pero estoy segura de que ha captado mi irritación.

—Oooh, estás celosa.

—No es verdad.

No me pongo celosa. Ni que estuviéramos casados o saliendo. A ver, que sí que estamos saliendo, pero esa no es la cuestión. La cuestión es que yo no me pongo celosa. Nunca lo he hecho y no voy a empezar ahora. Es que no me apetece ver cómo otras mujeres lo besan cuando se supone que ni yo debería besarlos. Nada más. También soy un cóctel hormonal con un bebé dentro que me sorbe el sentido común.

—En ese caso, ¿qué más te da lo que sea? —Levanta las cejas—. A ver, ¿no has sido tú la que me ha dicho que tenía que ayudar a mi madre?

Aprieto los dientes. Sí que se lo he dicho.

—No sabía que ibas a tener que besar a otras.

Me acaricia la mejilla con los nudillos.

—¿Te ayudaría saber que me imaginaré que tú eres quien me besa?

—¡No!

—¿Va todo bien? —me pregunta Macie con un brillo curioso en los ojos.

Ah, estas mujeres son muy buenas. Han conseguido orquestar todo esto y han ejecutado el plan con precisión milimétrica. Me rendiría ante ella si no estuviera acojonada por lo que sea que está pasando en mi corazón. Sé que tengo que mantener la calma.

—Todo perfecto, Macie. —Sonrío.

—Bien. Wyatt, por favor, ve a relevar a tu hermano. Angie y yo aprovecharemos para hablar de cosas de mujeres.

—Sí, mamá.

Lo observo alejarse mientras le clavo puñales en la espalda. Puedo hacerlo. No pasa nada. Me demostraré tras el primer beso que no estoy celosa. Puede que Wyatt y yo nos gustemos, y puede que crea que es un tío estupendo, pero vamos a separarnos en algún punto del camino. Me tomaré esto como una práctica para el futuro.

Macie intenta entablar conversación conmigo, pero no me entero ni de la mitad de lo que dice. Cada vez que miro hacia el tenderete, pronuncia mi nombre. De momento, han pasado dos minutos y cuarenta y tres segundos, y nadie ha comprado un beso.

—Lo siento. Estoy agotada.

Asiente con la cabeza.

—Te creo. Cuesta mucho prestarme atención mientras intentas ver a quién tiene que besar.

—No estoy... —empiezo, pero levanta una mano.

—Tiene mucho mérito lo que haces. Si fuera Rhett, ya me habría plantado a su lado y lo habría sacado a rastras de aquí. De ninguna de las maneras iba a besar a otra. Sé que Wyatt y tú no vais en serio de verdad, ¿no? Sé que estás esperando tu oportunidad.

—No sé lo que estamos haciendo —admito—. Pero sí sé que la señora Kannan y tú sabíais muy bien lo que iba a pasar. —Hablo en voz baja, con algo parecido a la admiración.

Macie se echa a reír y me coge de las manos.

—No te enfades. A veces, a las ancianas nos gusta mangonear a los jovencitos como vosotros. Da la casualidad de que sé de buena tinta que trabajar junto a un hombre puede ser muy revelador. También sé... —pone los ojos como platos al ver algo por encima de mi hombro.

Sigo su mirada y se me cae el alma a los pies. Hay un montón de chicas corriendo hacia el tenderete, y la primera de la fila no es otra que Charlotte.

No, no, no.

Los labios de Wyatt no van a tocar los suyos. Por encima de mi puto cadáver, vamos.

Planto los pies en el suelo y empiezo a moverme antes de darme cuenta de lo que pasa. Tenemos reglas. Reglas que incluyen la exclusividad. Reglas a las que él accedió. Yo no voy a besar a nadie mientras estoy aquí, así que él tampoco va a hacerlo y mucho menos a ella. Estoy en todo mi derecho de oponerme. Eso es lo que voy a dejarle meridianamente claro.

—Angie —me llama Macie, cuando estoy a medio camino del tenderete.

No le respondo.

Tengo una misión que cumplir.

Me meto la mano en el bolsillo trasero en busca del dinero que me guardé antes y me planto la primera de la fila, apartando a Charlotte de un empujón. Golpeo el mostrador con la mano mientras sus ojos castaños se clavan en los míos.

—Aquí van doscientos dólares. —Le doy el dinero—. No vas a besar a nadie más, solo a mí.

Wyatt no pierde ni un segundo. Se pone de pie, me toma la cara entre las

manos y me besa delante de todo el mundo.

Varias personas vitorean y nos aplauden. Sus labios están sobre los míos, y me da igual que esté marcándome. Me da igual que se supusiera que lo de anoche no significaba nada. Ahora mismo, es mío.

Los labios de Wyatt Hennington no van a tocar los de otra mujer mientras yo ande por aquí.

Me doy media vuelta y veo a su madre, a la señora Kannan, a la señora Townsend y a la señora Rooney de pie, con enormes sonrisas en la cara y las manos entrelazadas por delante del cuerpo. Me sorprende no verlas haciendo un bailecito de la victoria.

—Sabía que te gustaba, chica de ciudad.

Pongo los ojos en blanco y suelto el aire.

—Vamos, Rhinestone Cowboy —le digo, recordando la vieja canción de country—. Eres mío durante todo el día de hoy.

—Voy a ser tuyo durante mucho más tiempo.

—*Ya* van dos días seguidos que me despiertas antes de que salga el sol — murmuro malhumorada mientras me visto. No sé adónde me lleva. Anoche me dijo que pasaríamos el día fuera. Al parecer, cuando pagué para que me besara, el precio también incluía el día posterior.

—Vamos, preciosa, o llegaremos tarde.

—¿Tarde para qué?

—¡Que no se te olvide ir al baño! —me grita.

—¿Por qué no vamos a tener baño disponible?

Wyatt se niega a contestarme otra cosa salvo que vamos a pasar el día juntos.

Cojo la sudadera, porque no sé si a esta espantosa hora de la mañana hará un frío que pela, me pongo las zapatillas deportivas y anoto mentalmente que tengo que comprarme unas botas de vaquero que sean monas. Ya que estoy aquí, bien puedo hacerlo. Además, son prácticas y estilosas. Grace tiene un par con una franja de color azul verdoso en el lateral. Tengo que encontrar unas iguales como sea.

—¿Estás lista? —me pregunta mientras me abre la puerta para que pase.

—No entiendo por qué tenemos que levantarnos y salir de casa cuando todavía se ve la luna en el cielo. No sé cuántas tiendas habrá abiertas a esta hora —lo presiono. Me muero por saber lo que ha planeado.

—Los peces pican mejor a primera hora de la mañana. —Me da un guantazo en el culo mientras cierra la puerta.

—¿Peces? —Me atraganto—. Por favor, dime que estás de broma.

Wyatt arroja una bolsa a la parte trasera de un vehículo que está aparcado frente a la casa.

—Sube.

Es una mezcla entre una camioneta sin techo y con neumáticos más pequeños, un carrito de golf y una especie de carreta. El lateral está manchado

de barro, lo que me hace pensar que los chicos lo usan para trabajar en el exterior, algo que yo no hago.

—Angie. —Wyatt agita una mano—. Sube al Gator.

—¿No prefieres ir a ver una película? ¿O pasar el día en un spa? ¿Hay alguno cerca? —pregunto, esperanzada.

Él se echa a reír.

—¿Tengo pinta de ir mucho al spa? Sube. Te prometo que será divertido y relajante.

No me gustan mucho las actividades al aire libre. Pero me he prometido que intentaré expandir mis horizontes, y Wyatt me ayudó a hornear cupcakes, que es evidente que no es lo suyo. Donde fueres, haz lo que vieres.

Me subo y busco el cinturón de seguridad, pero no lo encuentro.

—No me puedo creer que te deje hacer esto. ¿Cómo voy a evitar caerme?

—Sujétate —me contesta como si fuera lo lógico.

Hay una barra enfrente de mi asiento que supongo que es donde debo agarrarme, ¿no?

—Esto es una locura. ¿Es seguro? —Porque no me lo parece.

—Estás segura conmigo. Siempre. —Wyatt arranca el Gator con una sonrisa de oreja a oreja—. No te preocupes, nena. Al final te convertiré en una vaquera.

—Lo dudo.

—Ya lo verás.

Enfila el camino y me agarro a la barra como si me fuera la vida en ello. El pelo se me agita en torno a la cara y me pongo verde en silencio porque se me ha olvidado traer una goma para recogérmelo. El camino está lleno de piedras y baches, y acabo un poco mareada. Menos mal que llegamos pronto al lago.

Bajamos del vehículo y Wyatt empieza a descargar las cosas de la parte trasera. Ha traído dos mantas, unas cuantas cañas de pescar, una caja con los aparejos de pesca y lo que parece una cesta con comida. Me ofrezco a coger algo, pero él me mira de reojo y se ríe entre dientes.

Es un lugar precioso. Hay un montón de árboles y las vistas son una maravilla. El entorno parece virgen, y reina la tranquilidad.

—Qué bonito es esto. ¿Es el mismo lago donde viven Presley y Zach? —le pregunto mientras examino la arboleda en busca de su casa.

—No. Viven en el lago este.

Me detengo y lo miro, y estoy segura de que parezco tonta con la boca

abierta y el pelo enredado por el aire.

—Un momento. ¿Cuántos lagos tenéis?

—Cinco, pero solo mantenemos este para poder pescar cuando nos apetece. Me encanta pescar en el río, pero el lago es mucho más tranquilo, y he pensado que no te gustaría la pesca con mosca.

Vale. Pues no.

—Tampoco es que sepa en qué se diferencian, pero voy a darte la razón.

Él se ríe.

—Cogeré la canoa. Espera aquí.

Un momento, ¿ha dicho «canoa»?

—No puedo subirme a una canoa.

—Bueno, en realidad es una lancha. Y será complicado que puedas pescar si no subes.

—¿No podemos quedarnos en la orilla y ya? Así, si aparece un oso u otro animal hambriento, corremos al trasto ese con ruedas. —Un brillo alegre ilumina los ojos de Wyatt. Parece que mis comentarios le hacen gracia. Le doy un guantazo en el torso—. ¡Estoy hablando en serio!

—Claro que sí, nena. —Me besa en la sien—. No sabía que fueras una gallina. Pensaba que una chica de ciudad como tú sería capaz de subirse a una lancha. Pero... —dice al tiempo que extiende las manos con las palmas hacia arriba— supongo que no eres apta para este desafío.

Bien jugado, amigo mío. Qué listo es. Tengo dos opciones: robar el Gator, o como se llame el chisme ese, o subirme a la lancha y demostrarle que no soy una cagada. En la vida he pescado. En la vida me había imaginado que podría hacer algo así.

Pero no pienso rendirme.

—Vale. —Me rindo—. Ve a por la lancha.

Wyatt se acerca, me coge de los codos y me pega a él.

—Te recompensaré, te lo prometo.

Me inclino hacia él y dejo que mis labios rocen los suyos.

—Ya me las pagarás, te lo aseguro.

—No me cabe la menor duda.

Me suelta y se pone manos a la obra. Nunca me había parado a pensar en todo lo que implica la pesca. Veo un montón de chismes y distintas cajas. Rezo para que la canoa o como se llame sea más grande que lo que me imagino porque no sé dónde narices va a meter todo esto.

Wyatt arrastra una lancha plana que cuenta con dos asientos en el interior y un par de remos. No puedo creer que vaya a permitir esto.

No me lo creo.

Mete la lancha en el agua hasta la mitad y me hace un gesto con la mano.

—Salta y luego la empuja.

Me estoy acojonando un poco. No porque no sepa nadar, sino porque no he traído una muda de ropa ni hay un baño en las cercanías. ¿Espera que toque los peces? Se me revuelve el estómago solo de pensarlo, pero me niego a parecer una niña tonta, así que subo a la lancha.

Wyatt acaba de meterla en el agua sin problemas. Está claro que sabe lo que hace. Hasta puede que salga viva de esta y todo.

—Vale —dice, poniéndole fin al silencio—. Ponte en este lado y empezaré a preparar las cosas.

—¿Que me mueva? —le pregunto.

—Sí. —Asiente con la cabeza—. Siéntate aquí. Voy a sacar las mantas y a mover este asiento para que podamos sentarnos en el fondo.

—Sí, lo que no me gusta es la parte en la que tengo que moverme.

Porque si nos movemos, la lancha también se moverá y yo me acojonaré.

—Ven —me dice al tiempo que me tiende una mano—. Confía en mí.

Cierro los ojos y cuento hasta tres. Puedo hacerlo. Le toco la mano y él me ayuda muy despacio.

—¿Ves? Lo has hecho genial.

Estoy fuera de mi elemento.

—La próxima vez vamos a un spa.

—Lo que tú digas, nena.

Wyatt extiende las mantas en el fondo de la lancha, creando una especie de cama. Después, me ayuda a sentarme y se acurruca a mi lado. Me coloca un brazo por debajo de la espalda y yo apoyo la cabeza en su pecho. Cierro los ojos y oigo los latidos de su corazón.

—En fin, en casa podríamos habernos acurrucado exactamente igual sin salir de la cama —bromeo.

—Pero aquí hay más intimidad. —Me besa la coronilla.

Tiene razón. Esto es más íntimo. Aunque haga un poco de frío, podría incluso quedarme dormida.

No se oye nada salvo el cricrí de los grillos y el golpeteo del agua contra la lancha. La única luz es la del amanecer, y sé que si abro los ojos, veré unas

cuantas estrellas. Normalmente, el silencio me pone de los nervios, pero aquí es algo natural. El mundo se mueve a nuestro alrededor, pero aquí solo estamos Wyatt y yo. En la vida me he sentido tan relajada.

Me duermo porque estoy comodísima entre sus brazos. El sol sale por fin y me despierta. Levanto la cabeza y lo descubro mirándome con una sonrisa.

—¿Estás mejor? —me pregunta.

—Estoy mejor.

Se pone serio mientras me mira.

—Quiero que te sientas bien a mi lado. Angie, este bebé y tú sois mi mundo. Sé que estás asustada. Lo entiendo, pero quiero demostrarte poco a poco que no tienes nada que temer.

No estoy asustada, estoy acojonada, que es peor. No sé cómo ser la mujer que él quiere. Yo no pesco ni cazo. No me gusta ensuciarme trabajando al aire libre y tampoco me gustan los animales. Yo soy más de pintarme las uñas y de ir de tiendas. Yo no soy lo que él quiere y no sé cuánto tiempo me soportará.

—Creo que subestimás lo diferentes que somos. —Apoyo la barbilla en una mano.

—Ser diferente a veces es mejor.

—Cierto. —Suspiro—. Pero también puede significar que no congeniemos.

Wyatt clava la vista en el cielo, me frota la espalda con una mano y, después, acerca mi cara a la suya.

—Creo que el hecho de estar tumbados en esta lancha, flotando en el lago sin rumbo y sin necesidad de llenar el silencio, es la prueba que necesitamos. No te pareces a ninguna mujer que haya conocido antes. Y teniendo en cuenta el número de mujeres con las que he estado y que nunca he querido tener nada serio con otra salvo contigo, creo que eso deja las cosas claras. Tienes razón, somos diferentes. Pero eres mía porque yo quiero que lo seas.

Me río entre dientes.

—Así que ¿ahora soy tuya?

Su sonrisa adquiere un sesgo travieso.

—Volverás a serlo.

—¿Eso significa que tú eres mío?

—Tuyo y de nadie más.

Reflexiono sobre sus palabras. Ninguno de los dos hemos estado nunca en serio con otras personas. Siempre hemos evitado las ataduras. Creo que eso

significa algo. Pero Wyatt ha experimentado el amor. Tal vez no fuera correspondido, pero lo ha sentido. Yo no.

En vez de presionarlo y acabar arruinando este momento tan tierno, me limito a asentir con la cabeza.

—Ya está bien de hacer el vago. Los peces necesitan comer y nosotros necesitamos desayunar.

—Ajá. —Me incorporo hasta sentarme—. Pensaba que estabas de broma. Solo me gusta el pescado si va rodeado de arroz.

Wyatt se ríe.

—Desde luego, te encanta la comida.

—Cierra el pico. ¡Estoy hablando en serio! El pescado no me va.

—¿Alguna vez has pescado?

—No —contesto al tiempo que niego con la cabeza.

—En fin. —Chasquea la lengua—. ¿Y cómo sabes que no te gusta? Además, si no pescas nada, vas a pasar hambre —añade mientras coge las cañas—. Solo he traído lo necesario para freír pescado.

Se me revuelve el estómago solo de pensarlo. No me gusta el pescado, mucho menos si tenemos que limpiarlo. Me estremezco.

—Será mejor que el spa tenga peluquería.

Pasa de mí mientras me ofrece la caña.

—El sedal ya está preparado, ahora tienes que ponerle el cebo.

No sé de lo que está hablando.

—¿Puedes hablarme en cristiano?

—Hay que poner comida en el anzuelo. —Me ofrece la lata, llena de gusanos.

Niego con la cabeza.

—No, no y no. Ni de coña.

—Es un gusano. No muerde.

Abre la lata y empiezo a tener arcadas. No puedo. Saco la cabeza por el borde de la lancha por si acaso el bebé me echa una mano.

—Oye. —Me acaricia la espalda—. Yo lo haré, nena. No vomites. —Me frota la espalda mientras yo intento concentrarme en cualquier otra cosa que no sean las arcadas. Porque eso no sería bochornoso en absoluto, qué va.

Tomo una honda bocanada de aire por la nariz y lo echo por la boca.

—¿Mejor? —me pregunta mientras me siento.

—Estoy bien.

Las náuseas desaparecen, pero ni se me ocurre mirar lo que está haciendo Wyatt. Qué asco.

Una vez que arroja el anzuelo por la borda, me ofrece la caña.

—Solo tienes que sujetarla así y si notas un tirón, empieza a recoger sedal.

—Parece sencillo.

Nadie me ha dicho jamás que pescar es un aburrimiento. Después de cinco minutos sentados en silencio, estoy preparada para empezar a remar hasta la orilla. Pasan otros diez minutos, y Wyatt se limita a seguir sentado en silencio, sin hacer nada. No puedo contenerme.

—¿Y? —le pregunto, con la mirada perdida—. ¿Qué hacemos ahora?

—Esperar.

—¿A los peces?

—En eso consiste.

Wyatt parece contento. Intento seguir su ejemplo, pero ya no tengo sueño gracias a la cabezada de antes y me estoy poniendo de los nervios. No hay nada que mirar. No hay gente haciendo cosas raras que me puedan entretener. Los árboles se mueven. Ya está.

—Wyatt, ¿qué pasa si ningún pez se... engancha?

—¿Te refieres a si no pican?

—Eso. —Resoplo—. Picar. Comer. Anzuelo. Como se diga. ¿Qué pasa?

Se tumba otra vez sobre la manta y se tapa la cara con el sombrero.

—Pues que esperaremos hasta que uno lo haga.

—¿Todo el día?

—Todo el día, chica de ciudad.

Puedo hacerlo. Esto es la vida en el campo según él. La gente disfruta haciendo esto, gente que yo no conozco ni entiendo. Supongo que sería relajante si fuera capaz de relajarme, así que lo intento. Debo recordarme que él hizo el esfuerzo de hornear cupcakes para ayudarme y que puedo hacer lo mismo con la pesca.

Las piernas empiezan a darme botes mientras espero a que un pez... pique. Deberían tener hambre, ¿no? No sé en qué consiste exactamente lo de mantener un lago, pero supongo que aquí solo vienen los Hennington. También estoy segura de que no vienen todos los días, porque trabajan. Si ese es el caso, los peces querrán comer.

—Venid, pececitos, pececitos, pececitos —digo en voz baja.

—¿Angie? —Veo su sonrisa burlona por debajo del ala del sombrero—. ¿Se

puede saber qué estás haciendo?

—¡Llamando a los peces! A lo mejor vienen, como los gatos, ¿no?

Wyatt estalla en carcajadas.

Recuerdo un episodio de *Barrio Sésamo* que a mi hermano le encantaba. Epi y Blas estaban en una barca. Epi, que era el sensato (o sea, yo, ahora mismo en esta situación), sabía que podía conseguir que los peces subieran a la barca. Pero Blas (Wyatt) pensaba que estaba loco. Sin embargo, los peces acabaron saltando a la barca. Qué genio.

—Ríete todo lo que quieras, nene. Te estoy diciendo que funciona.

Wyatt se sienta, incapaz de controlar el ataque de risa.

—Llevo pescando desde que era pequeño, y en la vida he visto a nadie que llame a los peces.

—¡Pues a Epi le funcionó! —me defiendo.

—¿Epi?

—¡Sí! —exclamo, como si fuera obvio—. El de *Barrio Sésamo*. El más listo de los dos.

Wyatt se queda pasmado por la sorpresa, mientras sigue riéndose.

—Esto va a ser de traca. —Se echa hacia atrás y cruza los brazos por delante del pecho.

—Vale. —Me enderezo y me asomo otra vez por el borde de la barca—. Venid pececitos, pececitos, pececitos —digo, recreando la escena como la recuerdo. Wyatt está tratando de contener la risa. Le doy un manotazo en una pierna—. ¡Para! No te rías de mí —protesto, en plan de coña. Miro el sedal, que sigue sin moverse—. Los peces están durmiendo. Es eso. Hemos venido muy temprano. No son madrugadores.

Su cálida risa flota en el aire.

—Seguro que tienes razón.

—Sé que la tengo. Los peces se enamorarían de mí si me conocieran.

Wyatt se pone de rodillas. Sus manos me atrapan y se inclina hacia mí con cuidado para no volcar la lancha.

—Eres lo más bonito del mundo —me dice con los ojos entrecerrados y una expresión tierna—. Los peces que muerdan tu anzuelo tendrán suerte.

Me derrito por dentro. Se me acelera la respiración mientras él me acerca los labios.

—¿Yo? —pregunto y él asiente con la cabeza—. ¿Tú has mordido mi anzuelo?

—Sí —confiesa—. Estás aquí en mi barca, en mis tierras y en mi vida, consiguiendo que vea cosas por primera vez. Nunca me he sentido así. Nunca he deseado tanto convertirme en algo y, al mismo tiempo, tardar lo máximo posible en conseguirlo.

Le acaricio una mejilla.

—¿Quieres que siga luchando contra esto?

Cierra los ojos mientras se frota contra mi mano.

—Me encanta ver cómo van cayendo tus defensas. Voy a disfrutar mucho cuando por fin reconozcas que me quieres. —Lo dice con la voz ronca y me mira de nuevo, esta vez con seriedad—. Porque no te confundas, me querrás. Ya lo verás.

No lo dudo ni por un segundo.

Me muevo un poco e intento tranquilizar los frenéticos latidos de mi corazón.

—Creo que deberíamos hacer una apuesta.

Wyatt sonríe.

—Dime.

—Si soy la primera en atrapar un pez, te lo llevarás a casa y lo prepararás otro día con tus hermanos para que yo no tenga que comérmelo. —Asiente con la cabeza—. Y si eres tú quien atrapa uno primero, yo lo prepararé frito como me has dicho.

Wyatt me tiende la mano.

—Trato hecho.

Nos damos un apretón y empiezo a rezarle a Dios, si acaso existe, para que me deje ganar. En primer lugar, porque sería gracioso verlo perder con una chica de ciudad. Y, en segundo, porque no me gusta el pescado. Tienen los ojos saltones y algunos tienen dientes... No, gracias. Prefiero animales cuyos ojos no tenga que mirar antes de comérmelos.

Soy rara, pero es superior a mis fuerzas.

Después de otra hora durante la que nos entretenemos buscando formas en las nubes, una actividad aburridísima después de tres minutos, Wyatt cierra los ojos. Localizo una nube con forma de pene, pero la risa me dura poco.

Estoy demasiado aburrida como para echarme una siesta. De verdad que no entiendo qué le ve la gente de divertido a la pesca. Los peces no vienen, aunque los llame, y contemplar el horizonte es tan entretenido como intentar contar hojas, aunque llego a 1422 antes de rendirme.

—Me aburro —murmuro.

—Relájate, nena.

Las narices.

—Estoy relajada.

Wyatt abre un ojo y se ríe entre dientes.

—Prueba a llamar a los peces otra vez.

—Cállate.

Wyatt se ríe.

—Nunca se sabe, igual hasta funciona.

—Como sigas así, te tiro al agua —lo amenazo.

—Inténtalo —me reta al tiempo que me coge una mano y tira de mí hasta que acabo encima de él—. O bésame otra vez.

Se me acelera el corazón mientras lo miro a los ojos. Eso sí que sería divertido. Mis labios se acercan poco a poco a los suyos, pero me detengo al instante porque oigo una especie de crujido.

Los dos abrimos los ojos de par en par y veo que la caña de pescar se mueve mientras el carrito gira a toda velocidad. ¡Un pez! No sé si es mi caña o la de Wyatt, pero uno de los dos ha pescado algo.

Y entonces caigo en la cuenta de que puede ser la suya.

Mierda.

—¡Wyatt! —exclamo al tiempo que le doy un golpe en el pecho—. ¡Han picado! —Me pongo de rodillas y hago ademán de coger la caña, pero no sé qué hacer. El carrito no deja de girar y de hacer ruido. Lo miro con una mezcla de miedo y emoción—. ¿No vas a ayudarme?

Al final, se incorpora y pone la mano en el carrito para detenerlo.

—Toma, recoge sedal poco a poco.

Se mueve hasta colocarse pegado a mi espalda. Su mano cubre la mía mientras me guía en el proceso de subir a la barca lo que sea que haya pescado, aunque estoy rezando para que no sea un pez. Siento el cálido roce de su aliento en el cuello y me apoyo en él.

—¿Así? —le pregunto.

Me frota el cuello con la nariz.

—Mmm —murmura a modo de asentimiento.

Sus labios me rozan la piel y tengo que concentrarme para no tirar la caña de pescar al agua.

—¿Sigo? —le pregunto, y no estoy hablando solo de la caña.

Deja de besarme al percatarse de algo que a mí se me ha escapado.

—Para un momento. —Lo obedezco y el sedal se tensa de nuevo—. Vale, recoge despacio y con suavidad.

Lo hago, aunque cada vez me cuesta más. Wyatt sujeta la caña, rodeándome con los brazos.

El pez por fin sale del agua y exclamo:

—¡Aaah! ¡Hola, pececito! —Wyatt lo sube a la lancha—. ¡Tíralo al agua! —grito mientras el pez se agita entre nuestros pies y yo me quedo blanca de la impresión.

—¿Que lo tire al agua? —me pregunta como si estuviera loca.

—¡Sí! —Empiezo a tener arcadas otra vez—. ¡Voy a vomitar!

Veo que se mueve y hace algo detrás de mí, pero no puedo mirar. Solo de ver el pez se me ha revuelto el estómago. Apoyo la cabeza en el borde de la lancha. No sufro náuseas matinales, pero está claro que no soporto el pescado.

Oigo un chapoteo en el agua y miro a Wyatt. El pez ya no está. Menos mal. Me endezco mientras Wyatt se acerca a mí.

—Está claro que pescar no es lo tuyo —me dice mientras me abraza.

—Lo he intentado.

Me besa en una sien.

—Sí. Y que sepas que era tu caña.

—¿Ah, sí? —replico, un poco más animada.

Wyatt me besa un hombro.

—Creo que hoy has pescado más de un pez.

—¿Ah, sí? —repito, moviendo la cabeza para mirarlo a la cara—. ¿Había dos peces en el anzuelo? —Juraría que solo he visto uno.

—No, nena. Creo que, además de ese pez, algo más ha mordido tu anzuelo.

Vale, pescar es un rollo patatero, pero pescar con Wyatt es lo más. Y creo que no soy la única que ha pescado algo hoy.

—¿Y luego qué? —Presley está prácticamente dando botes en la silla mientras le cuento lo que pasó la otra noche en la pastelería—. ¿Os...? —Se lleva la taza de café a los labios, con los ojos desorbitados.

—No. No lo hicimos. —Me echo a reír.

A veces, me olvido de lo inocente que siempre ha sido Presley. Mientras yo me desgañitaba en las fiestas, bailaba en bares y hacía un montón de cosas nada decentes en los aseos, Presley estudiaba. Nunca fue muy aventurera, pero me equilibraba. Yo la saqué de su reducido mundo rural y ella se aseguró de que yo no acabara embarazada.

Aunque para lo que ha servido...

—Porque podrías... no sé. ¿Acabar embarazada? —Resopla, a todas luces decepcionada porque no lo hiciéramos.

—No, amiga del ama. —Pongo los ojos en blanco—. La cosa no iba por ahí. Iba por nosotros y por presionar un poquito más.

—Seguro.

Recuerdo lo maravilloso que fue Wyatt. Siempre he sabido que era un buen hombre. Presley siempre lo ha querido mucho. Además, lo he visto con los niños. Los hombres no pasan tiempo con los hijos de otros si son unos capullos. Lo que no sabía era que fuese tan increíble.

—Te va a parecer una estupidez, pero... —Ni siquiera me creo que vaya a preguntárselo—. ¿Por qué narices no saliste con él?

Pres resopla y frunce los labios.

—Wyatt y yo nos conocemos desde que nacimos. Pero incluso entonces, solo veía a Zach. Wyatt era mi mejor amigo, pero nunca lo vi de esa manera. Además, no mostró interés alguno hasta que su hermano y yo empezamos a salir. —Se echa a reír—. El caso del niño que no consigue el juguete que quiere. Eso fue cuando, de repente, le gustaba a Wyatt o lo que fuera. Pero te prometo que nunca pude verlo así. Su amistad era demasiado importante para

mí. Y no porque tuviera algo de malo. Habría sido afortunada de enamorarme de Wyatt. Es la persona más generosa que conozco.

Lo que dice tiene sentido. Nunca he tenido a un hombre a quien quisiera de esa forma o un amigo a quien no quisiera tirarme por temor a arruinar nuestra relación.

—Lo entiendo. Creo.

—Voy a decirlo de otra manera. —Presley se remueve en su asiento—. Si Zach no existiera, me habría casado con Wyatt antes de que pudiera cambiar de opinión. Es la clase de hombre con la que te casas, Ang. Es la clase de hombre alrededor del cual construyes toda tu vida. Es la clase de hombre por la que merece la pena mudarse.

Me mira con expresión seria al pronunciar la última frase. Sé que me está diciendo que sería una tonta si le doy la espalda a Wyatt. Aunque no lo dirá de esa manera. Sabe que necesito llegar a esa conclusión yo sola y que no me pueden obligar ni puedo sentir que no me queda más alternativa. Siempre hay una alternativa. Solo espero no meter la pata.

—Te entiendo, Pres. Entiendo lo que quieres decir.

—Bueno... —dice, alargando la palabra—. Ahora, dime dónde va a ser la cita con Wyatt de la semana que viene.

Ojalá lo supiera. No ha soltado prenda. Le encantan las sorpresas.

—Ni idea.

—Típico de Wyatt. Seguramente ni él lo sepa todavía, así que no te lo puede decir. —Presley me ha advertido de que, aunque Zach es muy dado a los gestos románticos, Wyatt no lo es en absoluto. Nunca le ha hecho falta serlo. Claro que yo tampoco soy muy romántica. No necesito que me cortejen. Necesito saber que no estoy perdiendo el tiempo, joder—. Aunque me da en la nariz que esta cita va a ser distinta. Ve tirando tu estúpido libro de reglas —me advierte Pres.

—Estoy convencida de que vamos a saltarnos todas las dichas reglas con las que llegué. Varias veces.

Se echa a reír.

—Gracias a Dios. ¿De verdad creías que no os ibais a comenetrar?

—No quería pensar en esa posibilidad. Tampoco quería que nadie pudiera dar su opinión al respecto.

Presley me observa detenidamente, y recuerdo lo mucho que sabe de mí. Me ha oído llorar muchas veces, cuando mi madre me decía lo mucho que la

decepcionaba. Me vio hacerme añicos la noche que me dijo que tenerme fue un error y que seguramente provocó que su enfermedad se manifestase antes. Mi madre me ha culpado por todo lo malo que le ha pasado en la vida. No sé por qué ni tampoco sé qué he hecho, salvo intentar ser una buena hija, pero me ha hecho saber que no aprecia mis esfuerzos.

También sabe que mi madre es capaz de hacer muchas perrerías. Presley fue víctima de una de ellas, y mi hermano le puso fin a todo. El día de su boda, mi madre montó una escena por el lugar que le habían asignado. Le dijo de todo a Presley, tuvo un berrinche del quince y Todd casi la echó a patadas. Mi padre intentó calmar los ánimos, pero todo acabó conmigo intentando arreglar el maquillaje de Presley, que se puso a llorar como una Magdalena.

—Sabes que su opinión no importa, ¿verdad?

Y ahí está. Sabe perfectamente lo que me preocupa.

—Lo sé.

—¿En serio?

—Sí.

Se remueve en el asiento.

—Te conozco desde... en fin, desde siempre. He visto algunos de tus encuentros familiares. Cosas que ni Todd ni yo comprendimos jamás. Pero hubo un motivo por el que nos quedamos en Filadelfia en vez de irnos a Florida, tal como tus padres nos suplicaron. No queríamos que los niños crecieran con las críticas constantes de tu madre ni con las gilipolleces de tu hermano. Todd nunca te consideró así, Ang.

Cuando habla así de Todd, siento un dolor enorme.

—Todd nunca se pareció en nada a ellos —digo con la voz cargada de emoción. Fue mucho más.

Fue mucho más protector que mi padre. Todd siempre se aseguraba de aguantar la mayor parte de las chorradas de Josh cuando los tres estábamos juntos. Luego, dejó este mundo sin despedirse siquiera.

Y yo se lo permití.

A ver, que tampoco sabía que tenía problemas, pero debería haberlo sabido. Era su hermana y teníamos una relación muy estrecha. Debería haber sabido que algo pasaba, pero no tenía ni idea. Me odio por eso.

—No. —Presley me coge de la mano—. No se parecía a ellos. Te quería muchísimo. Te veía como a su hermanita perfecta. No solo eras mi motivo para quedarme en Pensilvania, también eras el suyo. Te has pasado la vida alejando

a los demás por lo que hizo tu madre. Todd y yo éramos las únicas personas a las que permitías entrar en tu círculo. Le encantaba que fuera así, Ang. Lo tenías muy preocupado. Se pasaba muchas noches diciendo que necesitabas a alguien que estuviera a tu lado. Ojalá pudiera verte ahora.

Es posible que Presley oculte bien el dolor por el suicidio de Todd, y es cierto que mantiene una fachada impecable. La admiro por ello, pero las dos llevamos mucho dolor en nuestro interior y no puede ocultarlo a mis ojos.

—Pero Todd también nos hizo mucho daño.

Se echa hacia atrás en la silla, clava la vista en el exterior y luego me mira de nuevo.

—Sí. Mucho daño. —Presley y los niños lo han pasado muy mal, pero con Zach, la familia de Presley y Wyatt... ya están mejor—. Pero tenemos opciones, cariño. Podemos quedarnos aquí sentadas compadeciéndonos de nosotras mismas o podemos resurgir. No quería perder mi casa, mi trabajo, mi negocio ni mi vida, pero así fue. Vine aquí, me tragué el orgullo, trabajé como una mula y, por intervención divina, encontré el camino de vuelta a los brazos de Zach. Fue un regalo, y tal vez Todd te esté mandando uno desde ahí arriba.

Se le llenan los ojos de lágrimas, pero contiene el llanto. Sé lo mucho que quería a mi hermano. También sé que, desde que volvió a Bell Buckle, apenas hemos hablado de él. Unas cuantas veces, claro, por los niños, pero no por lo que ella y yo hemos pasado. No sé muy bien el motivo, pero solo hemos acariciado la superficie del tema.

Sin embargo, lo último que querría mi hermano es verme embarazada de un vaquero de Tennessee. Odiaba este sitio. Y estoy casi segura de que odiaba a la familia Hennington. En fin, al menos a uno de sus miembros.

La idea de que él esté detrás de todo esto es hilarante. Y también me da un poco de grima.

—¿Crees que Todd me ha regalado un bebé? —Intento contener la carcajada, pero se me escapa.

—¡No! —Presley suelta una risilla tonta, porque es evidente que se ha dado cuenta de por dónde voy—. Creo que su regalo es que ya no estés sola.

—¿El bebé?

Niega con la cabeza y me mira como si fuera muy lerda.

—No, cariño. Wyatt.

—Es posible. —Me encojo de hombros—. Aunque me sorprende que venga en la forma de tu futuro cuñado.

A Presley casi le sale el café por la nariz cuando se echa a reír.

—No creo que eso le guste mucho. Tengo que creer que está haciendo todo lo que está en su mano para asegurarse de que todos estamos cubiertos, aunque no siga con nosotros.

—¿Lo echas de menos?

Suelta la taza y se muerde el labio inferior.

—Echo de menos muchas cosas.

Le concedo unos segundos, ya que parece estar sopesando qué decir.

—Echo de menos los buenos tiempos. Echo de menos cómo me miraba. — Me mira a los ojos, y veo que los tiene llenos de lágrimas—. Me miraba como si yo fuera la razón de su existencia. No es algo que se me vaya a olvidar en la vida. Que Todd me quisiera era una experiencia total. Pero estoy furiosa. Estoy furiosa con el hombre que era capaz de mirarme de esa manera, pero que decidió irse. Me subo por las paredes al pensar que me arrebató ese amor y me dejó con un lío tremendo. Me hace pensar que todo fue mentira, una mentira enorme y espantosa. Y, a veces, la rabia me consume de tal forma que no veo nada más. Han pasado dos años, pero sigue habiendo algunas noches en las que cierro los ojos mientras lo veo allí, inmóvil, y le suplico que vuelva a la vida. Eso tampoco lo olvidaré jamás. Es muy duro estar dividida entre dos emociones tan opuestas.

Pese a todas las cosas que ha tenido que sufrir, no consigo imaginarme lo que tuvo que pasar aquel día. Yo la acompañé en todo lo que pasó después, pero no atino a hacerme una idea de lo que supuso encontrarlo.

Es superior a mis fuerzas.

—Me alegro de que tengas a Zach. —Me alegro de verdad.

—Zach consigue que ya no esté tan furiosa. Adora a los niños. Deberías verlo enseñarle a Cayden a jugar al béisbol. Te meas de risa. Él hará todas las cosas a las que su padre decidió renunciar. Pero, sobre todo —dice al tiempo que me coge de la mano—, me quiere. Y creo que empiezas a comprender que querer a alguien es un regalo. No es que no seas capaz, como le pasa a tu madre, es que nunca has encontrado a un hombre que se lo mereciera.

—No quiero a Wyatt.

Se echa hacia atrás y sonrío.

—¿Estás segura?

—No lo quiero. Por favor, es prontísimo para eso. ¿Cuánto llevo aquí? ¿Menos de un mes?

—Una vez me dijiste que Todd se enamoró de mí en cuanto me vio —replica ella.

Joder con su memoria de elefante.

—Creí que estaba loco.

—A lo mejor es un rasgo familiar.

—Bruja. —Me echo a reír.

Presley se encoge de hombros y coge de nuevo la taza de café.

Pienso en Wyatt y en cómo me mira. En que sus ojos no se apartaron de los míos la otra noche, mientras estuve cocinando. Lo sentí de la cabeza a los pies. Nadie me ha mirado jamás así.

—Bueno, ¿qué tienes previsto para hoy?

—Tengo que ayudar a la señora Kannan dentro de una hora —admito.

Desde la feria, me he pasado por la pastelería unas cuantas veces. Es una mujer muy cariñosa con una lengua muy suelta y, como me pasa con casi todo lo de este pueblo, me atrae. Ayer, me enseñó un montón de cosas sobre las tartas nupciales. Creo que es algo que deberíamos probar en la tienda. Aunque los cupcakes son nuestra seña de identidad, me ha enseñado formas de incorporar diferentes capas al mismo concepto.

Verla trabajar es alucinante. Pero creo que lo que más me ha impresionado es su capacidad para recordar a todos y cada uno de los clientes. Sabe lo que les gusta, su dulce preferido y lo que pidieron la última vez. Es increíble, algo que admiro muchísimo.

—Nunca bajas la guardia, amiga mía. —Presley menea la cabeza, y sé muy bien que tiene razón.

—Son unas manipuladoras de primera.

Se echa a reír.

—Créeme, serían capaces de dominar el mundo si se aburrieran de controlar Bell Buckle. Menos mal que solo usan sus poderes para el bien.

—Ya te digo. —Pienso en cómo han usado sus poderes hasta la fecha. De no ser por ellas, a lo mejor Wyatt y yo no tendríamos nuestra siguiente cita. O tal vez fuera algo inevitable desde el principio.

—*E*stoy en Tennessee —le digo a mi madre. Contesto su llamada sentada en la cama y llevo sin hablar con ella desde que me mudé temporalmente aquí. Ya he evitado sus llamadas demasiado tiempo. En realidad, no se preocupa por mí, solo quiere mantener las apariencias. Sin embargo, Presley me ha mandado un mensaje de texto diciéndome que mi madre la ha estado llamando, a ella y a los niños, para preguntar por mí.

—Podrías habérmelo dicho antes, ¿no te parece? —Hace una pausa—. No debería haberme enterado hablando con Cayden. Angelina, no me lo puedo creer, ¿por qué no me has dicho que te has mudado a ese sitio? —Apenas si he hablado con ella durante el último año, pero de repente se siente dolida. Tengo mucho rencor guardado y podría decir muchas cosas, pero sé que mi madre no está bien. Ninguna madre debería ver cómo entierran a su hijo. Mucho menos si murió como lo hizo mi hermano.

—No me he mudado a ningún sitio. Solo voy a quedarme unos meses.

—No me vengas con detalles semánticos —protesta.

—Bueno, pues lo siento, mamá. No lo he hecho con mala intención. La verdad, no se me ha ocurrido decírtelo. Los niños te han dado la información. A lo mejor no han interpretado las cosas tal y como son. Solo voy a quedarme unos meses.

Al menos, eso es lo que me digo para engañarme.

Presley y Wyatt siguen haciendo planes para que me quede seis meses o más. Pasan por completo de mí cada vez que les recuerdo que tengo un negocio del que ocuparme y una socia que espera que vuelva dentro de dos meses.

—Ya no me llamas nunca —se queja—. Tu padre y yo seguimos vivos, ¿sabes?

—Lo sé, y yo también, mamá. Estoy viva. Estoy aquí. Pero solo me llamas cuando te conviene o cuando quieres echarme la bronca. ¿Cómo quieres que

reaccione a eso? —Estoy cansada de que me echen la culpa de todo lo que pasa. Hasta ahora, he cargado con ese peso porque ella lo necesitaba. Bueno, pues ahora soy yo quien necesita el apoyo.

Mi vida ha dado un vuelco. Las cosas están cambiando tan rápido que no soy capaz de seguir el ritmo. El apoyo de mi madre me vendría fenomenal. En cambio, voy a la cocina, cojo un cupcake y le doy un bocado. Al menos, siempre encuentro consuelo en los dulces.

La oigo resoplar.

—He quedado para almorzar y tengo que irme dentro de unos minutos. Solo quería comprobar que mi nieto no mentía.

—Pues no. —Niego también con la cabeza. Mi madre es la hostia—. No miente.

—Bueno, a lo mejor cuando dejes de comportarte en plan egoísta, te acuerdas de tu familia.

Ostras, eso sí ha dolido.

—¿Estás de coña? Si lo único que he hecho ha sido pensar en vosotros. Creo que te olvidas de muchas cosas, madre. ¿Por qué es tan difícil que veas que no soy como tú crees que soy? Tengo mi propio negocio, me parto los cuernos trabajando, tengo buenos amigos y me va muy bien por mi cuenta.

Oigo su risa al otro lado de la línea.

—Por favor, niña. No estás casada. Vives en un apartamentucho, tú sola. Te niegas a visitar a tus padres y a tu hermano porque eres demasiado orgullosa o lo que sea. Cada vez que me doy la vuelta, me entero de no sé qué tontería has hecho.

—Hala —digo, soltando el aire—. No sabía que pensabas tan mal de mí.

—No seas ridícula —protesta ella—. Yo no he dicho eso. Sin embargo, creo que no has tomado las decisiones adecuadas. En ese sentido, te pareces demasiado a tu otro hermano. No eres como Joshua.

Ahí está. Me parezco demasiado a Todd. Tengo sentimientos y no soy una hija de puta interesada. Mi hermano lleva quince años casado, ha tenido no sé cuántas amantes, y estoy segurísima de que mi cuñada se está tirando al chico que limpia la piscina. Sí, debería aspirar a que mi vida fuera así.

—Ah, pues esto te va a encantar, verás. Estoy embarazada y ahora mismo estoy viviendo con el padre del bebé. Gracias por llamar, mamá. Siempre es un placer que me recuerdes lo mucho que te he decepcionado. No te molestes en llamarme más. Dile a papá que lo quiero.

Corto la llamada y arrojo el teléfono a la mesa. Que se vaya a la mierda. Que se vaya a la mierda todo el mundo. Estoy tan cabreada que me pondría a gritar.

Miro una foto de Wyatt y su familia que está en la mesa. Ellos, tan felices y cariñosos, no como mi familia. Me embarga una repentina emoción y me echo a llorar. Yo también quiero eso. Quiero que mi madre me quiera de forma incondicional.

Pero me ha tocado lo que me ha tocado. La mujer enfadada, amargada y antipática que me pisotea siempre que puede.

Mis pies se mueven por voluntad propia y, antes de darme cuenta, he salido por la puerta. Quiero estar rodeada de gente que no me chupe la vida. Quiero ver a Wyatt. Siempre consigo que me sienta mejor y, ahora mismo, lo necesito.

Y no solo estoy cabreada, también estoy... triste. Tengo la impresión de que, decida lo que decida, siempre acabo tomando la dirección equivocada en una calle de sentido único. No paro de esquivar a los transeúntes y a los coches, pero al final acabaré chocando. Si acaso no he chocado ya. Tengo el corazón hecho polvo porque estoy sola. Sé que ahora mismo tengo a Wyatt, pero eso cambiará. Volveré a Filadelfia y seré una madre soltera.

Así tiene que ser. No puedo vender mi negocio y venir aquí para jugar a las casitas. Me niego a mudarme ahora mismo. Estoy sola. Tengo que ser más fuerte. La verdad es que no sé si podría aguantar las ataduras de una relación.

Tardo poco en llegar porque Wyatt me ha enseñado que hay un sendero que atraviesa dos campos de labor. Ya he pasado antes una vez, pero ahora lo hago sin el menor contratiempo, ya que solo tropiezo dos veces.

Echo a correr hacia el granero cuando llego al prado. No sé por qué corro, pero necesito verlo. Necesito que me abrace.

Mientras atravieso el prado, me quedo sin aliento y la idea de regresar a Filadelfia desaparece de mi cabeza.

Wyatt está en la cerca, de espaldas a mí, descamisado. Lleva la cabeza cubierta por el sombrero pero, cuando se da media vuelta, veo que está sonriendo. Solo lo veo a él. El culo que le marcan los vaqueros y el sudor que le brilla en la espalda. Me detengo un momento para mirarlo de arriba abajo y comprendo lo tonta que soy. Podría haber disfrutado de este hombre todas las noches, pero he estado siguiendo las reglas. A la mierda con las reglas. Me ha dicho que quiere esperar hasta que yo esté segura. Bueno, pues estoy segura de

que quiero más. Ahora estoy segura. Quiero entregarme de verdad y que estemos juntos. Lo quiero a él.

Echo a andar hacia él, pero en ese momento se mueve y mi determinación se hace añicos.

Charlotte está delante de él, tocándole el pecho, y caigo en la cuenta de lo tonta que soy.

Me he equivocado de parte a parte.

Es un donjuán.

El tío que se acuesta con la primera que pilla. Y yo soy la tonta a la que ha dejado embarazada. Los observo mientras se tocan despreocupadamente, ajenos a mi presencia. La verdad es que no debería preocuparme siquiera, pero le he pedido que no salga con nadie durante estos tres meses. Creía habérselo dejado bien claro durante la feria. Pensé que le había demostrado que estaba dispuesta a darle una oportunidad para ver cómo se comportaba.

Este es uno de esos momentos en los que sé que es una locura quedarme aquí. Debería irme, pero no puedo apartar la mirada. Quiero ver lo que pasa para recordarlo siempre. Después de esto será más sencillo protegerme el corazón.

Veo que Charlotte ladea la cabeza e imagino lo que le está diciendo.

—Ay, Wyatt, qué gracioso eres. Me encantan los hombres graciosos porque yo soy tan tonta que no puedo ni hacer un chiste. —Se ríe—. ¿Cómo dices? ¿Que si mis tetas son de verdad? —Niega con la cabeza.

—No, Charlotte. Sé que son postizas, como el pelo rubio, pero me da igual —responde él en mi imaginación.

—¿Quieres tocarlas? —lo invita con esa voz nasal que tiene mientras le acaricia el pecho y se inclina hacia él.

—Pues claro. Me encantan las tetas. —Wyatt la coge por las caderas.

La bilis se me sube a la garganta y se me acelera la respiración. La está tocando. Ella lo está tocando. Sé lo que viene ahora, y eso será el fin de esto que hay entre nosotros, sea lo que sea. Jamás seré una cornuda. Jamás seré el segundo plato. Me niego, joder. Hay muchos motivos para entristecerse en la vida, y no voy a permitir que un hombre sea uno de ellos. Quiero fuerza, amor y entrega. Me lo merezco. Y creía que con él podría conseguirlo.

«No la beses, Wyatt. No lo hagas. Por favor, no caigas en ese error.»

Lo veo inclinarse hacia delante y lucho para mantener los ojos bien abiertos, porque quiero apartar la mirada. Solo llevamos tres semanas viviendo juntos y

he sido... feliz. Me ha embargado la esperanza.

Charlotte se acerca más a él y, a estas alturas, no puedo seguir mirando.

Me doy media vuelta, decidida a hacer el equipaje. Esta noche dormiré en casa de Presley y, después, me iré a casa cagando leches. Solo he dado unos cuantos pasos cuando lo oigo llamarme.

—¡Angie!

Sigo andando. Las putas hormonas me debilitan. Se me llenan los ojos de lágrimas y el corazón se me hace añicos. No sé por qué me cabrea esto tanto, pero así son las cosas. Quería creer que a lo mejor había algo entre nosotros. Es posible que deseara que hubiera algo más. Necesitaba creer que Wyatt era el hombre que todo el mundo dice que es.

Está claro que no lo es. O yo no soy la mujer adecuada para él.

—¡Angie! —grita de nuevo.

Esta vez empiezo llorar tontamente. No. Me limpio las lágrimas. No voy a llorar.

Sus dedos me rozan un brazo y lo aparto de un tirón.

—¡No me toques!

—¿Qué te pasa?

—Ni se te ocurra hacerte el tonto. —Resoplo y me aparto.

O es el hombre más lerdo que ha pisado la faz de la Tierra o es un gilipollas. O las dos cosas a la vez.

—¿Es por Charlotte? —Parece confundido—. No ha pasado nada.

—¡Pero si lo he visto! —Las lágrimas caen sin control. Me duele. Ahora mismo, estoy confundidísima. De repente quiero protegerme de él y, al minuto siguiente, estoy dispuesta a lanzarme al vacío. Tengo la cabeza hecha un lío. Quiero llorar, chillar y besarlo, todo a la vez.

—¡Angie, no ha pasado nada! —intenta convencerme—. ¡Te lo juro! ¿A qué vienen tantas prisas?

—¡No voy a caer en ese error! ¡No! Soy demasiado mayor como para aguantar a un tío que me la va a pegar en cuanto me dé media vuelta.

—No seas tonta. No ha pasado nada.

—Se ve que la palabra «nada» no significa lo mismo para ti que para mí. ¡Lo he visto con mis propios ojos! ¡Mentiroso! —Hago ademán de darme media vuelta, pero él me rodea la cintura con un brazo y me levanta del suelo—. ¡Bájame, gilipollas! —grito al tiempo que lucho con uñas y dientes para evitar que mi cuerpo se derrita por el contacto.

Me pasa el otro brazo por debajo de las piernas y me coge como si fuera un bebé.

—No. —Echa a andar—. Está claro que no vas a escucharme. Así que voy a asegurarme de que no vas a huir.

Sigo forcejeando entre sus brazos, pero él pasa de mí. Le doy un manotazo en el pecho, pero me estrecha con más fuerza.

—¡Bájame!

Wyatt deja de andar, pero no me suelta. Me levanta un poco más, de manera que nuestras narices están a punto de rozarse.

—Te lo digo por tercera vez: no ha pasado nada. —Y sigue sin dejar de mirarme a los ojos—: No he permitido que pase. Sabía perfectamente cuáles eran sus intenciones y la he alejado de un empujón. Al darme media vuelta para marcharme, te he visto en el camino y he echado a correr detrás de ti.

Mi corazón, tan tonto y traidor como es, lo cree. No puedo dejar de llorar. Es como si alguien me estuviera estrujando las entrañas.

—Odio el subidón hormonal —murmuro.

Wyatt me deja en el suelo, pero en vez de soltarme, me abraza y me estrecha con fuerza.

—¡Odio hacer el ridículo y echarme a llorar como ahora mismo! ¡Odio que tengas este efecto sobre mí! ¿Por qué me debilitas? ¿Por qué me convierten las dichas hormonas estas en una loca?

—A lo mejor no son las hormonas. —Me quedo sin aliento. Miro esos preciosos ojos que ahora mismo transmiten un sinfín de emociones para las que no tengo nombre y lo veo todo rojo. ¿Acaba de insinuar que normalmente estoy loca? Antes de que pueda empezar a gritar de nuevo, añade—: A lo mejor te gusto. A lo mejor sabes que me gustas. ¿Es posible que te duela la idea de que pueda estar con otra? —sugiere mientras sus palabras me atraviesan y enfrían la ira ardiente con la misma rapidez con la que la ha provocado.

Tiene razón. En todo. Está destrozando mis defensas, una a una. Llegué aquí con la idea de pasar unos cuantos meses juntos y de seguir con mi vida después como si tal cosa. Ha pasado casi un mes y ya me siento unida a él. Esto es una locura. Es demasiado pronto.

Sin embargo, mi madre me ha dejado hecha polvo y ha sido a él a quien he buscado. Quería que me abrazara. Necesitaba sus caricias para sentirme

querida. Solo necesitaba encontrar a un hombre que me respalde. Wyatt ha traído color brillante a un mundo donde antes solo había tonos apagados.

—Wyatt, vas a acabar conmigo.

Niega con la cabeza.

—No lo haré.

La guerra se desata en mi interior. Si bajo la guardia por completo, no seré capaz de recuperarme después. Me está demostrando día a día que puedo confiar en él, y está derribando a cañonazos las murallas que protegen mi corazón. Verlo con Charlotte me ha dolido mucho. No puedo ser el segundo plato de un hombre. No quiero amarlo y descubrir después que no me corresponde.

—No me rompas el corazón —le suplico—. Por favor, no hagas que me enamore de ti si vas a rompérmelo.

—¿Y si quiero conquistarlo? ¿Y si te digo que hace meses que siento algo por ti, desde mucho antes de que te quedaras embarazada? ¿Y si te digo que, después de que te fueras, era incapaz de mirar a otra que no fueras tú? ¿Y si te digo que este bebé y tú sois lo único que me interesa? ¿Y si te digo que la vida por fin tiene sentido y que quiero que te enamores de mí?

Cierro los ojos y dejo que sus preguntas vayan desintegrando poco a poco la determinación de antes.

Lo quiero en mi vida.

Es evidente que no puedo mantenerlo alejado de mi corazón. Hace semanas que está en él. Semanas. Descubrió la manera de entrar.

—Todavía hay muchas cosas que no sabemos el uno del otro.

—Tenemos tiempo para descubrirlas. —Sus ojos me atrapan.

—Necesito tener claras ciertas cosas. Necesito saber que soy yo. Que no es Presley, ni el bebé. Que me quieres a mí. De verdad.

No quiero enamorarme y descubrir después que todo es mentira.

Wyatt levanta las manos y me coge la cara entre ellas.

—Eres tú, Angie.

—Quiero creerte.

Inclina la cabeza y me frota la nariz con la suya.

—Créeme. No puedo explicarlo, pero tienes algo. Es a ti a quien quiero.

Cierro los ojos, me pongo de puntillas y lo beso en los labios. Es un beso nuestro, de nadie más. Por nosotros.

Wyatt

Se me paraliza el cuerpo cuando sus labios rozan los míos. Voy a dejar que sea ella quien controle esto por sus estúpidas reglas. Pero, en cuanto me entierra los dedos en el pelo, me hago con el control. Pego los labios a los suyos al tiempo que busco entrar en su boca. Necesito besarla. Necesito poseerla de la misma manera que ella me posee. Quiero conseguir que lo sienta. Que sienta todas las emociones que siento yo.

Es lo que siempre he deseado tener entre los brazos. Intenté explicárselo a mi hermano, pero se echó a reír. Zach me dijo que así era como se sabía. La primera vez que vio a Presley, lo supo. Con Angie, es como si la vida no hubiera tenido sentido hasta que ella apareció.

Tocarla, abrazarla, hablar con ella, estar a su lado sin más... es lo que hace que mi día sea redondo. Tiene un extraño poder sobre mí. Y me acojona.

Creía que estaba enamorado de Presley.

Creía que sabía lo que era querer tanto a alguien que me volvería loco sin esa persona. Esto es totalmente distinto.

No digo que no quisiera a Presley, que la quise, pero ahora comprendo lo que era en realidad. Estaba enamorado de la idea de lo que Zach y ella tenían. Presley era mi mejor amiga, pero Angie... Angie es la mujer por la que respiro.

La abrazo con fuerza sin separar los labios de ella. Quiero amarla como debería haberlo hecho cuando concebimos a nuestro bebé. Quiero demostrarle lo que significa que te adoren, porque es lo que ella se merece. No es como la noche de la pastelería. No es un alto el fuego, como ella lo definió... Es la batalla final.

Me pega contra ella con la mano, y cuando la abrazo con más fuerza, me rodea la cintura con las piernas. Nos besamos mientras camino con ella hasta que la tengo pegada al duro tronco de un árbol. Necesito el apoyo, pero a ella no parece importarle. Es como si por fin nos hubiéramos rendido y ninguno de los dos quisiera perder un solo segundo.

Tengo que detenerme. Tengo que llevarla a casa.

—Ángel. —Por fin consigo apartarme.

—No te pares —me suplica al tiempo que me vuelve a besar.

Vale. Si quiere continuar, ¿quién soy yo para llevarle la contraria? La besaré durante toda la eternidad. El sabor de sus dulces labios es el paraíso. Recuerdo que el resto de ella también es muy dulce. Es un sabor con el que pienso volver a familiarizarme muy pronto.

He conseguido contenerme todas estas noches gracias a una férrea fuerza de voluntad. He tenido que pajearme todas las mañanas en el cuarto de baño, pero me las he apañado. Despertarme con su cuerpo pegado al mío es una tortura, pero no solo por eso. Es por los ruiditos que hace mientras duerme. Se pasa toda la noche aferrada a mí, gimiendo y suspirando. Hace tres noches, estuve a punto de arrancarle la ropa, aunque me prometí que esperaría a que ella diera el primer paso. Su voz tenía un deje anhelante. Después, empezó a moverse contra mí y me acarició el cuerpo con una mano hasta que la inmovilicé. Ni de coña podía permitir que me tocara así sin prenderle fuego a sus dichosas reglas. En cuanto a este momento, voy a explotar como no la haga mía pronto.

Ahora mismo, me estoy bebiendo su esencia. Su cuerpo se amolda al mío, y pienso en todas las maneras en las que encajamos.

Me aparto muy despacio del tronco del árbol y nuestros labios se separan. Cuando sus piernas dejan de apretarme la cintura, sopeso la idea de detenerme. Me gusta que se aferre a mí. Me gustará todavía más cuando vuelva a estar desnuda.

—Siento haberte besado. —Aparta la vista.

—No se te ocurra disculparte por eso en la vida.

Sus ojos azules brillan cuando sonrío.

—Anda que sirven de mucho las reglas.

Suelto una carcajada.

—Espero que las tires todas por la borda.

—Creo que deberíamos renegociar las condiciones. —Es una proposición,

pero veo la bandera blanca que ondea—. No todas tienen que desaparecer.

Pienso aprovechar al máximo el pie que me ha dado. Es más terca que una mula, y que haya cedido en algo es un milagro.

Extiendo la mano y le aparto el pelo de la cara.

—Angie —digo para llamar su atención—, lo de antes que has creído ver no ha sido nada. Jamás te traicionaré. Sé lo que significa para ti haber venido. —Hago una pausa para asegurarme de que me está escuchando—. Pero has dicho unas cuantas chorradas que tenemos que aclarar.

Asiente con la cabeza.

—No estoy enamorado de Presley. Llevo mucho tiempo sin estarlo. No tiene nada que ver con nosotros. —Quiero que lo oiga y que lo oiga bien. Es la segunda vez que ha sacado el tema—. Nunca salí con ella. Nunca hice nada con ella. Siempre ha sido la chica de mi hermano. Eso no quiere decir que no la quisiera, porque la quise, pero la quise lo bastante para dejarla marchar. Y cuando la dejé marchar, dejé marchar también cualquier cosa que fuera más allá de nuestra amistad.

—Wyatt. —Me pone una mano en el pecho—. Te he visto con ella y me he dejado llevar por el pánico. Estoy lidiando con un montón de miedos y de dudas. Hace un tiempo, Presley me dijo que Charlo...

—Joder —mascullo, porque sé muy bien de qué tiene miedo y también sé lo que Presley puede haberle dicho de mí. Creía que ya lo habíamos aclarado la primera noche que pasó aquí, pero, al parecer, sigue preocupada por el tema—. Escucha atentamente lo que te voy a decir y no te pierdas ni una sola palabra.

—Vale. — Suspira.

Me da igual que no quiera escucharme. No porque quiera hacerle daño, sino porque tiene que saber la verdad, sin el menor asomo de duda. La única persona que puede ofrecérsela... en fin, soy yo. Solo Dios sabe lo que Presley le contó o lo que ella entendió en su retorcida cabeza. Es mejor dejar las cosas claras ahora mismo, para poder olvidarnos del tema.

No hay por qué darle vueltas a la misma mierda una y otra vez.

—Soy un hombre sincero. Llevo una vida sencilla y me importa una mierda lo que opinen los demás. Nunca he permitido que una mujer crea que hay algo más de lo que le ofrezco en realidad. Nunca las he traído a mi casa. Nunca he salido con ellas en plan romántico. —Levanto las cejas para reafirmar mis

palabras—. Y te juro que nunca he metido a una en casa. Puedes tomártelo como quieras, pero tú eres distinta. Y creo que te das cuenta.

Ella guarda silencio sin apartar su pequeña mano de la piel desnuda de mi torso, seguramente percatándose de que se me ha disparado el pulso. Me niego a apartar la mirada de sus ojos. Quiero que vea la verdad que encierran mis palabras. No oculto nada. Está todo a la vista, y solo me queda la esperanza de que ella sienta algo parecido.

—Me... —Veo cómo una expresión atormentada asoma a sus ojos. Veo lo mucho que la asusta. Después, veo su determinación—. Me gustas mucho más de lo que debería. Tenía un trabajo, amigos y a mi hermano, y soy una tía alucinante. Nunca he sentido el deseo de ser madre o esposa. Mientras mis amigas se casaban y empezaban una familia, yo llevaba la vida que quería. Ellas no me entendían ni estaban de acuerdo con mis decisiones, pero me gusta salir con hombres. Me gusta la libertad. Me gusta ser autosuficiente.

No ha dicho nada que no comprenda. Pero está en mi naturaleza, lo llevo en el ADN, el querer cuidarla. Y va a ser un punto de fricción. Uno por el que estoy dispuesto a discutir con ella una y otra vez, no solo hoy. Una mujer se merece que la respeten y la cuiden. Un hombre debería asegurarse de que es así. He visto cómo mi padre lo hacía todo por su familia, y yo no pienso hacer menos por la mía.

Se lo daré todo.

Angie sigue hablando:

—Ahora estoy intentando descubrir cómo ser otra persona. Una persona a quien, de repente, le gusta acurrucarse en el sofá y ver *Gran Hermano* contigo. Esa no soy yo. No me gustan los arrumacos ni las citas para almorzar. Me gusta mi espacio. Pero, claro, me gustas tú, y a ti no te gusta tener espacio. Es desconcertante, pero sé que quiero estar a tu lado.

No le permito decir una sola palabra más. Agacho la cabeza para darle un beso rápido. Ya no tengo deseos de arrancarle la ropa en mitad de un camino de tierra.

—Volvamos a casa.

Así es como quiero que piense en ella. Temo la discusión que vamos a tener cuando diga de volver a casa dentro de dos meses. Claro que no tengo pensado que vaya a ser un problema. Después de que le enseñe todos los motivos por los que estamos hechos el uno para el otro, querrá quedarse aquí.

Angie

Si algo me divierte más que una cita, es la preparación que conlleva. Ese nerviosismo revitalizante que me invade antes de salir. Me he lavado, frotado, hidratado y depilado cada centímetro del cuerpo. Quiero que esta noche sea increíble.

Wyatt debería llegar dentro de una hora, y quiero estar preparada para lo que sea que haya planeado, aunque se ha negado a darme ni una sola pista de lo que es. Sé que tendrá que ducharse, pero no quería que lo hiciéramos a la vez. De esta manera, me parece una cita más real.

Le echo un vistazo a mi ropa, pero no encuentro lo que estoy buscando. Parece que no he hecho tan bien el equipaje como pensaba.

O a lo mejor no he traído la ropa de «salir» porque no se me ocurrió que tendría que arreglarme.

Cojo el móvil para ver a qué hora cree que llegará a casa y veo que tengo un mensaje:

WYATT: Vete a casa de Presley. Te recojo allí a las siete.

Mmm, qué raro. ¿Por qué leches tengo que ir a casa de Presley? ¿Vamos a salir en pareja?

YO: ¿Por qué?

WYATT: Porque lo digo yo, punto.

Lo dejo pasar de momento. Pero después, una vez que descubra qué está tramando, le echaré un sermón sobre esta costumbre de mangonearme. Que no piense que voy a tolerarlo.

YO: Ya estoy arreglada. No lo entiendo.

WYATT: Ya que insistes, te lo diré. Quiero recogerte. Quiero conducir hasta una casa, llamar a la puerta, que tardes en abrir y, después, acompañarte al coche. Así que ya puedes correr a casa de Presley y esperarme allí.

Dios mío.

Solo existe una respuesta posible.

Tecleo a toda prisa.

Yo: ¿Quieres echar un polvo esta noche o qué?

WYATT: Bastante me has hecho esperar ya.

Me río. Sí que ha sido paciente, pero yo también lo he pasado mal. El embarazo te trastorna, de verdad que sí.

Yo: Alo mejor es tu noche de suerte en más de un sentido.

Guardo el móvil en el bolso, porque no quiero ver si contesta. Así es más divertido. Cojo el jersey y me echo un vistazo en el espejo. En vez de ponerme un vestido, llevo vaqueros, porque todavía me entran, y un top monísimo de color verde aceituna. Me he ondulado el pelo y lo llevo suelto. Me he puesto tacones para parecer un poco más arreglada, y uno de mis collares preferidos. Sin saber adónde vamos, es lo mejor que puedo hacer.

De camino a casa de Presley, llamo a Erin y repasamos los detalles del local que ha encontrado. Me envió un mensaje de correo electrónico ayer, pero no supe qué decirle. Cuanto más tiempo paso aquí... menos segura estoy de poder regresar. Por tanto, he retrasado lo máximo posible el momento de tomar decisiones.

—Angie, necesitamos hacer algo ya. No podemos demorarlo más tiempo. — Erin suelta un suspiro exasperado—. Tengo que hacer una oferta.

—No me convence del todo. —Y no miento, aunque sé que es un sitio estupendo. Es casi el doble de grande que el local que tenemos en Media y tiene una zona que podríamos usar para poner mesas, algo de lo que no disponemos ahora mismo.

Erin guarda silencio. Espero a que diga algo, porque sé que es ella la que medita a fondo las decisiones. Ese es uno de los motivos por los que la acepté como socia. Es muy espabilada y siempre se deja llevar por la cabeza, nunca por el corazón, salvo en el caso de los hombres con los que sale. Yo suelo ser más impulsiva.

Carraspea y dice:

—Sé que estás pasando por un momento de los que te cambian la vida. Y de verdad que intento ser comprensiva.

—Has sido...

—Sí —me interrumpe—. Pero eres mi socia. He invertido mucho dinero en esta empresa. Tenemos por delante una oportunidad muy jugosa y creo que tenemos que aprovecharla. Creo que se nos presentan dos opciones.

Esto tiene muy mala pinta.

—Puedes cederme el control de este proyecto y permitirme hacer lo que crea que es lo correcto o lo olvidamos de momento.

Debo recordarle que soy la dueña. Sí, somos socias, pero yo fundé la empresa y es mía. Aparco el coche delante de la casa de Zach y Presley.

—Soy consciente de la posición en la que nos encontramos. Sin embargo, ya te he dicho que necesito tres meses. Y tú estuviste de acuerdo, Erin. Seguiré colaborando en la medida de lo posible desde aquí, pero no voy a darle luz verde a un local que no he visto siquiera. Es injusto que me hagas esto cuando solo llevo fuera un mes.

—No es mi intención ser injusta —se apresura a asegurarme—. Pero es que no quiero que se nos escape esta oportunidad.

Lo entiendo. Yo tampoco quiero que se nos escape, pero hacer concesiones a diestro y siniestro en mi vida personal y que ella me obligue a tomar una decisión ahora mismo es presionarme demasiado. Todavía sigo intentando ver adónde me lleva lo mío con Wyatt, las cosas están en el aire, y hasta que no se asienten, necesito que la empresa siga sin cambios.

—Erin, no me estoy negando. Solo estoy diciendo que necesito el tiempo que acordamos. Necesito estar ahí cuando elijamos el local nuevo.

Y también necesito descubrir hasta dónde puedo llegar con este hombre.

—Entonces, ¿quieres retrasar la expansión? —pregunta Erin, alzando un poco la voz—. Porque si descartamos este local, no vamos a avanzar.

¿Es eso lo que quiero? ¿De verdad estoy dispuesta a sacrificar esto por él? Ahora mismo, sí, lo estoy. Aunque no funcione, nunca he sentido algo tan fuerte por nadie. Se me acelera el corazón cuando me toca, y todo parece tener sentido cuando estoy entre sus brazos. El simple hecho de que esté considerando la idea ya dice mucho. Porque yo no soy de las que se ponen tontas por un hombre. Siempre me he enorgullecido de mi independencia. No necesito a un hombre. Pero quiero a Wyatt.

Joder.

—Dos meses. Solo te pido dos meses más.

Erin suspira.

—No estoy de acuerdo con tu decisión, Ang. Creo que dentro de unas semanas cambiarás de opinión. ¿Has leído el informe cuatrimestral que te mandé?

Hablamos un poco sobre las pérdidas y los beneficios, y al final creo que lo entiende. Erin ha recuperado su inversión inicial, así que una preocupación menos para mí. En caso de necesitarlo, dispongo del dinero necesario para comprarle su parte. Pero me gusta tenerla de socia, y espero que siga conmigo, aunque se enfade por retrasar los planes.

Entro en casa de Presley y saludo a todo el mundo.

—Los chicos se están preparando para salir a cabalgar con Zach. Les ha prometido que va a enseñarles trucos nuevos para ganarme por fin. Han mejorado muchísimo, pero no han tenido tiempo de practicar mucho entre el colegio y las actividades deportivas —me explica Presley después de que pasen a mi lado a la carrera sin hacerme ni caso—. Zach está arriba, pero los niños van a ensillar los caballos.

—¿Te ganarán pronto?

—No. —Sonríe—. Algún día aprenderán y ya tendré que sacarme trucos nuevos de la manga.

—Lo dudo mucho.

Presley coge la carpeta donde organiza todo lo referente a la boda y se sienta en un sillón.

—Mi hermano les está enseñando a usar el lazo con el ganado.

—¿Zach no sabe? —le pregunto.

—No, los de los rodeos éramos nosotros. Los Hennington estaban muy ocupados con los deportes. —Presley menea la cabeza—. Cooper y yo estábamos muy involucrados con el mundo del rodeo. Aunque a mi madre tampoco le hiciera mucha gracia que él participara. —Pone los ojos en blanco.

—¿Cómo está Coop? Todavía no lo he visto.

Su hermano es un tío genial. Callado, alto y siempre matándose a trabajar en algún lugar del rancho. He preguntado que por qué no está pillado, pero Presley se niega a contestarme. Sin embargo, tendría que estar ciega para no ver cómo mira a Grace y no sumar dos más dos. Grace es una de las mejores

amigas de Presley. Trent será pronto su cuñado y Cooper es su hermano. La Navidad va a ser estupenda en esta familia...

—Está genial. Zach y él están trabajando mucho juntos, y eso me alegra. Porque así puedo ver a Zach durante el día. Aunque la verdad es que lo veo cuando quiero.

Nos echamos a reír.

—Claro, porque no pasáis el tiempo suficiente juntos, ¿verdad? —Tengo la impresión de que siempre que la veo, él está a su lado. Que no me importa, pero ¿no le preocupa la posibilidad de cansarse de él?

—Será porque me gusta. Ya lo comprobarás tú misma. —Me mira a los ojos—. Cuando te das cuenta de lo genial que es un hombre, quieres pasar más tiempo a su lado. Ansías su compañía porque con él te sientes más contenta. Pues eso es lo que me pasa con Zach.

—No todas somos unas románticas sin remedio. Algunas somos felices con nuestra soledad. No soñamos con casarnos y con jugar a las casitas. Soñamos con dominar el mundo.

Ella pone los ojos en blanco y devuelve la vista a la carpeta.

Los gemelos entran en tromba en la casa.

—Mamá —dice Logan, que resopla después—. ¿Dónde está Zach? No lo encuentro.

—Estará en el granero —contesta, aunque acaba de decirme que está arriba.

—¡Adiós, tita! —me dicen a la vez.

—¡Adiós, tontorrones! —replico.

—¡Zach! —grita Presley—. Los chicos te están esperando. ¡Tienes unos diez minutos!

—¿Qué está haciendo?

—Lo han llamado para hablar de un caballo. Felicia, esa zorra insoportable, vendió más de la cuenta. ¿Recuerdas que Zach decía que era mejor dejar que se quedara un tiempo? —me pregunta.

—Sí, y las dos le dijimos que era un error.

Se ríe.

—Lo sé. Es que Zach pensaba que no iba a vengarse.

—Pero ¿habló en algún momento con Felicia mientras estaba con ella?

—Es que no puedo, te lo juro. —Presley resopla—. Un año entero se quedó. ¡Un puto año!

De verdad que no lo entiendo. Ni me imagino cómo lo aguantó Presley.

Verse obligada a verla cada vez que se diera media vuelta... Claro que, desde el punto de vista empresarial, entiendo que Zach creyera que fuese buena idea. La teoría esa de tener cerca al enemigo, pero en este caso creo que estaba demasiado cerca.

—Qué locura.

—Ya te digo. El caso es que Zach lleva un montón de tiempo solucionando los follones que esa tía ha dejado. Sé que una mujer despechada es peligrosa, pero por Dios. Ahora está amenazando con demandarnos.

Esa tía es una cerda. Menos mal que se ha ido del pueblo, porque estoy segurísima de que Presley le daría su merecido. Robó dinero, destruyó la contabilidad e hizo trizas la reputación de los Hennington.

—Es fantástico con los chicos —digo para dejar de hablar de Felicia y de los follones que dejó después de irse—. Lo quieren mucho.

Zach aparece por el pasillo.

—Me dejo querer.

—Siento discrepar —le suelto.

Se lleva una mano al pecho.

—Me matas.

Me encojo de hombros.

—Lo superarás.

Se inclina y me da un beso en la sien.

—Me quieres.

—Te equivocas de Hennington —replico—. Me gusta otro que es una versión tuya mejorada.

—¡Oye! —Nos reímos, y Presley nos mira con una sonrisa.

Se acerca, lo abraza por la cintura y lo mira con esa carita de cordero degollado que ya me he acostumbrado a verle.

—Soy yo la que se ha quedado con el mejor Hennington.

—Y pronto serás la señora Hennington.

Se miran con tanta intensidad que tengo que apartar la vista. Quiero un amor así. A lo mejor Presley piensa que Todd la miraba de cierta manera, pero hasta ahora yo no había visto nada semejante a lo que comparte con Zach. Es tan bonito que me dan ganas de llorar.

—No sabes las ganas que tengo —replica Presley con voz sentida.

Su boda está fijada para dentro de tres meses y medio. Para entonces ya tendré una buena barriga.

—¿No podéis adelantar la fecha de la boda? —pregunto, poniendo fin a sus miradas.

—¿Por qué? —me pregunta Presley.

—¡Porque voy a estar de ocho meses!

—Y estarás preciosa —dice Wyatt, que acaba de entrar y está detrás de nosotros.

Contengo la respiración mientras me doy media vuelta. Está apoyado en la pared, con los brazos cruzados por delante del pecho. Lleva unos vaqueros oscuros, una camiseta blanca ceñida al cuerpo y una camisa de color azul verdoso encima. Cuando se mueve y echa a andar hacia mí, veo cómo la camiseta le marca todos los abdominales. Se me contraen todos los músculos del cuerpo mientras veo que se acerca exudando seguridad.

Se para delante de mí y echo la cabeza hacia atrás.

—¿No se supone que tienes que llamar a la puerta y esperar a que Zach te abra para entrar?

—Tengo llave. —Sonríe.

Hago un puchero.

—Eso es trampa.

El se ríe.

—¿Quieres que salga y empiece otra vez? Puedo decirle a mi hermano que saque la pistola y me asuste por ir de sueltcito contigo.

Y ahora me toca a mí echarme a reír.

—Lo tuyo es muy fuerte.

—Y tú estás muy guapa.

—Tú también.

Se ríe entre dientes.

—Eso es bueno.

Asiento con la cabeza.

Madre mía. Lo llevo crudísimo. Una palabra suya y me olvido de todo.

—¡Qué monos sois! —exclama Presley, aplaudiendo, y me saca del estupor.

Me doy media vuelta y la miro echando chispas por los ojos mientras ella se ríe.

Miro de nuevo a Wyatt y veo que él pasa de todo. Solo le importo yo. Ni siquiera ha apartado la mirada de mí. En cambio, me coge la cara entre las manos, agacha la cabeza y me da un beso muy tierno.

—¿Estás lista, nena?

—Estoy lista.

Ahora mismo sé que he elegido lo correcto. Merece la pena renunciar a la expansión de la empresa por él.

Merece la pena arriesgarme a sufrir un desengaño.

Lo merece todo.

—¿Adónde narices vamos? —pregunto cuando llevamos ya más de una hora en el coche.

—A nuestra cita.

Wyatt no ha soltado prenda durante todo el trayecto sobre lo que vamos a hacer. Me estoy volviendo loca, pero parece que le encanta verme tan irritada.

Es peor que un dolor de muelas.

—Ya lo sé. Pero parece que me fueras a llevar de vuelta a Pensilvania.

Me coge de la mano, pero no replica.

Muy bien.

Me apoyo en el reposacabezas y veo pasar el paisaje. En Bell Buckle hay ondulantes colinas, pero aquí son más montañas. El bosque es denso y el aire parece más fresco. Me quedo sin aliento cuando el sol empieza a ponerse y los tonos rosados y anaranjados tiñen el cielo, provocándome una sensación muy cálida.

Cierro los ojos y dejo que el calor me envuelva. La cálida mano de Wyatt no suelta la mía mientras me relajo.

—Despierta, dormilona. —Oigo su ronca voz junto al oído.

Abro los ojos y ya es de noche. El cielo es un manto azul oscuro salpicado de lucecitas titilantes.

«Joder.»

—¡Ay, Dios! —Me incorporo de golpe—. ¡Me he dormido! ¡En nuestra cita! Me da un apretón en la mano.

—Ha sido un trayecto de tres horas, nena. Tranquila.

—¿Tres horas?

Eso me desconcierta.

Se baja de la camioneta y me ayuda a hacer lo mismo.

—Teníamos que hacerlo bien.

—¿Wyatt?

Echo un vistazo a mi alrededor y me doy cuenta de que estamos en mitad de la nada. Delante de nosotros hay una casa preciosa. Es algo más pequeña que la suya, pero mucho más espléndida. Me doy la vuelta y veo las montañas iluminadas por la luz de la luna, pero no hay más luces en las casas que puedo ver. A la izquierda, hay un amplio claro con sillas a un lado y un granero algo más al fondo.

—¿Dónde estamos? —le pregunto.

—Es el oasis de mi familia. Hace unos años, mis hermanos y yo compramos la propiedad y construimos la casa. Se nos ocurrió que podríamos alquilarla como hostel. Pero al final nos la quedamos para disfrute personal. Quería compartirla contigo —me explica.

—No-no... —¿Su familia es la dueña de este pedacito de paraíso?—. Es...

—Es algo que quería que vieras —me dice al tiempo que me coge de la mano—. Quiero que sea especial para los dos.

—No... no tengo una muda de ropa.

Tenía un conjunto de lencería monísimo escogido para la ocasión, pero se ha quedado en casa. A los tíos no creo que les importe mucho, pero lo tenía planeado. Supuse que, para la primera vez que lo hiciéramos como pareja embarazada, me pondría mi lencería sexy.

—Sí tienes. Presley ha metido unas cuantas cosas en una bolsa esta tarde.

—¡Wyatt! —Me detengo cuando se me llenan los ojos de lágrimas, pero me da un tironcito de la mano hasta que echo a andar de nuevo.

Abre la puerta de la casa, enciende las luces, y jadeo. El espacio es moderno y cálido. Las paredes son de un tono crema y hay alfombras y sillones preciosos en el centro. La enorme cama de matrimonio con cabecero acolchado está en el extremo más alejado de la zona de estar. Todos los elementos hacen que el interior parezca lujoso. Doy un paso hacia delante y toco el respaldo de un sillón, totalmente alucinada.

Después, veo una caja de cupcakes de mi tienda. Corro hacia ella y acaricio con los dedos las letras negras que usamos en el logotipo.

—Mi tienda...

Se acerca a mí.

—Erin me los ha enviado. Sé que echas de menos tu casa y la pastelería.

—No sé ni qué decir.

Desvío la vista hacia la izquierda cuando él suelta un termo que ni siquiera sabía que llevaba. Lo toco y sé lo que es.

—Es tu preferido.

—Es perfecto.

Desde luego que no ha escatimado en detalles.

Además de trabajar y de tener que aguantar mis locuras, ha planeado esto.

Si en algún momento he pensado que sería incapaz de conquistarme, estaba muy ciega.

Wyatt da un paso hacia mí, me rodea la cintura con los brazos y agacha la cabeza.

—He esperado mucho tiempo para dar con una mujer como tú. Una por la que quisiera hacer algo así. Alguien a quien quisiera esperándome en casa. Cuando te pedí que te mudaras, no sabía que acabaría sintiendo esto. Supuse que nos lo pasaríamos bien, que veríamos que pertenecemos a mundos diferentes y que pasaríamos página. Pero la idea de que te vayas me desquicia.

Se me acelera la respiración y se me seca la boca. Él también siente todo lo que yo siento. Lo veo en sus ojos: la esperanza, el miedo. Los dos nos encontramos en aguas desconocidas, intentando averiguar el rumbo con la esperanza de no perdernos.

—No sé qué decir.

—Dime que me quieres. —No aparta los ojos de los míos.

Levanto las manos, le tomo la cara entre ellas y lo miro fijamente a los ojos.

—Te quiero.

Y es verdad. Lo quiero ahora mismo, en este preciso momento. No puedo prometerle nada, todavía no, y tal vez nunca pueda. Mi corazón y mi cabeza no se entienden, pero lo quiero. Tal vez tenga que ser así, pero no lo sé. Las emociones contradictorias me sacuden con fuerza. Quiero tener esta nueva vida, pero también quiero conservar todo lo que tengo en Filadelfia.

He trabajado mucho. Me encanta mi empresa. No quiero renunciar a todo.

—¿Durante cuánto tiempo? —Parece que me lee el pensamiento.

—Habrá que esperar. —Sonrío—. A lo mejor, durante más tiempo del que había pensado.

No replica. Me abraza para estrecharme contra su duro cuerpo. Gimo contra sus labios y nuestras lenguas se unen mientras le entierro los dedos en el pelo. Adiós a la tierna pareja que se susurra confidencias. Ahora solo existen dos personas apasionadas dispuestas a demostrarlo.

Y pienso demostrarlo durante toda la noche.

Me muero por sentir sus caricias.

Por experimentar el ansia descarnada que sé que vibra entre nosotros.

Estoy preparada para entregarme a él y para recibir todo lo que me da.

Wyatt me aleja un poco antes de pasar los brazos por debajo de mis muslos y levantarme en volandas. Me aferro a él, sin dejar de mirarlo, mientras echa a andar hacia la cama. Su mirada me abrasa y me excita. Voy a disfrutar ardiendo en esta hoguera.

—Pienso quebrantar todas las reglas esta noche —me promete.

—Y yo pienso dejar que lo hagas.

Una sonrisa ufana aparece en su cara.

—Te dije que acabaría pasando.

Sonríó y le toco la mejilla.

—Sabía que te alzarías con la victoria.

Suelta una carcajada ronca y me deja en la cama. Me cubre con su cuerpo, pero se cuida mucho de no aplastarme con su peso.

—Se va a alzar otra cosa esta noche.

—Eso espero, vamos.

—Creo que... —Me besa—... ya... —Otro beso—... hemos dejado claro... —Beso—... que soy muy capaz.

Y tanto que lo es, me muero por disfrutar de su capacidad de nuevo.

—Hazme el amor, Wyatt.

Nuestras miradas permanecen fijas mientras él cambia de postura y se coloca a un lado, antes de acariciarme el cuerpo con una mano. Su caricia es como una pluma sobre mi piel, y sus labios se mueven sobre los míos en un baile sensual. Me baja el tirante de la camiseta, y también el del sujetador, dejando al descubierto uno de mis pechos, antes de acariciarme el pezón entre el pulgar y el índice. Quiero arquear la espalda por el placer, pero me obligo a permanecer inmóvil. Todas las sensaciones parecen más intensas esta noche. Gimo cuando repite la caricia.

La revolución hormonal del embarazo parece que por fin va a servir para algo.

Si esto me tiene casi jadeando, me muero cuando llegue lo bueno.

Se mete el pezón en la boca para chuparlo y lamerlo.

—¡Dios! —exclamo, y le entierro los dedos en el pelo para que no pueda moverse.

Necesito más.

El cuerpo entero me pide sus caricias. Wyatt no me hace esperar. Me desliza

una mano por el abdomen y me mira a los ojos.

—Así es como deberíamos haberla concebido.

—¿Haberla? —Le cubro la mano con la mía.

Ladea la cabeza.

—Creo que va a ser niña.

No he pensado mucho en el sexo del bebé desde la conversación con su madre. He estado muy ocupada intentando asimilar la idea de que voy a tener un bebé. Pero cuando lo dice, me lo imagino. Me imagino a Wyatt llevándola a caballito sobre los hombros. Dejando que le pinte las uñas porque a ella le apetece. Haría eso por ella. Sería el papá que todas las niñas sueñan con tener.

—Me da igual lo que sea, solo quiero que el bebé nazca sano. Eso me preocupa mucho.

Wyatt se enteró de todo mi historial familiar cuando fuimos a la consulta del doctor Borek. Se quedó un poco blanco cuando le expliqué que a mi prima le habían diagnosticado cáncer estando embarazada de cuatro meses. No hizo comentario alguno, y yo no he vuelto a sacar el tema, pero lo tengo siempre presente.

Me acaricia el abdomen con los pulgares.

—No te preocupes, Angie. No podemos controlarlo. Solo podemos controlar nuestros pensamientos. Sé que nuestro bebé será lo que podamos soportar.

—Dios. —Suspiro—. Eres todo lo que nunca supe que debía pedir.

Veo cómo la sorpresa inunda su mirada.

—Tú eres todo lo que he estado esperando.

—Se acabó la espera, Wyatt.

Se pone manos a la obra. Nuestros labios se funden y nuestras manos cobran vida propia. Me incorporo un poco y me quito la camiseta, y él me imita.

Su cuerpo es glorioso, y también es todo mío.

Le doy un empujón para que se tumbe en la cama y me siento sobre él. El pelo me cae suelto, formando una pantalla a nuestro alrededor durante un segundo, antes de que Wyatt lo recoja con las manos para guiar mis movimientos. Le coloco las manos en el torso y siento los latidos de su corazón bajo los dedos. Intento echarme hacia atrás, pero me mantiene inmóvil y me introduce la lengua en la boca mientras tomamos todo lo que el otro ofrece.

Cuando me hace girar, grito por la sorpresa. Me gustaba estar encima de él,

y abro la boca para protestar, pero ya se ha puesto de rodillas y se está quitando el cinturón. Lo veo mientras se desabrocha, muy despacio, los botones de los vaqueros y se los quita. Hago ademán de imitarlo, pero me coge ambas muñecas y me coloca las manos por encima de la cabeza.

—Deja que lo haga yo.

Me quita los vaqueros y la ropa interior, besándome y mordisqueándome la piel conforme la va desnudando, y luego arroja las prendas al suelo, junto a sus pantalones. Me mira con expresión asombrada. Siento que su mirada me abrasa la piel. Siento el corazón a rebosar por sus palabras. Y mi cuerpo está a punto de convertirse en suyo.

—Dilo —me ordena.

No sé a lo que se refiere.

—Dime que quieres estar conmigo —repite, esta vez como una petición.

Me incorporo sobre un codo y le toco una mejilla.

—Quiero estar contigo.

—Repítelo.

Se coloca sobre mí, sin tocarme.

—Quiero estar contigo.

Los ojos de Wyatt no se apartan de los míos mientras desciende por mi cuerpo.

—Quiero oírte, Angie. —Me coloca las piernas sobre sus hombros y me lame el clítoris—. Recuerdo los sonidos que haces. Quiero oírlos de nuevo.

—Sí —digo con un gemido.

Repito lo que está haciendo y casi me caigo de la cama. Wyatt coge el ritmo en un abrir y cerrar de ojos. Me retuerzo mientras el placer crece en mi interior. Le clavo los talones en la espalda, no sé si para acercarlo más o para indicarle que frene un poco. No puedo soportar mucho más, pero tampoco quiero que se detenga. Con cada gemido que emito, me recompensa con un lametón en el clítoris.

El ascenso es imparable.

Le retuerzo el pelo mientras grito.

Grito su nombre y doy gracias a Dios por haber roto esa regla.

Sube por mi cuerpo mientras intento recuperar el aliento.

—Ya va uno, quedan muchos por venir.

Sí, joder, ¡sí!

Me acaricia un pecho, muy sensible, con los labios, pero mantiene el resto

del cuerpo apartado del mío.

—Wyatt —le suplico—, por favor.

Lo necesito dentro de mí. Esta noche ha sido demasiado. Jamás olvidaré algunos momentos. El hecho de que me haya traído aquí, de que me haya cuidado y de que haya dicho cosas tan bonitas. Mi verdad también está delante de nosotros. No soy una persona muy emotiva. Nunca he sentido cosas tan fuertes por los hombres, pero con él es todo real.

Las ataduras que rodean mi alma se han soltado, y es estimulante. Nunca he creído que se podía experimentar la libertad cuando se amaba a otra persona. Siempre he creído que era como estar cautiva. Me equivocaba del todo. Enamorarme de Wyatt es algo precioso. También da miedo... incluso es aterrador. Nunca me había parado a pensar en lo abrumador que sería. Es la única persona del mundo por la que he sentido algo parecido. Mi corazón, mi cuerpo y mi amor serán suyos. Sé que una vez que le diga lo que albergo en mi corazón, no habrá marcha atrás.

Me atará a él.

Y yo se lo permitiré.

—¿Estás segura? —Me ofrece una escapatoria.

—Quiero que me hagas el amor. Te quiero dentro de mí.

Me mira con una sonrisa ufana.

—Estoy muy dentro de ti.

Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza.

—Pues métete otro poco.

—No he tocado a otra desde que te fuiste —me dice, y su voz destila sinceridad—. Estoy limpio. Y ya llevas a mi hijo en tu seno.

—Diría que podemos saltarnos la protección.

El alivio le ilumina la cara al tiempo que se pega a mí.

—Llevo semanas soportando tu cuerpo acurrucado contra el mío todas las noches. Los sonidos que haces cuando duermes me han estado volviendo loco y, nena, esta noche me lo voy a tomar con tranquilidad.

—Eso espero.

Me penetra centímetro a centímetro, sin apartar los ojos de los míos. Me colma por completo, dejando que sienta cómo se entierra hasta el fondo. Cierro los ojos cuando las sensaciones me abrumen. Estoy con Wyatt. Embarazada de su hijo. Y estamos haciendo el amor.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, los tengo llenos de lágrimas.

Intento contenerlas, pero pierdo el control de mis emociones.

Nos mecemos juntos mientras intento mantener la calma.

A Wyatt no se le escapa una.

—No te contengas.

—Es que son demasiadas cosas.

—Déjate llevar —me pide.

Y lo hago. Cierro los ojos y dejo correr las lágrimas. Siento que me seca la humedad a besos.

Nuestras bocas se encuentran y me pierdo en sus labios.

—Así es como debería haber sido la primera vez —dice Wyatt antes de penetrarme más a fondo.

Le toco la cara.

—Creo que todo ha pasado como tenía que pasar.

Wyatt sigue moviéndose despacio.

—Es maravilloso sentirte.

—Demuéstramelo —le suplico.

Y me lo demuestra. Acelera el ritmo un poco, y le clavo los dedos en la espalda. Siento que me acerco al clímax de nuevo, pero es imposible que soporte otro orgasmo. Sin embargo, ahí llega. Wyatt me observa la cara, y empiezo a gritar con frenesí.

—Wyatt... —Me aferro a él con más fuerza—. No puedo.

—Sí que puedes.

No. Niego con la cabeza de un lado a otro al tiempo que alzo las caderas para salir al encuentro de sus embestidas. Es imposible que pueda soportarlo, pero el deseo de alcanzar el clímax me abrasa la piel.

—Ay, Dios. Ay, Dios.

Mete una mano entre nuestros cuerpos y me acaricia el clítoris, lanzándome al abismo. Arqueo la espalda, y siento como si me hubieran estallado todas las terminaciones nerviosas. Él me ancla a la tierra.

Wyatt me acompaña al llegar al orgasmo, gritando mi nombre antes de que ambos caigamos rendidos sobre la cama. Me apoyo contra su pecho, oyendo los latidos de su corazón. Me acaricia el pelo, y cierro los ojos. Me siento a salvo, saciada y encantadísima por haber tirado por la borda el libro de reglas.

Hacemos el amor más veces a lo largo de la noche. Entre una y otra, me abraza o dormimos un rato. El sol comienza a filtrarse por las ventanas antes

de que nos durmamos.

Podría pasarme todos los días así.

Esto es el paraíso. Aquí es donde quiero estar.

Solo tengo que reunir el valor necesario para hacerlo.

Nos quedamos todo el día en el rancho donde la familia Hennington pasa las vacaciones. Las vistas me tienen alucinada. Cada vez que miro hacia algún sitio, me dan ganas de hacer una foto. Debo admitir, aunque solo sea para mis adentros, que es difícil no enamorarse de este lugar.

Es moderno, pero atemporal.

—¿A qué viene esa sonrisa? —le pregunto a Wyatt una vez que nos sentamos en las mecedoras del porche.

—Te estoy observando.

—¿Y qué ves?

Wyatt mira el paisaje y, después, me mira de nuevo.

—Te veo a ti, enamorándote de mi propiedad. ¿Quién iba a pensar que acabarías enamorada del campo, chica de ciudad? Te sienta bien.

—Mmm —murmuro—. No sé si es el campo, Vaquerillo.

—¿Cómo me has llamado? —Se incorpora al instante.

Llevo un tiempo dándole vueltas a un apodo que le pegue. Como monta a caballo y sé que el diminutivo va a cabrearlo, me parece perfecto.

—Vaquerillo.

—En diminutivo... no tengo nada diminuto, nena.

¡Oh, lo que me gusta el apodo!

—He pensado que podríamos llamar también así al bebé si es un niño.

Lo veo apretar los labios, al contrario que yo, que sonrío de oreja a oreja.

—Mi niño tampoco tendrá nada diminuto.

Me encojo de hombros.

—A ver si te convengo para que esperes una niña.

Wyatt se acerca a mí, apoya las manos en los reposabrazos de la mecedora y se agacha.

—Cariño, si es un niño y lo llamas así, tendremos un problema.

—Cariño —replico—, no tienes ni voz ni voto. Tú eres mi vaquerillo y él lo será también.

—¿Sabes qué? —Quita las manos de los reposabrazos y se endereza—. La próxima vez que me llames así, vas a enterarte de lo que es bueno.

Se queda de pie delante de mí, mosqueado y para comérselo, con esos vaqueros y una camiseta de cuello panadero. Siempre está para comérselo, pero no es consciente de que es de esos hombres que hacen que se te caigan las bragas nada más verlo, que es lo que me acaba de pasar a mí. Aunque intente ser malote, yo solo veo al hombre cariñoso del que me estoy enamorando.

Me encojo de hombros.

—Me arriesgaré. No me asustas mucho.

Esboza una sonrisa traviesa.

—Porque hasta ahora he sido bueno.

—Que no me asustas, Vaquerillo.

—Te vas a arrepentir de eso.

Seguramente. No le gusta el apodo, y eso hace que me den ganas de usarlo más a menudo.

—A lo mejor deberías llevarme otra vez a la casa —le sugiero. La sonrisa traviesa desaparece, reemplazada por el deseo que brilla en sus ojos. Me levanto y le rozo el torso con los pechos a propósito—. Bueno —añado mirándolo con los párpados entornados—, si quieres que me disculpe, claro.

Sus labios se apoderan de los míos tan rápido que no me da tiempo ni a pestañear. Me rodea con los brazos y me entierra los dedos en el pelo. Me encanta cuando hace esto. Es un gesto posesivo y protector al mismo tiempo. Nuestras bocas se mueven al unísono a medida que el beso se vuelve más y más apasionado. Sé exactamente lo que va a pasar. No me canso de él.

Me aparto un poco.

—Estoy lista.

Él sonrío y me pega a su cuerpo.

—Si me rindiera, ¿dónde sería el castigo?

Qué idiota.

Quiero sexo. El beso me ha provocado un hormigueo donde más me gusta. Pero percibo que él lo sabe.

Su mirada confirma mis sospechas.

—Imbécil.

Él se ríe, me besa otra vez y luego me suelta. Me pega a su costado y empezamos a andar.

—Tengo una idea mejor.

—¿Ah, sí?

Seguimos andando y él se inclina como si tal cosa para darme un beso en la coronilla. Lo abrazo por la cintura, encantada por lo cómoda que estoy así con él, hasta que me lleva al establo. Los caballos están en las cuadras, todos ellos preciosos y muy fuertes. Me acerco a uno que ha asomado la cabeza por encima de la puerta.

—Hola —lo saludo—. Qué grande eres, ¿eh?

Wyatt resopla.

—Sí, claro, el caballo es grande, pero yo soy diminuto, ¿no?

Niego con la cabeza.

—Solo está celoso —le digo al caballo mientras le acaricio el hocico. Es un animal magnífico. Alto, con un brillante pelo negro y con manchas blancas en los cuartos traseros. Miro hacia una de las paredes de la cuadra, donde está escrito su nombre—. Oooh, qué cariñoso eres, *Desperado*. Y qué bonito.

—Es un apalusa —me explica Wyatt, que se acerca a mí. Acaricia el cuello de *Desperado* y, después, le da unas palmaditas—. De ahí las manchas.

—¿Tenéis apalusas en el rancho?

No tengo ni idea de caballos. Seguramente debería aprender un poco si voy a formar parte de la vida de Wyatt.

—No, normalmente criamos cuartos de milla o árabes. Mi madre tuvo un árabe cuando era pequeña, así que mi padre la consiente de esa manera. Pero los cuartos de milla son los caballos más solicitados en esta zona. Son buenos para trabajar, para montar, para competir en los rodeos y para cualquier cosa, la verdad.

—¡Ah! —exclamo como si entendiera la diferencia. *Desperado* se mueve un poco y, después, apoya la cabeza en el hombro de Wyatt, que a su vez lo premia acariciándole el cuello.

—¿Te apetece salir a cabalgar un rato?

—¿Puedo? A ver, que estoy embarazada.

No conozco las recomendaciones al respecto. Lo único que de verdad me preocupaba era el consumo de café. El médico no me ha dado una lista de restricciones tal cual, pero sí me ha dicho que evite las cosas más obvias. Como no fumo y ya sabía que tendría que darle un descanso al vino, no le he

prestado mucha atención a lo demás. Gracias al embarazo de Presley sé que no se puede comer sushi, y de todas formas aquí no se puede comer sushi en ningún lado.

—Ang, estás a salvo conmigo. Iremos despacio. Yo llevaré las riendas.

—Vale —accedo—. Pero ¿qué se supone que debo hacer?

Se aleja del caballo y me coge una mano.

—He conocido a muchas mujeres que montan a caballo durante los primeros meses. Además, antes de que hubiera coches, las embarazadas tenían que montar. Supongo que no te pasará nada.

—Déjame que lo mire en Google.

Wyatt se ríe.

—Míralo.

Saco el móvil y busco la respuesta. Dice que una vez pasado el primer trimestre, si la barriga no es demasiado grande y no se corre mucho, se puede montar a caballo. Sobra decir que Wyatt tiene experiencia con los caballos, así que estoy segura de que todo irá bien.

—¡Vamos a ensillar, Vaquerillo! Estoy lista para cabalgar.

Wyatt refunfuña algo y me tapo la boca con una mano para contener las carcajadas. Qué mono está cuando lo cabreo.

Me alejo para observarlo trabajar. Ensilla dos caballos porque yo voy a montar a *Desperado* y él a uno que se llama *Ginger Snap*. Me encanta que él haya escogido un caballo que tiene nombre femenino.

—¿Lo estoy haciendo bien? —le pregunto por enésima vez mientras vamos de regreso al establo.

—Sí, nena. Lo estás haciendo genial.

Avanzamos a paso de tortuga, pero intento no parecer una niña paseando en un poni de feria. Wyatt va inclinado en la silla, con la mano hacia delante, como si estuviera en un anuncio de Marlboro, mientras que yo me aferro al cuerno de la silla (y me tiene que corregir porque insisto en llamarlo «mango»).

Una vez que me relajo y aflojo un poco las manos, me vuelvo hacia Wyatt y le pregunto algo a lo que llevo dándole vueltas un tiempo.

—Wyatt, ¿por qué no volviste al rancho de tu familia cuando Felicia se fue?

Me mira con una sonrisa triste.

—Vendí mi parte. Cuando Zach volvió, tuvimos que elegir. No nos quedó más remedio. Mi padre estaba enfermo y mi madre no podía llevarlo todo

sola, porque era demasiado trabajo. Zach volvió, y pensé que se iría otra vez cuando se recuperara del hombro, pero después de unos meses resultó evidente que pensaba quedarse. Los tres nos pasábamos el día peleando. Zach trajo a Felicia para ayudar, vendió unos cuantos caballos que yo quería comprar para mí y Trent no paraba de hacer gilipolleces. La cosa iba fatal.

Lo observo mientras las emociones se reflejan en su cara. Percibo que algo subyace por debajo de sus palabras. El dolor de una herida infectada.

—El caso es que Trent fue el primero que decidió vender su parte del rancho cuando aceptó el puesto de sheriff. Zach y yo le compramos su parte, y ambos nos quedamos con un cuarenta y nueve por ciento de la empresa, mientras que mi madre se quedaba con el dos por ciento restante. El acuerdo fue que ella conservara ese dos por ciento para que nosotros no intentáramos echarnos el uno al otro.

—Tiene sentido. Supongo que hay un «pero» en algún punto de la historia.

Wyatt asiente con la cabeza.

—Yo quería tener el control y Zach también. Cuando puso a Felicia como su mano derecha, se me fue la pinza. —Me mira y suspira—. A ver, que me he pasado la vida peleándome con mis hermanos, pero lo que pasó entonces fue muy fuerte. Zach soltó un montón de burradas. Dijo cosas que todavía están ahí, aunque haya pasado todo este tiempo.

—Lo siento. Sé lo que duele pelearse con un hermano.

Y ahora lo sé más que nunca. Joshua es el rey de las burradas. Ya de niño me echaba en cara mis debilidades. Esa era la forma que tenía de demostrar su superioridad.

—Ya lo hemos superado. Pero no hablamos del tema. Les dije a mis padres que quería vender mi parte, así que se la vendí a Zach, y él se hizo con el control. Aquel mismo día me fui y hablé con Cooper, que me dio un trabajo.

Ostras.

—¿Y de verdad lo has superado?

Clava la mirada en el horizonte.

—No del todo. Pero jamás pediré comprar mi parte otra vez. No fue tanto lo de Felicia como lo que mi hermano quería hacer con el negocio de mis padres. Era su forma de hacer negocios. Yo creo que el dinero no debe estar por encima de la lealtad. Creo que la reputación de mi padre se basaba en su honradez y en su generosidad. Zach quería enfocar el negocio de una manera que a mí no me gustaba.

Decido que ahora mismo no es el momento de decir lo que estoy pensando. Creé mi empresa en un momento brutal. O te convertías en el más fuerte o los demás te comían. Presley era como Wyatt, regalaba cupcakes a todo el que entraba en la pastelería, lo que los animaba a volver para conseguir más dulces gratis. Fue horrible y tuve que frenarlo. Tengo una mente empresarial, así que entiendo que Zach solo quería tomar las mejores decisiones para el negocio.

—Bueno, me alegro de que ahora os llevéis bien.

Asiente con la cabeza.

—Los dos somos felices. Me encanta trabajar para los Townsend. Son buena gente y Cooper paga bien. Aunque no lo necesito.

Vuelvo la cabeza al instante para mirarlo, dejando claro lo mucho que me asombra el comentario.

—¿Cómo?

Ya estamos cerca del establo y Wyatt desmonta de un salto. Rodea mi caballo, me sujeta por las caderas y me ayuda a bajar.

—Zach compró mi parte. Así que no necesito el dinero. Vivo bien gastando poco y he ahorrado un montón de dinero.

—No lo sabía. Quiero decir que nunca hemos hablado de dinero, pero...

—Tampoco es que me salga la pasta por las orejas —replica, echándose a reír—. Pero puedo estar tranquilo durante una buena temporada. —Me rodea la cintura con las manos y me apoyo en él.

—Que sepas que yo también puedo sobrevivir con lo que tengo. La pastelería lleva un par de años generando buenos beneficios, pero cuando Erin aportó capital para formar parte de la empresa, me supuso un respiro enorme. Lo digo porque creo que deberías saber que no busco dinero. No quiero que pienses ni de lejos que eso es lo que me interesa de ti.

He visto historias que ponen los pelos como escarpas. Lo único que quiero es que Wyatt sea un buen padre para el niño. Es bueno saber que, en el aspecto económico, mi hijo tendrá cubiertas sus necesidades, pero de todas formas me da igual. No soy una cazafortunas y quiero que le quede bien claro.

—Creo que es bueno que hablemos de estas cosas. —Sus labios se acercan a los míos—. Porque eso me hace comprender lo afortunado que soy ahora mismo.

—¿Ah, sí? —replico sin aliento porque cada vez está más cerca—. Y ¿por qué?

—Porque —dice y me roza los labios con los suyos— estoy conquistando tu corazón.

No me da opción a responder. Me besa al instante y lo abrazo con fuerza. Ambos nos entregamos y recibimos en la misma medida. Sus palabras resuenan en mi cabeza mientras me dejo llevar por sus caricias.

Todo me parece más intenso cuando estoy con él. Si alguien me hubiera dicho que iba a sentir esto por él, me habría echado a reír. Wyatt no es el hombre del que imaginaba que me enamoraría. Siempre he fantaseado con un empresario que trabajara en el centro de la ciudad. Ambos regresaríamos a casa del trabajo y cenaríamos en algún restaurante de moda. Iríamos a Nueva York cuando nos apeteciera ver una obra de teatro o a los Outers Banks si nos apetecía pasar unos días en la playa. Nada de niños durante una buena temporada... o nunca.

En cambio, me he enamorado de un vaquero que seguramente nunca haya ido a Nueva York y ya tengo un niño cociéndose en el horno. Desde luego, esto no entraba en mis planes.

Sin embargo, nunca me he sentido tan segura como ahora mismo.

Si esto es lo que sucede cuando mis planes se trastocan, no pienso quejarme por las consecuencias.

De vuelta a la casa, Wyatt me dice que nos quedaremos dos noches más y que quiere que me relaje y que no piense en nada. Aunque estemos viviendo juntos, los días aquí son distintos. No puedo explicarlo mejor, pero es como si estuviéramos disfrutando de una escapada romántica.

En Bell Buckle es donde vivimos. Aquí es donde nos liberamos de los problemas del día a día.

Esta noche saldremos a cenar y, según tengo entendido, es un lugar más elegante. Echo un vistazo en la bolsa de viaje con la esperanza de encontrar algo que ponerme, y veo el vestido de cóctel de color verde esmeralda. Presley me ha hecho el equipaje requetebién. Solo me he traído dos vestidos elegantes a Tennessee, y este es mi preferido con diferencia. Me recojo el pelo con un moño despeinado y me maquillo un poco más de lo normal. Este vestido necesita algo más de todo.

Acabo de arreglarme y me miro en el espejo. El vestido me queda como un guante. La parte delantera es cruzada y con escote bajo, y se me ciñe a las

caderas hasta llegar por encima de las rodillas. Es muy ajustado, y la barriga que hasta ahora he fingido que no existe es más que evidente.

Coloco una mano encima mientras respiro hondo.

—Estás ahí de verdad. —No puedo despegar los ojos de la barriga—. Sabía que estabas ahí, pero ahora lo veo con mis propios ojos. —Me apoyo en la encimera del cuarto de baño y me miro. Es un momento importante. Importantísimo para mí. Mi bebé, nuestro bebé, está aquí. Creciendo poco a poco.

Voy a ser madre.

Que ya lo sabía, claro, pero ahora es cuando lo asimilo. Aquí está la prueba. Es real.

Se me salta una lágrima y me la limpio. Las emociones me abruman. Estos últimos cuatro meses y medio han sido agotadores. Con un montón de subidones y bajones. He pasado de no verme capaz de hacer esto a saber que encontraría la manera de hacerlo. De enfadarme mucho por tener que mudarme a enfadarme mucho porque solo me queda un mes para tomar una decisión. Y luego está lo que siento por Wyatt. ¿Lo quiero? ¿Es demasiado pronto para eso? ¿Estaba escrito en mi destino, pero he estado demasiado ciega para verlo?

Ahora mismo, no puedo creer lo mucho que quiero a este bebé. Esta personita a la que todavía no conozco se ha convertido en el centro de mi universo.

Antes estaba muy enfadada, pero ahora deseo tenerlo más que cualquier otra cosa.

Miro mi reflejo en el espejo y lo veo borroso por culpa de las lágrimas.

—Voy a tener un bebé.

Una vez que consigo controlarme, me retoco el maquillaje y salgo del cuarto de baño.

Wyatt está en el centro de la habitación, con unos pantalones negros de vestir y una camisa blanca. Se ha peinado y se ha puesto el pelo un poco de punta. Recorre mi cuerpo con la mirada y un brillo travieso ilumina sus ojos.

—Estás preciosa.

—¡Mira! —Me coloco una mano en la barriga—. ¡Tengo barriga!

Una de sus enormes manos cubre la mía. Respiro hondo, aspirando el olor almizcleño de su colonia mientras grabo a fuego este momento en la memoria.

Los dos aquí en Tennessee, en esta casa tan bonita, con la mano de Wyatt sobre la mía, ambos cubriendo a nuestro bebé.

Wyatt mira hacia abajo y luego me mira a los ojos. Veo orgullo, amor y felicidad en su cara. Me coloca las dos manos en la barriga y se pone de rodillas para darme un beso en ella por encima del vestido.

—Ya te quiero y estoy seguro de que me estoy enamorando de tu madre. — Me mira a los ojos y me cubro la boca con una mano—. Así que tú sigue con lo tuyo, que yo me aseguro de trabajármela a ella.

Las lágrimas que antes contuve me nublan la vista de nuevo. Se incorpora y se planta delante de mí.

—Wyatt —digo mientras le pongo una mano en el pecho.

—Voy a encontrar la manera de que te quedes aquí, Angie. Si vas a dejarme, será mejor que te prepares para librar la mayor batalla de tu vida. —Me toma la cara entre las manos—. Porque no pienso permitir que te vayas, no sin antes aclararlo todo. Y no pienso decir nada más. Las palabras solo son palabras, nena. Son los actos los que importan.

—Tus palabras son más que palabras —replico mientras él apoya la frente en la mía—. Porque tus palabras son tu verdad.

—Y mi corazón es tuyo.

«El mío también es tuyo», pienso. Pero no lo digo en voz alta. Las palabras se me quedan atascadas en la garganta, aunque nunca antes me han parecido tan ciertas.

*E*l último mes ha sido increíble. Wyatt y yo nos hemos convertido en una pareja. Él trabaja en el rancho, yo en la pastelería tres días a la semana y pasamos las noches juntos. Me quedo dormida entre sus brazos después de unas sesiones maratonianas de sexo.

Hoy, sin embargo, estoy planeando una sesión en la pastelería con las viejas glorias de Bell Buckle.

—Angie no puede plantarse allí y llevarse a Presley sin más —dice la señora Townsend, exasperada.

—¿Y no podría fingir que tiene contracciones o algo? —pregunta la señora Rooney.

La señora Townsend se cubre la cara con las manos.

—¡No está de tanto tiempo! ¿Cómo va a tener contracciones a estas alturas?

—Claro —conviene la señora Rooney—. Pasemos a lo siguiente.

Yo me limito a comer cupcakes mientras me quedo calladita. Aunque creo que ya soy capaz de seguir sus procesos mentales. Una de ellas suelta una idea, dos de ellas la discuten, la cuarta explica por qué es una tontería y, después, pasan a otro tema. Es desternillante y agotador. Con todo, no es un mal plan.

Claro que preferiría pasar el día con Wyatt. Ayer, volvimos a salir en ese chisme, el Gator, y me enseñó más zonas de la propiedad. Paseamos por el arroyo que hay entre el terreno de los Townsend y el suyo, donde disfrutamos de un pícnic, y luego me demostró por qué vivir en el campo es genial para darse un revolcón.

Desde luego que no podríamos practicar sexo al aire libre en la ciudad. En fin, al menos, no sin una audiencia.

Estoy disfrutando de mi redescubierta vida sexual. Según el libro de los horrores, me voy a poner cada vez más cachonda, que es lo único bueno de

todo el asunto. A Wyatt no parece importarle, y le he dicho que disfrute mientras pueda.

Lo único que tengo que hacer es tomar una decisión con respecto al tema que sigue flotando en el aire entre nosotros: mi marcha. Él no lo ha sacado y yo, tampoco. Sé que tenemos que hablar de todo, pero no he dado con el momento oportuno. No sé si debería hablar primero con Erin o con Wyatt. Lo último que me apetece es cortar los lazos con la pastelería para luego descubrir que él ya no me quiere.

Así que lo dejo estar.

Y me toca volver a los cupcakes.

—¡Ya lo tengo! —exclama, emocionada, Macie—. ¿Por qué no llama Angie a Presley y le dice que tiene que ir a la otra punta del pueblo a hacer un recado y que necesita ayuda?

Juraría que yo ya lo he dicho.

Se miran entre sí como si Macie hubiera descubierto la pólvora.

—¡Oh! ¡Es una idea fantástica, Macie!

¿En serio? Miro a la señora Kannan.

—¡Sí! Buena jugada, y Presley no se olerá nada.

—Mmm —digo, asombrada—, yo acabo de decir lo mismo y me han ninguneado.

—Eso no viene a cuento —replica la señora Townsend—. ¿Puedes ir y ocuparte de este asunto? Es importante que no tenga ni idea de lo que está pasando. Llevamos mucho tiempo planeando este evento.

He descubierto que Wyatt no bromeaba cuando me dijo que lo mejor era seguirles la corriente. Presley no es tonta. La semana pasada me preguntó para asegurarse de pasar por la peluquería y de ir bien arreglada cuando le tendieran la emboscada.

Claro que sé que no puedo decírselo.

—Sin problemas. Me aseguraré de que Presley esté en la inopia.

—¡Estupendo! —exclama Macie—. Ahora, vamos a hablar de los globos...

Ser la dama de honor en una boda suele implicar que haya que organizar cosas, pues aquí no. No con estas mujeres. Aquí implica quedarse en segundo plano, ponerte las botas comiendo cosas increíbles y fingir que mi opinión importa. Ha sido bonito que me invitaran, pero, a ver, he venido por la comida...

Pasa otra media hora y ya está todo decidido.

Me despido de todas, pero Macie se queda rezagada.

—¿Cómo te sientes, cariño? —me pregunta al tiempo que entrelaza nuestros brazos—. ¿Sientes molestias o algún dolorcillo?

—Nada de nada. —Sonrío—. Está siendo un embarazo fabuloso. Me alegro muchísimo de no tener náuseas matutinas. Lo único que tengo son ardores cuando como algo dulce. Pero nada de calambres como decía el libro. Me siento fenomenal.

—Me alegro. Mis dos primeros embarazos fueron estupendos. Pero Wyatt... —Me mira con gesto serio—. Estuvo a punto de matarme. —¿Quién le dice algo así a una embarazada?, pienso—. ¿Hoy es la ecografía? —me pregunta, sin reparar en la expresión de pasmo de mi cara.

—Sí, tengo que reunirme con él en casa dentro de una hora para ir a la consulta.

Yergue los hombros y parece emocionadísima.

—¡Qué nervios!

—Me muero de ganas.

La última vez que vi al bebé era demasiado pronto, tanto que ni siquiera sabía si era humano. Parecía el hermano pequeño de E.T. con un globo en la mano.

—¿Has pensado lo de quedarte más tiempo? —Se esfuerza por poner cara de no haber roto un plato en la vida, pero no es una pregunta al descuido.

—Pues sí —contesto, y lo dejo ahí.

—Vas a dejarme con un palmo de narices, ¿eh?

Sonrío y asiento con la cabeza.

—Creo que Wyatt y yo tenemos que hablar antes. Espero que lo entiendas.

Macie me da unas palmaditas en el brazo.

—Pues claro que lo entiendo, cariño. No tienes que darme explicaciones. Solo quiero que sepas que si necesitas algo... —Hace una pausa—. Y me refiero a lo que sea, solo tienes que llamarme. Y, tal vez, cuando sepas si mi futuro nieto es niño o niña, me dejarás ir de compras.

De compras. Mmm, sí.

—¡Eso sería estupendo!

Nos detenemos delante del coche, y me abraza.

—No tienes ni idea de lo especial que eres, niña. Ni idea. —Me sujeta de los hombros y sus ojos verdes me observan con detenimiento—. Eres una mujer maravillosa por haber venido. Sé que no fue fácil. Sé que te costó

decidirte, pero veo cómo mi hijo te mira. También veo cómo lo miras tú. Querer a alguien no es una opción cuando encuentras a una persona que merece que la quieras. Creo que hay cosas que se escapan a nuestro control y que nos obligan a vivir ciertas situaciones.

—¿Como tener un bebé? —le pregunto con una sonrisa.

—Precisamente —me confirma Macie—. Pero lo que tenéis Wyatt y tú es real. Os enfrentabais a una situación imposible, cariño. Quiero que sepas que te quiero como si fueras mi hija. Sé que ya tienes a tu madre —continúa, tras ponerme una mano en la mejilla—, pero aquí me tienes si alguna vez necesitas una sustituta.

Siento una opresión en el pecho y soy incapaz de contener la marea de emociones que me abrumba. Todo en mi interior estalla. Suelto un sollozo y la abrazo con fuerza.

Mi madre nunca me ha dicho nada que se le acerque siquiera. Nunca me ha dicho lo especial que soy, no que yo recuerde. Me abandonó cuando dejé de importarle. No físicamente, pero sí en los demás aspectos. Llevo dos meses sin hablar con ella. Este debería ser uno de esos momentos en los que una mujer puede contar con su madre.

Lloro por la madre que no tengo.

Lloro por la niña destrozada que llevo dentro y que necesita esto con desesperación.

Y lloro de felicidad por tener a alguien como Macie Hennington en mi vida.

Es otra de las cosas que Wyatt me ha dado sin saber siquiera que lo hacía.

—No llores, cariño. No quería hacerte llorar. —Me frota la espalda hasta que la suelto.

—Lo siento. —Me aparto y me seco los ojos—. Son las dichosas hormonas. De verdad que me han convertido en una loca de remate.

Esboza una sonrisilla y me frota el brazo.

—Wyatt me ha contado un poco sobre tu madre, y Presley me ha contado un montón de cosas más. Lo siento mucho. Quiero a mis hijos más que a mi vida, aunque me vuelvan loca. No te faltan personas que te quieren, Angie. Tienes un pueblo entero lleno de madres que te apoyarán siempre. Sobre todo si así podemos darle todo nuestro amor al bebé, ¿vale?

Asiento con la cabeza.

—Gracias.

—No tienes que darme las gracias, cariño. Así se portan las familias. —

Nada de lo que pueda decir ahora mismo expresaría lo que siento. Ella parece darse cuenta, porque me libra de hablar—. Será mejor que me vaya. Rhett quiere que le prepare su comida preferida y todavía no he empezado. Anda, vete y averigua qué vas a tener. Pero me llamas después. —Me guiña un ojo.

—Dalo por hecho.

Se aleja corriendo y yo vuelvo a casa, cosa que tiene su gracia, porque vivimos en la misma propiedad. Va detrás de mí todo el camino, mientras yo sigo dándole vueltas a lo que me ha dicho y a cómo me ha abrazado y cómo me ha dejado llorar sobre su hombro. Es una mujer amable y cariñosa, la clase de persona a la que quieres de inmediato. En este preciso momento, decido que quiero parecerme más a la señora Hennington que a mi madre.

Ella se desvía hacia la casa principal, y yo me dirijo a la nuestra. Mmm. La nuestra. Me gusta mucho cómo suena eso.

Cuando enfilo el camino de entrada, Wyatt ya me está esperando.

—¡Hola, nena!

Salgo del coche y corro hacia él.

—¡Hola, cariño!

Me da un beso largo y apasionado antes de soltarme.

—¿Qué tal te ha ido el día? —me pregunta.

—Bien. ¿Y a ti?

—Acaba de mejorar muchísimo.

Sonrío y él me guía hasta su camioneta. Una vez que nos ponemos en marcha, lo pongo al día de lo que me ha pasado. Se echa a reír, pone los ojos en blanco unas cuantas veces y suelta algún que otro comentario.

—¡Ah! —exclamo.

—¿Qué pasa?

—¡La señora Kannan va a poner una cafetera para capuchinos! —Vuelvo a emocionarme—. Me ha dicho que lleva un tiempo dándole vueltas a la idea y que se ha enterado de que yo sé mucho del tema. Me ha hecho prometerle que le enseñaré a usarla cuando llegue.

Asiente con la cabeza, pero mantiene los ojos fijos en la carretera.

—Genial.

Suponía que diría algo más. A ver, sabe que me encanta el café. Es lo más cerca de un Starbucks que voy a estar y, además, intentaba abrir un poco el tema de conversación.

—¿Wyatt?

—¿Sí? —Ni siquiera me mira de reojo.

—¿Me has oído? —le pregunto, un poco mosqueada.

—Sí. Te encanta el café. Es genial. Me alegro de que tengas las comodidades de casa mientras sigas aquí.

«¿A qué coño viene eso?»

Me echo hacia atrás en el asiento e intento averiguar qué cojones le pasa. No creo que haya dicho nada malo. De hecho, intentaba que me hiciera más preguntas para que pudiéramos hablar de que yo me quedara más tiempo. A ver, tomé la decisión hace unas cuantas semanas ya, pero los últimos días se ha cimentado. No estoy preparada para abandonarlo. No digo que esté preparada para casarme ni nada... solo que, a lo mejor, deberíamos darle una oportunidad real a esto de compartir la responsabilidad de criar al bebé.

En ese momento, se me enciende la bombilla. Es la primera vez que va a ver a la habichuela: seguramente está nervioso, nada más.

Llegamos a la consulta donde van a hacerme la ecografía. Wyatt no dice mucho, pero corre a ayudarme a bajar de la camioneta, a abrirme la puerta de la consulta y a asegurarse de que me siento.

—¿He hecho algo mal? —le pregunto, cuando ya no aguanto más.

—No, ¿por qué?

¿Se me está yendo la pinza?

—Estás muy distante. Te he contado lo de la cafetera para capuchinos y ha sido como ¡bum! —Doy una palmada—. Adiós a Wyatt.

—Lo siento, Ang, es que tengo muchas cosas en la cabeza.

—Vale... ¿como qué? Hablamos de todo. No entiendo por qué te estás distanciando de mí ahora mismo.

—Angelina Benson. —Una guapa enfermera, que aparece por la puerta, dice mi nombre.

Supongo que el tema queda aparcado.

Nos levantamos, y me pone la mano en la base de la espalda. Me entran ganas de apartársela de un manotazo, pero me pongo un pelín nerviosa de repente. La enfermera nos conduce a la sala donde está el ecógrafo, me da unas instrucciones rápidas y se marcha.

Me subo a la camilla y el miedo empieza a consumirme. Me retuerzo las manos, y Wyatt se acerca a mí.

—¿Qué pasa?

—¿Ahora quieres hablar?

Suspira y me coge las manos para que no pueda seguir retorciéndolas.

—¿Qué te preocupa?

Me suelto de sus manos.

—Ah, así que tú puedes sentir lo que te parezca, pero yo no, ¿es eso?

—He dicho que no pasaba nada.

Claro. Ya podría currarse un poco lo de mentir mejor.

—Pues a mí tampoco me pasa nada, ea.

Me estoy comportando como una cría, pero él está siendo un capullo.

Menea la cabeza.

—Mujeres...

Conque mujeres, ¿no? Se va a enterar.

—Gilipollas.

Por suerte, la radióloga entra. Se presenta y empieza a prepararme.

—Lo va a sentir un poco frío —me advierte antes de ponerme el gel en la barriga—. ¿Quieren saber el sexo del bebé si puedo verlo?

—¡Sí! —contesto antes de que Wyatt pueda abrir la boca.

Él se echa a reír.

—Nos gustaría saberlo si se deja. Creo que se está volviendo loca por no poder ir de compras —dice.

Pongo los ojos en blanco y miro la pantalla. Tras unos cuantos ajustes en el ecógrafo, empezamos a ver partes de un cuerpo humano.

—¡Ay, Dios mío! ¡Wyatt, mira! —Agito la mano para que se acerque más. Entrelaza los dedos con los míos mientras los dos miramos la pantalla.

Y, entonces, sucede lo más maravilloso del mundo. Nuestro diminuto bebé aparece. Los sonidos de mi corazón y los del corazón del bebé resuenan en la sala mientras contemplamos la vida que hemos creado juntos.

—¿Es nuestro bebé? —pregunta él.

La radióloga sonríe y asiente con la cabeza.

—Esto de aquí es el corazón —dice al tiempo que señala un punto de la imagen—. Cuatro cavidades. Todo parece correcto.

—Suenan muy deprisa —digo, asombrada.

—¿Se supone que tiene que latir tan deprisa? —pregunta Wyatt.

—Es un latido muy saludable, señor Hennington. El corazón de un bebé late mucho más deprisa que el de un adulto.

Él asiente con la cabeza.

Clavo la vista en la pantalla una vez más, y la radióloga sigue explicando

cosas. Es genial, y muy real. No se parece en nada a las imágenes de las ecografías que Presley se hizo con los niños. Ahora, las imágenes son muy detalladas porque son en 3D. Puedo ver el cuerpo del bebé, literalmente. La radióloga nos enseña las dos piernas y los dos brazos, y parece que los órganos están bien. Podemos verle la carita y tiene las facciones definidas. Es un bebé real, joder.

—Vale, ahora veamos si el bebé coopera y nos enseña lo que tiene. —
Sonríe mientras pulsa unas teclas y mueve el ecógrafo sobre mi barriga.

No puedo creer que sea nuestro bebé. Sé que antes estaba emocionada, pero esto supera mis mejores sueños.

—Allá vamos. —La radióloga sonríe.

Wyatt y yo miramos la pantalla con más atención mientras ella describe:
«¡Es una niña!».

—*T*e lo juro por Dios, Angie —me amenaza Presley—, como no me digas esta noche el sexo de ese bebé... no seré responsable de mis actos.

Me río. Todos llevan tres semanas y media esperando. No sé por qué no lo he anunciado. El caso es que no me apetecía compartirlo, y eso los tiene desquiciados. Un plus añadido.

—Cariño, hasta ahora he sido paciente, pero me va a dar un ataque. No querrás que una anciana muera antes de saber el sexo de su nieto, ¿verdad? —Macie recurre al chantaje emocional.

Wyatt me mira y sonrío.

—Vale —digo y resoplo—. Supongo que podemos decíroslo.

Ambas nos miran y gritamos a la vez:

—¡Es una niña!

—¡Lo sabía! —Presley se acerca a la carrera y me abraza—. Necesitáis una niña.

—¡Estoy de acuerdo! —Me río—. ¡Verás la de monerías que vamos a comprarle!

Macie me abraza y, después, lo hace el padre de Wyatt.

—¡Qué alegría que vayáis a darle una niña a esta familia! Creo que no habría aguantado diez años más de protestas de Macie sobre los defectos masculinos.

Es un hombre muy cariñoso. No habla mucho; pero cuando lo hace, es para decir algo importante. Las primeras veces me ponía muy nerviosa relacionarme con él, pero solo hasta que me di cuenta de que es como un peluche grande. Wyatt me explicó que le gusta el silencio y que no siente la necesidad de llenar el mundo de ruido.

Todos se ríen y nos aseguran que están muy contentos. Es la primera vez que celebramos algo referente al embarazo.

Wyatt me mira de vez en cuando, todavía raro. No hemos hablado de lo que le pasa, y él no ha dicho ni pío.

Pensaba que habíamos dado un paso importante hacia delante, pero parece ser que no. Más bien tengo la sensación de haber retrocedido.

Nos sentamos a la mesa para cenar. Los niños están muy contentos porque van a tener una prima. Me sugieren varios nombres, y todos me resultan graciosos. Wyatt refunfuña sobre los chicos y lo que piensan de las chicas mientras los demás nos reímos.

—Deberías llamarla Belle —dice Logan con una risilla.

—¡Me gusta ese nombre! —exclamo.

—Porque todos vivimos en Bell Buckle —añade, riéndose de su propia broma.

—Ese, tachado —dice Wyatt con un resoplido—. Aunque lo del nombre del pueblo no importa, total...

Miro de reojo a Presley, que a su vez me devuelve la mirada. Parece que no soy la única que se ha percatado de su malhumor.

—¿Qué significa eso? —le pregunto.

—Nada. —Wyatt me mira y menea la cabeza—. No significa nada, lo siento.

—Vale. —Me inclino hacia él, le cubro una mano con la mía y susurro—: Tengo la impresión de que estás molesto por algo.

—¿Y qué os parece Gertrude? —sugiere Cayden.

—No. —Niego con la cabeza. Mi abuela se llama Gertrude y, aunque la quiero mucho, no le pondría su nombre a mi hija en la vida.

Los chicos siguen sugiriendo los nombres más espantosos que se les ocurren. Intento imaginar el aspecto de mi hija. Ojalá sea rubia como yo. Ya se sabe que las rubias se divierten más y acaban siendo las consentidas. Espero que herede los claros ojos castaños de Wyatt y su nariz. Porque tiene una nariz preciosa. El caso es que sé que va a ser preciosa. La fe me lo dice.

—¿Qué os parece Faith? —sugiero.

—¿Faith? —repite Wyatt—. ¿Te gusta ese nombre?

Sonrío y asiento con la cabeza.

—Faith Hennington.

Suelta el tenedor en la mesa y se apoya en el respaldo de la silla.

—Me gusta. —Acto seguido, me coge la mano y me da un apretón—. Me gusta mucho.

Empiezo a preguntarme si estaré imaginándome cosas. Sus cambios de

humor me desconciertan, pero ahora mismo parece estar bien. ¿Tal vez sea algo relacionado con el trabajo? ¿Estará nervioso por el bebé? ¿O porque cree que todavía planeo marcharme? Aún no he hablado del tema con él, porque antes quiero hacerlo con Erin. Tal vez tarde una buena temporada en arreglarlo todo, y necesito que mi vida esté organizada antes de empezar a hacer promesas. Claro que dudo mucho que esté raro por este tema. Ya le he dejado bien claro con mis actos que me ha conquistado.

Joder, a lo mejor es la pitopausia.

—Bueno. —Me encojo de hombros—. Pues lo ponemos en la lista de los posibles.

Cuando acabamos de cenar, nos sentamos en el porche y escuchamos la lluvia. Zach y Wyatt discuten sobre fútbol americano y, después, siguen hablando de un comprador del norte que le está dando problemas a Zach. Presley y yo guardamos silencio mientras bebemos vino y zumo de manzana respectivamente.

—Tengo un movimiento de tripas raro, como si tuviera burbujas de gas —le digo a Presley cuando lo noto por tercera vez en unos minutos.

Ella sonrío y se inclina hacia delante.

—Es la niña que se está moviendo, Ang.

—¿Cómo? —le pregunto, asombrada—. A ver, ¿no serían más bien patadas o algo así?

Suelta una risilla tonta.

—Al principio no. No hasta que estés de unos meses más, pero ¿ahora mismo? ¿Ese movimiento que parecen gases? —Asiento con la cabeza para indicarle que le estoy prestando atención—. Es la niña.

—¡Madre mía! —Me pongo una mano en la barriga y sonrío—. Se está convirtiendo en algo real para mí —susurro y me muerdo el labio inferior—. Pres, ¿qué crees que le pasa a Wyatt? —Mis ojos se clavan en él—. Está muy raro, y eso hace que me replantee ciertas cosas.

Es un tema sobre el que reflexiono mucho. Como nunca he estado enamorada antes, ¿de verdad sé lo que es el amor? Tengo seres queridos, pero amar a un hombre es muy distinto. Porque implica cosas que no he experimentado antes. Él es lo primero en lo que pienso en cuanto me despierto por las mañanas. Me pregunto si se habrá llevado el almuerzo o si estará pensando en mí, y normalmente acabo yendo a verlo de camino a la pastelería.

Wyatt también tiene muchos detalles conmigo. El otro día pidió una cafetera

Keurig y todas las cápsulas de café similares a los sabores de Starbucks que encontró. Incluso pensaba que iba a contratar a un barista. Pero me dio un beso en la nariz y me dijo que no necesito un Starbucks, que ya lo tengo aquí.

Y luego se puso raro otra vez.

—Lo he notado, sí —me dice.

—A lo mejor ya no siente lo mismo por mí.

Ella niega con la cabeza.

—No. Lo conozco y lo veo claro en sus ojos.

Yo también creía que lo veía en sus ojos.

—Bueno, pues lleva un par de semanas comportándose de una forma que no sé yo si es amor. Apenas si soporta tenerme cerca.

—El amor puede manifestarse de muchas formas. —Presley niega con la cabeza—. Puede ser bonito, emocionante, estar lleno de esperanza, incluso ser liberador, pero también acojona. Te entregas a otra persona en muchos sentidos. Necesitas hablar con él.

Hasta que me hicieron la ecografía, pensaba que estábamos en esa fase. Ahora me da la impresión de que nos estamos distanciando en vez de unirnos.

—Yo no soy la que está rara de narices.

—Ajá. —Se echa a reír.

—¿Qué significa eso?

—Significa que hay que avanzar, cariño. Oblígalo a escucharte. No permitas que se aleje de ti, al menos. Solo tenemos el presente, además de a esos dos idiotas a los que queremos.

Me río mientras miro a Zach y a Wyatt. Están luchando con espadas con Cayden y Logan. Al mismo tiempo que luchan entre sí mientras los niños los miran.

—Menos mal que voy a tener una niña.

Presley se ríe.

—Sí, yo me quedo con el idiota que se saltó la parte del embarazo y que ahora les está enseñando las maravillas de vivir en el campo, lo que significa más ropa para lavar y más suciedad en la casa.

—¿Lo cambiarías? —le pregunto.

—Por nada del mundo.

Asiento con la cabeza. Aunque Wyatt esté tan raro... yo tampoco cambiaría nada.

—Estoy cansadísima —murmuro mientras Wyatt conduce mi coche de vuelta a casa. Son casi las doce de la noche, hace frío y sigue lloviendo. Hemos pasado un buen rato con Presley y Zach, jugando a las cartas y comiendo mi peso en tarta.

Presley siempre tiene alguna. De las buenas.

—Pronto estaremos en casa. Tengo que echarle un vistazo al nuevo potrillo del rancho —me dice.

Cooper lo ha llamado y le ha preguntado si podía ayudarlo. Me gustaría que se hubiera negado, pero es Wyatt, lo que significa que siempre está dispuesto a ayudar. El rancho de los Townsend no está muy lejos de casa, pero estoy tan cansada que estoy deseando llegar.

—Es increíble el frío que hace —digo, arrebujándome con el jersey.

Wyatt pone la calefacción al verme tiritar.

—Pronto te meteré en la cama.

—No hagas promesas que no puedas cumplir —bromeo—. Como no le pongas empeño, tendré que buscar a otro.

—Te vas a enterar luego. —Sonríe.

Hemos vuelto al Wyatt cariñoso. Los hombres son raros.

—¿Estás preocupado?

Los ojos de Wyatt se clavan en los míos.

—En absoluto. Soy un experto en orgasmos múltiples.

—¡Venga ya! —Me río—. Los he conocido mejores.

—Te he oído hablar con Presley —confiesa y empieza a imitar mi voz—: Ay, Presley, si yo te contara. Wyatt es tan bueno en la cama que casi muero. No he conocido a nadie como él.

Pongo los ojos en blanco hasta que casi se me dan la vuelta hacia atrás.

—Qué tonto eres.

Me acomodo en el asiento, clavo la vista en la carretera e intento no sonreír. Es muy tonto, pero sabe que lo quiero. Tengo que decírselo y después lo convenceré para que supere lo que sea que le esté pasando.

—¿De verdad te gusta Faith como nombre? —me pregunta.

—Ajá.

—¿Qué te parece Isabelle? Podríamos llamarla Belle —sugiere.

Me encojo de hombros.

—Los chicos la llamarán siempre Belle y harán la gracia.

—Ya les cantaremos las cuarenta Zach y yo hasta que paren.

Aunque parece divertido, prefiero evitar la posibilidad de que se rían de ella por algo. Me pasé toda la infancia soportando un sinfín de bromitas con mi nombre en el colegio. Angelina no parece un nombre con el que se pueda bromear, pero los chicos siempre encuentran algo.

—Prefiero que no empiecen riéndose de su prima ya desde el principio.

Wyatt asiente con la cabeza.

—¿Crikett?

—¿No hay un bicho que se llama así?

Wyatt se ríe entre dientes.

—Vale, me gusta el de Emma.

Mmm, me gusta. Es muy popular ahora mismo y Emma Hennington suena bien. A lo mejor como segundo nombre. Todavía sigo dándole vueltas a Faith, como si ese hubiera sido el nombre de mi hija desde que descubrí su existencia.

—¿Qué fue lo que dijiste antes? —le pregunto.

—¿Sobre qué?

Se está haciendo el tonto, y se le nota mucho.

—Lo que dijiste sobre Belle.

—¿Lo de que daba igual que se pareciera al nombre del pueblo?

—Bueno, vivimos en Bell Buckle. —Me encojo de hombros.

—No. —Vuelve la cabeza para mirarme—. Yo vivo en Bell Buckle.

¿Ah, sí? No sé qué insinúa con esto, teniendo en cuenta que yo esperaba que viviésemos aquí. A lo mejor lo he malinterpretado todo.

—¿Qué narices...? —La pregunta se me atasca en la garganta y, en cambio, grito—: ¡Wyatt, cuidado!

—¡Mierda! —replica él al verlo.

Un ciervo enorme acaba de pisar la carretera procedente de la arboleda y lo vamos a arrollar. Nos vamos a estrellar contra él.

—¡Joder! —grita.

Pisa el freno a fondo y extiende el brazo para cubrirme, pero la fuerza del movimiento me impulsa hacia delante.

El cinturón de seguridad me detiene, pero el dolor en el abdomen es instantáneo.

Grito e intento cubrirme la barriga mientras todo lo que sucede a mi alrededor parece ir a cámara lenta.

El ciervo agacha la cabeza y me preparo para el impacto, girando el cuerpo

hacia Wyatt. Sé que va a dar igual. Wyatt ha dado un volantazo y vamos directos a la arboleda.

Aunque intenta corregir la dirección, patinamos sobre el asfalto mojado. Es imposible evitarlo.

El ciervo se estrella contra el lateral del coche, contra mi puerta, y oigo el crujido del metal y el sonido del cristal al romperse.

El dolor se extiende por mi brazo derecho mientras seguimos girando.

Otro golpe fuerte en mitad del caos, pero no puedo concentrarme en nada, porque el dolor me abrumba.

—¡Angie! —oigo la voz de Wyatt, pero toda la parte derecha de mi cuerpo está invadida por el dolor después de golpearme contra la puerta, ser sacudida hacia la izquierda y después salir despedida hacia delante, como si fuera una marioneta cuyos hilos maneja alguien desde arriba.

Otra sacudida hacia la izquierda y otra hacia delante, contra el salpicadero.

Distingo el sabor metálico de la sangre en la boca y siento un reguero caliente que me baja por la cara.

El airbag salta y me golpea con tanta fuerza que me quedo sin el poco aire que tenía en los pulmones.

No puedo respirar.

Todo me duele mucho.

Y, de repente, todo se queda en silencio y oscuro.

Intento moverme, pero el cuerpo no me responde. Noto que me sale sangre de la cabeza y soy consciente de la dificultad de mis pulmones para respirar.

Oigo mi nombre una y otra vez, pero no puedo abrir los ojos. Voy a morir.

Lo sé.

Wyatt

—¡No! —grito al verla cerrar los ojos—. ¡Angie! ¡No te duermas! —chillo mientras intento llegar hasta ella. No se mueve ni parece oírme.

Me aparto el airbag de la cara y hago lo mismo con el suyo. Saco la navaja de la parte de atrás, corto mi cinturón de seguridad e intento abrir la puerta.

Es imposible.

—¡Angie! —le levanto la cabeza—. Angie, nena, despierta. —No se mueve. Le busco el pulso. Lo tiene débil. Me muevo un poco y el coche se sacude.

Hemos acabado de cabeza en una zanja.

¡Joder!

Le recorro el cuerpo con las manos, intentando sentir si tiene algo mal. Cuando me aparto, tengo las manos llenas de sangre.

—Tenemos que salir de aquí —le digo, aunque sigue inconsciente y el pánico me abrumba—. Yo me encargo de todo. Aguanta, Angie. Aguanta. Por favor, no me dejes —le suplico.

Le aplico presión en la cabeza mientras intento dar con una solución. Uso la otra mano para tratar de abrir la puerta de Angie, pero está peor que la mía. El ciervo ha impactado contra ese lateral y el golpe debe de haber afectado a la estructura.

Veo el móvil en el salpicadero, aunque no sé cómo ha acabado ahí. Lo cojo y pulso la marcación automática. Me tiemblan los dedos, pero necesito que venga alguien.

—Será mejor que alguien haya muerto o que esté a punto de morir —dice Trent con voz ronca.

—¡Necesito ayuda! —exclamo—. Estoy en una zanja en el camino entre nuestra casa y el rancho Townsend. ¡Angie está inconsciente y necesito que

vengas ya, joder! ¡Pide ayuda! ¡El coche está hecho polvo, Trent! —Se me quiebra la voz por el pánico. Tengo que sacar a Angie de aquí.

—¡Ahora mismo voy! —grita Trent—. Wyatt, llegaremos dentro de un minuto. Mantén la calma.

Mi hermano adopta el papel de sheriff. Sé que conseguiré ayuda, pero es imposible que yo me calme. La mujer que amo y mi hija están al borde de la muerte. Necesito sacar a Angie del coche y llevarla al hospital. Me rasgo la camisa, porque ni siquiera siento el frío, y le envuelvo la cabeza con ella, intentando aplicar presión en los cortes que tiene en el cuero cabelludo.

—Dios, nena, lo siento mucho. —Quiero estrecharla entre mis brazos, pero no puedo. Aunque el pánico se ha apoderado de mí, sé que lo mejor que puedo hacer es asegurarme de no moverla. Cuento los segundos mientras muevo las manos—. Siento mucho haber sido un capullo. Tú aguanta. Por favor, Angie, ¡aguanta!

Soy un gilipollas. Debería haberle dicho lo que sentía. Ahora tal vez nunca lo sepa.

No. No puedo pensar así. Angie no va a morir. Yo lo solucionaré todo.

Le diré lo que siento. La ataré a la cama y me aseguraré de que se quede a mi lado. No permitiré que se vaya.

La quiero.

Los faros y las luces rojas y azules del coche patrulla de Trent iluminan la oscuridad antes de oír el chirrido de los neumáticos sobre la gravilla y unos cuantos portazos.

—¡Wyatt!

—¡Aquí abajo! —grito.

—Mierda —oigo que dice Trent—. Ya vamos. Papá, baja por ese lado —le ordena.

—¡Por Dios! —grita mi madre.

Mi hermano llega a mi lado haciendo mucho ruido.

—¿Cómo está Angie?

Se lo cuento y él asiente con la cabeza.

—Wyatt, tenemos que moverla. El coche pierde gasolina y no podemos esperar más. Tengo una palanca en el coche. Aguanta un poco más.

Corre a su coche y después vuelve. Tengo la impresión de que pasan horas. El pelo rubio de Angie está cubierto de sangre y todavía no ha abierto los ojos.

—Sácala. ¡Sácala ahora mismo!

—Hermano, si no tenemos cuidado podemos agravar su estado.

Trent decide que la mejor manera de sacarla es a través de la luna delantera, que está rota. Le da unas cuantas patadas para acabar de quitar todo el cristal mientras yo protejo a Angie en la medida de lo posible. El silencio de la noche se ve interrumpido por la llegada de más gente.

Oigo la voz de Presley.

—¡Angie, no!

Me concentro en hacer lo que puedo mientras aparecen más luces y va llegando gente. Trent, Zach, mi padre y los técnicos de emergencias sanitarias se colocan delante del coche.

—Muy bien, Wyatt —me dice Trent con voz autoritaria—. Necesito saber si tienes alguna herida.

—El hombro, solo. Pero estoy bien —contesto de mala manera mientras veo cómo se va empapando mi camisa con la sangre de Angie.

—Muy bien. Necesito que cortes su cinturón de seguridad y, después, Zach y yo te ayudaremos a moverla. Pero tienes que mantener la calma, ¿vale?

La ira me abrumba.

—¡Deja de hablar! ¡Necesita ayuda!

No sé cuánto tiempo ha pasado. Pueden ser minutos. Pueden ser horas. Pero estamos perdiendo el tiempo. Cada segundo que pasamos aquí es un segundo que puede alejarme de ella.

—Tranquilo, Wyatt —me dice Zach, mirándome a los ojos—. Tenemos que moverla con cuidado para no causarle más daño.

Cierro los ojos y respiro hondo.

—Estoy listo.

—Vale, corta el cinturón de seguridad —me ordena Trent con voz firme.

Lo obedezco, y Angie se cae hacia abajo, entre mis brazos. La sostengo mientras intento apoyarme en el salpicadero. Mis hermanos están a ambos lados del coche, con los brazos extendidos para sujetarla. Coordinamos nuestros movimientos, con cuidado para no sacudirla demasiado y evitar que su cuerpo roce los cristales rotos. Una vez que está fuera, la llevan a toda prisa hasta los técnicos de emergencias sanitarias.

Mi padre me ayuda a salir y no tardo nada en estar a su lado.

Está en una camilla, atendida por Thom y Beau, dos chicos a los que conozco de toda la vida. La rodean con un montón de cables mientras se gritan

cosas el uno al otro.

—A la ambulancia —me dice Trent—. ¡Él también necesita que lo examinéis!

Me muevo como si lo hiciera en piloto automático. Angie se está muriendo. Lo percibo.

—Llegaremos dentro de un cuarto de hora. Mujer de treinta y seis años, inconsciente con traumatismo craneal. Posibles heridas internas. Embarazada.

—Una vez que lo transmite por radio, Thom me mira—. ¿De cuántas semanas? —me pregunta.

La miro mientras Beau le coloca una vía intravenosa e intenta hablar con ella, pero Angie sigue sin moverse. Está tumbada, con la ropa ensangrentada, con cristales en el pelo y con cortes por todo el cuerpo.

—¡Wyatt! —me grita Thom—. ¿De cuántas semanas está embarazada?

Mis ojos siguen clavados en ella.

—De veinticuatro.

La he tenido durante veinticuatro semanas.

Por favor, Señor, no quiero perderla.

*L*a cabeza no deja de darme vueltas. Nunca he sentido tanta desesperación como en este momento. Haría cualquier cosa con tal de que se ponga bien, pero no está en mis manos.

El trayecto en ambulancia es una tortura. Me quedo sentado mientras ella está llena de tubos y de agujas, y mientras un monitor pita con sus constantes vitales. Me hacen preguntas que creo que contesto. Ella yace en la camilla.

Sin moverse.

Y, a cada segundo que pasa, muere una parte de mí. Debería haber dado el volantazo hacia el otro lado. Debería haber salido diez minutos después. Debería haberle dicho que estoy enamorado de ella, que la quiero. Debería haber hecho un montón de cosas, joder. Pero le he fallado.

Llegamos al hospital y le sostengo la mano hasta que me dicen que ya no puedo continuar. En cuanto pierdo el contacto con su piel, tengo la sensación de que me voy a derrumbar. No sé si se pondrá bien ni cuándo podré verla.

Zach, Presley, Trent, mis padres y yo nos sentamos en la sala de espera. Les describo los detalles del accidente lo mejor que puedo. Presley y mi madre se echan a llorar a intervalos. Zach y Trent me ofrecen su apoyo en silencio. Cada uno me coloca una mano en un hombro, me dicen que no ha sido culpa mía, pero sigo hablando. Les explico que el ciervo hizo que el coche empezara a dar vueltas, que el estado de la carretera era el escenario perfecto para un desastre, que fui incapaz de corregir la trayectoria del coche. Sé lo que tengo que hacer cuando un vehículo derrapa o empieza a girar, pero ha sido como si las maniobras empeorasen la situación.

—No podías hacer nada —me repite Trent en un intento por consolarme—. Nadie podría haber esquivado al ciervo, Wyatt.

—Si le pasa algo...

Zach me da un apretón en el brazo.

—Está en las mejores manos.

Están operando a Angie de emergencia, porque el bebé estaba sufriendo y han encontrado indicios de hemorragia interna. Intenté hacerles preguntas, pero me dijeron que tenían que llevársela y que saldrían en cuanto pudieran.

Lo único que puedo hacer ahora mismo es rezar.

Así que lo hago.

Me aferro a la mano de mi madre e intento permanecer fuerte.

Cada vez que cierro los ojos, veo su cara sonriente. Lo feliz que estaba cuando hablamos de nombres. Apenas tres horas antes, estaba sentada en el balancín del porche, frotándose la barriga con las manos y llena de vida.

Tengo la sensación de que me estoy muriendo por dentro.

Les he fallado a ella y a nuestra hija.

Los segundos se convierten en minutos, que pasan a transformarse en horas. El tiempo pasa, y tengo la sensación de estar petrificado.

Cada vez que se abre la puerta, se me para el corazón.

Cada vez que hablan con otra familia, se me parte el corazón.

—¡No puedo quedarme aquí sentado! —Me levanto, necesito moverme—. No puedo quedarme esperando a que me digan algo. —Me estoy derrumbando. Lo siento. Se me escapa un gemido desgarrado, y Trent me abraza—. ¡No puedo quedarme aquí esperando a que muera!

—No pienses eso. Tienes que ser fuerte. Tienes que tener fe, hermano.

Fe... Faith...

A Presley se le escapa un sollozo al oír la palabra, porque sabe muy bien que así es como quiere Angie que se llame nuestra niña.

—Necesito que esté bien. Tengo que hablar con ella.

Trent me sujeta por los hombros.

—Lo sé. Los médicos están tratándola. Que no tengamos noticias es algo bueno, Wyatt. Significa que está luchando.

Lo miro con los ojos empañados de lágrimas.

—No puedo perderla así. —Si lo digo lo bastante, tal vez el mundo lo entienda... tal vez pueda lograr que sea verdad a base de fuerza de voluntad.

—Harán todo lo que esté en sus manos —dice mi hermano mayor, convencido.

—Ha sido culpa mía. Yo conducía el puto coche. Quería llevarme la camioneta, pero me dijo que odiaba tener que subir y bajar de ese trasto. ¡Así que dejé que me convenciera de que fuéramos en su coche! ¡Y mirad lo que ha

pasado! Debería haber cogido la camioneta cuando vi que estaba lloviendo. ¡Debería haber hecho algo!

—No es culpa tuya. —Mi padre se acerca a nosotros—. Sé que eres un hombre y que quieres hacerte responsable de la situación, pero no es culpa tuya. Y, pase lo que pase, no puedes pensar eso. ¿Me entiendes?

Sé que tiene buena intención. Pero de haber estado él al volante y de ser mi madre quien estuviera luchando por su vida y por la de su bebé, sentiría lo mismo que yo. Es la mujer a quien amo. Es mi niña. Sé que no la conozco todavía, pero la quiero más que a nada en la vida. Quiero que Angie y Faith estén entre mis brazos, a salvo, y que sepan lo mucho que me preocupo por ellas.

Las quiero con locura.

Haré cualquier cosa con tal de protegerlas. Si pudiera estar en la camilla, me pondría en su lugar sin pensármelo. En cambio, estoy aquí fuera, dando vueltas de un lado para otro. Debería ser yo quien estuviera en el quirófano, no ella.

Antes de poder replicar, las puertas se abren. Aparecen dos médicos con batas azules, caras sudorosas y manchas de sangre en la ropa.

Me tenso por completo, y Presley y mi madre se ponen a mi lado. Me cogen de las manos mientras esperamos que hablen. Soy una roca en situaciones difíciles, pero ahora mismo me estoy derrumbando. Estoy a un paso de desintegrarme en mil pedazos.

—¿Familiares de Angelina Benson? —pregunta el médico de la derecha al tiempo que se acercan.

—¿Cómo está? —les pregunto.

El hombre suspira.

—Ha sufrido heridas graves. La más crítica la del bazo. Por suerte, la identificamos a tiempo y pudimos detener la hemorragia. Tiene una muñeca rota y varias contusiones en el lado derecho por el impacto del coche, además de una costilla y de la nariz rotas, esto último seguramente por el airbag. Aunque lo que más nos preocupa es la conmoción. El escáner muestra cierta inflamación, que estamos controlando.

—¿El bebé? —Se me quiebra la voz—. ¿Está bien nuestra hija?

Los médicos se miran entre sí y cambian el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Por desgracia...

Dejo de oír las palabras mientras se me rompe el corazón.

He perdido a mi hija.

Caigo de rodillas al suelo mientras el mundo que he conocido muere. He perdido a una. He perdido a las dos.

—Hicimos una cesárea de emergencia —dice la doctora—. Lo intentamos, pero la placenta se desgarró en el accidente. El bebé no ha sobrevivido.

Mi madre se echa a llorar, pero mi padre la abraza con fuerza.

Yo estoy muerto. Las lágrimas me bañan la cara mientras Presley me rodea con los brazos.

—Lo siento muchísimo, Wyatt.

—¿Ella...? —Me atraganto mientras miro a la doctora—. ¿Ella... la niña? ¿Ha sufrido?

La doctora, de más edad, niega con la cabeza.

—No, no ha llegado a respirar. Hicimos todo lo que estuvo en nuestra mano, pero fue imposible.

Asiento con la cabeza.

—Siento muchísimo su pérdida —dice la doctora.

«Pérdida» es una palabra demasiado blanda. No la he perdido... me la han arrebatado. Se la han arrebatado a sus padres antes de que pudiera vernos siquiera. No sabía que la queríamos. No conocía nuestras caras ni el amor tan profundo que ya sentíamos por ella.

No lo sabía. No he perdido a mi hija.

Me la han arrancado de cuajo.

—¿Puedo verla? —Las palabras salen de mi boca antes de darme cuenta de que las he pronunciado.

La doctora me mira con tristeza.

—Por supuesto.

—¿Wyatt? —Presley me coge del brazo—. ¿Quieres...? A ver... podemos... —No sabe cómo decirlo.

Niego con la cabeza.

—Tengo que hacerlo solo.

Se me escapa otra lágrima y me la seco. Tengo que ser fuerte. Me pongo en pie y me alejo de mi familia. Oigo los sollozos de mi madre, pero necesito ver a mi niña, aunque sea una sola vez.

Entramos en una salita, con una mecedora en un rincón. La doctora me lleva hasta allí y me habla un poco, pero no tengo ni idea de lo que dice. Soy incapaz de concentrarme en otra cosa que no sea el dolor de mi corazón.

Luego pienso en Angie. No puedo perderla a ella también. No sobreviviré. Unos minutos después, entran una enfermera y otro médico.

—Señor Hennington —dice la enfermera en voz baja—. Podemos dejarlo un tiempo con ella, pero quiero que entienda bien la situación. —Intento concentrarme en lo que dice—. Su hija es muy pequeña. Solo pesa cuatrocientos cincuenta gramos. Estaremos fuera si necesita algo, ¿de acuerdo?

—¿Saben algo más de Angie?

—Ha salido del quirófano y está en reanimación. No sabemos cuándo se despertará, pero vendré a buscarlo en cuanto pueda recibir visitas.

—Gracias. —Me seco otra lágrima.

La enfermera entra con una de esas cunas de plástico, y mi hija está dentro. La han envuelto en una mantita. Me la dan.

En cuanto la tengo en las manos, pierdo el control. Lloro desconsoladamente y me sacudo por los sollozos.

—Lo siento mucho, Faith.

Sé que es pequeña y frágil, pero quiero abrazarla con fuerza. Quiero insuflarle vida. El dolor es abrumador. Soy su padre. Era su padre. Esta no debería ser la primera vez que la tengo entre mis brazos. Debería haber sido un momento feliz, lleno de sonrisas y de lágrimas de alegría.

No de lágrimas de tristeza.

—Lo siento muchísimo. —Lloro con renovadas fuerzas. Es preciosa, incluso así. ¿Cómo no va a serlo?—. Te quiero mucho. Y tu mamá también. Debería...

—Me arden los pulmones mientras intento hablar—. Debería haberte protegido. —Mezo sin parar al angelito que tengo entre mis manos—. Debería haberte salvado, preciosa. No deberíamos habernos conocido así.

Memorizo su carita. Examino su cuerpecito de arriba abajo. Me cabe en la palma de la mano. Mi niña. Que se ha ido al Cielo.

Mientras mi otro ángel lucha por su vida.

Les he fallado a ambas.

Angie

Noto una presión en las manos y oigo un pitido rítmico detrás de mí. Lo primero que percibo es el dolor. Mucho dolor. Me duele todo el cuerpo. Pero, sobre todo, la cabeza. Es un dolor palpitante, y siento cómo la sangre me golpea el cráneo.

Y entonces lo recuerdo.

El ciervo.

El volantazo.

El dolor increíble cuando me golpeé contra la ventanilla, el salpicadero y el airbag.

Wyatt gritando mi nombre mientras la niebla me tragaba.

El miedo.

Y la oscuridad.

—Wyatt —consigo decir con voz ronca mientras intento mover una mano. Ese simple movimiento me provoca una agonía brutal—. ¿Wyatt? —digo de nuevo, aunque no sé si he conseguido hablar o no.

Oigo que alguien se mueve.

—¿Angie? —Un suspiro—. Nena... —Es Wyatt. Se le quiebra la voz mientras yo intento abrir los ojos para localizarlo.

La niña. Me siento vacía y confundida. No sé qué está pasando. El miedo llena ese vacío, y necesito saber qué ha pasado. ¿Estoy bien? ¿La niña está bien? ¿Wyatt está bien?

No me responden los párpados, así que intento abrirlos de nuevo con todas mis fuerzas. La luz me ciega, pero me obligo a mantenerlos abiertos.

—¿La niña?

Wyatt se acerca a un lateral y pulsa un botón.

—Relájate, ¿vale? ¿Te duele algo?

Me miro la barriga, que está plana.

—¿Dónde está?

Cierro los ojos porque el pánico y el dolor me abruman. Intento acurrucarme para bloquear lo que sea que vaya a decirme. Pero, antes de que pueda hacerlo, siento su mano en un hombro.

—Por favor, no te hagas daño.

Me obligo a mirarlo de nuevo.

—¿Está bien?

Las lágrimas inundan esos ojos castaños, y veo que le tiemblan los labios un instante antes de que los apriete.

—Yo... —Una lágrima solitaria resbala de uno de sus ojos—. Lo intentaron.

Ay, Dios. Empiezo a jadear mientras el pitido del monitor se acelera y se hace más fuerte. No puedo respirar. Seguro que está mintiendo. Mi niña no puede haber muerto.

—¡No! —Mi corazón no existe, el pitido miente—. ¡No! —grito de nuevo mientras Wyatt me coge una mano. Los latidos de mi corazón se aceleran aún más—. No puede ser... —Un sollozo.

—Ang, lo intentaron. Hicieron todo lo que pudieron —me explica.

—Pero era tan fuerte... —Empiezo a llorar. Las lágrimas caen como la lluvia en cuanto asimilo la noticia de que he perdido a mi niña. Yo estoy viva, él está vivo, pero ella no.

—Nena. —Me toma la cara entre las manos—. Lo siento, Angie. Lo siento mucho. Les supliqué que la salvaran. Le supliqué a Dios que me llevara a mí y te permitiera tenerla a ella. Habría hecho lo que fuera necesario.

Mi pecho sube y baja mientras lloro a pleno pulmón. El dolor no me importa. Quiero regodearme en él porque es real. Mi hija ya no está en mi cuerpo. Se suponía que yo debía mantenerla a salvo. Mantenerla con vida. Y ahora no está.

—No, por favor —suplico.

Wyatt me abraza y me estrecha mientras yo me vengo abajo.

—Tranquila —me dice en un intento por calmarme.

—Angie... —Es Presley. Wyatt afloja su abrazo mientras mi mejor amiga se acerca al otro lado de la cama—. No sé qué decirte salvo que te quiero mucho.

—Ni siquiera ha tenido una posibilidad —digo con un deje angustiado en la

voz—. Todo esto es demasiado, Pres.

—Lo sé. —Me limpia una lágrima—. Es injusto.

Miro a Wyatt, ese hombre fuerte que ahora parece estar destrozado. Está despeinado y lleva una barba de varios días. Tiene cortes en la cara que ya están sanando.

—¿Cuánto hace? —pregunto con voz estrangulada.

Los labios de Wyatt tiemblan mientras otra lágrima resbala por su mejilla. Mira a Presley, que me da un apretón en la mano.

—Han pasado cuatro días. —Se sorbe la nariz—. Cuatro días, y a ti tuvieron que operarte. Tenías el bazo roto y por eso tuvieron que hacerte la cesárea. Luchaste mucho para salvarla, cariño. —Empieza a llorar—. Pero ella no pudo resistir mucho.

Mis lágrimas caen sin cesar. Hace dos años perdí a mi hermano y, hasta ahora, pensaba que ningún dolor podía superarlo. Aquello fue como un dulce beso en la piel comparado con lo que me está desgarrando el pecho en estos momentos. No encuentro las palabras para expresar lo vacía que me siento.

Miro hacia la ventana, dispuesta a sumirme de nuevo en la oscuridad. Mientras estaba en la oscuridad, tenía a mi hija. Lo tenía todo.

Ahora no tengo nada.

—¿Angie? —dice Wyatt, pero no puedo mirarlo.

Entra una enfermera.

—Hola, preciosa —me dice, aunque se cuida mucho de parecer alegre. Sus ojos han captado la escena y nos ha visto llorando a todos—. Voy a examinarte y, después, te daré algo para el dolor, ¿vale?

—Como quieras —contesto.

No tengo fuerza para experimentar emoción alguna ahora mismo. Estoy destrozada. He vuelto a perder a otro ser querido. Me han privado de la familia que pensaba que iba a tener.

La enfermera comprueba mis constantes vitales, hace unas anotaciones en un mini ordenador y, después, me inyecta algo a través de la vía intravenosa.

—Eso te ayudará a mitigar el dolor de cabeza. —Me acaricia con ternura el brazo—. Tu familia te ha acompañado todo este tiempo. Pero deberías descansar. El médico pasará pronto a verte ahora que estás despierta.

Los ojos enrojecidos de Presley están clavados en los míos.

—Sé que estás mal. Los dos lo estáis. —Mira a Wyatt—. Si... —Guarda silencio mientras busca las palabras adecuadas—. Si necesitáis algo, lo que

sea, podéis contar conmigo.

Cierro los ojos.

—Ya no está.

—No, no está. Se ha ido y es injusto. Es horrible y cruel, pero tú estás aquí, Wyatt está aquí y ambos necesitáis apoyaros el uno en el otro. Tienes que llorarla, pero también tienes que ser consciente de que cuentas con gente alrededor dispuesta a hacer cualquier cosa por ti.

Se me escapa un gemido.

—Pues devuélveme a mi hija. ¡Devuélvemela! Eso es lo que necesito. Necesito que me devuelvas a mi hija.

Wyatt me suelta la mano y se aleja hacia la ventana. Está de espaldas a mí, pero veo cómo le tiemblan los hombros. Lo veo perder el control. Se apoya con una mano en el alféizar mientras se pasa la otra por la cara. No me permite verlo, pero sé que está intentando mantener la compostura.

Presley intenta contener un sollozo.

—No puedo hacerlo. Ojalá pudiera.

—Eso pensaba. —Aparto la vista—. Quiero dormir.

Me besa la frente.

—Vale, cariño. Descansa si puedes. Ya hablaremos luego. Te quiero.

Tomo una entrecortada bocanada de aire.

—Lo sé.

Presley se da media vuelta, se acerca a Wyatt y le coge de un brazo. Le dice algo en voz demasiado baja como para que yo la oiga, y él asiente con la cabeza. Me mira una vez más antes de salir por la puerta.

Wyatt se acerca a mí con expresión angustiada.

Después de unos minutos de silencio, susurro:

—¿Por qué? ¿Por qué nos ha pasado esto?

—Lo siento.

Cierro los ojos al tiempo que lo voy asimilando todo.

—¿Llegaste a verla?

—No tenemos por qué hablar de esto ahora. —Su voz parece insegura y triste, pero me da igual.

—¡Necesito saberlo! ¡Lo necesito! —Estoy empezando a ponerme histérica. Me he pasado días inconsciente mientras ellos asimilaban todo lo que ha pasado. Yo acabo de descubrir que he perdido a mi niña. Necesito saber qué ha pasado. ¿Sufrió mucho? ¿Podría haber hecho algo para ayudarla? Hago

ademán de incorporarme para sentarme, pero siento un pinchazo desgarrador en un costado. Contengo el aliento y cierro los ojos.

—Vale —dice Wyatt, que me aparta el pelo de la cara—. Vale, pero intenta mantener la calma.

Asiento con la cabeza y me relajo poco a poco.

—Wyatt, necesito saberlo.

—La cogí —me dice—. La cogí en la palma de la mano y lloré mientras la miraba. —Cierro los ojos y me trago las lágrimas, pero algunas consiguen deslizarse por debajo de los párpados y me caen por las mejillas—. Es preciosa y diminuta. Le dije que la quería mucho. Le dije que tú también la querías mucho.

—No puedo. —Lo detengo—. No puedo. Pensé que podría.

Encorva un poco los hombros y se apoya en la cama.

—Vale. —Ambos nos resignamos—. No tenemos que hacer esto ahora. Cuando hayas descansado, ya veremos lo que hacemos.

No hay nada que podamos hacer. No a menos que sea capaz de traer de vuelta lo que hemos perdido, algo imposible. Para él y para todos. Tendremos que encontrar la manera de superar la pérdida de nuestra hija poco a poco. Me pasaré el resto de la vida mirándome el abdomen y recordando que mi hija murió.

—Cariño... —Macie lleva lo que me parece una hora hablando sola. Y digo «hablando sola» porque yo no he participado en la conversación. No puedo. ¿Cómo voy a hablar si estoy muerta por dentro?—. Tenemos que organizar los detalles.

No quiero hacerlo.

—Por favor —le suplico—. Elige lo que quieras. —Quiero que se vaya.

Presley la mira y Wyatt mira por la ventana. Esta mañana, vino el capellán para hablar con nosotros sobre la pérdida de un hijo y sobre lo importante que es que lo lloremos. Como si yo no lo supiera. Nos animó a ponerle nombre, a pasar algún tiempo con ella y a adaptarnos a la idea de dejarla marchar.

Después, el médico nos explicó que no hay protocolos legales con respecto a los niños, y que somos nosotros quienes debemos decidir qué hacer.

Una vez que se van, Wyatt habla mientras yo lo escucho y lloro, deseando poder aliviar su dolor. Ha sufrido muchísimo, pero yo estaba tan ocupada con

mi propia agonía que no sabía qué decirle. Le cogí la mano mientras él hablaba de nuestra niña y de todo lo que significa para él. Me confesó lo mucho que le asustaba que yo no superara las heridas del accidente. La idea de perderme a mí también. Su dolor era palpable mientras me hablaba de la culpa y de los remordimientos que siente.

No ha sido culpa suya, pero he sido incapaz de decírselo. No porque no lo crea, sino porque me cuesta trabajo hasta respirar.

Lo único que quiero es que me dejen tranquila, joder. Ya está.

Que me dejen tranquila todos.

—Elige lo que te parezca mejor. Me da igual. —Intento hablar con voz serena, pero teniendo en cuenta que me miran con los ojos como platos, no lo consigo.

—¿Has decidido si quieres verla? —me pregunta Presley de nuevo—. No queremos hacer nada hasta que te decidas, Ang. Después, no hay marcha atrás.

No sé si mi corazón podrá resistirlo.

Pero tengo que decidir si quiero ver a la niña que he sido incapaz de proteger.

—No. —Vuelvo la cabeza y me toco el abdomen—. Todavía no.

Wyatt me coloca una mano en un hombro.

—Gracias por vuestra ayuda —les dice—. Vamos a dejar que Angie descanse y ya os diré si cambia de idea con respecto a celebrar el funeral.

Se despiden y me dejan tranquila.

Pasan unos cuantos minutos durante los cuales nos sumimos en el silencio. Estoy luchando contra un sinfín de cosas. Contra el dolor físico en primer lugar, y contra el del corazón que tengo destrozado, en segundo. Total y absolutamente destrozado.

Cuando duermo, sueño con ella.

Cuando estoy despierta, lloro por ella.

Todos me ofrecen sus condolencias y su apoyo, pero no pueden hacer nada para llenar el vacío que siento en el corazón.

—No quiero presionarte —me dice Wyatt, poniéndole fin al silencio.

—Lo sé.

—Si quieres que esté contigo cuando la veas, lo haré. Haré cualquier cosa que necesites, Angie. Cualquier cosa.

Lo está intentando. Los dos lo estamos haciendo. Es imposible no darse cuenta de lo difícil que le resulta todo esto. Los ojos hinchados, los estragos

de las lágrimas en su cara y su constante preocupación son imposibles de pasar por alto. Sé que está nadando en el mismo mar de sufrimiento que yo. Y nos mantenemos a flote a duras penas. Ambos estamos más que preparados para hundirnos.

No paro de darle vueltas a lo que debo hacer, pero creo que ya he tomado una decisión.

—Quiero verla.

Él asiente con la cabeza.

—¿Quieres que esté contigo?

Esto va a provocarle más dolor. Sé que va a matarlo. Pero necesito que me acompañe.

—No quiero pedírtelo —contesto con la voz trémula—. Sé que es egoísta, pero me veo incapaz de hacerlo sola.

Wyatt me abraza al instante. Me da igual que su contacto me provoque más dolor físico. Quiero que no se aleje nunca de mí. Ahora mismo puedo respirar un poco mejor.

—No tienes que hacerlo sola.

Acepto su consuelo. Me aferro a él, a nosotros, y al dolor que nos une.

Una vez que recuperamos la compostura, Wyatt llama a la enfermera. Ella me explica el proceso y me advierte de lo que me voy a encontrar. Es imposible que sus palabras puedan prepararme. ¿Cómo se prepara una persona para despedirse de su hijo?

No, nunca la he abrazado y nunca la he oído llorar. No he podido atarle los zapatos para llevarla a su primer día de colegio, pero la he querido.

Le puse nombre en mi corazón.

La llevé en mi seno.

Le di todo lo que pude.

Y ahora tengo que decirle adiós.

—¿Nos vemos luego en la casa? —me pregunta Macie.

—La verdad es que quiero echarme un rato.

Estoy sentada en la hierba, arrancando briznas, mientras deseo dejarme llevar por la brisa.

Sería muy fácil dejarse llevar, dejar que la brisa me llevara allá donde quisiera. En cambio, me hundo más y más en el suelo.

Wyatt, sus padres, Presley, Zach y Trent están de pie a mi alrededor, sin saber qué hacer. Hoy hemos enterrado a nuestra hija. Es lo último que había que hacer. En el hospital nos explicaron que, al hacerlo, empezaríamos el proceso de curación.

No tienen ni puta idea.

Han pasado once días desde el accidente y aceptar lo que está pasando todavía es difícil.

Me he echado a llorar, he pasado por momentos de rabia increíble y ahora estoy entrando en una fase de total apatía. Wyatt se esfuerza. Bien sabe Dios que quiere arreglar la situación, pero no puede hacer nada.

Hemos enterrado a Faith Emma Hennington bajo un enorme roble en el rancho Hennington. Desde allí, se puede ver una preciosa colina con un pequeño estanque. Es un sitio tranquilo, y me consuela en cierta medida que vaya a estar rodeada de belleza.

—Vale, cariño. Me pasaré mañana con comida. —Se agacha junto a mí—. Yo también la quiero. —Levanto los ojos de golpe—. No hay nada en el mundo que iguale el amor de una madre. No hay hombre sobre la Tierra capaz de imaginar siquiera lo intenso que es. Sé que estás sufriendo. Nunca he perdido un hijo, pero con solo pensarlo...

Macie Hennington es la mujer más cariñosa que he conocido. Todos los aquí presentes sienten tristeza en mayor o menor medida. Lucharon por sacarme de

aquel coche, lloraron cuando descubrieron que habíamos perdido a Faith y han estado en el hospital día sí y día también.

Esta familia lo está pasando mal ahora mismo.

—Nunca imaginé que me dolería tanto —admito.

Me coge la barbilla con una mano.

—En cuanto aceptaste que ibas a tener al bebé, se apoderó de tu corazón. Lloro, Angie. Siente lo que sea que tengas que sentir, pero deja que te acompañemos. —Macie me besa la mejilla y se seca las lágrimas.

Presley se acurruca junto a mí mientras los tres hermanos se quedan de pie, juntos, a un lado. Un momento después, apoyo la cabeza en su regazo y ella empieza a acariciarme el pelo. No tenemos que decir nada. Es lo mejor de la amistad sincera. Sigue acariciándome el pelo, dejando que siga en silencio. Empiezo a llorar, porque no sé cómo no hacerlo.

Me han explicado que las hormonas experimentarán los mismos cambios súbitos que si hubiera tenido un parto normal. Al parecer, mi cuerpo no distingue entre volver a casa con un bebé y tener que enterrar a uno. Paso de un extremo a otro, pero casi todo el tiempo me quedo sumida en la depresión.

—Hemos perdido mucho en los últimos años —me dice en voz baja.

—Me gustaría que parase.

—No sabes lo fuerte que eres hasta que la vida te da un palo.

Ladeo la cabeza para mirarla.

—Lo hago lo mejor que puedo.

Presley se apresura a asentir con la cabeza.

—Lo estás haciendo genial, cariño. Oye, no quiero que te asustes ni nada, así que te lo voy a decir ya.

Me tumbo de espaldas y espero a que hable. Presley aprieta los labios antes de suspirar.

—Zach y yo hemos decidido posponer la boda dos meses.

—¡No! —Doy un respingo—. Por favor, no por esto.

—No es el motivo, te lo prometo —me asegura—. Ahora mismo, tenemos mucho follón con el rancho y con la demanda por despido improcedente de Felicia. Es mejor que Zach y yo no nos casemos hasta que ese asunto se resuelva. Así que, después de hablar con los abogados, hemos decidido esperar dos meses más.

—¿Estás segura? —le pregunto.

—Sí. Ya vivimos juntos y es mi marido en todos los sentidos, solo falta un

papel.

Cierro los ojos y contengo las lágrimas. Tengo la sensación de que todo se está desmoronando. Ojalá que el accidente no sea el motivo. Sabía que Felicia quería vengarse de Zach, pero supuse que se olvidaría del asunto en cuanto los abogados de Zach la amenazaron con demandarla a su vez.

Mi mente rememora el infierno que pasamos cuando mi hermano se suicidó. Fue como si aquel instante hubiera activado una bomba trampa y todos recibiéramos el impacto de la metralla.

—¿Crees que vamos a pasar por lo mismo que con Todd?

—Ojalá que no. —Presley empieza a acariciarme el pelo de nuevo—. ¿Te acuerdas de cómo me quedaba sentada en la casa después de que muriera?

Era un fantasma. Contestaba si alguien le hacía una pregunta, pero se perdió por completo. Era como si ella también hubiera muerto.

—Sí.

—No dejes que el dolor te consuma. Te lo digo porque eres mi hermana, mi mejor amiga, y te quiero. He estado en tu misma situación. He sentido un dolor tan grande que quería que me consumiera. Dejé que lo hiciera. —Me mira fijamente a los ojos—. Tú conseguiste que parara. Me obligaste a levantar cabeza y a respirar de nuevo. No te pierdas, Ang. No dejes que te coma viva. Has sobrevivido, no dejes que su muerte sea en vano.

Presley se levanta, se sacude la hierba de los pantalones y me ayuda a ponerme en pie. Sé que lo que me dice es fruto del amor, pero nunca he sentido algo semejante.

—¿Cómo? ¿Cómo lo supero?

Perder a Todd fue muy distinto. Era un adulto y fue decisión suya. Esto no. Esto ha sido un terrible accidente que ha cambiado el futuro que creías que ibas a tener.

—Viviendo. Queriendo a alguien. Perdonándote a ti misma, a Wyatt y a quienquiera que culpes. Comprendiendo que el tiempo del que disfrutaste ha sido valiosísimo. Mira lo que has conseguido. Mira lo que has encontrado. —Desvía la mirada hacia los hombres.

No lo entiende. Es posible que Wyatt se estuviera enamorando de mí, pero a quien quería de verdad era al bebé. Y ya no está. No tengo ni idea de lo que esto implica para nosotros y, la verdad, tampoco sé si me importa mucho. Se suponía que me iba a marchar dentro de una semana. Es evidente que no puedo

conducir con la muñeca rota y con grapas en la barriga, así que he tenido que posponerlo.

—Ahora que no vamos a tener un bebé, no sé si tenemos algo —le digo, y me asalta otra oleada de tristeza—. ¿Es lo que sentiste cuando Todd murió? ¿Sentiste un vacío enorme como si lo hubieras perdido todo?

A Presley se le llenan los ojos de lágrimas.

—Lo perdí todo. Perdí a mi marido, mi negocio, mi casa, a mi mejor amiga y la vida que me había labrado. Me enfrenté a todos mis miedos de golpe. Fui imbécil, estaba desconsolada y me sentía desdichada. —Mira a los hermanos y luego me vuelve a mirar—. Cuando llegué, fue Wyatt quien estuvo ahí, a mi lado. No sabía que Zach estaba de vuelta en Bell Buckle, pero Wyatt estaba en mi rancho. No dejaba de venir, me obligaba a salir de la casa, me obligaba a volver a encontrar mi sitio en un lugar en el que no quería estar. —Sonríe, y es una expresión cálida y triste a la vez—. Después, como si supiera que estaba preparada antes incluso de que yo me diera cuenta, me empujó a los brazos de Zach.

—Se mostró distante y frío antes del accidente —le recuerdo—. Bien podría haberse dado cuenta de que no correspondía mis sentimientos.

Fue lo que me impidió decirle nada. Se mostró distante y casi cabreado. Se negaba a hablar o a hacer cualquier de las cosas que más me gustaban hacer con él.

Presley clava la vista en el horizonte.

—Los hombres son raros. Los de campo lo son todavía más. Wyatt nunca ha tenido una relación, ni tú tampoco.

—Tuve a Nate.

Resopla al oírme.

—Tuviste a un tío que era un amigo. Alguien a quien ni siquiera miraste cuando te viniste aquí. No lo querías. No le llega ni a la suela del zapato a esta relación.

—Solo vine porque estaba embarazada. Nada más, Pres. Me espera un negocio en Filadelfia en el que tengo que pensar. Sin bebé... —Siento una opresión en el pecho—. Ni siquiera sé si quiere intentarlo.

Presley niega con la cabeza.

—Y tú me llamas ciega.

—Ya lo averiguaremos. —Desvió la mirada hacia Wyatt—. Tal vez hoy no, ni esta semana, pero cuando podamos pensar con claridad... A lo mejor,

entonces, sabremos a qué atenernos.

—Hola, cariño —dice la señora Kannan cuando la dejo entrar.

—Me preguntaba cuándo iba a venir. —Le abro la mosquitera para que pase —. Supongo que ha sacado la pajita más corta y le ha tocado venir a verme. —
Consigo esbozar una sonrisa tristoná.

—¡Qué va! Quería verte, cariño. Te he echado de menos. Además, he preparado algo y creo que tú eres la persona perfecta para recibirlo.

Suelto una carcajada.

—Ay, señor.

Entramos en la cocina, donde hay como diez bandejas con comida y seis o siete tartas en la encimera. Y eso sin contar con las que llenan el frigorífico.

—Parece que soy la última en llegar —dice—. En fin, la mía es mejor.

—Seguro que es perfecta.

La señora Kannan se sienta a la mesa. Cojo dos platos, tenedores y la tarta que estaba mirando. Pienso comerme todas mis emociones hoy. Por suerte, no me faltan ni tartas ni emociones.

Mira hacia el salón y luego me mira a la cara.

—¿Está Wyatt?

Han pasado tres días desde que enterramos a Faith. Tres días durante los que Wyatt ha sido incapaz de mirarme y se ha negado a decirme más de un par de palabras. Sí, se sienta en el sofá conmigo, pero con cuidado de no acercarse demasiado. Después, cuando el silencio es tan incómodo que ya no puede más, se va al rancho y se queda allí hasta que yo ya estoy dormida.

Está destrozado, y no sé cómo curarlo.

—Está trabajando —contesto, y me meto un trozo de tarta en la boca.

La señora Kannan asiente con la cabeza.

—¿Cómo lo lleváis?

Le doy la misma versión abreviada de que todo va bien. Estoy segura de que no se la traga, como tampoco se la tragan Presley ni Macie, pero no quiero analizar el tema. Está en la fase del duelo. Yo también. No hay una forma correcta ni incorrecta de sobrellevarlo. Él parece necesitar más tiempo a solas, y yo me estoy esforzando por dárselo.

Aunque yo necesito lo contrario.

Necesito compañía.

No he estado sola ni media hora. Cuando Presley ve que la camioneta de Wyatt se aleja, viene corriendo. Si no puede venir ella, aparece otra persona. Me resulta raro ansiar la compañía de los demás. He sido muy independiente toda la vida, pero ahora mismo estar sola me deja mucho tiempo para pensar. Mis pensamientos toman unos derroteros que es mejor que no explore. No dejo de darle vueltas a lo que podría haber pasado y a lo que debería haber pasado.

—Sé que todo mejora con el tiempo. Pasó cuando lo de mi hermano. —Jugueteo con el tenedor mientras pienso en cómo me siento ahora mismo—. Sé que se tarda un tiempo en volver a la normalidad, pero es que todo parece patas arriba.

La señora Kannan me coge una mano.

—Pues claro que te lo parece, cariño. Te estabas preparando para recibir una vida que ya no existe. Sé que es demasiado, pero lo estás sobrellevando. Estás sanando en muchos aspectos ahora mismo. Todo mejorará. Wyatt y tú os queréis, y lo solucionaréis.

—¿Lo cree de verdad? —le pregunto—. ¿Nos queremos? No habría venido a Bell Buckle de no ser por el bebé. Él habría continuado con su vida tan campante.

Pone los ojos como platos.

—No pienses eso. Sé que estás confundida, pero no dudes de lo que compartís. Lo he visto con mis propios ojos. —Da una palmada sobre la mesa—. Conozco a ese chico desde que nació. Y nunca lo había visto mirar a una chica como te mira a ti. El amor no se pone a prueba cuando todo va bien. Se pone a prueba cuando las cosas se tuercen.

En ese caso... estamos fracasando. Las cosas no pueden torcerse más para nosotros, y él se está distanciando.

—Se niega a hablar conmigo.

—Pues oblígalo a hacerlo.

He estado retrasando la conversación sobre el rumbo que vamos a tomar, como pareja, a partir de ahora. Una parte de mí tiene miedo de lo que vayamos a decir. Si no me corresponde, ¿seré capaz de soportar otro golpe demoledor? No me veo capaz de hacerlo. Entre la recuperación corporal, la revolución hormonal que estoy sufriendo y el estado de ánimo de Wyatt... No.

Prefiero sufrir en silencio antes que oír la ensordecedora verdad.

*M*e despierto sobresaltada. Estoy sudorosa, tengo la respiración acelerada y el corazón me late muy deprisa. Odio este sueño. Miro el otro lado de la cama y lo encuentro vacío de nuevo. Es la quinta noche que sufro la misma pesadilla aterradora. El coche dando tumbos, el dolor cuando me golpeo la cabeza, el agobiante pitido de los monitores, el momento en el que me dijeron que había perdido a mi niña. Y luego, cuando me despierto, descubro que la pesadilla es mi realidad.

Bajo los pies al frío suelo y voy en busca de Wyatt. Está en el sofá, con el televisor encendido.

Me detengo a su lado unos minutos, pero él ni se da cuenta de mi presencia. No parece el mismo hombre que era hace unas cuantas semanas. Siempre sonriente, alegre y cariñoso. Ahora se muestra frío y distante, mucho más que antes del accidente. En aquel entonces, seguía siendo él, pero preocupado por algo.

El hombre que tengo delante está ahogándose por el dolor. Tengo que rescatarlo.

Lo sé. Tengo que encontrar la manera de que él colabore en el proceso para superar esta espantosa fase. Ya he vivido esto antes. Sé que lo es y sé adónde nos puede llevar. Y no pienso permitir que el hombre al que quiero acabe perdido en el abismo.

Me arrebujó con el jersey y me preparo para la conversación que necesitamos mantener.

No puedo seguir viviendo así. Necesito a mi Wyatt de vuelta.

—Oye —digo con voz ronca. Tengo la garganta seca después de haber estado dormida.

—¿Te he despertado? —me pregunta él, que se sienta.

Niego con la cabeza.

—No. He tenido otra pesadilla.

Aprieta los labios, pero no me dice nada. Me muevo hasta el otro lado del sofá, porque quiero sentarme con él. Apenas hemos hablado durante los últimos cuatro días. Él siempre está en el rancho o en casa de sus hermanos. Cuando llega aquí, en realidad es como si no estuviera. Me siento sola y triste.

—¿Sobre el accidente? —me pregunta con acierto.

—Ajá. —Me acurruco en el lado opuesto del sofá y tengo la impresión de que nos separa un océano. Hace tres semanas, habría estado prácticamente sentada en su regazo—. Me he despertado buscándote, pero hoy tampoco estabas.

Apoya la cabeza en el respaldo del sofá.

—He empezado a ver una película. No me he dado ni cuenta de que era tan tarde —me explica.

Cuando miro la tele, descubro que no hay película alguna. Es la teletienda con un especial sobre productos cosméticos.

—¿Has dormido? Llevas unas cuantas noches así.

Las ojeras que tiene son respuesta más que suficiente.

—No puedo dormir.

Me acerco a él con la esperanza de que mis caricias lo derritan un poco, pero él se aleja.

—Wyatt, puedes hablar conmigo.

—Estoy bien.

«Sí, claro...»

—¿Puedo ayudarte? —insisto—. Los dos hemos perdido a Faith. Los dos estamos juntos en esto. A lo mejor te ayuda hablar conmigo.

Cuando digo su nombre, me mira a los ojos. Su expresión me dice que todavía está en la fase de la ira.

Genial...

Empiezo a levantar mis defensas. Sabía que la cosa se iba a poner desagradable, pero no puedo permitir que siga así. Él no es el único habitante de este purgatorio de sufrimiento. Yo lloro casi todos los días, casi siempre en la ducha para que no me oiga si está en casa. Me despierto por la mañana con la mano en el abdomen. Yo también estoy hecha polvo, pero ya he pasado por una muerte antes y no quiero repetir los errores del pasado. Tenemos que avanzar de alguna manera.

Wyatt suelta el aire por la nariz.

—¿Qué quieres que diga? No puedo dormir. De todas formas, no sé por qué

te preocupas.

Vale.

—¿Por qué no puedes dormir?

—¿Tú qué crees? —replica, bastante molesto—. Vuelve a la cama, Angie.

«Respira, Angie. No caigas en su juego. La ira forma parte del proceso. Recuérdalo.»

—No. Vamos a hablar. Creo que deberías decirme por qué no puedes dormir. No sé lo que te pasa, porque no me hablas.

Sus claros ojos castaños me examinan la cara. No pienso desmoronarme ni acobardarme. Necesito hablar con él. Como no lo haga, nunca solucionaremos esto. Así que me mantengo firme. Le devuelvo la mirada de mosqueo con la esperanza de provocarlo hasta mantener una conversación de verdad.

—¿Quieres saberlo? —se burla.

—Sí.

Se ríe.

—Muy bien, cariño. Te diré por qué no puedo dormir. Porque cada vez que cierro los ojos, te veo muriéndote delante de mí, joder. Recuerdo lo que sentí cuando me dijeron que nuestra hija había muerto. Y, después, veo tu cara cuando te dije que Faith había muerto. Lo veo todo al puto detalle, hasta las lágrimas que derramaste. No puedo estar cerca de ti porque cada vez que te miro, lo veo todo otra vez. No quiero dormir porque lo que veo es una película de terror que se repite una y otra vez. ¿Eso es lo que querías saber? ¡Angie, no puedo ni mirarte!

Sus palabras me duelen más de lo que estoy dispuesta a admitir. Se supone que debo mantener la cabeza fría, pero me dejo llevar por las emociones.

—Así que ¿la culpa es mía? —Me pongo de pie y me abrazo por la cintura—. ¿Yo soy la culpable de este dolor que sientes? —Empiezo a llorar como resultado de sus hirientes palabras.

Él se pone de pie al instante.

—¡No! —grita—. ¡La culpa es mía! Yo conducía el coche. No te saqué lo bastante rápido como para salvarla. No vi al ciervo. ¡Tú no tienes la culpa de nada! ¡Dios! Pero no puedo mirarte sin verlo todo. ¿No lo entiendes? ¿No entiendes que esto me está matando?

Contengo las lágrimas que pugnan por escaparse de mis ojos. Por fin está hablando, y tengo que conseguir que siga haciéndolo todo lo posible. Sé que está luchando contra la culpa. Lo percibo. Pero no voy a permitir que se

hunda. Voy a intentar aferrarme a él, pero está tan lejos que no puedo alcanzarlo.

—¡Fue un accidente! ¡Un accidente espantoso que nos robó muchas cosas! —A estas alturas, no puedo seguir conteniendo las lágrimas—. ¡No fue culpa tuya! ¡No fue culpa de nadie! —Wyatt hace ademán de marcharse, pero corro tras él—. No te vayas, Wyatt. No lo hagas, no te alejes de mí.

Se detiene al oír mis súplicas.

—Tengo que irme de aquí.

—¡No! —grito—. No vas a seguir huyendo. ¡Tú no eres así! Este no es el hombre con el que he pasado los últimos tres meses de mi vida. Fue un accidente.

Resopla.

—No me creo que pienses así. Lo veo en tus ojos. Veo cómo me miras ahora.

Me llevo una mano a la boca. Está loco.

—¡Yo no te culpo! Ni una sola vez he dicho que perder a Faith fuera culpa tuya. Ni siquiera lo he pensado. ¡Fue un ciervo! Un ciervo que hizo que patináramos sobre el asfalto mojado. ¡Tú no tienes la culpa! —Me acerco a él, pero retrocede—. Ni siquiera soportas que te toque. —No es una acusación, sino una simple afirmación—. No me has abrazado, besado, ni has dormido conmigo desde el funeral.

Se le llenan los ojos de lágrimas.

—No puedo.

—¡Ah! —exclamo con voz dolida. ¿No puede tocarme? ¿No? Yo necesito sus caricias. Me he enamorado de él, pero ahora no soporta estar conmigo. Todo ha salido mal. Supuestamente, las cosas no iban a ser así.

Es mi peor pesadilla hecha realidad. Creo que, en un momento dado, Wyatt Hennington se enamoró de mí. Lo sentía cada vez que me miraba. Pero, ahora, me mira de otra forma. No con amor ni con afecto. No es que me parezca apasionado y frío en otros momentos... es que está congelado directamente.

—Luego vuelvo —me dice mientras se da media vuelta—. Tengo que echarles un ojo a los caballos.

No creo que sea verdad, pero estoy demasiado sorprendida como para protestar. Lo he presionado más de la cuenta. Coge la sudadera y las llaves. Antes de que se marche, consigo decir:

—Aquí estaré.

Se detiene justo antes de cerrar la puerta y me mira.

—De momento —replica y cierra.

El aire se me escapa de los pulmones de golpe, empiezo a llorar y me vengo abajo.

No sé cuánto puede aguantar un corazón antes de rendirse por completo.

—Hola, Angie —me saluda Grace, sorprendida—. No pensaba que te vería tan pronto.

No podía seguir sentada en esa casa otro minuto más. Wyatt se fue, y yo no dispongo de coche, así que cuando Trent llegó para ver cómo me iba, le dije que me trajera a la pastelería. Como no podía ser de otra manera, hizo una llamada de forma muy poco discreta cuando le exigí que me trajera. La conversación duró apenas unos minutos y me empapé de todo lo que decía casi a gritos mientras me arreglaba para salir. La parte de Wyatt no la oí, claro, pero o pasó del tema por completo o no se molestó siquiera en discutir con su hermano. Según parece, está insoportable con todo el mundo.

Trent intentó convencerme de que me quedara en casa, pero lo amenacé con llamar a su madre si no me traía.

Y aquí estoy.

—Pues sí —replico como si tal cosa—. Estaba aburrida. Prefiero estar aquí a estar encerrada mirando las musarañas.

Grace asiente con la cabeza.

—Te entiendo. Yo tampoco podría estar sentada sin hacer nada. Acabaría volviéndome loca. —Se ríe—. ¿Cómo estás?

—Un poco dolorida todavía. Mañana tengo revisión médica. Por lo demás, respiro, que ya es decir.

—¿Quieres sentarte un rato? Llevo unos cuantos días soñando con estos cupcakes y preferiría no comérmelos sola.

—Claro. —Sonrío y rodeo el mostrador.

—Presley me ha dicho que todavía no has decidido si vas a volver a Pensilvania —me dice antes de beber un sorbo de café.

—Presley tiene la lengua muy larga. —Pongo los ojos en blanco.

—Lo siento. Supongo que esperaba que te quedases.

Grace es muy buena persona y me cae muy bien. Ha traído más comida que nadie durante las últimas semanas. Me dijo que, cuando está de bajón, cocina.

Ha sido muy reconfortante ver que todo el pueblo nos arropaba, aunque la pérdida fuera de Wyatt y mía.

—No pasa nada. Es que las cosas son... —No acabo de encontrar las palabras para completar la frase.

—Wyatt no lo está llevando bien, ¿verdad? —dice Grace, que da de lleno en la diana.

—Pues no.

Suspira y entrelaza los dedos.

—Eso me temía.

—¿Por qué?

Se apoya en el respaldo de la silla y se muerde el labio inferior.

—Aquí todos nos conocemos de toda la vida. Es imposible crecer en un pueblo pequeño sin relacionarte con todos los demás. Wyatt siempre ha sido el más fuerte de los hermanos Hennington. Zach y Trent siempre han dependido de él para ciertas cosas que mucha gente no capta. Sí, Trent se supone que es el brazo de la ley y Zack era el deportista famoso que consiguió a la chica de sus sueños. —Agita una mano como si eso no fuera relevante—. Pero Wyatt era su ancla. Siempre en un segundo plano, observándolos hacer lo que querían, y apoyándolos. Él es el que arregla las cosas. El que los saca de los líos en los que se meten. Pero, ahora, es incapaz de solucionar esto. No puede devolverte lo que has perdido y se cree culpable de esa pérdida.

—Ahora mismo no le preocupa solucionar el problema que yo tengo. —Aparto la mirada—. Está demasiado ocupado destrozándose.

Grace apoya los brazos en la mesa y me coge una mano.

—Lo sé. Pero creo que no sabe cómo enfrentarse a eso. No sé si me entiendes.

Sí que la entiendo. Pero no sé qué hacer al respecto.

—¿Podemos hablar de otra cosa, por favor?

—Lo siento —se apresura a replicar.

—Grace, no tienes por qué disculparte. Necesito un descanso de mi vida. Cuéntame, ¿cómo van las cosas con Trent?

—Es Trent. —Menea la cabeza y aparta la mirada—. Llevo toda la vida esperando que me quiera. Es duro enamorarse de alguien como él. Me ha hecho daño muchas veces, pero no puedo dejarlo. Ni siquiera ahora.

—¿Ha cambiado algo?

—Cooper.

Sé que tengo muchos problemas en mi vida, pero ahora mismo... Me gusta poder hablar de otra cosa. No estoy preocupada por todo lo que me ronda la cabeza. A lo mejor puedo ayudar a otra persona.

—¿Te gusta en ese sentido? —pregunto. Lo último que me apetece es ver al hermano de Presley envuelto en un triángulo amoroso.

Grace asiente con la cabeza.

—Sí. Pero antes no me gustaba así. Siempre ha sido el hermano de mi mejor amiga. —Suspira—. Ahora no puedo dejar de pensar en él. Insiste en invitarme a salir, pero no soy capaz de decirle que sí.

—¿Puedo darte un consejo?

Me sujeta una mano.

—Por favor, me estaba volviendo loca porque no puedo hablar con nadie. No puedo hablar con Presley de esto porque es su hermano, y ella, una Hennington. Emily, creo que la conociste la otra vez, está muy ocupada con su vida de cantante famosa de country... me vendría bien tener una amiga.

Cubro sus manos con la que tengo libre.

—Si crees que Trent Hennington no va a cambiar sus hábitos, hazle caso al corazón. Cooper es un buen hombre. No creo que arriesgara su amistad, su familia y su corazón si no fuera en serio contigo. Un hombre lucha por la mujer que quiere.

Y ese el problema que yo tengo ahora mismo. Wyatt no está luchando.

Está dejando que me aleje.

Está observando cómo la corriente me lleva mar adentro.

Lo estoy perdiendo más a cada día que pasa, y eso me está destrozando.

—*T*odo se está recuperando como debe, Angie. Me gustaría que te tomaras las cosas con tranquilidad durante otro par de semanas. Nada de levantar peso. Y, después, empezaremos con la fisioterapia para la muñeca, dentro de otras dos semanas, cuando te quitemos la escayola —me explica el médico—. ¿Alguna pregunta?

Repaso la lista de preguntas que tenía que hacer, sobre todo acerca de los viajes. Han pasado cuatro semanas desde el accidente. Han desaparecido todas las magulladuras y los cortes se han curado. Salvo por la herida que llevo en el alma, me estoy recuperando.

Tengo que volver a Filadelfia algún día de la semana que viene; aunque Erin se ha mostrado de lo más solícita, no es justo dejarla sola mucho más tiempo. Presley me sugirió un viaje por carretera con ella y los niños. Le han estado suplicando poder ir a ver a sus amigos y a mí me vendría bien la compañía. Además, ella echa de menos la pastelería, así que es algo en lo que he estado pensando.

Desvió la vista a la silla de plástico vacía donde debería estar Wyatt. Ha decidido no entrar conmigo. Otra muestra de su nueva actitud, que poco a poco va arrancándole trocitos a mi destrozado corazón. No entiendo nada. A lo mejor, mi falta de experiencia en cuanto a las relaciones me convierte en una inepta en este momento. A lo mejor, el hecho de que él nunca haya experimentado una pérdida hace que yo parezca una experta a su lado.

Nada cambia el hecho de que me está aniquilando.

El doctor Borek y yo salimos a la sala de espera. Cuando Wyatt ve al médico, se pone en pie y se acerca a nosotros.

—¿Todo bien? —Su voz destila preocupación.

—Angie se está recuperando muy bien —le asegura el doctor—. ¿Cómo lo llevas tú, hijo?

—Lo llevo bien. Volver al trabajo me ha sentado bien.

Me dan ganas de soltar una carcajada. No lo lleva bien.

El médico asiente con la cabeza.

—Estupendo. Si crees que no eres el de siempre, podemos concertarte una cita con alguien.

Wyatt me mira un instante y aprieta los dientes.

Genial. Ahora cree que yo me he ido de la lengua.

—Gracias por el ofrecimiento, pero estoy bien, de verdad.

Si pudiera, pondría los ojos en blanco y suspiraría.

—Gracias de nuevo, doctor Borek —lo interrumpo—. De verdad, se lo agradezco mucho.

—Ten cuidado en el viaje.

Wyatt da un respingo.

—¿Viaje?

En fin, si hablara conmigo alguna vez, lo sabría. Pero no lo hace. Me evita como a la peste. Vuelve a casa cuando yo estoy en la pastelería y trabaja cuando yo estoy en casa. Y si, por casualidad, estamos juntos, busca algo con lo que ocuparse.

—Sí, voy a Filadelfia para reunirme con Erin.

Niega con la cabeza y suelta un suspiro apenas audible.

—Pues claro que sí.

El doctor Borek cambia el peso del cuerpo de una pierna a la otra.

—Os dejo para que habléis. Que no se te olvide pedir cita para dentro de unas semanas. Quiero ver cómo va esa muñeca antes de que empieces la fisioterapia.

Wyatt da media vuelta y se aleja.

Nos subimos a la camioneta, y Wyatt no pierde tiempo en ponerse en marcha. Conduce en silencio los veinte minutos que tardamos en llegar a casa. La tensión se masca en el ambiente. Tengo la sensación de que no vamos a escapar indemnes de la discusión que se está fraguando.

No le he hablado del viaje por la sencilla razón de que me evita a todas horas. No puedo contarle nada cuando se niega a reconocer mi presencia.

Llegamos al camino de entrada y para el motor.

—Ya no sé cómo seguir con esto.

Lo miro y suspiro.

—Yo tampoco.

—¿Pensabas decirme que ibas a volver?

—¿Pensabas hablar conmigo en algún momento? —Le devuelvo la pelota a su campo.

—Sí que hablamos.

—Y una mierda. —Cruzo los brazos y me trago las lágrimas—. No hablamos. No vuelves a casa, ya no me llamas durante el día y llevas semanas sin dormir a mi lado. Seguro que ya ni te acuerdas de la última vez que me besaste. Pensé que te alegrarías de que me fuera una temporadita.

—Ya te he dicho que ahora mismo no puedo —protesta.

—Y lo entiendo. Sé que te estás enfrentando a esto de la única manera que eres capaz, pero me estás dando la patada. Pensé que si me iba una temporada a Filadelfia, tendrías el espacio que los dos necesitamos.

—Y luego ¿qué? —Le cambia la voz—. ¿Luego regresas sin más?

Estoy a punto de perder los nervios. Estoy harta de mostrarme comprensiva y paciente. Estoy harta de tener la sensación de que he hecho algo mal y de que tengo que ir con mucho cuidado. A lo mejor lo que sentíamos el uno por el otro sí se debía al bebé. De ser así, mejor averiguarlo ahora mismo. ¿Me dolerá dejarlo? Ajá. Pero el Wyatt del que me enamoré murió junto con nuestra niña.

—No lo sé, Wyatt. ¿Tengo motivos para volver?

Golpea el volante con una mano.

—¿Ahora te vas a poner a hablar con acertijos?

—Lo que tenemos —digo, señalándonos—... era algo especial. Me enamoré de ti. Quiero quedarme y formar una familia. ¡Te quiero!

Menea la cabeza sin parar.

—No. No es verdad.

—¡Sí que es verdad! ¡Te quiero! Lo único que me apetece es que dejes de discutir conmigo. Aquella noche me dijiste que te estabas enamorando de mí. Me moría por decirte lo mismo, pero no sabía si estaba loca. ¡No me digas que no te quiero!

No es justo. Nos iba muy bien. Éramos felices. Íbamos a tener una vida juntos y a formar una familia... y ahora estamos destrozados. No me cree.

—Me estaba enamorando de ti.

—¿Y ya no? —No sé por qué lo he preguntado. De verdad que no lo sé. En el fondo, ya sé lo que me va a contestar.

Los ojos castaños de Wyatt brillan por las lágrimas.

—No.

Y con ese monosílabo, los frágiles fragmentos de mi corazón se desintegran.

—¿Sabes qué? —Ya no contengo el llanto—. He tardado treinta y seis años en permitirme enamorarme de un hombre. Creía que, cuando por fin lo hiciera, me enamoraría de alguien especial. Aunque has conseguido destrozarme sin ayuda de nadie, no cambiaría nada. —Por fin comprendo las palabras de Presley—. Te entregaría mi corazón de nuevo, aun a sabiendas de que iba a acabar así.

Abro la puerta de la camioneta y entro en casa. No echo la vista atrás porque no merece la pena. Ya se ha ido.

—¿Wyatt? —lo llamo en la oscuridad. Son las tres de la madrugada y no está en casa. Lo busco por todas partes, pero no parece que haya vuelto. Después de la discusión, se fue. No he intentado llamarlo por teléfono. Tampoco tenía ganas. Me ha hecho mucho daño, pero me resulta raro que no esté en casa.

Compruebo si está la camioneta, pero nada.

Lo llamo al móvil, pero salta el buzón de voz.

¿Dónde narices se ha metido?

No quiero preocupar a nadie, pero soy incapaz de controlar el mal presentimiento que se apodera de mí. Pasa algo.

—Oye, ¿va todo bien? —La voz somnolienta de Trent me llega desde el otro lado de la línea.

—Siento despertarte, pero Wyatt y yo hemos discutido, y se fue hace horas. Por casualidad no estará contigo, ¿verdad? —Empiezo a dar vueltas de un lado para otro—. Es que me tiene preocupada.

Trent carraspea.

—No está aquí. Al menos, no que yo sepa. Espera que mire.

Me quedo a la espera y luego me dice que Wyatt no está allí.

—¿Puedes prestarme tu coche? Tengo que encontrarlo. —Detesto pedirselo, pero seré incapaz de volverme a dormir sin saber si está bien.

—Ya lo busco yo. Tú quédate en casa por si vuelve.

—No lo está llevando nada bien —le digo.

Trent suelta un suspiro tristón.

—Lo sé, Ang. El otro día intenté hablar con él, pero me mandó a la mierda. Nunca lo he visto así. Zach y yo no sabemos qué hacer. Pero lo conozco y ya se enderezará. Se siente responsable por haberte hecho daño.

—¡No fue culpa suya!

—Lo sé. Lo mismo que tú. Es Wyatt quien no lo acepta.

Se me encoge el corazón al pensar en él. Se ha portado fatal, pero solo atino a ver al hombre que me preparó café, hizo cupcakes, me enseñó a pescar y me llevó a aquella maravillosa casa. Era el hombre que me hacía sentir que valía mi peso en oro. En tan solo unos meses, me enseñó lo maravillosa que podía ser la vida al lado de otra persona.

Ese hombre sigue ahí. Porque me niego a creer, ni por un segundo, que este Wyatt es el auténtico.

—¿Lo buscarás por mí, Trent?

—Sí. Y luego podrás darle una paliza por haber tenido que despertarme.

Me echo a reír.

—Trato hecho.

Media hora después, Wyatt entra dando tumbos. Me mira a los ojos cuando me ve delante de la puerta del dormitorio.

—¿Sigues aquí? —me pregunta con lengua de trapo.

Genial. Está borracho como una cuba.

—¿Dónde has estado?

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Que qué me importa? —le replico, cabreada—. Estaba muy preocupada. ¿Dónde has estado?

—Por ahí.

—Muy bonito —resoplo.

—¿Qué más da? Te vas a ir y lo nuestro se ha acabado.

—¿Ahora me vas a soltar que nunca me has querido? ¿Me vas a decir que todo lo que sentimos, todo lo que compartimos, fue mentira?

Se acerca más, y huelo el alcohol y el perfume barato.

—Nada fue mentira hasta que yo lo destruí todo. —Me señala el pecho—. Y tú estás mejor donde siempre quisiste estar. Te estoy haciendo un favor.

—¿Al echarme de tu lado?

Wyatt levanta los brazos y, luego, los deja caer.

—Es lo que he estado intentando decirte, nena. Te dejo marchar. Ya podemos seguir nuestro camino. ¡No es necesario que sigas mirándome para ver al hombre que lo destruyó todo!

—No tienes ni idea de lo que dices. —Lo miro fijamente a los ojos.

Él parpadea y aprieta los labios.

—Sé muy bien lo que digo.

—Estás borracho.

—¡Ajá! —Se echa a reír—. No siento nada, por fin. Puedo respirar y verlo todo bien.

Pongo los ojos en blanco y hago ademán de alejarme, pero Wyatt me coge de la muñeca y me pega a él. Cuando nuestros cuerpos se tocan, se me acelera el corazón. Es la primera vez que me toca desde hace semanas. Nos quedamos paralizados un segundo, aspirando el aroma del otro. He echado de menos sus caricias. He ansiado que me pegara a él de esta forma, pero duele demasiado. Veo el dolor reflejado en su mirada. No sé hasta qué punto está borracho o si lo recordará por la mañana, así que decido sincerarme.

—Te quiero. Sé que estás sufriendo. Sé que crees que todo es culpa tuya... —le digo al tiempo que le acaricio el mentón con los dedos, notando el asomo de barba que le cubre la piel—. Pero no es verdad. Fue un terrible accidente en el que los dos perdimos algo valiosísimo. Pero por ti habría renunciado a mi antigua vida, no por Faith, sino porque te quiero. —Wyatt cierra los ojos, y veo cómo se le escapa una lágrima—. No creo que seas este hombre. Este hombre furioso, dolido y tonto que sale y se emborracha hasta casi perder el conocimiento. Eres el hombre que sacó toda su ropa del armario para dejarme espacio. El que aprendió a preparar mi bebida preferida. El que se acostó a mi lado en la cama y dejó que le empapara la camisa con mis lágrimas. El hombre que me llevó a pescar y que me enseñó que podía relajarme. El hombre del que me enamoré quería que nuestra primera vez como pareja fuera especial. Se abrió paso a través de una dura coraza para conseguir que me enamorase de él. —Bajo la mano que tengo en su barbilla hasta dejarla sobre su corazón—. El hombre que tengo delante no es él. Te suplico que lo encuentres. Que lo encuentres antes de que este nuevo hombre se quede solo.

Wyatt me seca una lágrima.

—Vas a irte de todas formas. Como ibas a hacer desde el principio.

Niego con la cabeza.

—Solo voy a estar fuera una semana. Está en tu mano que vuelva.

Pego los labios a los suyos. Soy incapaz de contenerme. Lo he echado muchísimo de menos. El beso se vuelve más apasionado cuando él se relaja un poco. Me toma la cara entre las manos mientras me pega a él. Le sujeto la cara, manteniéndolo contra mí mientras el corazón me da un vuelco porque

esto puede ser el final. Porque puede ser nuestro último beso. Intento no pensar en eso, pero tengo emociones encontradas.

Lo quiero, pero me está haciendo daño.

Quiero salvarlo, pero no me deja.

Quiero aferrarme a él, pero me está alejando de su lado.

Empieza a aflojar los brazos, y yo lo sujeto con más fuerza.

«No. Abrázame», le suplico en silencio.

—Déjame quererte, Wyatt.

Él apoya la frente en la mía.

—Déjame marchar antes de que te haga más daño.

—Eso es lo que me hace daño —susurro—. Si quieres algo, tienes que luchar por conservarlo. Lucha por mí. Lucha por lo que podríamos tener.

Levanta la vista al techo al tiempo que baja los brazos.

—No me quedan fuerzas para luchar y no te quiero. Vuelve a casa, Angie.

Wyatt

*T*engo un dolor de cabeza acojonante. ¿Cuánto bebí anoche? Me froto una sien mientras intento recordar qué pasó.

Recuerdo llegar al bar, beber un montón de chupitos y ver a Beau, el tío que no salvó a Faith. Debería haber hecho algo más. Recuerdo que se lo dije y, después, creo que apareció mi hermano.

Abro los ojos y echo un vistazo alrededor. Capto que algo ha cambiado, pero la resaca es tan fuerte que me importa una mierda.

Cojo el móvil para ver la hora. ¡Joder! Son las tres de la tarde y tengo cuatro llamadas perdidas. Dos de Presley, una de Trent y otra de mi madre. Tiro el móvil al sofá y me tapo los ojos con un brazo. No quiero saber nada de ellos. Los tres van a decirme que estoy haciendo el capullo... como si no lo supiera ya. Pero parece que no puedo evitarlo.

—¡Abre la puerta, gilipollas! —oigo que grita Presley.

A ver si se va.

—¡Joder, Wyatt Hennington! —chilla.

Me incorporo y apoyo la cabeza entre las manos. Ahora mismo no estoy para esto.

—Sé que estás ahí. —Le da una patada a la puerta.

La cosa va a acabar mal. Me levanto, abro la puerta y la descubro tan cabreada que retrocedo solo por la fuerza de su mirada.

—Buenos días, vaquera.

—¡Ni se te ocurra! —Me empuja en el pecho con esas manos tan pequeñas—. ¡No me hables! Ahora mismo te daba de hostias. Esto es increíble. ¿Quién eres? ¿Crees que eres el único hombre que ha tenido que enfrentarse a la muerte de un hijo? ¿Estás usando la cabeza ahora mismo? Porque yo creo que

no. ¡Ni siquiera estás pensando! No puedo creer que le dijeras todas esas cosas. ¡No puedo creer que la hayas dejado marchar! —me grita, echándome la bronca y golpeándome al mismo tiempo.

—¿De qué coño estás hablando?

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad? —grita, hecha una furia.

—Presley. —Suspiro—. No sé por qué me estás gritando.

—Wyatt, mira a tu alrededor. Échale un vistazo a tu casa y luego me lo cuentas, imbécil.

Me tomo un segundo para tratar de interpretar la sensación de que algo ha cambiado. Todo está como siempre, pero no lo está. La foto de Presley y Angie que estaba en la repisa de la chimenea ha desaparecido. La manta que Angie se trajo de su casa, que estaba sobre el respaldo del sofá, también. Pequeños detalles que ella trajo y que ahora no están.

Los pies me llevan al dormitorio, donde abro el armario. No hay nada suyo. No hay ropa colgada. Corro al cuarto de baño y descubro que todos los productos femeninos han desaparecido. Se ha ido.

Y, entonces, recuerdo lo que pasó cuando llegué a casa. Son retazos, pero la discusión la recuerdo entera. Sus súplicas y el comentario con el que le puse punto final a todo. Le hice creer que nunca he sentido nada por ella.

Mentí.

Y se ha ido de verdad.

En el fondo, sabía que esto iba a pasar. Era la vida que ella quería y estaba intentando ofrecerle un motivo para que me dejara. Hacerle daño va en contra de todos mis principios, pero mantenerla a mi lado era egoísta. Angie creía que me quería. Sé que le encantaba cómo era su vida antes de conocerme. Cuando perdimos a Faith, no había razón alguna para que se quedara.

Vi el adiós en cuanto abrió los ojos en la habitación del hospital.

Lo que he hecho ha sido ayudarla a acelerar la despedida.

—Sí. —Presley está apoyada en la jamba de la puerta, con los brazos cruzados—. Buen trabajo.

—Iba a irse de todas formas —digo, intentando disimular el dolor que siento.

—No, Wyatt. No iba a irse.

—¡Lo vi claro! —replico, alzando la voz y asqueado conmigo mismo—. Le di la salida que necesitaba.

Presley entra en el dormitorio y se detiene delante de mí.

—Nunca la he visto llorar así. Jamás. No lo hizo cuando murió su hermano, ni por las burradas que le dice su madre, ni siquiera por perder a Faith. Nunca había visto a mi mejor amiga tan destrozada. No podía hablar. No podía respirar. Se limitó a acurrucarse y a preguntarme qué debía hacer. —Sus ojos verdes relucen, asqueados—. Después de conseguir que se calmara, me contó lo que le habías dicho. Así que le dije que sacara un billete de avión y se largara. Te conozco, Wyatt. Sé cómo eres, pero esto... —Resopla—. Tú no eres así. Pero la has perdido. Bien hecho, colega. Espero que este fuera tu plan. Y mira que pensé que la querías. Pensé que solo estabas dolido y cabreado. Pero resulta que me equivoqué.

—¡Sí que la quiero! —grito—. ¡La quiero tanto que le he dado lo que ella quería y me he matado en el proceso! ¡Vete a la puta mierda, Presley! No sabes lo mal que lo he pasado. —Me desahogo y después me siento en la cama y me sujeto la cabeza entre las manos—. ¡No tienes ni idea!

—¿Ah, no? —me suelta, en plan borde—. ¡Yo lo perdí todo! Encontré a mi marido ahorcado en el cuarto de baño mientras mis hijos estaban en la planta baja. Yo también sé lo que es perder a un ser querido. No te atrevas a decirme que no sé lo que es.

Ella no tuvo la culpa. La muerte de su marido no pesa sobre su conciencia. En mi caso, sí. Esa es la parte sobre la que nadie puede darme consejos. Porque yo la vi perder al bebé. Yo conducía el coche. Yo fui quien debería haberla sacado antes.

Dejarla marchar es lo menos que puedo hacer por ella.

—¿Tú fuiste responsable? —replico—. Porque yo sí lo soy.

Niega con la cabeza.

—Ah, lo siento. No sabía que podías controlar los movimientos de los animales. ¡Ahora resulta que eres el hombre que susurra al oído de los ciervos! Y yo que pensaba que eras un tío normal y corriente... —Resopla—. ¿O eres familia del dios del clima? Seguro que tú tuviste la culpa, claro, porque eres una criatura mágica. Madre mía, ¿de verdad eres tan tonto?

—¡Yo tuve la culpa, joder! —grito.

—No. No tuviste la culpa de nada. Solo eres culpable de lo que has hecho después del accidente. La alejaste de ti. Le has roto el corazón para poder seguir haciendo el gilipollas tú solo. Y te digo más: te ha salido redondo, que lo sepas.

Se me cae el alma a los pies al verme enfrentado a la verdad. Presley tiene

razón. No he perdido a Angie. Yo la he alejado. He hecho todo lo posible para que me dejara. Pero si se hubiera quedado a mi lado, ¿era lo que de verdad quería hacer con su vida?

En una ocasión, me dijo que no quería casarse conmigo por obligación. Yo tampoco quiero que se quede a mi lado por ese motivo.

—Es lo mejor —digo, en un intento por convencerme.

Presley resopla y niega con la cabeza.

—¿Sabes qué? Tienes razón. No te la mereces.

—Lo sé.

Presley abre la boca por la sorpresa.

—¿De verdad lo crees? ¿De verdad crees que no mereces ser feliz por haber tenido un accidente?

—Creo que un hombre debe hacer todo lo posible para asegurarse de que su mujer sea feliz. Creo que Angie me quería porque se veía en la obligación de hacerlo. Me habría casado con ella, Pres. Quería casarme con ella. Hasta que hizo varios comentarios sobre cuándo iba a volver a casa.

Presley se sienta en la cama, a mi lado, se pasa las manos por la cara y luego me da una colleja.

—No se puede ser más tonto.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Cómo quieres que supiera si lo que había entre nosotros era real? Si ni siquiera ella lo sabía.

—De la misma manera que vas a saber si quieres arreglar esto o no. —Me da unas palmadas en el muslo—. No sé si serás capaz de hacerlo. La has cagado, pero bien. Le has dado un palo tremendo a alguien que jamás había permitido que otra persona tuviera ese poder sobre ella. Ganártela de nuevo...

—Se pone de pie, se aleja hasta la puerta y se para—. Escúchame bien, yo también he hecho y he dicho burradas mientras estaba deprimida. No voy a criticarte. Pero sí voy a decirte que un hombre demuestra su valía si sabe comportarse después de haberle hecho daño a la mujer que ama. Si eres el hombre que creo que eres, dejarás la tontería esta del sacrificio que estás haciendo y la querrás sin reserva. No te contengas, Wyatt. En la vida no hay nada seguro. Si te enamoras de una persona, aférrate a ella, porque puede desaparecer al día siguiente. Creo que tú y yo lo sabemos muy bien. —Y con esas palabras se marcha y me deja rumiando lo que ha dicho.

Eso era lo que no quería oír. Sabía, o creía saber, lo que Angie quería. Y lo último que me apetecía era mantenerla aquí a la fuerza. La pérdida de nuestra

hija fue la salida que ella necesitaba. Así que he hecho lo que siempre hago: convencerme de que si la quería, debía dejarla marchar. ¿Cómo he podido estar tan ciego?

Ahora no sé si podré recuperarla.

La he cagado.

Pero bien.

Angie

—¿Qué te parece? —me vuelve a preguntar Erin. No han pasado ni dos semanas desde que volví a Filadelfia, pero Erin se alegra de tenerme de vuelta. No ha dejado de comerme la cabeza para que busque nuevos locales. Supuse que no había necesidad de posponerlo, así que hoy me va a llevar a ver sitios nuevos.

—Está bien.

Erin se planta delante de mí.

—Has dicho lo mismo de todos los locales. Uno de ellos era un cuchitril.

—Porque cualquier cosa que escojas estará bien, Erin.

No tengo ganas de nada. Me he dejado el corazón en Bell Buckle, donde lo están machacando.

Cuando llegué a casa, creía que unos cuantos días bastarían para volver a la rutina. No imaginaba que tendría la sensación de que me habían vaciado por completo. Nada parece igual. Ni siquiera me sabe bien el café de Starbucks. Nada me sabe bien. Echo de menos el aire fresco, las suaves colinas y a ese terco gilipollas. Sobre todo, detesto que Faith esté enterrada allí y que yo esté aquí. No puedo ir a verla. No puedo hablar con ella en la colina.

Estoy más sola que antes.

Mi cuerpo no se está recuperando. Me duele todo, soy incapaz de comer y solo quiero dormir.

—Angie, me tienes preocupada. —Me pone una mano en el brazo—. Creo que deberías hablar con alguien.

—Solo estoy triste.

—No puedo decirte que te entiendo, porque nunca he pasado por algo así, pero quiero que sepas que estoy aquí si quieres desahogarte. —Es un encanto

de persona. Por eso la contraté. No solo porque es inteligente, sino porque tiene un corazón de oro.

—Te lo agradezco.

La verdad es que no quiero hablar. No hay nada más que añadir. Me he enamorado de un hombre que no me corresponde. De hacerlo, me lo habría demostrado. Porque lo necesitaba. Sí, estaba físicamente presente, pero se alejó en cualquier otro aspecto.

De haberme quedado, no habría cambiado nada. Me lo dejó muy claro.

Han pasado catorce días y ni una sola palabra.

He tenido que luchar contra el impulso de llamarlo o de mandarle mensajes, pero me juré que me metería el destrozado corazón en el pecho con la esperanza de que volviera a latir algún día. No creo que eso vaya a pasar si lo llamo y oigo su voz.

—¿Quieres que pidamos algo de comer? —me pregunta Erin.

—No tengo hambre.

—Angie. —Suspira—. Aquí no eres feliz.

No soy feliz, punto. ¿Quién iba a decir que un corazón roto dolería tanto? Siempre creí que la gente exageraba. Nunca entendí que no pudiera seguir con su vida cuando una relación terminaba. Ahora lo entiendo. Vaya que si lo entiendo.

—Tengo la sensación de que lo he perdido todo —le digo—. Sé que no es verdad. A ver, tengo la pastelería, y os tengo a ti, a Presley y a los niños. Seguro que ya se me pasará.

—¿Has pensando en llamarlo?

Todos los putos días.

—Le dejé muy claro lo que sentía. Y él también me lo dejó clarísimo.

Le prometí a Presley que la vería dentro de unos meses. No sé cómo narices me las voy a apañar, pero asistiré a su boda. Tengo que buscar la manera de ir y aguantar el tipo cuando lo vea.

Supongo que voy a ingerir una cantidad considerable de alcohol.

—Odio lo que te ha pasado. —La dulce voz de Erin intenta consolarme—. No quiero presionarte si no estás preparada.

Cuando perdí el bebé, Erin se mostró muy comprensiva. Me explicó que quería avanzar, pero conforme fue pasando el tiempo, lo entendió. Creo que tuvo mucho que ver el hombre del que se está enamorando hasta las trancas, pero no voy a decírselo. Ella es feliz, y yo me alegro por ella.

Echo un vistazo por el local vacío y pienso que representa muy bien lo que siento. Me siento vacía.

—Bueno, no tenemos que hacer nada si no queremos. Estamos en una situación muy buena. La tienda es autosuficiente con la nueva gerente. Si queremos expandir el negocio, podemos hacerlo, o también podemos quedarnos como estamos.

El móvil de Erin suena y, a juzgar por la sonrisa que pone, sé que es el chico con el que está saliendo. Levanta un dedo para indicarme que será un momento y salgo a la acera. Es una ubicación estupenda y está más cerca del centro que el otro local. También está más cerca de mi apartamento. Media no está lejos para mí, pero me encantaría poder ir andando al trabajo si me apetece.

Retrocedo un paso y choco con alguien.

—¡Lo siento! —digo, pero me encuentro con los ojos de un conocido.

—¿Angie? —Nate sonrío.

—Nate. ¡Hola!

—Has vuelto. —Se acerca y me abraza—. Me preguntaba qué tal te iba. — Me mira la barriga, que debería estar abultadísima. La última vez que supo de mí, estaba embarazada y me mudaba a Tennessee.

—Tuve un accidente —le explico antes de que me pueda preguntar.

Me mira con tristeza mientras le resumo lo que sucedió para que haya vuelto. Me coge del brazo y me lleva a un banco cuando se me quiebra la voz. Nos sentamos, y me esfuerzo por no perder el control.

—Lo siento muchísimo, Ang. —Niega con la cabeza—. ¿Sigues con el tío que...?

Me encojo de hombros, porque sé a qué se debe la indecisión a la hora de hacerme la pregunta.

—Conducía él y se lo ha tomado muy mal.

Asiente con la cabeza.

—La culpa es una compañera muy dura. Lo veo mucho con los padres. Creen que podrían haber hecho algo durante el embarazo o que hay motivos genéticos. Destroza muchas relaciones.

—Supongo. Ya está bien de hablar de mí. ¿Qué te cuentas? ¿Estás saliendo con alguien especial?

Nate se echa a reír.

—Todavía no he encontrado a una chica que sea capaz de aguantar mi obsesión por el trabajo. Yo también luché con la culpa. Cuando estoy en casa,

pienso en los pacientes a los que podría estar ayudando.

Hablamos un poco más acerca de lo que me he perdido, que no ha sido nada relevante. Me habla de los niños a los que ha tratado y de que hace poco perdió a uno. Le digo que alguna mujer va a darse de tortas por no haberlo encontrado antes y lo digo muy en serio.

—Háblame de... —dice, pero lo llaman al móvil—. Perdona un momento.

Se levanta y habla a toda prisa con alguien. Pienso en lo diferente que habría sido esta conversación de no haberme quedado embarazada. ¿Estaríamos almorzando juntos? ¿Habríamos seguido viéndonos siquiera? Quiero que encuentre a alguien y sea feliz, y no creo que yo haya sido alguna vez la mujer adecuada para él. Nate se parece mucho a mí en lo referente a mantenerse a salvo. «Sale» con mujeres que no quieren nada serio y se convierte más en un amigo que en un amante.

No se parece en nada a Wyatt. No, ese hombre se abrió paso a codazos en mi corazón. Me obligó a ver cómo podía ser la vida si se amaba a alguien. Cómo mejora todo. Cómo parece más real. Luego, me enseñó lo mucho que duele cuando te lo arrebatan.

«No voy a llorar. No voy a llorar.»

Nate termina de hablar y vuelve a mi lado.

—No me gusta dejarte, pero tengo que volver al hospital.

—Tranquilo. —Sonrío.

—Me he alegrado mucho de verte. —Me besa en la mejilla y añade—: ¿Quedamos para cenar?

Lo último que quiero es darle falsas esperanzas.

—Tal vez. —Sé que ha captado el recelo de mi mirada.

—No me refiero a eso. Pero hemos sido buenos amigos, Ang.

Y es verdad. Era lo que más me gustaba de él. Nunca podríamos ser algo más, pero es un buen hombre.

—Siempre seremos amigos —le prometo—. Deberías irte.

—Si necesitas algo...

—Sé dónde encontrarte —termino sin pensar. Es lo que siempre me dice cuando se va y, aunque sé que no voy a llamarlo, es un bonito detalle por su parte.

Erin sale y se coge de mi brazo.

—Vamos a por unos cupcakes y a hablar de lo que queremos hacer.

Miro la espalda de Nate mientras se aleja.

—Vale. Es hora de que tomemos una decisión.

Tengo que olvidarme de lo que pudo haber sido. Wyatt me dejó marchar, y ahora yo tengo que hacer lo mismo.

Es hora de pasar página. No quiero amar a alguien que no me quiere.

—¿Has perdido el bebé y no me llamaste? —Mi madre parece estupefacta.

—No. No creía que fuera a importarte.

He tenido un día infernal. Así que me he dicho que bien podría rematarlo como se merece. Erin y yo decidimos no hacer una oferta por el local. Empezaron a regatear como locos. No merecía la pena gastar el coste adicional de las reformas cuando estaban intentando sacarnos hasta el último centavo. Luego, me manché de café el vestido blanco. Se me enganchó el tacón en una alcantarilla y me eché a llorar cuando sonó «Rhinestone Cowboy» en la radio.

—Angelina —me regaña—. Pues claro que me importa. Era mi nieto.

—No, mamá. No sabías si era niño o niña, ni te importaba. Me dijiste cosas horribles y me trataste como a una mierda, y ya me he hartado. —He cogido impulso, así que voy a soltarle todo lo que pienso—. A ver, estoy harta de que me tengas por tu chivo expiatorio. Lo he soportado toda la vida. Creía que si aguantaba el tiempo suficiente, pararías, pero no ha sido así. No te importo. No te importa el bebé que he perdido ni el hombre que no me quiere. No te importa nada. Así que se acabó.

—¿Cómo dices? —pregunta, sorprendida.

—Ya no voy a seguir con esto.

He descubierto que no es la clase de relación que quiero. Mi madre es una persona tóxica, y no pienso dejar que su odio me siga contaminando. Mi vida no le pertenece para que la pueda arruinar a su antojo. Ya me la he arruinado yo solita muy bien.

—¿De verdad piensas así de mí? —¿En serio no cree lo que le digo? Parece imposible.

—Mamá. —Me niego a pasar por esto—. Si de verdad no sabes las cosas que nos has hecho a mí, a Todd, a Presley y sabrá Dios a quién más, tienes un problema muy gordo. Te has portado fatal conmigo desde tu cáncer. Siento que enfermaras. Siento muchísimo que la vida te pusiera esa piedra en el camino, pero yo también tengo problemas. He perdido a la niña a quien quería y a

quien no he podido conocer. La sostuve entre mis manos, la quise, lloré sobre su cuerpecito y la enterré. Luego, por culpa del espantoso dolor, también perdí a Wyatt. Pero lo más significativo de todo es que ni se me pasó por la cabeza llamarte. ¿Qué crees que implica eso?

Sé muy bien lo que significa: que mi madre no es alguien con quien pueda contar.

—Voy a fingir que son la rabia y el dolor quienes hablan.

—Finge lo que te dé la gana. —Me encojo de hombros. Me da igual lo que tenga que decirse para dormir por las noches. Empiezo a asimilar que nunca va a quererme, así que voy a dejar de esperar a que lo haga.

—Ya hablaremos cuando no te muestres tan a la defensiva.

Me echo a reír.

—Vale, mamá. Lo que tú digas.

No va a cambiar en la vida. Y yo nunca voy a aceptarlo. Es triste, porque jamás querría tener semejante relación con Faith. No digo que mi madre y yo pudiéramos haber sido como Rory y Lorelai Gilmore, pero al menos podríamos ser amigas. Yo nunca habría tratado a Faith como si fuera una carga para mí. Ninguna niña debería crecer con la certeza de que es insignificante.

La llamada se corta, y me dejo caer en el sofá. Han pasado diecisiete días desde la última vez que oí la voz de Wyatt. Creía que, a estas alturas, me resultaría más fácil.

En cambio, estoy peor que el día que me marché de allí.

Cierro los ojos e intento sacármelo de la cabeza. No puedo dejarme atrapar en un mundo al que no pertenezco. Es una tontería pedir deseos que nunca se van a cumplir. Pero parece que soy incapaz de reprimirme. Sus ojos castaños dominan mis pensamientos. Su forma de sonreír cuando tramaba algo, o cómo hablaba cuando estaba preocupado. Sobre todo, pienso en la sensación de estar entre sus brazos. La felicidad y la seguridad que me proporcionaba con su mera presencia.

Toc, toc, toc.

Uf. No debería haber tomado estos derroteros.

Voy a la puerta y la abro.

—Hola, ¿qué haces aquí?

Nate está al otro lado, vestido con la ropa del hospital, una bolsa de comida para llevar y un paquete de seis cervezas en las manos.

—Sé que dijiste que tal vez, pero tenía hambre y he acabado aquí.

Como no quiero ser grosera, le abro la puerta del todo.

—Gracias. —Sonrío—. Pasa, me muero de hambre. Y los dos tenemos que comer, ¿no?

—Exacto.

¿Qué tiene de malo? Nate es uno de los pocos amigos que tengo y solo vamos a cenar. Me vendrá bien alguien como él ahora mismo, aunque me haya visto desnuda.

—*U*n momento, ¿me estás diciendo que la niña sobrevivió? —pregunto mientras abro otra botella de vino. Nate y yo hemos acabado cenando y, después, nos hemos pasado a la bebida. Por suerte, la chica que me ha estado cuidando la casa mientras yo no estaba no se lo ha bebido todo.

La relajación que siento es estupenda, no pienso negarlo. Estoy acurrucada en el sofá, con unos pantalones cortos y una sudadera ancha. Me he recogido el pelo en la coronilla y tengo una pinta espantosa. Pero Nate no me ve como un posible rollo, solo es un amigo.

La normalidad de esta noche me ha venido bien.

—Sí, sobrevivió.

—¡Qué fuerte! Si has dicho que sufrió un paro cardíaco. —Me sirvo otra copa de vino.

—Te juro que fue espeluznante. Pero no sé cómo conseguimos cortarle la hemorragia. —Coge otra lata de cerveza del paquete de seis que ha traído—. El corazón es un órgano sorprendente.

—Sí. —Resoplo—. Y el más fácil de herir.

Me aferra una mano.

—También es el más fuerte. He visto corazones en tal mal estado que jamás pensé que se recuperarían. Pero se recuperaron.

Le agradezco lo que intenta hacer. La esperanza que le está inyectando a ni renegrido corazón. A veces, no hay manera de recuperar un alma destrozada por más esperanza que se tenga. Así que, en vez de permitir que la velada acabe como el rosario de la aurora, cambio de tema.

—Me alegro de saberlo. —Le guiño un ojo.

Él se ríe entre dientes.

—Te he echado de menos, Ang.

Me apoyo en el respaldo del sofá, sin saber bien qué decir.

—Nate. —La verdad es que yo no he pensado en él ni una sola vez. En cuanto empecé a enamorarme de Wyatt, dejé de añorar todo lo relacionado con Filadelfia. Era feliz. Me enamoré, y no solo de Wyatt. También de su mundo y de su familia. Sentí que encontraba mi lugar allí.

—No. —Coloca una mano sobre la mía—. Sé lo que estás pensando, y no es eso lo que intento. Sé que estás pasando por un mal momento. No intentaba presionarte.

—Ahora mismo ni siquiera me planteo volver a... —Me llevo una mano al pecho. No puedo pensar en otro hombre—. No sabía que la noche iba a ir por ahí.

—Lo sé, y no era mi intención. Sabía que estabas triste, yo tenía hambre y supuse que te vendría bien un poco de compañía. No pretendía molestarte —me asegura—. Es el alcohol. No debería haber dicho eso.

—Por la boca muere el pez —bromeo.

—La belleza está en los ojos del que mira —replica él.

Suelto una risilla tonta.

—Es imposible cansarse del vino —bromeo.

—Los borrachos y los niños siempre dicen la verdad.

Se me cae el alma a los pies. Sé que no lo ha dicho con intención alguna, pero si el refrán es verdad... todo lo que Wyatt me dijo era cierto.

Porque estaba borracho como una cuba y carecía de tacto. El último rayito de esperanza al que me aferraba se desintegra.

Vuelvo la cabeza para ocultar las lágrimas.

—Acabo de recordar que he quedado mañana temprano con Erin —miento. En cuanto recobro la compostura, lo miro—. Tengo que acostarme.

Nate mira la hora en su reloj de pulsera y luego me mira de nuevo.

—Me voy. Los turnos siempre empiezan antes de tiempo.

Lo acompaño a la puerta y le doy las gracias por la cena. Le prometo que lo llamaré pronto, pero creo que tendremos que establecer unos límites firmes. Después de que se vaya, empiezo a recoger los platos de la cena, pero lo dejo para mandarle un mensaje de texto a Presley. Haberla visto a diario durante estos meses me ha recordado lo mucho que me gusta tenerla cerca.

YO: Te echo de menos.

PRESLEY: ¡Yo más! Los niños me están volviendo loca con la boda.

Logan y Cayden han descubierto su faceta traviesa. Presley está más que ocupada con esos dos. Además, el que pronto se convertirá en su padrastro es un niño grande. Y los alborota más que nadie.

YO: ¿Qué han hecho ahora?

PRESLEY: ¡Están locos! Han llamado a tu madre para invitarla.

Dios mío, no. Ojalá no vaya. Aunque no creo que lo haga. Después de la muerte de Todd, mi madre tachó a Presley de la lista, culpándola por lo que sucedió y diciendo que una «verdadera esposa» habría visto indicios. Porque ella no puede creer que Todd mintiera más que hablaba, claro que no.

YO: Por favor, dime que no va. No creo que sea capaz de verte a ti y a Wyatt a la vez.

PRESLEY: ¡No! Me ha dicho que siente mucho no aceptar la invitación, pero que como no se lo hemos dicho con tiempo, no puede organizarse.

YO: ¡Ja! Típico de ella. Todavía faltan dos meses. Es la leche.

PRESLEY: ¿Cómo estás? ¿Qué habéis decidido sobre la expansión?

En realidad, lo que quiere decir es: «¿Sigues llorando todas las noches? ¿Lo echas de menos? ¿Por qué no vuelves?».

Y mis respuestas serían: «Sí. Sí. Porque no soy un felpudo».

En cambio, respondo:

YO: Estoy bien. Erin y yo hemos decidido esperar.

Alguien llama tres veces a la puerta y me levanto del sofá de un salto. Estoy segura de que Nate se ha olvidado algo.

—¿Se te ha olvid...? —dejo la pregunta en el aire al verlo.

Ese pelo oscuro, esos claros ojos castaños, esa barba de dos días y esa camisa verde con los vaqueros ajustados me dejan sin aliento. Mi memoria no ha conseguido guardar con exactitud su aspecto físico. Mis recuerdos palidecen en comparación con la realidad.

Wyatt Hennington está en mi puerta, robando todo el espacio disponible.

Al principio, siento alegría. Ha venido. Está en Filadelfia y es evidente que ha venido a por mí. He soñado con este momento noche tras noche, y por fin ha venido. Pero luego me asalta otra emoción: la confusión. ¿Por qué narices ha venido? Permitted que me fuera hace tres semanas. ¿Se ha perdido y ha acabado aquí? No lo entiendo. Me dejó muy claritos sus sentimientos. Cada día que se

ha mantenido alejado ha sido por decisión propia... ¿Qué ha cambiado para que venga?

Al final, se asienta la emoción predominante: la ira. ¿Ahora aparece? ¿De repente y sin mandar siquiera un mensaje? ¿Después de hacerme sufrir tanto durante todas estas semanas? Sí, pues que le den. Llega diecisiete días tarde.

—Ni de coña. —Y le cierro la puerta en las narices.

Apoyo la espalda en la puerta y me aferro al dolor y a la ira. Dos emociones con las que puedo lidiar. Se me acelera el corazón al pensar que está al otro lado de la puerta.

—Angie. —Llama de nuevo—. Nena, por favor, ábreme.

Me doy media vuelta y miro la puerta echando chispas por los ojos.

—No soy tu nena.

—¿Podemos hablar? —pregunta—. ¿Por favor?

—No. Vuelve a casa, Wyatt. No tengo nada que decirte. —Bueno, eso no es del todo cierto. Más bien es mentira. Abro la puerta de golpe y pongo los brazos en jarras—. ¿Sabes qué? Que sí tengo algo que decirte: Vete a la puta mierda y piérdete. No puedo creer que hayas tenido los santos cojones de aparecer así. Me prometiste que me ayudarías en todo momento. Que ibas a luchar para demostrarme lo mucho que debería quererte. Pues menos mal, so gilipollas. ¡Porque me dejaste tirada después de que perdiéramos a nuestra hija! Nuestra hija murió y no fuiste capaz de echarle huevos. Hasta aquí hemos llegado. Me he cansado de seguir llorando por ti, de esperar a que aparezcas y de intentar llenar este hueco tan grande que me has dejado en el corazón. ¡Paso de ti!

—Bien —dice y entra en mi casa—. Los dos nos hemos cansado de lo mismo.

—¿Ah, sí? ¿De qué?

—De esperar delante de tu puerta.

Retrocedo mientras él avanza. Y oigo el portazo a su espalda.

—Vete, Wyatt. Aquí no tienes nada que hacer.

—No. —Me mira a los ojos—. No me voy. Porque te quiero. Te quiero tanto que me duele, joder. Te quiero con toda el alma. No entendía por qué la gente decía chorradas como esta hasta que te conocí. Te llevo dentro de mí y he intentado dejarte marchar. Te alejé de mí porque creí que era esto lo que querías. Pensé que te estaba devolviendo la vida que echabas de menos. —Respira hondo por la nariz—. Y, después, dejó de importarme.

Mi mente intenta seguirle el ritmo a marchas forzadas. Me quiere. Yo ya lo sabía en el fondo, aunque él intentó decirme lo contrario. Wyatt ha hecho mucho más que alejarme. Me ha destrozado el corazón. Ahora dice que me quiere, pero ¿dónde estaba todo ese amor hace tres semanas? ¿Cómo es posible que me quiera y se quede tan tranquilo mientras me ve hecha polvo? Aunque creyera que estaba haciendo lo correcto, se mantuvo de brazos cruzados. Y, ahora, lo tengo delante, diciendo todas estas cosas. Me pone como una moto el vaquero este.

—¿Que dejó de importarte? —Retrocedo otro paso mientras él avanza.

—Nena, no era yo. Dejó de importarme porque te hice daño y me lo hice a mí mismo en el proceso de hacer lo que me parecía correcto. Si estar lejos de ti duele tanto, no es lo correcto. No puedo dormir en esa casa sin buscarte. No puedo ir a los establos sin ver tu cara. No puedo entrar en la pastelería, porque espero que aparezcas detrás del mostrador. No puedo respirar sin ti, Angie.

Tiene razón en una cosa. Me ha hecho daño. La mujer que ama a este hombre detesta verlo así de mal. Hemos sufrido mucho. Pero a la mujer a la que este hombre hizo pedazos le importa una mierda.

No sé a cuál de las dos voy a hacer caso, pero sé que, de momento, no puedo aceptarlo, porque aún desconfío de él.

Porque, en el fondo, eso es lo que ha destrozado: mi confianza en él y en nosotros como pareja.

Me alejo de él y me llevo una mano al cuello. No sé cómo voy a hacer esto... otra vez.

—Deberías irte a casa.

—Mi casa está donde estás tú.

—No. —Levanto la mano para detenerlo porque da otro paso hacia mí—. Derribaste esa casa aquella noche. Le prendiste fuego a nuestra casa.

—Puedo reconstruirla. Te construiré una casa totalmente nueva.

—Déjalo, por favor.

Este es el Wyatt que recuerdo. El que decía las cosas adecuadas. Y sin planearlas. Porque es lo que le dicta el corazón.

La ira empieza a desvanecerse, aunque me aferro a ella todo lo posible. No puedo permitirle que aparezca como si tal cosa y me engatuse. Debo ser fuerte. No puedo soportar otras tres semanas como las que he pasado. Las lágrimas, los dolores de estómago, la apatía. Ha sido muy duro. Todavía lo es.

—Sé que te he hecho daño. —Me sigue al ver que retrocedo—. Sé que no he sido el hombre que necesitabas.

—Déjalo ya.

—No. Fui un imbécil. Angie, solo intentaba salvarte. Te quería tanto que quería que fueras feliz.

Resoplo.

—¿Y crees que eso funcionaba? Estaba hecha polvo, y tú ni siquiera me escuchabas. Te limitaste a hacer lo que te parecía correcto y ni siquiera prestabas atención a lo que yo te decía.

Se detiene delante de mí y me acaricia la barbilla.

—Te quiero.

—No sé si eso importa a estas alturas.

Me levanta la cabeza.

—Antes de que perdiéramos a Faith y de que consiguieras la cafetera para la pastelería, no paraba de pensar que ibas a irte de todas formas. No entendía por qué querías hacerlo. No parabas de repetir que necesitabas volver. —Niega con la cabeza y aparta la mano de mi barbilla—. Me pasaba los días esperando que me dijeras que querías quedarte.

—Te dije que teníamos que hablar —insisto—. Te pedí que me hablaras, pero tú pasaste de mí y dijiste que no te pasaba nada. Ya es tarde, Wyatt. Estoy cansada y he tenido un día espantoso.

Echa un vistazo por el piso, que está hecho una pocilga. Su expresión cambia de repente.

—¿Has tenido compañía?

Miro la cerveza de Nate, que sigue al lado de mi copa de vino.

—Sí. —Sé que esto va a cabrearlo, pero tengo claro que eso es problema suyo. Nate no habría venido a verme si Wyatt no me hubiera apartado de su lado. A lo mejor debería reflexionar al respecto—. ¿Importa?

Lo veo respirar hondo varias veces antes de que se acerque a mí, me sujete de las caderas y me pegue a su cuerpo.

—Sí que importa. Ni se te ocurra pensar que no he estado hecho polvo desde que te fuiste. Me he pasado los días enteros pensando en ti. —Me agarra con más fuerza—. Mi casa está donde tú estás y no pienso irme hasta que tú hayas vuelto al lugar que te pertenece. Me importa una mierda que haya otro hombre, porque sé que voy a recuperarte. Te demostraré que voy en serio. Conseguiré que vuelvas a quererme.

Y se apodera de mis labios al instante. Me besa con rudeza, con pasión y por sorpresa. No tengo tiempo para reaccionar antes de que se aleje. No sé qué decir. Me quedo como un pasmarote delante de él.

Y, después, me da un beso dulce antes de salir por la puerta.

En fin, la cosa no ha salido como yo pensaba.

—Buenos días, nena. —Wyatt está apoyado en la pared, justo al lado de la puerta de mi apartamento.

El susto que me llevo es tan grande que casi se me cae el bolso al suelo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto al tiempo que me cuelgo el bolso del hombro.

—Te he traído café. —Me ofrece un vaso de Starbucks. No tengo ni que probarlo para saber que es el que más me gusta. Me pregunto si sabrá igual que siempre después de que lo haya tocado él. Tan pronto como lo pienso, me dan ganas de darme de cabezazos contra la pared. No pienso ir por ahí—. Estás muy guapa.

Extiendo un brazo para aceptar la bebida de los dioses. Sus dedos rozan los míos y me veo obligada a contener un escalofrío.

La madre que lo parió.

Lleva sus vaqueros de siempre y la camiseta de cuello panadero remangada. Los brazos de un hombre tienen algo muy atractivo, sobre todo los suyos. Pero lo que más llama la atención es la ridícula hebilla del cinturón y el sombrero. En Tennessee entiendo que los lleve, aquí... no.

—Deberías irte a casa.

—Ya te lo he dicho. —Me sujeta por un codo y me da un beso en una mejilla—. Mi casa está donde estás tú.

—Wyatt, vete. Sé que te arrepientes. Estoy segura de que te remuerde la conciencia, pero esto se ha acabado. No puedes aparecer después de casi tres semanas y esperar que vuelva corriendo a Bell Buckle contigo. —Cruzo los brazos por delante del pecho para reafirmar mi postura. ¿Quién me asegura que no va a repetir lo que ya ha hecho una vez? No pienso hacer la tonta... de nuevo.

—Vivo aquí.

—Lo que tú digas.

Enfilo el pasillo. Tengo que ir a la pastelería. Hay un sinfín de cosas pendientes y necesito ponerme al día. Además, tenemos la oportunidad de promocionarnos gracias a los Eagles y quiero explorar esa posibilidad. Si consigo concentrarme, es posible que hasta coja el ritmo y me sienta cómoda otra vez.

Wyatt me sigue, pero paso de él. Sube al ascensor y sigo pasando de él. Cuando llegamos a la calle, me resulta desquiciante no hacerle caso, aunque lo consigo. Eso sí, después de que se suba al taxi que yo he parado... estallo.

—¡Ya vale! ¿Qué es lo que quieres? —le grito.

—Pasar el día contigo.

Está loco.

—¿Te ha convencido Presley de que hagas esto? ¿Es una costumbre sureña seguir a la persona que habéis dejado tirada o algo así?

Wyatt se ríe y extiende un brazo sobre el respaldo del asiento, por detrás de mí.

—Nena, he venido por ti. Voy a demostrarte lo mucho que me importas.

Gimo.

—No durarás ni una semana. Esta ciudad te comerá vivo.

Él se encoge de hombros.

—Es posible, pero va a estar chungu la cosa, porque hace dos días firmé un contrato de alquiler por el apartamento contiguo al tuyo.

Abro los ojos de par en par y se me acelera el corazón.

—¿Que has hecho qué? —chillo.

—Que he alquilado o arrendado o como se diga, el apartamento que está al lado del tuyo. Ahora vivo aquí. ¿Sabes de alguien que pueda darle trabajo a un rancho? Digo yo que tendré que trabajar algún día.

—¡Wyatt! —exclamo—. ¡No puedes mudarte a la ciudad! ¿Ves algún caballo o alguna vaca por aquí? ¡No! ¿Qué narices vas a hacer?

Es una locura. Un disparate gordísimo. No puedo creer que se haya mudado. Me he quedado a cuadros otra vez.

—Durante un año o así puedo estar sin trabajar, pero después tendré que buscar algo. Me han dicho que hago unos capuchinos impresionantes. —Suelta una risilla—. Si no, ya se me ocurrirá algo. Te advierto de que mi plan consiste en que nos veamos mucho.

—Eres... —Hago una pausa—. No... Eres... —Me tapo la cara con las manos—. ¿Por qué te has mudado aquí?

Lo veo acomodarse en el asiento y apoyar un pie sobre la rodilla contraria.

—Para reconquistarte.

Suspiro y niego con la cabeza.

—No puedes reconquistarme.

—Sí que puedo.

—No puedes —replico con seriedad.

Wyatt se acerca a mí y me acaricia la mejilla con la yema de los dedos.

—Claro que sí.

*T*odos los días empiezan de la misma manera. Wyatt me espera al otro lado de la puerta con café y algo para desayunar. Me sigue al trabajo, busca en los anuncios de empleo y, después, me acompaña de vuelta a casa. Me desquicia y me emociona al mismo tiempo. Solo conseguí espantarlo los dos primeros días que me siguió. Los otros dos han sido un estrepitoso fracaso.

Y hoy ha vuelto a la carga.

Estoy en la pastelería, mirando por el pasaplatos a Wyatt, que está ahí sentado. Ha firmado el dichoso alquiler. Se ha traído todas sus cosas. No lo creía hasta que me enseñó su apartamento. Allí estaba todo: nuestro sofá, su cama, las cómodas y todo lo que compartimos en Tennessee. No bromeaba.

¿Qué voy a hacer con él?

Es muy duro, porque lo sigo queriendo. Eso no ha cambiado. Pero no podía quedarme para seguir siendo su juguete. No me cabe la menor duda de que, en su retorcida cabeza, echarme de su lado era lo correcto. Pero es mentira.

No comprendía que, al hacerlo, solo me provocó más angustia. Que no era lo que yo quería, y creo que me expresé con claridad cuando se lo dije.

—He creado un nuevo sabor para un cupcake —me dice Meghan, nuestra repostera.

—Genial. —No aparto la vista de Wyatt—. Seguro que está buenísimo.

—Me vendría bien una segunda opinión. ¿Crees que nuestro nuevo gorrón querrá probarlo?

Me vuelvo a mirarla, para comprobar que no me fallan los oídos, y me la encuentro observando a Wyatt por el pasaplatos.

—No, no está ahí de verdad.

—Pues yo lo veo, y las empleadas no pueden pasarlo por alto. —Meghan me mira y suspira—. Está cañón, Ang.

—Y es un imbécil.

—Como casi todos los tíos —replica—. En fin, voy a preguntarle qué le parece. Seguro que se siente muy solo ahí sentado todo el día sin nadie que lo acompañe.

No está solo. Hay un flujo constante de mujeres que lo atienden, pero él les sonrío con amabilidad y me mira. Es frustrante y hace que me suba por las paredes. Estoy cayendo de nuevo en las garras de su encanto.

¿Quién puede culparme? Café por las mañanas, comida, su atención y encima ha trasladado todas sus posesiones a un dichoso apartamento en Filadelfia, que sé que no es nada barato.

—¿Es algo típico del gremio? —me pregunto en voz alta—. ¿Todas las reposteras metéis las narices en los asuntos de los demás?

Se echa a reír y sale por la puerta.

Meghan se acerca a Wyatt y se sienta a su lado. Se ríe, y él sonrío cuando le da el cupcake. Por supuesto que Meghan es incapaz de resistirse a él.

No se parece en nada al hombre al que dejé. El hombre que se sienta a esa mesa es el Wyatt del que me enamoré.

—Eres idiota —me dice Erin por detrás. ¿Por qué todo el mundo se me acerca hoy a hurtadillas? Ah, ya. Porque me distrae el vaquero del que intento pasar con todas mis fuerzas, por eso.

—Parece la opinión general.

—Y no parece que vaya a irse pronto.

Tiene razón. No piensa irse.

—Es lo que me temo. —Me doy la vuelta y me apoyo en la pared.

Erin menea la cabeza.

—No voy a decirte lo que tienes que hacer, pero sí voy a decirte que nunca he conocido a un hombre que renunciara a toda su vida por una mujer que solo le gusta.

—Ya —digo, dándole la razón—. Lo sé. Es que no puedo olvidar algunas cosas que me dijo.

—Bueno, no estoy al tanto de todos los detalles, pero salta a la vista que te quiere. Y solo atino a imaginarme lo mal que lo estabais pasando los dos con semejante dolor. No digo que hagas borrón y cuenta nueva, pero tal vez podrías pasarle un poco la mano.

—¡Ni siquiera lo conoces! —exclamo, exasperada.

Vale que ha venido y que es evidente que se está portando de maravilla, no soy tan tonta como para no darme cuenta. Sin embargo, eso no borra lo que me

hizo sentir. Claro que él también lo estaba pasando mal y no sabía cómo reaccionar, y no solo con nuestra relación. Estaba recibiendo golpes por todas partes.

—No tengo que conocerlo para ver lo mucho que te quiere.

—Chitón. —Le sonrío.

—¿Cuánto tiempo piensas hacerlo sufrir?

—Creo que puede esperar un poquito más.

Erin asiente con la cabeza.

—Muy bien, hazlo sufrir un poco más, pero no mucho más, porque una de tus empleadas se lanzará a por él y se la llevará en su caballo hacia el horizonte.

Ya, como si eso fuera a pasar.

Meghan y Wyatt siguen hablando cuando me llaman al móvil.

—Hola, señora Kannan.

—Hola, cariño, espero no pillarte en mal momento.

Me alejo del pasaplatos y echo a andar hacia el almacén.

—Claro que no. ¿Cómo está?

—Ah, bien, bien. ¡Me ha llegado esa bonita cafetera y ahora no tengo ni idea de cómo encender el cacharro! Tiene demasiados botones y demasiadas boquillas. ¿Qué tiene de malo tomarse una taza del café soluble de toda la vida?

Soy incapaz de contener la sonrisa. Me la imagino levantando las manos mientras se pone a andar de un lado para otro. La echo de menos. Los echo de menos a todos.

—Seguro que viene con un manual de instrucciones.

—Cariño, tiene más de cien páginas. Me muero antes de saber cómo hacer un mocha o como sea que se llame.

—Macchiato.

—Eso mismo —replica, exasperada, y suelto una risilla—. No te vayas a reír de mí, ¿eh? Necesito que muevas ese trasero enclenque y vuelvas para enseñarme a usar este cacharro.

—Ojalá fuera tan sencillo.

Podría serlo, pero tengo la sensación de que capitularía demasiado pronto. No me cabe la menor duda de que ella sabe que Wyatt está aquí. Si su madre lo sabe, ella también. Y la intuición me dice que la llamada se debe a algo más que a la cafetera, pero no estoy segura.

La señora Kannan es una metomentodo. Como baje la guardia, aunque sea un

milímetro, atacará.

Se produce una larga pausa antes de que me conteste.

—Llevo mucho tiempo en el mundo, cariño. Lo bastante para saber cuándo dos personas están haciendo el tonto. Perdonar a alguien no es una rendición, es un regalo que no solo salva a la otra persona, sino también a ti. Podría quedarme aquí sentada e irme por las ramas todo el día. —Suspira—. Pero hoy no voy a hacerlo. No cuando es algo tan importante. Wyatt metió la pata. Bien sabe Dios que lo hizo. Bien lo sabe él. No creo haberlo visto nunca tan destrozado como el día que te fuiste.

—Señora... —la interrumpo.

—Escúchame bien, cariño. Llevo casada mucho tiempo, y en más de una ocasión uno de los dos estuvo a punto de largarse. Fue una elección personal perdonar al otro por lo que dijimos o hicimos. Podría haberlo dejado. Vamos, que seguramente debería haberlo hecho. —Se echa a reír—. Solo sé que por más negro que lo veas todo, eso no quiere decir que no podáis encontrar el modo de volver a estar juntos.

—¿Y si estamos demasiado perdidos? ¿Y si tengo demasiado miedo y me siento demasiado dolida como para volver a confiar en él?

—Nadie es perfecto, cariño. Somos humanos y cometemos errores. Él está asumiendo sus errores ahora. Te está demostrando quién es y qué alberga en su corazón.

Antes creía saber lo que albergaba su corazón: yo. Pero la vida nos llevó por caminos distintos, dejándonos a cada uno a un lado de la carretera, con una enorme grieta entre ambos. El dolor nos separó. Aunque no tendría por qué haberlo hecho. Ambos tomamos decisiones que nos han traído a este punto.

—Lo quiero —admito—. Nunca he dejado de quererlo, pero me hizo mucho daño.

—El amor es lo más fuerte y lo más hermoso que podemos darle a otra persona. Ten compasión, Angie. Muéstrate lo bastante generosa para comprender que no te hizo daño porque no te quisiera, cariño. Se hizo daño a sí mismo porque no se creía merecedor de tu amor. Piensa en lo que te he dicho. Hablamos pronto. Y cuídate mucho. —Corta la llamada antes de que pueda decirle nada.

Me acerco al pasaplato y lo miro. ¿Estamos comportándonos como dos tontos o tenemos la capacidad para retomarlo donde lo dejamos?

Después de la conversación con la señora Kannan, empiezo a considerar las cosas desde una nueva perspectiva. Cada vez que Wyatt me habla, me esfuerzo por escucharlo de verdad, no me limito a oír las palabras.

Cenamos juntos y, después, me besa en la mejilla y se marcha a su apartamento. No dejo de pensar en lo que la señora Kannan me ha dicho. No dejo de pensar en cómo perdonarlo del todo.

Me estoy preparando para acostarme cuando recibo un mensaje de texto.

WYATT: ¿Me prestas un poco de sal?

Miro el mensaje, sin saber muy bien si responder. Me apoyo en el cabecero, que a su vez se apoya en la pared que da a su apartamento. Está justo al otro lado. Es una locura tenerlo tan cerca y tan lejos a la vez.

Yo: Creo que lo típico es pedir azúcar.

WYATT: Dame un poco también.

Está fatal. Pero es monísimo. Hoy he hablado con Presley y me ha contado la conversación que tuvieron. Me ha sorprendido que se le fuera la pinza de esa forma, pero me ha dicho que nunca lo había visto de esa manera. Tengo la sensación de que no me estoy resistiendo solo a Wyatt, sino que me estoy resistiendo a todo el pueblo de Bell Buckle.

Yo: Es tarde.

WYATT: Sí, pero necesito la sal con urgencia.

Yo: ¿Para qué leches necesitas sal a las once de la noche?

WYATT: Estoy preparando una cosa.

Podemos seguir así hasta el infinito, pero es que me lo estoy pasando en grande. Hablar con él de esta forma me recuerda el tiempo que pasamos juntos. Las bromas, las pullas, nos hacían ser nosotros.

Yo: Me he quedado sin sal.

WYATT: Pues voy a tener que preguntarte algo de la boda del capullo de mi hermano con Presley. Supongo que como vamos los dos, deberíamos organizar algo.

Yo: Faltan meses para la boda. Ya te habrás ido para entonces.

WYATT: No a menos que te vengas conmigo.

Yo: No vas a parar hasta que me veas esta noche, ¿verdad?

WYATT: No tiene pinta.

Ya me lo suponía. Tengo que reconocer que es insistente, desde luego.

YO: Eres peor que un dolor de muelas.

WYATT: Abre la puerta, nena.

Miro la pantalla un minuto. Parece que mis piernas son incapaces de moverse. No puedo explicarlo, pero tengo la sensación de que abrir o no la puerta será como tomar una decisión sobre algo tras lo cual no habrá marcha atrás.

Creía que, a estas alturas, ya se habría marchado, pero aparece todos los días, se queda por la tarde y luego busca una excusa para verme después. No me ha presionado, salvo por el hecho de que nos vemos en todas partes. Y en los últimos ocho días he estado sonriendo. No he llorado, y he encontrado cierta paz.

Joder.

No tengo remedio.

Abro la puerta y Wyatt me espera al otro lado con unos pantalones cortos de deporte y sin camiseta. A mi cabeza le cuesta encontrar un motivo para resistirme mientras me lo como con los ojos. Tiene los músculos tensos, con un torso ancho, y ahora tiene algo mucho más sensual en su cuerpo. Se ha hecho un tatuaje enorme en un brazo.

—¿Vas a invitarme a pasar? —me pregunta después de que lleve unos segundos mirándolo en silencio.

—Tu brazo... —Le toco la piel con los dedos, acariciando el dibujo. Es un intrincado diseño tribal. Le rodea todo el bíceps y solo se ve interrumpido por los caracteres chinos que tiene en el centro—. ¿Cuándo te...? —le pregunto, pero su mirada hace que deje la frase a la mitad.

—Es la primera vez que me tocas así.

Separo los labios.

—¿Cómo?

—Como si no fuera una elección consciente o no lo hubieras pensado.

Decido no replicar. Estoy segura de que ya retomaré el tema más adelante. En cambio, sigo acariciándole el tatuaje.

—¿Qué significa? —le pregunto mientras paso los dedos por encima de los caracteres chinos.

—Significa «Juntos contra viento y marea».

Nuestras miradas se encuentran y ambos empezamos a respirar más rápido.

—¿Por qué?

—Porque cuando te perdí, me di cuenta de un montón de cosas sobre mí mismo. Me di cuenta de que, pasara lo que pasase, quería estar contigo. Perdimos algo tan valioso para nosotros que el viento sopló demasiado, pero somos más fuertes. Sé que lo somos. Nunca volveré a hacerte daño. Quiero estar contigo en todo.

Empiezo a llorar mientras lo escucho.

—No quiero hacerte llorar. —Me seca las lágrimas que se me escapan—. Quiero ser el motivo de que vuelvas a sonreír. Cuando te fuiste, Angie, me quedé destrozado. Estaba perdido, dolido, y era un puto desastre. Tardé un tiempo en decidir que me daba igual dónde viviera, porque mientras estuviéramos juntos, sería feliz. No bromeaba al decir que mi casa está donde estás tú.

Al oírlo, los pedazos de mi destrozado corazón, que no son sino cenizas, resurgen y cobran vida. Todo el dolor y toda la rabia desaparecen. Percibo la sinceridad de sus palabras, y no me cabe la menor duda de que está hablando con la verdad. Me seco las lágrimas, me acerco a él y le tomo la cara entre las manos.

—Quiero que me lleves a casa, Wyatt.

—¿A casa?

Mi corazón solo le ha pertenecido a un hombre: él. Me he pasado toda la vida esperándolo, y no pienso dejarlo marchar. Tiene razón, el viento y la marea nos han hecho zozobrar, y aunque no hemos navegado esas aguas de la mejor manera, hemos llegado hasta aquí. Debo creer que, aunque tropezamos, nos hemos levantado. Querer a Wyatt me ha enseñado que amar a alguien no es una debilidad. No siempre es fácil, pero nada que merezca la pena lo es. Me fui de su lado porque le tocaba a él empezar la lucha. Y lo hizo.

Ha luchado por mí.

Me quiere.

Yo lo quiero.

No me apetece seguir esperando para estar con él. Sé que es mi amor verdadero.

—La única casa que he tenido es a tu lado. Te quiero.

Wyatt

—*T*e quiero, Angie —repito, con la esperanza de que se entere. Debería haber hecho muchas cosas de forma distinta, pero no puedo volver a perderla.

Angie levanta la vista, con los ojos azules rebosantes de emociones.

—Yo también te quiero.

Ahora me toca a mí quedarme de piedra.

—Estoy segura de que me estaba enamorando de ti la primera noche que nos quedamos en la cama, hablando. O a lo mejor fue la mañana que nos despertamos abrazados el uno al otro y no intentaste nada. También puede ser que me enamorase cuando me preparaste mi café preferido, un gesto muy tierno. O tal vez fue incluso antes, cuando te comportaste como un imbécil y me dijiste que me iba a mudar a Bell Buckle y a casarme contigo. No creo que pueda decirte el momento exacto, pero sé que no ha pasado un solo instante en el que quiera estar en un sitio donde no estés tú. Cuando dejaste que me fuera, me quitaste el aire, Wyatt. Tuve que luchar contra el impulso de llamarte o de volver para obligarte a reconocer lo mucho que te equivocabas. —La miro y veo que se le entenece la mirada—. Nunca te quise porque fuéramos a tener un hijo. Te quise porque eres mi alma gemela.

La rodeo con un brazo y la pego a mí. Mientras estamos así, en su salón, por fin lo entiendo.

—¿Me perdonas?

Asiente con la cabeza.

—¿Me quieres?

Vuelve a asentir con la cabeza.

—¿Te quedarías si te lo pidiera?

—Con una condición. —Sonrío.

—¿Cuál?

—Que me mudo contigo. Se acabó lo de estar separados.

Los ojos de Angie se iluminan.

—Te he echado de menos. —Me desliza una mano por el brazo hasta ponérmela en la nuca—. He echado esto de menos. —Pega los labios a los míos, pero se aparta antes de que pueda retenerla contra mí.

Como ha apartado la boca, le recorro los labios con el pulgar y veo cómo cierra los ojos al tiempo que se estremece.

—¿Estás segura? Porque no puedo volver a perderte.

—Estoy segura. He intentado imaginármelo.

—¿El qué?

—Ver cómo te alejas de nuevo. He intentado imaginarme la vida sin ti. Las tres últimas semanas han sido horribles. —Se le quiebra la voz—. No podría hacerlo de nuevo. No puedo dejarte. No cuando siento lo que siento. No cuando duele tanto. Me duele todo por dentro.

—Me quieres —afirmo, repitiendo sus palabras.

—¿Me quieres, Wyatt? ¿Me quieres de verdad? ¿Me quieres lo suficiente para no volver a hacerme tanto daño? Necesito saber que estarás a mi lado pase lo que pase.

Normalmente es una mujer fuerte, pero me permite ver sus inseguridades. Se hace la dura, pero yo sé cómo es en realidad. Conozco las gilipollecias de su familia y lo mucho que le preocupa no valer lo suficiente. Su madre y sus hermanos la han dejado hecha polvo, y quiero borrar todo su dolor y demostrarle que se merece todo lo que tengo.

Nunca renunciaré a eso.

—Estoy enamorado de ti hasta las cejas —Las palabras me brotan del corazón—. Quiero hacerte feliz y demostrarte que soy el hombre de quien te enamoraste.

El problema era que creía que ese hombre también había muerto en el accidente. Ella sabía que mi verdadero yo seguía ahí; joder, todo el mundo lo sabía menos yo. Estaba tan ofuscado por el dolor que era incapaz de pensar. No podía dormir porque, cada vez que cerraba los ojos, la veía perder el conocimiento. No podía ir a pescar porque tenía que pasar junto a mi niña. La que tuve entre mis manos. La niña a la que quise. La niña que perdí.

Tuve que perderla a ella y que Presley me echara la bronca para comprender que si de algo era culpable, era de dejarla marchar.

—Una vez me dijiste que ibas a ponerme muy difícil que me resistiera a tus encantos —Me masajea la cabeza con los dedos—. No sabía que me lo ibas a poner imposible.

Se acabó lo de hablar. Ahora quiero demostrarle lo mucho que la quiero.

Me agacho y la cojo en brazos. Ella grita y se abraza a mí.

—Siempre cumplo mis promesas, nena.

Con sus piernas rodeándome las caderas, voy a la cama.

—Por eso te quiero, Wyatt Hennington.

—¿Sí? —Sonrío mientras la dejo en el colchón.

—Conseguiste que te quisiera porque eres sincero y cariñoso. Das amor con tanta generosidad que se acaba contagiando. No quería enamorarme de ti. Quería ir a Bell Buckle, pasar el tiempo y volver a Filadelfia. —Me toca la mejilla—. Al final, no era eso lo que quería. Solo te quería a ti.

Va a conseguirme, y muchas más cosas. Le daré el mundo si me lo pide. Le compraré un puñetero Starbucks y lo dirigiré yo mismo si es lo que hace falta para que vuelva a casa conmigo.

No le permito decir nada más antes de apoderarme de su boca y besarla hasta dejarla sin sentido. Ahora mismo soy feliz. La tengo entre mis brazos, y ella está en el lugar que le corresponde: conmigo.

Angie separa los labios y me deja entrar. Cada vez que saboreo su dulzura, me enamoro un poco más. Todo en ella me vuelve loco, y a veces no de la mejor manera. No es falsa como muchas de las mujeres con las que he estado. No hace tonterías para impresionarme ni para intentar seducirme. No tengo que preguntarme si quiere decir lo que está diciendo.

Angie es toda mía.

Desciendo por su cuello con los labios, besando cada centímetro de piel. Es una suerte que lleve uno de esos camisones. Lo deja todo muy a mano. Le acaricio la parte delantera del cuerpo con las manos. Ella levanta el torso conforme me voy acercando a sus pechos.

—¿Quieres que te toque, nena? —le pregunto al oído.

—Sí —contesta con un gemido.

Me encanta que una mujer reclame lo que quiere y exija lo que necesita. Me pone a mil.

—Pídemelo.

Se le endurece la mirada. Esta es mi chica.

—Tócame —me ordena Angie—. Hazme recordar.

Le bajo el tirante y le tomo un pecho con una mano, llevándomelo a los labios. Sé lo mucho que le gusta. Me entierra los dedos en el pelo mientras le lamo y le mordisqueo el pecho.

Sus gemidos me animan a continuar. Me encantan los sonidos que hace. Me encanta saber lo que le gusta. Los hombres queremos que las mujeres sean libres en la cama. Lo que hacemos es algo entre nosotros, y Angie no se reprime.

—Te deseo —me suplica—. Necesito que me toques.

—Eso voy a hacer, nena. Pienso amarte toda la noche.

Desciendo por su cuerpo y me detengo a besarle el abdomen. Le beso la cicatriz que le recordará siempre aquella noche. Le cojo una mano y entrelazo nuestros dedos mientras le beso la cicatriz de un extremo a otro. Será un recordatorio de lo que perdimos, pero también de lo que hemos ganado.

Faith nos unió en muchos aspectos. Siempre formará parte de nosotros.

Angie me acaricia el pelo con la mano libre.

—No pasa nada.

Levanto la vista.

—Ya no.

Bajo todavía más, hasta su sexo, y suelto el aire muy despacio, haciendo que se le tensen las piernas. Cuando la acaricio con la punta de la lengua, se estremece.

—Wyatt... —Se incorpora sobre los codos.

Quiere más. Lo veo en sus ojos.

Sin perder un solo segundo, le doy un lametón, y ella gime de nuevo. Saboreo su dulzura, pero no quiero que se corra demasiado pronto. Le doy lametones y le chupo el clítoris. Disfruto de cada movimiento que hace contra mis labios.

—¡Me corro! —Empieza a repetir una y otra vez—. ¡Joder!

Por fin le doy lo que ansía y sigo chupando, haciendo que estalle. Le sujeto las caderas mientras sigo dibujando círculos con la lengua, exprimiendo el placer al máximo. Quiero que recuerde el momento.

Después, subo por su cuerpo, llevándome conmigo el camisón. Ella se incorpora para quitárselo y luego me invita a tumbarme de espaldas.

—Te quiero —me dice con una sonrisa.

Replico enseguida:

—Te quiero.

—Me encanta cómo me haces sentir. —Me besa el torso—. Pero, sobre todo... —Desciende, y levanto las caderas para que pueda quitarme los pantalones cortos—. Me encanta quién eres. Y me encanta que seas mío.

Se la mete en la boca y me la chupa.

—¡Joder!

Tengo que hacer un esfuerzo enorme para no moverme y metérsela más adentro. Ella mueve la cabeza arriba y abajo, metiéndosela hasta el fondo de la garganta. Me veo obligado a cerrar los ojos. Si la miro mientras me la chupa, me corro. Intento concentrarme en cualquier cosa menos en los sonidos que emite o en la calidez de su boca.

La oigo gemir y casi exploto.

Le levanto la cabeza, y me sonrío como si supiera exactamente lo que estoy pensando.

Se han acabado los juegucitos.

Me pongo de rodillas y uso mi cuerpo para invitarla a tumbarse.

—Dime que me quieres —le ordeno.

—Te quiero.

Oírlo de sus labios es como si tuviera un pedacito de cielo en el alma.

—Dime que te vas a quedar conmigo.

Me coloco entre sus piernas, que ella separa todavía más. La penetro un poco, y ella gime.

—Me quedo contigo —me promete.

—Dímelo, nena. Dime por qué.

No apartamos la mirada de los ojos del otro. La penetro un poco más con cada promesa que me hace.

—Porque te quiero. Porque te necesito. ¡Porque estoy enamorada de ti!

Es lo único que necesito oír.

La penetro hasta el fondo y le entrego todo lo que tengo.

Angie

Un mes después

—¿*E*stás segura? —me pregunta Erin por enésima vez mientras le entrego los documentos.

—Estoy segura.

Me encanta esta ciudad. Siempre formará parte de mí, pero echo de menos Tennessee. Echo de menos a la familia que tengo allí y a mi mejor amiga, y también añoro la vida que Wyatt y yo estábamos construyendo. Wyatt se ha mudado a mi apartamento y, durante este último mes, hemos estado conectando de nuevo.

Se ha comportado estupendamente. Ha sido un mes estupendo. Pero desde la segunda semana, comprendí que quería volver a casa.

Hemos hablado mucho y, al final, le he hecho una propuesta a Erin. Ahora es la jefa del For Cup's Cake en Filadelfia. Yo sigo siendo propietaria, pero en la sombra. De esta manera, Erin podrá llevar a cabo los planes que crea necesarios y yo tendré suficiente dinero para mantenerme a flote mientras decido qué hacer con mi vida.

Después de hablar con la señora Kannan, he planeado abrir una pastelería en Tennessee. Me ha soltado un montón de indirectas sobre sus deseos de jubilarse, y tanto Wyatt como yo estamos de acuerdo en que lo que trama es que yo ocupe su lugar.

—Me da pena que te vayas, pero en tu lugar yo tampoco me quedaría. —Me abraza.

—Merece la pena correr el riesgo por él, ¿sabes? —le digo mientras miro a Wyatt, que está en la pastelería.

—Estoy segura de que es así.

Me despido de todo el mundo. En mi apartamento y en el de Wyatt todo está empaquetado. Al parecer, su contrato de alquiler era de renovación mensual, un detalle que se le olvidó comentarme hasta hace dos semanas. Lo bueno es que, como estamos en una zona muy demandada, no he tardado nada en vender mi apartamento. Recibimos una oferta el mismo día que lo pusimos a la venta y el comprador presionó para que todo se hiciera rápido, algo con lo que yo estuve de acuerdo.

—Deberíamos hacer algo divertido antes de irnos —sugiero mientras caminamos cogidos del brazo. Me acurruco contra él, porque el tiempo ha cambiado y hace frío. Se huele la nieve en el aire.

—¿Como qué?

—No sé. Podríamos ir a Nueva York en coche. Tú nunca has estado allí y no sé cuándo se nos puede presentar la oportunidad otra vez.

—Podríamos hacerlo —dice—. O podríamos ir a Las Vegas.

—¿Cómo?

—Ir a Las Vegas. Tampoco la conozco.

No sé cómo hemos pasado de Nueva York a Las Vegas. No tiene sentido.

—No se parecen en nada, Wyatt.

Él se ríe.

—Lo sé. Pero es más fácil casarse en Las Vegas.

Dejo de andar. Wyatt da unos pasos más y luego se para.

—¿Casarnos? —le pregunto, pasmada.

Acabamos de volver después de haber sufrido mucho. Es como si hubiéramos pasado por un tornado.

—Antes de que empieces a poner mil excusas, contéstame una pregunta. ¿Me quieres?

—Sí.

—¿Quieres estar con alguien más?

—No.

—¿Quieres casarte conmigo? —Contengo el aliento al ver que se saca un anillo de un bolsillo—. Le prometí a mi madre que, cuando conociera a la mujer con la que querría despertarme todos los días de mi vida, me casaría con ella. Había planeado proponerte matrimonio a lo grande, pero perdimos a la niña. Sabía que quería que fueras mi mujer desde la primera vez que nos despertamos abrazados. Pensé que estábamos locos, y a lo mejor lo estamos, pero no quiero volver a acostarme por la noche sin que estés a mi lado. Cásate

conmigo, Angie. Cásate conmigo, y podremos empezar nuestra vida juntos. Estaré a tu lado siempre.

Se me salta una lágrima.

—Contra viento y marea.

Él sonríe.

—Contra viento y marea.

Le tomo la cara entre las manos y lo beso. Lo quiero. Es una locura, un disparate, pero ¡qué coño! Solo se vive una vez. Y, además, nos lo hemos ganado.

—¿A Las Vegas?

—Esta noche —sentencia.

—¿Os habéis casado? —chilla Presley cuando le enseño el anillo que llevo en el dedo. Wyatt me ha explicado que lo encargó después de ir a la feria. Está claro que estaba esperando el mejor momento para pedirme matrimonio. Es un diamante de talla pera con tres diamantes más pequeños a cada lado. Ahora mismo, comparte lugar con la alianza de platino de la boda—. ¡No lo puedo creer! ¡No puedo creer que os hayáis casado sin decírmelo! ¡Estoy muy contenta por vosotros, pero también estoy muy cabreada!

Llevamos dos horas en Bell Buckle y Presley no ha parado ni un segundo. Felicia retiró la demanda ayer, así que he supuesto que sería un buen momento para darle la noticia. Al parecer, ningún momento iba a ser bueno.

—¡Fue algo impulsivo! —repito por enésima vez.

—¡Y una mierda fue impulsivo! ¡Él lo ha planeado! —grita, mirando hacia el pasillo—. Sabía muy bien lo que estaba haciendo.

Me río cuando oigo la risa de mi marido procedente de la habitación contigua.

—En serio, Pres. De todas formas, no me van los vestidos de novia ni las flores. Había sido en un juzgado. Así que hemos hecho lo que nos apetecía.

Me mira para dejarme claro que mis excusas le importan un pito.

—Hace veinte años que te conozco y estaba esperando este momento. Me lo has robado. —Se lleva una mano a la frente como si estuviera al borde del desmayo.

—Qué exagerada eres.

—Era mi imitación de Escarlata O'Hara.

—Pues te ha salido fatal.

Rodea la isla de la cocina y me coge la mano.

—Es precioso. Me alegro muchísimo por ti. ¡Cuéntame todos los detalles!

Me siento en el taburete y se lo cuento todo. Nos subimos en un avión, nos fuimos a Las Vegas, buscamos una capilla y ya está. Volvimos a casa después de unos días de sexo desenfrenado, hicimos el equipaje y aquí estamos.

—Es la boda menos romántica de la historia —me regaña.

—Fue perfecta.

Sonríe.

—No me extraña que fuera eso lo que querías. Nada de fanfarrias, solo él.

—¡Exacto!

—No puedo creer que te hayas convertido en la señora Hennington antes que yo.

Zach entra en la cocina justo cuando ella acaba de pronunciar la última palabra y se detiene al tiempo que extiende las dos manos.

—Luego vuelvo.

—Ah, no, Zachary. No te vayas —le dice ella con voz almibarada—. Tampoco es que hayamos tenido que retrasar la boda por culpa de la pérdida de tu ex novia. Solo llevo esperando desde... mmm... los trece años para ser tu mujer.

Me río para mis adentros.

—Deja de torturarlo —lo defiende. Él no tuvo la culpa y, en realidad, no quería retrasar la fecha. De haberse salido con la suya, se habría casado con ella el mismo día que volvió al pueblo.

—¿Eres su cuñada desde hace diez minutos y ya te pones de su parte? —me pregunta Presley con los brazos en jarras.

Zach se ríe.

—Siempre he querido tener una hermana.

Está loco. Menuda hermana ha ganado conmigo. En mi juventud, me dedicaba a intentar ligarme a los amigos de mi hermano para cabrearlo.

Presley se acurruca contra su pecho.

—Creía que lo que querías era casarte conmigo.

—Cariño... —dice Zach, y la estrecha con fuerza—, tú eres mi mundo entero. Que seas mi esposa será la guinda del pastel.

—Ajá... —Se inclina hacia él para que le dé un beso—. Qué piquito tienes.

—Pues sí —reconoce él—. De oro.

Wyatt entra y se apoya en la puerta.

—¿Lista para irte a casa, nena?

—¡Ajá! —Me pongo de pie—. Tenemos un montón de equipaje que deshacer y antes hay que ir a casa de tus padres.

Presley se echa a reír.

—¡Oooh! —exclama Presley entre carcajadas—. Tu madre te va a matar. Eres el primero de sus hijos que se casa ¿y te vas a Las Vegas sin decirle nada? ¡La que os va a caer!

De repente, noto que Presley ya no parece una chica de ciudad. Su acento ha cambiado y su pronunciación también, y me recuerda a la chica que conocí el primer año de universidad. Ha vuelto a ser una vaquera. Al parecer, no soy la única que ha encontrado su lugar en el mundo.

Wyatt se queda muy serio y me mira con el pánico reflejado en la cara.

—¡Joder!

Zach se acerca y le da una palmada en la espalda.

—Estás muerto, hermano.

—Mierda. ¿Y si fingimos que no nos hemos casado? —sugiere.

—¿Cómo?

—No se lo diremos a nadie más —insiste, maquinando a toda prisa—. Diremos que nos hemos comprometido, tú le dices que acabamos de hacerlo y que quieres una boda tradicional y de postín. Todo saldrá bien. No tiene por qué enterarse.

Lo miro, alucinada.

—Quieres mentirle... a tu madre... ¿sobre nuestra boda?

—Ya la conoces. No sé por qué te sorprendes.

Ni siquiera sé cómo reaccionar. Podría acceder y mentirle a su madre, pero estoy segurísima de que ella lo descubriría tarde o temprano y de que eso sería peor. O puedo sentarme y disfrutar del espectáculo. La verdad, lo he perdonado, pero eso no significa que no me alegre verlo sufrir un poco de vez en cuando.

—Vaquerillo, ha llegado el momento de echarle huevos.

Wyatt me agarra por las caderas y me pega a él.

—Angelina, en serio...

—¡Oh! —Abro los ojos de par en par—. ¿Has usado mi nombre completo?

Lo oigo refunfuñar algo.

—¡Que os divirtáis! ¡Llámame luego! ¡Ah! ¡Ang, si lo grabas, te pagaré! —

grita Presley a pleno pulmón mientras Wyatt me arrastra hacia la puerta.

Me despido agitando una mano.

Wyatt guarda silencio una vez que estamos en la camioneta, pero yo no puedo dejar de sonreír. Me parece enternecedor y muy gracioso verlo tan preocupado. Estoy segura de que no va a pasarle nada. Macie es la persona más comprensiva que he conocido. Aunque claro, este es su benjamín.

Llegamos a la casa y la puerta se abre antes de que podamos llamar siquiera.

—¡Angie! —Me abraza y le devuelvo el gesto—. ¡Qué contenta estoy de que hayas vuelto a casa, cariño!

—Mamá —dice Wyatt, que no se mueve—. Angie y yo nos hemos casado en Las Vegas.

Yo no lo habría hecho exactamente así. Le doy un guantazo en el brazo.

—Viva el tacto, Wyatt.

Macie lo mira y luego me mira a mí.

—¿Os habéis casado?

No sé si está enfadada o si lo está asimilando.

—Te prometo que fue algo impulsivo —intento explicarle.

Ella levanta una mano.

Madre mía.

—¡Wyatt Earnest Hennington! ¡Te has casado! —grita con una sonrisa—. No miento si te digo que no me hace gracia no haber visto a mi hijo pequeño casarse, pero ¡por fin tengo una hija!

Ambos soltamos un suspiro enorme.

—¡Rhett! —grita por encima del hombro—. ¡Ven aquí ahora mismo! ¡Tu hijo ha sentado la cabeza!

—¿No estás enfadada? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza.

—¡No! Ojalá lo hubiera visto, claro. Pero me alegro muchísimo de que hayas vuelto, corazón. Ha sido un mes estupendo para todos. La tal Felicia se ha ido, menos mal, y ahora estás casada con mi hijo, que por fin ha entrado en razón. —Lo mira, desconcertada—. Ahora mismo, me sobran motivos para ser feliz.

Wyatt la besa en una mejilla.

—Estoy seguro de que tendrás muchas oportunidades a lo largo de la vida para echarnos la bronca.

Ella le da unas palmaditas en la cara.

—Puedes estar seguro, cariño.

Entramos en la casa y, por supuesto, hay una tarta recién horneada.

Aunque haya perdido mi pastelería con todos sus cupcakes, aquí tengo tartas, y bien contenta que estoy.

Epílogo

—¿Puedes creerte que volvemos a ser cuñadas? —me pregunta Presley mientras estamos sentadas a la mesa, viendo cómo bailan los invitados a su boda.

—Creo que es cosa del destino. —Sonrío.

—Quiero a ese hombre de verdad —dice ella, y eso espero, porque se ha casado con él, vamos.

Wyatt, Trent y Zach están junto a la barra. Tienen los codos apoyados en la madera mientras observan lo que sucede a su alrededor. Esos tres están demasiado buenos, de verdad. Sé que dos son mis cuñados, pero, a ver, ninguna familia debería tener semejante carga de tíos buenos.

Luego clavo la vista en Wyatt. Es el más cañón de los tres, en mi opinión. Trent es el más alto, y el único que tiene el pelo castaño claro. Pero Wyatt es el más corpulento, y también el que tiene el corazón más grande.

A veces, sigo sin acabar de creer que estoy casada y que vivo en Tennessee.

—Nos ha tocado el gordo.

—Sí, ya te digo.

—¿Te sientes bien al haberte casado con él? —le pregunto.

Sonríe.

—Pues sí. Tengo la sensación de que ha terminado una etapa de mi vida. Y esto es un nuevo comienzo.

—En fin. —Le cojo una mano—. Me alegro de que sigamos compartiendo apellido.

Presley pone la mano libre encima de nuestras manos unidas.

—¡Es verdad! ¡Ahora las dos somos Hennington! ¡Eso se merece un brindis! —Llama a un camarero y coge dos copas de champán. No puedo decir ni media palabra antes de que continúe—: Por una amistad que ha soportado rachas malísimas, pero que siempre ha salido a flote. Por mi hermana, mi

mejor amiga y la única mujer con la que compartiría habitación en una residencia.

Levanto la copa y brindamos.

—No puedo beber —le digo.

—¿Por qué?

La miro, a la espera de que lo deduzca.

Tres.

Dos.

—¡Oh! —Presley se levanta de un salto—. ¡Ay, madre del amor hermoso! Estás...

—¡Calla! —La siento de golpe—. Todavía ni se lo he dicho a Wyatt.

—¿Estás embarazada? —me pregunta, en voz no demasiado baja.

Me enteré ayer, pero todavía no quería decírselo a nadie. Me sentía un poco dormilona últimamente, y no se puede decir que Wyatt y yo hayamos tomado muchas precauciones desde que nos casamos.

—Sí. —Sonríó—. No quería decírselo a nadie hoy, ni siquiera a él. Y no te lo habría dicho si no hubieras intentado obligarme a beber.

—Me alegro mucho por ti, Ang.

—Y yo por ti, amiga mía. Tienes todo lo que siempre has deseado.

Me abraza con fuerza.

—Las dos lo tenemos. —Presley se aparta y me da una palmada en la pierna—. Ahora ve a decírselo a tu maridín. ¡Quiero ver la cara que pone! Puedes convertirlo en uno de mis regalos de boda.

Nos ponemos de pie y nos acercamos a los hermanos.

Wyatt no me quita la vista de encima y me observa con expresión apasionada. Esa que me derrite por dentro y que me dice que soy lo único que ven sus ojos.

—Hola. —Me sonrío y me pega a él.

—Hola.

Zach rodea con un brazo a su flamante esposa, y Trent mira a Grace, que está bailando con Cooper. Ay, Trent. Has metido la pata hasta el fondo.

—¿Te pido una copa? —me pregunta Wyatt con deje juguetón, mientras se vuelve hacia el camarero.

En fin, no hay mejor momento que el presente.

—Que sea un Sprite.

—Un... —Me mira como si me hubiera vuelto loca—. ¿Un Sprite?

Me encojo de hombros.

—No creo que deba beber alcohol.

Me mira con más atención.

—¿Por qué no?

Soy incapaz de contener la sonrisa.

—Porque no es bueno para el bebé.

Presley empieza a chillar, pero Wyatt se ha quedado paralizado.

—¿El bebé?

—El bebé.

Acto seguido, me abraza con fuerza y me levanta en volandas.

—¿Vamos a tener un bebé? —Me besa en los labios mientras me abraza con afán protector. No dejo de pensar en lo distinto que es este anuncio. Hay alegría, celebración. No acusaciones ni dudas sobre lo que estamos haciendo. Se aparta de mis labios y me deja en el suelo muy despacio.

—Pues sí. Y ahora mismo tengo lo que más quiero en el mundo. Tú me lo has dado.

Wyatt me vuelve a besar.

—No, nena. Eres tú quien me lo ha dado a mí.

No voy a discutir con él. El asunto es que los dos hemos salido ganando. Nunca me imaginé que pudiera querer tanto, pero aquí estoy. Más feliz de lo que hubiera imaginado.

Tengo todo lo que siempre he querido.

Carta al lector

Querido lector:

¡Muchas gracias por todo el amor y el apoyo que me das! Si quieres mantenerte al tanto de mis novedades, suscríbete a mi boletín de noticias. Como suscriptor, ¡tendrás acceso a exclusivas, un montón de mensajes de amor, sorteos y mucho más!

Agradecimientos

*E*stoy segurísima de que se me va a olvidar alguien, así que si eres dicho alguien... lo siento.

Gracias a mi marido y a mis hijos. Sacrificáis muchas cosas para que yo siga viviendo mi sueño.

A mis lectoras beta, Michelle, Jenn, Holly, Katie y Melissa. Os quiero, chicas. Este libro es una obra de amor y lo habéis sacado adelante conmigo. ¡Gracias!

A mi publicista, Danielle, te quiero. Gracias por lidiar con mi locura y no dejar de quererme. No tengo palabras para decirte lo mucho que te lo agradezco.

A mis lectores. Es imposible que me canse de daros las gracias. Todavía me alucina que leáis mis historias. Lo sois todo para mí.

A mi grupo de Facebook, Corinne Michaels Books. Me paso por allí todas las mañanas, nada más despertarme. Sois la luz que alumbra mi vida. Gracias por todo.

A las blogueras: Sois el alma de este negocio. Gracias por escoger mis libros y por hacerme un hueco en vuestras apretadísimas agendas. Os lo agradezco más de lo que os podáis imaginar.

Gracias a Ashley, mi editora, por aguantar mis desquiciados mensajes de voz y por conseguir que este libro lo fuera todo. Es una bendición trabajar contigo. A Sarah Hansen, de Okay Creations, por conseguir que mis portadas sean perfectas. ¡A Janice y a Kara por revisar el manuscrito y asegurarse de que todos los detalles son perfectos! A Christine, de Perfectly Publishable, ya vamos por el SÉPTIMO libro y no quiero trabajar con nadie más. (Cualquier otra persona ya me habría matado a estas alturas, pero tú solo me mandas besos.) Tu apoyo es de un valor incalculable. Me has conquistado con tu enorme corazón.

A mi agente, Amy Tannenbaum... gracias por creer en mi trabajo y por todo el apoyo que me brindas.

A Squad, BBFT y & Holidays Reads Authors: Gracias por vuestra amistad, vuestro amor y por la forma en la que me obligáis a romper mis límites. ¡Os quiero!

A Christy Peckham. Ya no sé qué más decir, pero hay algo que no cambia: ¡GRACIAS! Te quiero. Eres la mejor cuidadora de escritores. ¡JA!

A Melissa Erickson, eres increíble. Me encanta tu cara.

A Kristi, nuestra amistad lo es todo para mí. La valoro más que a ninguna otra cosa. Tal vez nos conociéramos a través de los libros, pero ahora hay muchas otras cosas que nos mantienen juntas.

Vi, Claire, Mandi, Amy, Syreeta, Kristy, Kyla, Mia, Tijan, Alessandra, Meghan, Jessica, Christine, Michelle, Laurelin, Kennedy y Lauren... Gracias por obligarme a mejorar en todo momento y por aguantar mis locuras.

Título original: *Say You Want Me*

© 2016, Corinne Michaels

Publicada en acuerdo con Brower Literary & Management.

Primera edición en este formato: enero de 2019

© de la traducción: 2019, Ana Isabel Domínguez Palomo
y María del Mar Rodríguez Barrena

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral

08003 Barcelona

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-94718-59-5

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.